

# THE RING



鈴木光司  
*Kōji Suzuki*

Título original: Ringu

**Koji Suzuki** (鈴木光司 *Suzuki Kōji* born May 13, 1957) is a Japanese writer, who currently lives in Tokyo. Suzuki is the author of the *Ringu* cycle of novels. His first book, *Ring* (also known as *Ringu*) has been made into a Japanese, Korean, and American movie. Fluent in English, he has written several books on the subject of fatherhood. His hobbies include traveling and riding motorcycles around (hobbies found on the back of *The Ring*, 2002, Koji Suzuki). He is currently on the selection committee for the Japan Fantasy Novel Award.

The Ringu cycle (books):

- *Ring (Ringu)*, 1991
- *Spiral (Rasen)*, 1995
- *Loop, (Rupu)* 1998
- *The Birthday* (an anthology of short stories), 1999

The Ringu cycle (Japanese films):

- *Ring*, 1998
- *Rasen (Spiral)*, 1998
- *Ring 2*, 1999
- *Ring 0: Birthday* (adapted from the short story "Lemonheart", part of *The Birthday*), 2000

Other J-Horror:

- *Dark Water (Honogurai mizu no soko kara)*

Other

- *Paradise*, 2006

## PRIMERA PARTE

### OTOÑO

5 de septiembre de 1990, 22.49 h.

Yokohama.

Una hilera de edificios de apartamentos, cada uno de quince pisos de altura, recorría el extremo norte de la urbanización, junto a los jardines Sankeien. Aunque llevaban poco tiempo contruidos, casi todos los apartamentos ya estaban ocupados. En cada edificio se agolpaban casi cien viviendas, pero la mayoría de los habitantes ni siquiera les habían visto la cara a sus vecinos. La única prueba de que allí vivía gente llegaba por la noche, cuando se iluminaban las ventanas.

Al sur, la superficie aceitosa del océano reflejaba las luces parpadeantes de una fábrica. Un laberinto de tuberías y conductos se abría paso por los muros de la fábrica como capilares sanguíneos por el tejido muscular. Sobre la fachada de la fábrica brillaban innumerables luces parecidas a insectos brillando en la oscuridad. Incluso aquella escena grotesca tenía cierta belleza. La fábrica proyectaba una sombra muda sobre el negro mar de fondo.

Unos doscientos metros más cerca, en la urbanización, una casa de dos pisos nueva se alzaba sola entre parcelas vacías separadas por la misma distancia. Su puerta principal daba directamente a la calle, que iba de norte a sur, y al lado tenía un garaje para un solo coche. La casa era corriente, como las que se ven en cualquier urbanización nueva, pero no había ninguna otra detrás de ella ni a los lados. Quizá debido a su mala ubicación, se habían vendido pocas parcelas y había carteles de SE VENDE alrededor de la casa y por toda la calle. Comparada con los apartamentos, contruidos por las mismas fechas y sobre los que se habían abalanzado los compradores, la urbanización parecía muy solitaria.

De una ventana abierta en el segundo piso de la casa salía un haz de luz fluorescente que llegaba hasta el oscuro pavimento de la calle. La luz, la única de la casa, venía del cuarto de Tomoko Oishi. Tomoko estaba tirada en una silla leyendo un libro para el colegio, vestida con unos shorts y una camiseta blanca. Su cuerpo estaba en una postura imposible, con las piernas extendidas en dirección a un ventilador eléctrico puesto en el suelo. Abanicándose con el borde de la camiseta para que la brisa le refrescara directamente la piel, Tomoko hablaba en murmullos sobre el calor sin dirigirse a nadie en especial. Era estudiante de último curso en un colegio privado de secundaria y había dejado que se le amontonara el trabajo durante las vacaciones de verano. Había perdido demasiado tiempo, y le echaba la culpa al calor. Sin embargo, el verano, en realidad, no había sido tan caluroso. No había habido muchos días soleados y había pasado muchos menos días en la playa que otros veranos. Y, lo que era peor, tan pronto como acabaron las vacaciones hubo cinco días seguidos de tiempo maravilloso. Aquello irritó a Tomoko: odiaba aquel cielo soleado.

¿Cómo podía estudiar con aquel estúpido calor?

Estiró la mano con la que había estado jugando con su pelo para subir el volumen de la radio. Vio una polilla posarse sobre la mosquitera junto a ella y luego volar a otro sitio, empujada por la brisa del ventilador. La mosquitera tembló levemente un momento después de que la oscuridad se tragara al insecto.

Tenía un examen al día siguiente, pero no avanzaba. Tomoko Oishi no iba a estar preparada ni siquiera si se pasaba la noche en blanco, estudiando. Miró el reloj. Casi las once. Se le ocurrió ver el resumen de la jornada de béisbol en la tele.

Quizá saldrían fugazmente sus padres en los asientos más caros. Pero a Tomoko, que quería entrar en la universidad como fuera, le preocupaba mucho el examen. Lo único que tenía que hacer era entrar en la universidad. No le importaba en cuál, mientras fuera una universidad. Aun así, ¡qué verano tan poco satisfactorio había pasado! El mal tiempo había impedido que hiciera nada realmente divertido y la humedad insoportable no la había dejado trabajar.

«Tío, era mi último verano en el colegio. Quería despedirme a lo grande y he perdido la oportunidad. Se acabó».

Su mente se desvió a un objetivo más propicio que el clima para descargar su malestar.

«¿Y qué les pasa a mamá y papá? Dejan a su hija sola, estudiando así, cubierta de sudor, y se van alegremente a un partido de béisbol. ¿Por qué no se paran a pensar en mis sentimientos por una vez?»

Un compañero de trabajo le había dado a su padre inesperadamente un par de entradas para un partido de béisbol, así que sus padres habían ido al Tokio Dome. Casi era la hora a la que deberían estar de vuelta, a menos que hubieran ido a algún sitio después del partido. De momento, Tomoko estaba sola en la casa nueva.

No era normal tanta humedad, ya que hacía días que no llovía. Además del sudor de su cuerpo, el ambiente estaba húmedo. Tomoko se dio un manotazo en la cadera sin pensar. Pero cuando retiró la mano, no había rastro del mosquito. Sintió un picor justo encima de la rodilla, pero quizá no era más que su imaginación. Escuchó un zumbido. Agitó las manos sobre su cabeza. Una mosca. La mosca voló rápidamente hacia arriba para escapar de la corriente del ventilador y desapareció de la vista. ¿Cómo había entrado una mosca en la habitación? La puerta estaba cerrada. Tomoko revisó las mosquiteras, pero no encontró ningún agujero lo bastante grande como para que pasara una mosca. De repente se dio cuenta de que tenía sed. Y tenía que orinar.

Notó que le faltaba el aire, no exactamente como si se ahogara, pero sí como si tuviera un peso sobre el pecho. Tomoko llevaba algún tiempo quejándose para sus adentros de lo injusta que era la vida, pero ahora, al adentrarse en el silencio, parecía que fuera otra persona. Al bajar las escaleras el corazón le empezó a latir con fuerza y sin motivo. Las luces de un coche que pasaba arañaron la pared al pie de las escaleras y se escabulleron. Cuando el motor del coche se alejó hasta dejar de oírse, la oscuridad de la casa pareció hacerse más intensa. Tomoko bajó las escaleras intentando hacer mucho ruido y encendió la luz del vestíbulo de la planta baja.

Se quedó sentada en el retrete, enfrascada en sus pensamientos, bastante rato después de terminar de orinar. El violento palpar de su corazón aún no había parado. Nunca le había pasado nada parecido. ¿Qué le estaba sucediendo? Respiró hondo varias veces para calmarse, se puso de pie y se subió los shorts y las bragas al mismo tiempo.

«Mamá y papá, por favor llegad a casa pronto —se dijo a sí misma, hablando de repente como una niña pequeña—. Aj, qué asco. ¿Con quién estoy hablando?»

No era como si se dirigiera a sus padres y les pidiera que volvieran a casa. Se lo estaba pidiendo a otra persona...

«Eh, deja de asustarme. Por favor...»

Antes de darse cuenta, incluso lo estaba pidiendo con educación.

Se lavó las manos en la pila de la cocina. Sin secárselas, cogió unos cubitos de hielo del congelador, los puso en un vaso y lo llenó de Coca-Cola. Vacío el vaso de un trago y lo dejó en la encimera. Los cubitos giraron en el vaso un instante y luego se detuvieron. Tomoko tuvo un escalofrío. Sintió frío. Su garganta seguía seca. Cogió la botella grande de Coca-Cola de la nevera y volvió a llenar el vaso. Le temblaban las manos. Tenía la sensación de que había algo detrás de ella. Algo, desde luego no una persona. Un hedor amargo a carne podrida se percibía en el aire alrededor de ella, rodeándola. No podía ser nada corpóreo.

—¡Basta! ¡Por favor! —suplicó, ya en voz alta.

El tubo fluorescente de quince vatios parpadeaba sobre la pila de la cocina como una respiración entrecortada. Era nuevo, por fuerza, pero en ese momento su luz parecía poco fiable. De pronto Tomoko deseó haber pulsado el interruptor que encendía todas las luces de la cocina. Pero no podía ir hasta aquel interruptor. Ni siquiera podía darse la vuelta. Sabía lo que tenía detrás: una habitación tradicional japonesa de ocho tatamis, con el altar budista dedicado a la memoria de su abuelo en una hornacina. Por el pequeño hueco que dejaban las cortinas debería poder ver la hierba de las parcelas vacías y una estrecha franja de luz procedente de los apartamentos. No debería haber nada más.

Cuando terminó el segundo vaso de Coca-Cola, Tomoko ya no se podía mover en absoluto. La sensación era demasiado intensa, la presencia no podía estar solamente en su

imaginación. Estaba segura de que algo se le estaba acercando en ese mismo instante para tocarle el cuello.

«¿Y si fuera...?» No quería pensar en el resto. Si lo hiciera, si siguiera por aquel camino, se acordaría de aquello, y no creía poder soportar el terror. Había ocurrido una semana antes, hacía tanto que ya lo había olvidado. Era todo culpa de Shuichi; no debería haber dicho aquello... Después, ninguno de los dos pudo parar. Pero luego volvieron a la ciudad y aquellas escenas, aquellas imágenes tan nítidas, dejaron de parecer creíbles. Todo el asunto había sido una especie de broma. Tomoko intentó pensar en algo más alegre. Cualquier cosa menos aquello. Pero ¿y si fuera...? Si aquello hubiera sido real... Al fin y al cabo, el teléfono había sonado, ¿verdad?

«Oh, mamá y papá, ¿qué estáis haciendo?»

—¡Venid a casa! —gritó Tomoko.

Pero ni siquiera después de que hablara la sombra inquietante mostró ningún síntoma de desaparecer. Seguía detrás de ella, quieta, observando y esperando. Esperando a que llegara el momento.

A los diecisiete años Tomoko no sabía lo que era el auténtico terror. Pero sí sabía que hay miedos que crecen solos en la imaginación. «Eso debe de ser. Sí, de eso se trata. Cuando me dé la vuelta no habrá nada detrás de mí. Nada en absoluto».

A Tomoko le dominó el deseo de darse la vuelta. Quería confirmar que allí no había nada y salir de aquella situación. Pero ¿realmente no estaba pasando nada más? Un frío maligno pareció salirle de los hombros, extenderse a su espalda y deslizarse hacia abajo por su columna, cada vez más abajo. Tenía la camiseta empapada de sudor frío. Sus reacciones físicas eran demasiado fuertes para que fuera solamente su imaginación.

«¿No dijo alguien que el cuerpo es más sincero que la mente?»

Sin embargo, otra voz habló también: «Date la vuelta, ahí no puede haber nada. Si no te terminas la Coca-Cola y te pones a estudiar otra vez, a ver cómo haces el examen mañana».

Un cubito crujió dentro del vaso. Como espoleada por el ruido, sin pararse a pensar, Tomoko se giró.

5 de septiembre, 22.54 h.

Tokio, cruce frente a la estación de Shinagawa.

El semáforo se puso en ámbar justo cuando él iba a pasar. Podía haber acelerado, pero Kimura prefirió parar el taxi cerca de la acera. Esperaba conseguir una carrera que fuera hacia el cruce de Roppongi. Muchos clientes que cogía por allí se dirigían a Akasaka o Roppongi, y no era raro que alguien se subiera al taxi mientras esperaba en un semáforo como ese.

Una moto se metió entre el taxi y la acera y se paró justo en el borde del paso de cebra. El motorista era un hombre joven con vaqueros. A Kimura le irritaban las motos, el modo en que giraban y avanzaban a toda velocidad por atascos como aquel. Sobre todo odiaba estar esperando en un semáforo y que una moto parara junto a su puerta y la bloqueara. Además llevaba todo el día peleándose con clientes y estaba de pésimo humor. Kimura le echó una mirada de desprecio al motorista. El visor del casco le ocultaba la cara. Una pierna se apoyaba en el borde de la acera, tenía las rodillas estiradas por completo y movía el cuerpo hacia delante y hacia atrás de manera totalmente descuidada.

Pasó por la acera una joven de piernas bonitas. El motorista giró la cabeza para verla pasar, pero su mirada no la siguió todo el camino. Su cabeza se había desplazado unos noventa grados cuando pareció fijar su mirada en el escaparate de detrás de la chica. Ella siguió su camino y salió de su campo de visión. El motorista se quedó mirando algo fijamente. El peatón verde empezó a parpadear y se apagó. Los peatones sorprendidos en medio del paso de cebra se apresuraron a cruzar y pasaron justo por delante del taxi. Ninguno levantó la mano ni se dirigió al taxi. Kimura puso el pie en el acelerador y esperó a que el semáforo se pusiera verde.

En aquel momento un fuerte espasmo pareció sacudir al motorista, que alzó los dos brazos y se desplomó sobre el taxi de Kimura. Cayó sobre la puerta del taxi con estrépito y desapareció de la vista.

«Gilipollas».

«El chaval ha debido de perder el equilibrio y se ha caído», pensó Kimura mientras encendía los intermitentes y salía del coche. Si la puerta estaba dañada, iba a obligarle a

que pagara la reparación. El semáforo se puso en verde y los coches detrás del de Kimura empezaron a adelantarle y salir al cruce. El motorista yacía boca arriba sobre la calle, agitando las piernas y luchando con las dos manos por librarse del casco. Antes de comprobar que el chico estuviera bien, Kimura miró su herramienta de trabajo. Como esperaba, había un largo arañazo sesgado sobre la puerta.

—¡Mierda!

Kimura chasqueó la lengua enfadado mientras se acercaba al joven.

Pese a que seguía teniendo la hebilla abrochada bajo la barbilla, el tipo intentaba desesperadamente quitarse el casco. Parecía dispuesto a arrancarse la cabeza en el intento.

«¿Tanto le duele?»

Ahora Kimura se dio cuenta de que al motorista le pasaba algo realmente malo. Finalmente, se agachó junto a él y le preguntó:

—¿Estás bien?

Debido al visor tintado, no podía ver la expresión del hombre. El motorista agarró la mano de Kimura y pareció rogarle algo. Prácticamente se colgó de Kimura. No decía nada. No intentaba levantar el visor. Kimura decidió hacer algo.

—Espera, llamaré a una ambulancia.

Mientras corría hacia una cabina, Kimura se preguntó cómo una simple caída al suelo estando de pie había podido causar aquello. Se debía de haber dado un buen golpe en la cabeza.

«Pero no seas tonto. El imbécil lleva casco, ¿verdad? No parece que se haya roto un brazo ni una pierna. Espero que esto no se convierta en un quebradero de cabeza... No me vendría nada bien que se hubiera hecho daño al chocar contra mi taxi».

Kimura tuvo un mal presentimiento sobre aquello.

«Si realmente se ha hecho daño, ¿recae sobre mi seguro? Eso implica un parte de accidente, la policía...»

Al colgar el teléfono y regresar al lugar de los hechos, se encontró al hombre yaciendo inmóvil, agarrándose la garganta con las manos. Varios peatones se habían parado y le miraban con expresión preocupada. Kimura se abrió camino a empujones, asegurándose de que todo el mundo se enterara de que había sido él quien había llamado a la ambulancia.

—¡Eh! ¡Eh! Aguanta un poco, la ambulancia está en camino.

Kimura desabrochó la hebilla del casco, que salió fácilmente. No podía entender por qué a aquel tipo se le había resistido. Tenía la cara increíblemente crispada. La única palabra para describir su expresión era «asombro». Los ojos estaban abiertos como platos y la lengua, de un rojo brillante, estaba atrapada al fondo de la garganta, bloqueándola, mientras la saliva le caía por la comisura de la boca. La ambulancia iba a llegar demasiado tarde. Al tocar con las manos la garganta del chico para quitarle el casco no había sentido ningún pulso. Kimura se estremeció. La escena empezaba a ser irreal.

Una rueda de la moto todavía giraba lentamente y también caía aceite del motor, formando un charco en la calle que se escurría hacia la alcantarilla. No había brisa. El cielo nocturno era luminoso, y justo por encima de ellos el semáforo se había vuelto a poner rojo. La cabeza del hombre, apoyada en el casco, estaba doblada casi en ángulo recto. Una postura antinatural, se mirara como se mirara.

«¿Lo he puesto yo así? ¿Le he puesto la cabeza sobre el casco de esa manera? ¿Como si fuera una almohada? ¿Para qué?»

No recordaba los últimos segundos. Aquellos ojos tan abiertos le miraban. Sintió un escalofrío siniestro. Un aire templado parecía pasarle sobre los hombros. Era una noche tropical, pero Kimura temblaba incontroladamente.

La temprana luz de la mañana de otoño se reflejaba en la superficie verde del foso interior del Palacio Imperial. El agobiante calor de septiembre empezaba por fin a disiparse. Kazuyuki Asakawa estaba a medio camino del andén del metro, pero de pronto cambió de opinión: quería contemplar más de cerca el agua que había estado mirando desde el noveno piso. Parecía que el aire viciado de la redacción se había filtrado hasta los sótanos igual que los posos caen hasta el fondo de la botella: quería respirar aire fresco. Subió las escaleras hasta salir a la calle. Con el verde de los terrenos del palacio delante, los humos procedentes de la confluencia de la autopista número 5 y la ronda de



circunvalación no parecían tan tóxicos. El cielo cada vez más claro brillaba en medio del frío de la mañana.

Asakawa estaba físicamente cansado por haber pasado la noche en blanco, pero no se sentía particularmente soñoliento. El hecho de haber terminado el artículo le estimulaba y mantenía sus neuronas activas. Hacía dos semanas que no se tomaba un día libre y pensaba pasarse el día de hoy y el de mañana en casa, descansando. Sencillamente, se lo pensaba tomar con toda la calma del mundo. Siguiendo órdenes del director.

Vio un taxi libre que venía desde Kudanshita y levantó automáticamente la mano. Hacía dos días que se le había caducado el abono de la línea de metro entre Takebashi y Shinbaba y aún no había comprado uno nuevo. Costaba cuatrocientos yenes llegar en metro a su apartamento de Kita Shinagawa, mientras que en taxi eran casi dos mil. Odiaba tirar más de mil quinientos yenes, pero cuando pensó en los tres transbordos que tendría que hacer en el metro, y en que acababa de cobrar, decidió que por una vez podía derrochar.

La decisión de Asakawa de coger un taxi aquel día y en aquel momento no fue más que un capricho, el resultado de una serie de impulsos inocuos. No había salido del metro para coger un taxi. Le había seducido el aire fresco justo cuando pasaba un taxi con la luz roja de libre encendida, y en aquel momento la idea de comprar un billete de metro y hacer tres transbordos le parecía más trabajosa de lo que podría soportar. De haber cogido el metro a casa, sin embargo, es casi seguro que no se habría establecido ninguna conexión entre ciertos dos incidentes. Por supuesto, las historias siempre empiezan con esta clase de coincidencias.

El taxi paró dubitativo frente al antiguo edificio auxiliar del palacio. El conductor era un hombre pequeño, de unos cuarenta años, y parecía que él también había pasado la noche en blanco, de tan enrojecidos que tenía los ojos. Había una foto de carnet en el cuadro de mandos con el nombre del taxista, Mikio Kimura, al lado.

—Kita Shinagawa, por favor.

Al oír el destino, Kimura estuvo tentado de hacer un pequeño baile. Kita Shinagawa estaba justo pasado el garaje de su compañía en Higashi Gotanda, y como era el final de su turno, pensaba ir en aquella dirección de todos modos. Momentos como aquel, en que acertaba un pronóstico y las cosas iban como él quería, le recordaban que le gustaba conducir su taxi. De repente le entraron ganas de hablar.

—¿Está cubriendo una historia?

Asakawa estaba mirando por la ventana y dejando que su mente divagara, con los ojos rojos de cansancio, cuando el conductor le hizo aquella pregunta.

—¿Eh? —contestó, repentinamente alerta, preguntándose cómo sabía el taxista su profesión.

—Es usted periodista, ¿verdad?, de un periódico.

—Sí. Del suplemento semanal, de hecho. Pero ¿cómo lo ha sabido?

Kimura llevaba casi veinte años conduciendo un taxi y podía adivinar la profesión de un cliente prácticamente por el lugar donde lo recogía, la ropa que llevaba y su forma de hablar. Si la persona tenía un trabajo atractivo y estaba orgulloso del mismo, siempre estaba dispuesto a hablar de ello.

—Debe de ser duro tener que ir a trabajar tan pronto por la mañana.

—No, justo al contrario, me voy a casa a dormir.

—Pues mire, estamos igual.

Por lo general Asakawa no estaba muy orgulloso de su trabajo. Pero aquella mañana sentía la misma satisfacción que la primera vez que vio impreso un artículo suyo. Finalmente había logrado terminar una serie de reportajes en los que había estado trabajando y que habían tenido un impacto considerable.

—¿Es interesante su trabajo?

—Sí, imagino que sí —dijo Asakawa, no muy convencido.

Algunas veces era interesante y otras no, pero en aquel momento no se sentía con ánimos de explicarlo en detalle. Todavía no había olvidado su terrible fracaso de hacía dos años. Aún recordaba claramente el título del artículo en el que había estado trabajando: «Los nuevos dioses de la modernidad».

Todavía se acordaba de la triste estampa que había ofrecido cuando fue temblando a ver al director para decirle que no podía seguir como reportero.

El taxi quedó en silencio un rato. Tomaron la curva justo a la izquierda de la Torre de Tokio a bastante velocidad.

—Perdone —dijo Kimura—. ¿Cojo la carretera del canal o voy por la uno de Keihin?

Era mejor tomar una ruta u otra dependiendo de a qué parte de Kita Shinagawa estuvieran yendo.

—Coja la autopista. Déjeme antes de llegar a Shinbaba.

Un taxista se puede relajar una vez sabe exactamente a dónde va el pasajero. Kimura giró a la derecha en Fudanotsuji.

Ahora estaban llegando a aquel lugar, el que Kimura no se había podido sacar de la cabeza en el último mes. A diferencia de Asakawa, a quien le obsesionaba su fracaso, Kimura podía recordar el accidente con bastante objetividad. Al fin y al cabo, no había sido culpa suya, así que no había tenido que hacer ningún examen de conciencia. Había sido por completo culpa del tipo, y nada que hubiera podido hacer Kimura lo habría podido evitar. Había superado totalmente el terror que sintió al principio. Un mes... ¿era un mes mucho tiempo? Asakawa aún vivía marcado por el terror que había sentido hacía dos años.

Aun así, Kimura era incapaz de explicar por qué cada vez que pasaba por aquel lugar sentía la necesidad de contarle a la gente lo ocurrido. Si Kimura miraba el retrovisor y veía que el cliente estaba durmiendo, lo dejaba, pero si no, le contaba a todo pasajero, sin excepción, lo sucedido. Cada vez que pasaba por allí le dominaban las ganas de hablar del tema.

—Hace un mes que me pasó justo aquí una cosa extrañísima...

Como si hubiera estado esperando que Kimura comenzara su relato, el semáforo pasó de ámbar a rojo.

—Ya sabe, en este mundo pasan muchas cosas raras.

Kimura intentó captar el interés de su pasajero lanzando aquella clase de insinuaciones sobre el tipo de historia que quería contar. Asakawa casi se había quedado dormido, pero de pronto levantó la cabeza y miró a su alrededor, inquieto. La voz de Kimura lo había despertado bruscamente y ahora intentaba averiguar dónde estaban.

—¿Han aumentado los casos de muerte súbita últimamente? Entre los jóvenes, quiero decir.

—¿Qué?

La frase resonaba en los oídos de Asakawa. Muerte súbita... Kimura continuó.

—Bueno, es solo que... creo que fue hace un mes, aproximadamente. Yo estaba justo ahí, en mi taxi, esperando el semáforo, y de repente una moto va y se cae sobre el coche. No era que estuviera en movimiento y derrapara. Estaba parada, de pie, y de repente, ¡zas! ¿Y qué cree que pasó después? Ah, el conductor era un estudiante de colegio privado, diecinueve años. Se murió, el imbécil. Me dio un susto de muerte. Así que llegó una ambulancia, y la policía, y además se dio contra mi taxi, ¿sabe? Todo un espectáculo, ya le digo. Asakawa escuchaba en silencio, pero como periodista con diez años de experiencia había desarrollado un instinto para aquella clase de cosas. Con una rapidez de reflejos intuitiva, tomó nota del nombre del taxista y de la compañía.

—El modo en que murió también fue bastante extraño. Intentó desesperadamente sacarse el casco. Quiero decir que se lo intentó arrancar. Estaba tirado en el suelo y retorciéndose. Fui a llamar a una ambulancia y cuando volví ya estaba tieso.

—¿Dónde dice que ocurrió eso? —Asakawa se había despertado del todo.

—Justo ahí, ¿lo ve?

Kimura señaló el paso de cebra frente a la estación. La estación Shinagawa estaba en la zona de Takanawa, en el distrito de Minato. Asakawa grabó a fuego aquel dato en su memoria. Los accidentes sucedidos en aquella zona entraban en la jurisdicción de la comisaría de Takanawa. Identificó mentalmente los contactos que le podían abrir las puertas de aquella comisaría. Aquellos momentos eran los que hacían agradable trabajar para un periódico importante: tenía contactos en todas partes y a veces su capacidad de reunir información era mayor que la de la propia policía.

—¿Así que lo llamaron muerte súbita?

No estaba seguro de que fuera un término médico. Ahora preguntaba con urgencia, sin saber por qué aquel accidente le llamaba tanto la atención.

—Es absurdo, ¿verdad? Mi taxi estaba totalmente parado. El tipo cogió y se cayó sobre el coche. Lo hizo todo él. Pero yo tuve que rellenar un parte de accidente y estuve a

punto de que apareciera en mi historial con la aseguradora. Ya le digo, fue un desastre total, y pasó de repente.

—¿Se acuerda exactamente del día y la hora en que ocurrió todo eso?

—Je, je, ¿huele una historia? Déjeme ver, septiembre, debió de ser el cuatro o el cinco. Y la hora rondaba las once de la noche, creo.

Tan pronto como dijo aquello, Kimura tuvo un fogonazo. La pesadez del aire, el aceite negro como la noche cerrada que derramaba la moto caída. El aceite parecía un ser vivo mientras reptaba hacia la alcantarilla. Las luces de los coches se reflejaban en su superficie, que iba formando gotas viscosas y se escurría sin hacer ruido en la alcantarilla. En aquel momento sintió que le fallaba el aparato sensorial. Y luego el rostro atónito del hombre muerto, la cabeza apoyada sobre el casco. ¿Qué había sido tan sorprendente?

El semáforo se puso verde. Kimura aceleró. Del asiento trasero venía el sonido de un bolígrafo escribiendo. Asakawa estaba tomando notas. A Kimura le entraron náuseas. ¿Por qué lo recordaba tan vivamente? Tragó la amarga bilis que se le había acumulado y trató de luchar contra la náusea.

—¿Y cuál ha dicho que fue la causa de la muerte? —preguntó Asakawa.

—Un ataque al corazón.

—¿Un ataque al corazón? ¿Fue ese realmente el dictamen del forense? Creía que ya no usaban ese término.

—Tendré que confirmar eso, y también la fecha y la hora —murmuró Asakawa mientras seguía tomando notas—. Es decir, ¿no había ninguna herida externa en ningún sitio?

—Eso es, ninguna en absoluto. Fue solamente el shock. Pero... bueno, creo que debería haber sido yo el que tuvo un shock, ¿no?

—¿Qué?

—Bueno, quiero decir... El muerto tenía una cara de susto terrible.

Asakawa sintió que su mente cerraba una conexión. Al mismo tiempo, una voz interior rechazaba que hubiera ninguna relación entre los dos incidentes. Una simple coincidencia, eso era todo.

Apareció delante de él la estación de Shinbaba, de la línea de ferrocarril ligero Keihin-Kyuko.

—En el siguiente semáforo tuerza a la izquierda y déjeme allí, por favor.

El taxi paró y se abrió la puerta. Asakawa le tendió dos billetes de mil yenes y una de sus tarjetas de visita.

—Me llamo Asakawa. Trabajo para la compañía de El Heraldito. Si no le importa, me gustaría hablar de esto en detalle más adelante.

—Por mí vale —dijo Kimura, con voz agradecida. Por algún motivo, sentía que aquella era su misión.

—Le llamaré mañana o pasado.

—¿Quiere mi número?

—No se preocupe, ya he anotado el nombre de su compañía. Veo que no está lejos.

Asakawa salió del taxi y estaba a punto de cerrar la puerta cuando dudó un instante. Sintió un miedo innombrable ante la posibilidad de que se confirmara lo que acababa de oír. «Quizá no debería meterme en nada raro. Podría volver a ocurrir lo de la otra vez». Pero una vez despierto su interés, no podía dejarlo sin más. Lo sabía demasiado bien. Le preguntó a Kimura por última vez:

—El chico... se retorció de dolor e intentaba quitarse el casco, ¿no?

Oguri, su jefe, frunció el ceño mientras escuchaba las noticias de Asakawa. De repente recordó cómo había sido Asakawa dos años antes. Absorto ante su ordenador noche y día, como si estuviera poseído, había estado trabajando en una biografía del gurú Shoko Kageyama, usando toda su investigación y aún más. En aquella época a Asakawa le había pasado algo raro. Tan obsesionado estaba que Oguri incluso intentó que fuera a ver a un psiquiatra.

Parte del problema era que había ocurrido justo en aquel momento. Dos años antes toda la industria editorial había sido presa de un boom del ocultismo sin precedentes. Las oficinas de los periódicos se habían visto inundadas de fotos de «fantasmas». No hubo editor que no padeciera un diluvio de relatos y fotos de experiencias sobrenaturales, todas y cada una de ellas falsas. Oguri se había preguntado dónde iría a parar todo. Hasta



entonces creía conocer bastante bien cómo funcionaba el mundo, pero era sencillamente incapaz de encontrar una explicación convincente para aquella clase de cosas. Era totalmente absurdo, la cantidad de «colaboradores» que habían salido de debajo de las piedras. No era ninguna exageración decir que la oficina quedaba colapsada a diario por la cantidad de correo. Y todos los paquetes hablaban de algún modo sobre lo oculto. Y el objetivo de aquel diluvio no era solamente la compañía de El Heraldo: toda editorial digna de ese nombre había sido víctima del mismo fenómeno incomprensible. Mientras suspiraban por el tiempo que perdían, hicieron un repaso somero de las historias. La mayor parte de envíos eran, como era de esperar, anónimos, pero se pudo establecer que no había nadie que mandara múltiples manuscritos bajo distintos nombres. Un cálculo aproximado implicaba que cerca de diez millones de individuos había enviado cartas a una editora u otra. ¡Diez millones de personas! La cifra era asombrosa. Las historias en sí no eran tan preocupantes como el hecho de que hubiera tantas. De hecho, uno de cada diez habitantes del país había mandado algo. Sin embargo, ninguna persona del sector, ni sus amigos ni familiares, se contaba entre ellos. ¿Qué estaba pasando? ¿De dónde venían las montañas de correo? En las redacciones de todo el país la gente se devanaba los sesos. Y entonces, antes de que alguien encontrara la respuesta, la tempestad empezó a remitir. El extraño fenómeno duró unos seis meses y luego, como si hubiera sido un sueño, las redacciones volvieron a la normalidad y dejaron de recibir envíos de aquel tipo.

Oguri había tenido que decidir cómo reaccionaba ante aquello el suplemento semanal de uno de los principales periódicos. La conclusión a la que llegó fue que debía ignorarlo escrupulosamente. Oguri tenía fuertes sospechas de que la chispa que había comenzado todo provenía de un tipo de revistas a las que habitualmente se refería como «amarillas». Al publicar las narraciones y las fotos que mandaban los lectores, habían avivado el interés del público por aquel tipo de fenómenos y habían creado una situación espantosa. Oguri sabía, por supuesto, que aquello no lo podía explicar todo. Pero tenía que tratar el tema con alguna lógica.

Finalmente el personal de la redacción, de Oguri hacia abajo, se dedicaron a arrojar directamente todo aquel correo, sin abrir, al incinerador. Y se enfrentaron al mundo igual que antes, como si nada anormal hubiera ocurrido. Mantuvieron una política estricta de no publicar nada sobre ocultismo y de ignorar todas las fuentes anónimas. Fuera aquello la solución o no, el aluvión de envíos sin precedentes empezó a decaer. Y en aquel preciso momento, Asakawa empezó estúpida e inconscientemente a echar gasolina sobre las moribundas llamas.

Oguri miró a Asakawa con expresión adusta. ¿Iba a cometer el mismo error dos veces?

—A ver, escúcheme —cuando Oguri no sabía qué decir siempre empezaba así: «A ver, escúcheme».

—Sé lo que está usted pensando.

—A ver, no digo que no sea interesante. No sabemos qué podemos encontrar. Pero, mire, si lo que encontramos se parece mínimamente a lo de la otra vez, no me va a gustar demasiado.

«La otra vez». Oguri seguía convencido de que el boom del ocultismo de hacía dos años había sido prefabricado. Odiaba el ocultismo por todo lo que le había hecho pasar, y su prejuicio seguía vivo y coleando dos años después.

—No estoy diciendo que haya nada místico en esta historia. Lo único que digo es que no puede haber sido una coincidencia.

—Una coincidencia. Mmm... —Oguri se llevó una mano a la oreja para oír mejor e intentó volver a recomponer la historia.

La sobrina política de Asakawa, Tomoko Oishi, había muerto en su casa en Honmoku alrededor de las once de la noche del 5 de septiembre. La causa de la muerte había sido «fallo cardíaco repentino». Era una estudiante de último curso de secundaria, solo tenía diecisiete años. El mismo día, a la misma hora, un estudiante de colegio privado de diecinueve años que iba en moto había muerto, también de un infarto, mientras esperaba en un semáforo delante de la estación de Shinagawa.

—A mí me parece sobre todo una coincidencia. Escuchó usted lo del accidente de boca del taxista y se acordó de su sobrina. No es más que eso, ¿no?

—Al contrario —dijo Asakawa, e hizo una pausa efectista. Luego siguió—. El chico de la moto, cuando murió, estaba luchando por quitarse el casco.

—¿Y bien?

—Tomoko también. Cuando encontraron su cuerpo, parecía haberse estado tirando de la cabeza. Tenía los dedos firmemente enredados en el pelo.

Asakawa había visto varias veces a Tomoko. Como toda adolescente, prestaba mucha atención a su pelo, se lo lavaba a diario y esas cosas. ¿Por qué se iba a arrancar el pelo una chica así? Desconocía la naturaleza de lo que fuera que la había hecho actuar de aquel modo, pero cada vez que Asakawa la imaginaba tirándose desesperadamente del pelo, pensaba en algún tipo de cosa invisible digna del horror indescriptible que la chica debió de haber sentido.

—No sé... Vamos a ver. ¿Está seguro de que no aborda el tema con ideas preconcebidas? Si uno coge dos incidentes cualesquiera y se fija lo suficiente, siempre encontrará cosas en común. Dices que los dos murieron de un ataque al corazón. Debían de estar sufriendo mucho. Ella se tira del pelo, él lucha por quitarse el casco... De hecho, a mí me parece bastante normal.

Si bien debía reconocer que era posible lo que Oguri decía, Asakawa negó con la cabeza. No se iba a dejar vencer tan fácilmente.

—Pero en ese caso les habría dolido el pecho. ¿Por qué iban a agarrarse la cabeza?

—Vamos a ver. ¿Ha tenido usted algún ataque al corazón? —Pues... no.

—¿Y le ha preguntado a algún médico sobre eso?

—¿Sobre qué?

—Sobre si una persona que sufre un ataque al corazón se agarra la cabeza o no.

Asakawa se calló. Se lo había preguntado, en efecto, a un médico. El médico había contestado: «No puedo descartarlo».

Era una respuesta endeble. «Al fin y al cabo, a veces ocurre lo contrario. A veces, cuando una persona tiene una hemorragia cerebral o sangra su membrana cerebral, sienten un malestar estomacal al tiempo que un dolor de cabeza».

—Así que depende del individuo. Ante un problema difícil de matemáticas algunas personas se rascan la cabeza, otras fuman. Otras incluso se rascan la barriga —Oguri se revolvió en su silla mientras decía esto—. El caso es que no podemos decir nada a estas alturas, ¿no? No tenemos sitio para este tema. Ya sabe, por lo que pasó hace dos años. No queremos ni tocar ese tipo de asuntos, al menos no a la ligera. Si nos sintiéramos cómodos especulando en nuestras páginas sí que podríamos hacerlo, por supuesto.

Quizá. Quizá era como decía su jefe, nada más que una extraña coincidencia. Pero aun así... al final el médico había sacudido la cabeza. Él había insistido: ¿las víctimas de ataques al corazón se arrancan realmente el pelo? Y el médico había torcido el gesto y dejado escapar un «Mmm... Su cara lo decía todo: ninguno de los pacientes que él había visto lo había hecho».

—Claro, le entiendo, señor.

De momento no había nada que hacer más que retirarse humildemente. Si no descubría una relación más objetiva entre los dos incidentes iba a ser muy difícil persuadir a su jefe. Asakawa se prometió a sí mismo que si no podía obtener ninguna otra información, se callaría y lo dejaría estar.

Asakawa colgó el teléfono y se quedó un momento así, inmóvil, sin apartar la mano del auricular. El sonido de su propia voz innecesariamente excitada, esperando la reacción de su interlocutor, todavía le zumbaba en los oídos. Tenía la sensación de que no iba a ser capaz de hacer aquello. La persona al otro lado de la línea había contestado a la llamada que le acababa de pasar su secretaria en tono adecuadamente pomposo, pero mientras escuchaba la propuesta de Asakawa se le había ido suavizando el tono. Probablemente al principio había creído que Asakawa lo estaba llamando por alguna cuestión relacionada con la publicidad. Luego había llevado a cabo algunos cálculos rápidos y había percibido el beneficio potencial de que le dedicaran un artículo como aquel.

La serie «Top entrevistas» había empezado a publicarse en septiembre. La idea era elegir a presidentes que hubieran creado ellos solos sus empresas y concentrarse en los obstáculos que habían encontrado y cómo los habían superado. Teniendo en cuenta que había conseguido una cita para hacer la entrevista, Asakawa tendría que haber colgado el teléfono un poco más satisfecho. Pero algo lo agobiaba. Lo único que le contaría aquel

ignorante eran las viejas batallitas empresariales de siempre, que si era un genio, que si había aprovechado la oportunidad que tenía delante y había escalado hasta lo más alto... Si Asakawa no le daba las gracias y se ponía de pie para marcharse, las hazañas bélicas no se acabarían nunca. Estaba harto de aquello. Detestaba a quien fuera que hubiera tenido la idea de iniciar aquel proyecto. Sabía perfectamente que la revista tenía que vender espacios de publicidad para sobrevivir y que aquella clase de artículos llevaban a cabo el trabajo preliminar. Pero a Asakawa no le importaba mucho que la empresa ganara dinero o lo perdiera. Lo único que le importaba era que el trabajo fuera interesante. No importaba lo fácil que fuera un trabajo físicamente: si no requería imaginación, lo acababa agotando a uno.

Asakawa se dirigió a los archivos de la cuarta planta. Necesitaba hacer algunas lecturas para documentarse de cara a la entrevista del día siguiente, pero había algo que le preocupaba por encima de aquello. Le fascinaba la idea de una relación causal y objetiva entre aquellos dos incidentes. Y entonces se acordó. Ni siquiera sabía cómo empezar, pero en el momento furtivo en que su mente se liberó de la voz de aquel ignorante se le ocurrió una pregunta:

¿Acaso aquellas dos muertes inexplicables eran las únicas que se habían producido a las once de la noche del 5 de septiembre?

De no ser así —es decir, si hubiera habido otros incidentes similares—, las probabilidades de que se tratara de una simple coincidencia serían prácticamente nulas. Asakawa decidió echar un vistazo a los periódicos de principios de septiembre. Parte de su trabajo consistía en leer meticulosamente los periódicos, pero como habitualmente no leía más que los titulares de la sección de noticias locales, era bastante probable que se hubiera perdido algo. Tenía la sensación de que era eso lo que había pasado. Le parecía recordar que hacía un mes había visto un titular extraño en la esquina de una página de la sección de noticias locales. Era un artículo pequeño, en la esquina inferior izquierda... Lo único que recordaba era dónde había aparecido. Recordaba haber leído el titular y haber pensado: «¡Eh!». Pero entonces lo había llamado alguien de la sección y el trabajo lo había distraído tanto que nunca había llegado a leer el artículo.

Con el optimismo de un niño a la busca de un tesoro, Asakawa inició su investigación con la edición matinal del 6 de septiembre. Estaba seguro de que encontraría una pista. Leer periódicos de hacía un mes en la penumbra de los archivos le estaba produciendo una exaltación psicológica que nunca habría obtenido entrevistando a un ignorante. Asakawa estaba mucho más cortado para aquellas cosas que para ir de un lado para otro haciendo la ronda y tratando con toda clase de gente.

La edición vespertina del 7 de septiembre: ahí estaba el artículo, exactamente donde él lo recordaba. Apretujado en una esquina junto a la noticia de un naufragio que se había cobrado treinta y cuatro vidas, el artículo ocupaba menos espacio todavía de lo que él recordaba. No era de extrañar que no se hubiera fijado en él. Asakawa se quitó las gafas de montura plateada, acercó la cara al periódico y estudió minuciosamente el artículo.

**JOVEN PAREJA MUERE POR CAUSAS NO NATURALES EN UN COCHE DE ALQUILER**

A las 6.15 h de la madrugada del 7 de septiembre, se encontró a una pareja joven muerta en los asientos delanteros de un coche en un aparcamiento de Asnina, Yokosuka, junto a una carretera prefectural. Los cuerpos los descubrió un camionero que pasaba por casualidad y que informó del caso a la comisaría de Yokosuka.

Gracias a la matrícula del coche los identificaron como un estudiante de colegio secundario privado de Shibuya, Tokio (de diecinueve años) y una alumna de un instituto femenino privado de Isogo, Yokohama (diecisiete años). El coche lo había alquilado hacía dos noches el estudiante del colegio privado a una agenda, de Shibuya.

En el momento del descubrimiento, el coche estaba cerrado por dentro y tenía la llave en el contacto. La hora estimada de la muerte estaba entre la noche del 5 y la madrugada del 6. Como las ventanillas estaban cerradas, se creyó que la pareja se había quedado dormida y se había asfixiado, pero no se descartaba la posibilidad de que hubieran tomado una sobredosis de drogas para cometer un suicidio por amor. La causa exacta de la muerte estaba por determinar. De momento no había sospechas de homicidio.

Eso era todo lo que decía el artículo, pero Asakawa tuvo la sensación de haber encontrado algo importante. En primer lugar, la chica muerta tenía diecisiete años y asistía

a un instituto privado para chicas de Yokohama, igual que su sobrina Tomoko. El chico que había alquilado el coche tenía diecinueve años y estudiaba en un colegio privado de secundaria, igual que el chaval que murió delante de la estación de Shinagawa. La hora estimada de la muerte era casi idéntica. Y la causa de la muerte también era desconocida.

Entre aquellas cuatro muertes tenía que haber alguna relación. No necesitaría mucho tiempo para establecer algunos elementos comunes. Después de todo, Asakawa estaba dentro de una de las organizaciones de captación de información más importantes: no le faltaban fuentes. Hizo una copia del artículo y regresó a la redacción. Sentía que había dado con un filón y su paso se aceleró espontáneamente. Apenas podía esperar el ascensor.

El club de prensa del ayuntamiento de Yokosuka. Yoshino estaba sentado a su mesa, garabateando algo en una hoja de papel manuscrito. A menos que la autopista no estuviera abarrotada, se podía llegar desde allí a la oficina principal de Tokio en una hora. Asakawa apareció detrás de Yoshino y lo llamó por su nombre:

—Eh, Yoshino.

Hacía un año y medio que no veía a Yoshino.

—¿Eh? Ah, Asakawa. ¿Qué te trae a Yokosuka? Ven, siéntate.

Yoshino acercó una silla a su mesa y le hizo una señal a Asakawa para que se sentara. Yoshino no se había afeitado y eso le daba un aspecto desastrado, pero podía ser sorprendentemente considerado hacia los demás.

—¿Todo bien por aquí?

—Supongo que sí.

Yoshino y Asakawa se conocían de cuando Asakawa todavía estaba en el departamento de noticias locales, en el que Yoshino había entrado tres años antes. Ahora Yoshino tenía treinta y cinco años.

—He llamado a la oficina de Yokosuka. Así es como me he enterado de que estabas aquí.

—¿Por qué? ¿Me necesitas para algo?

Asakawa le dio la copia que había hecho del artículo. Yoshino se lo quedó mirando durante un rato extraordinariamente largo. Ya que el artículo lo había escrito él, tendría que ser capaz de recordar lo que decía de un solo vistazo. En cambio, se quedó allí sentado con todos los nervios concentrados en el texto y con la mano paralizada en el gesto de llevarse un cacahuete a la boca. Parecía que estuviera masticando la noticia: recordando lo que había escrito y digiriéndolo.

—¿Qué pasa con esto? —Yoshino había puesto cara seria.

—Nada especial. Solamente quiero averiguar más detalles.

Yoshino se puso de pie.

—Muy bien. Vamos a la otra sala y hablemos mientras tomamos una taza de té o algo así.

—¿Tienes tiempo para esto ahora? ¿Seguro que no te interrumpo?

—No hay problema. Es más interesante que lo que estaba haciendo.

Justo al lado del ayuntamiento había un pequeño café donde se podía conseguir café a doscientos yenes la taza. Yoshino se sentó, se volvió de inmediato hacia el mostrador y levantó la voz:

—Dos cafés —Luego se volvió hacia Asakawa, se inclinó sobre la mesa y se le acercó—. Vale, mira. Hace doce años que me pateo las calles para la sección local. He visto un montón de cosas. Pero nunca me he encontrado con nada tan absolutamente raro como esto.

Yoshino hizo una pausa para beber un sorbo de agua y luego continuó.

—Pero bueno, Asakawa, aquí tiene que haber un intercambio justo de información. ¿Por qué alguien de la oficina central va detrás de esto?

Asakawa no estaba listo para mostrar sus cartas. Quería guardarse la primicia. Si un experto como Yoshino se lo olía, en un abrir y cerrar de ojos se pondría tras la pista y se quedaría con el premio. Asakawa inventó una mentira sobre la marcha.

—Por nada en especial. Mi sobrina era amiga de la chica muerta y no para de pedirme información... Ya sabes, sobre el incidente. Así que como pasaba por aquí...

Era una mentira poco convincente. Le pareció captar un destello de sospecha en la mirada de Yoshino y se encogió un poco, incómodo.

—¿De veras?

—Sí, bueno, es una estudiante de instituto, ¿no? Ya es bastante malo que su amiga haya muerto, pero además están las circunstancias. No para de darme la paliza. Te lo suplico. Cuéntame los detalles.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Han decidido ya cuál es la causa de la muerte?

Yoshino negó con la cabeza.

—Básicamente están diciendo que se les pararon los corazones de repente. Y no tienen ni idea de por qué.

—¿Y la posibilidad de un asesinato? Estrangulamiento, por ejemplo.

—Imposible. No tenían marcas en el cuello.

—¿Drogas?

—No hay restos en la autopsia.

—En otras palabras, el caso no está resuelto.

—Joder, no. No hay nada que resolver. No es un asesinato, la verdad es que ni siquiera es un incidente. Murieron de alguna enfermedad, o de alguna clase de accidente, y eso es todo. Punto. Ni siquiera hay investigación.

Era una forma burda de responder. Yoshino se reclinó en su asiento.

—Así pues, ¿por qué no han publicado los nombres de los muertos?

—Porque son menores. Además, se sospecha que fue un suicidio por amor.

En aquel punto Yoshino sonrió de repente, como si acabara de recordar algo, y se inclinó de nuevo hacia delante.

—¿Sabes que el chico tenía los vaqueros y los calzoncillos bajados? Y la chica también. Tenía las bragas bajadas hasta las rodillas.

—¿Estás diciendo que fue un coitus interruptus!

—No he dicho que lo estuvieran haciendo. Se estaban preparando para hacerlo. Se estaban preparando para divertirse un rato y ¡bam! Eso es lo que pasó —Yoshino dio una palmada para apoyar sus palabras.

—¿Cuándo pasó eso?

Yoshino estaba contando su historia de forma efectista.

—Muy bien, Asakawa, sé sincero conmigo. Tú tienes algo. Me refiero a algo conectado con este caso. ¿Me equivoco?

Asakawa no contestó.

—Sé guardar un secreto. No te robaré la historia. Es que me interesa el caso.

Asakawa siguió sin soltar prenda.::

—¿Me vas a dejar con la intriga?

«¿Se lo digo? Es que no puedo. Todavía no puedo decirle nada. Pero las mentiras no funcionan».

—Lo siento, Yoshino. ¿No puedes esperar un poco? Todavía no te lo puedo decir. Pero te lo cuento dentro de un par o tres de días. Te lo prometo.

Una nube de decepción cubrió la cara de Yoshino:

—Si tú lo dices, colega...

Asakawa lo miró con expresión suplicante, apremiándolo a que continuara con su historia.

—Bueno, tenemos que dar por sentado que pasó algo. ¿Un chico y una chica se asfixian cuando están a punto de hacerlo? Supongo que es posible que hubieran tomado veneno antes y que les hiciera efecto en ese preciso momento, pero no había rastros. Claro que hay venenos que no dejan rastro, pero no es concebible que una pareja de estudiantes tengan acceso a un material así.

Yoshino pensó en el lugar donde se había encontrado el coche. Había ido allí en persona y todavía tenía un recuerdo nítido. El coche 'estaba aparcado en un solar invadido de maleza en un pequeño barranco situado junto a la carretera prefectural sin pavimentar que iba de Asnina al monte Okusu. Los coches que pasaban por la carretera apenas podían ver el reflejo de sus retrovisores al pasar. No era difícil de imaginar por qué aquel estudiante de colegio privado, que era el que conducía, había elegido aquel lugar para aparcar. Después de que cayera la noche apenas pasaban coches por allí, y con el parapeto que ofrecía la espesa arboleda, resultaba un escondrijo perfecto para una pareja joven sin dinero.



—Luego está el hecho de que el chico tenía la cara caída sobre el volante y la ventanilla. La chica tenía la cabeza metida entre el asiento del pasajero y la portezuela. Así es como murieron. Vi cómo los sacaban del coche, con mis propios ojos. Los dos cuerpos se desplomaron fuera del coche en cuanto alguien abrió las portezuelas. Es como si en el momento de sus muertes hubiera habido alguna fuerza que los empujara desde el interior y que no se detuvo cuando murieron sino que siguió empujando durante unas treinta horas hasta que los detectives abrieron el coche y entonces salió de estampida. ¿Me estás siguiendo? Era un coche de dos puertas, uno de esos en los que no puedes cerrar las portezuelas si la llave está dentro. Y la llave estaba en el contacto, pero las portezuelas... Bueno, ya ves por dónde voy. El coche estaba cerrado herméticamente. Es difícil imaginar qué fuerza del exterior podría haberlos afectado. ¿Y qué clase de expresión supones que tenían en las caras muertas? Estaban los dos cagados de miedo. Con las caras crispadas en una mueca de terror.

Yoshino hizo una pausa para recobrar el aliento. Se oyó un ruido nítido de tragar saliva. No estaba claro de cuál de los dos procedía.

—Piensa en ello. Supon, solamente por suponer, que hubiera salido del bosque alguna bestia temible. Se habrían asustado y se habrían abrazado. Y aunque él no lo hubiera hecho, está claro que la chica se habría agarrado a él. Al fin y al cabo, eran amantes. En cambio, tenían las espaldas apoyadas en las portezuelas, como si estuvieran intentando alejarse el uno del otro tanto como pudieran.

Yoshino levantó las manos en gesto de impotencia.

—No entiendo una mierda.

Si no hubiera sido por el naufragio en la costa de Yokosuka, el artículo habría tenido más espacio. En ese caso, muchos lectores habrían disfrutando intentando resolver el rompecabezas y jugando a detectives. Pero... pero. Entre los detectives y el resto de gente que estaba en la escena del incidente se habría extendido un consenso, una atmósfera. Todos venían a pensar más o menos lo mismo, y todos estuvieron a punto de soltarlo, pero ninguno lo hizo. Fue esa clase de consenso. Aunque era completamente imposible que dos jóvenes murieran de ataques al corazón exactamente en el mismo momento, aunque nadie se lo creía, todo el mundo se contó a sí mismo la mentira médica de que así era como había pasado. No es que la gente se estuviera callando nada por miedo a que se rieran de su falta de lógica científica. Es que sentían que al admitirlo estarían atrayendo hacia sí un horror inimaginable. Era más conveniente dar crédito a la explicación científica, por muy poco convincente que fuera.

Asakawa y Yoshino tuvieron sendos escalofríos simultáneos. No era de extrañar que los dos estuvieran pensando lo mismo. El silencio solamente confirmaba la premonición que se estaba gestando en el interior de cada uno de ellos. «No se ha terminado: acaba de empezar». No importaba cuántos datos científicos recopilaran: a un nivel muy básico, la gente cree en la existencia de algo que las leyes de la ciencia no pueden explicar.

—Cuando los encontraron... ¿Dónde tenían las manos? —preguntó Asakawa de repente.

—En la cabeza. O mejor dicho, más bien parecía que se estuvieran tapando la cara con las manos.

—¿Por casualidad no se estarían tirando del pelo, así? —Asakawa se tiró del pelo para demostrarlo.

—¿Eh?

—En otras palabras, ¿se estaban intentando arrancar la cabeza, o tirándose del pelo, o algo parecido?

—No, creo que no.

—Ya veo. ¿Puedes darme sus nombres y direcciones, Yoshino?

—Claro. Pero no te olvides de tu promesa.

Asakawa sonrió y asintió y Yoshino se puso de pie. Al hacerlo la mesa se balanceó y el café se les cayó en los platillos. Yoshino ni siquiera había tocado el suyo.

Asakawa siguió investigando los antecedentes de las cuatro víctimas cada vez que tenía un minuto, pero tenía tanto trabajo que no podía avanzar tanto como quería. Casi sin que se diera cuenta pasó una semana, cambió el mes y tanto la humedad lluviosa de agosto como el calor estival de septiembre se convirtieron en recuerdos lejanos desplazados por las señales del otoño cada vez más avanzado. Todo estuvo tranquilo durante una

temporada. Se había propuesto leer cada centímetro de la sección de noticias locales, pero no encontró nada remotamente parecido. ¿O acaso algo horrible estaba avanzando, lento pero seguro, por donde Asakawa no podía verlo? Cuanto más pasaba el tiempo, más inclinado se sentía a pensar que las cuatro muertes no eran más que coincidencias y que carecían de cualquier conexión. Tampoco había vuelto a ver a Yoshino. Probablemente él también se había olvidado del asunto. De no ser así, ya se habría puesto en contacto con Asakawa.

Siempre que su pasión por el caso mostraba signos de debilitarse, Asakawa se sacaba cuatro tarjetas del bolsillo y se recordaba a sí mismo que no podía haber sido una coincidencia. En las tarjetas había apuntado los nombres de los muertos, sus direcciones y otra información pertinente, y en el espacio que le quedaba planeaba registrar sus actividades durante los meses de agosto y septiembre, su educación y todo lo que revelara la investigación.

**TARJETA 1: TOMOKO OISHI**

Fecha de nacimiento: 21-10-1972

Escuela Femenina Keisei, último curso, 17 años Dirección: Motomachi 1-7, Honmoku, distrito de Naka,

Yokohama Aprox. 23.00 h, 5 de sept. Muere en la cocina, planta baja de su casa, mientras sus padres están fuera. Causa de la muerte: paro cardíaco repentino.

**TARJETA 2:**

**SHUICHI IWATA**

Fecha de nacimiento: 26-5-1971

Academia Secundaria Eishin, primer curso, 19 años Dirección: Nishi Nakanobu 1-5-23, distrito de Shinagawa, Tokio 22.54 h, 5 de sept. Se desploma y muere en un cruce delante de la estación de Shinagawa. Causa de la muerte: infarto de corazón.

**TARJETA 3:**

**HARUKO TSUJI**

Fecha de nacimiento: 12-1-1973 Escuela Femenina Keisei, último curso, 17 años Dirección: Mori 5-19, distrito de Isogo, Yokohama Noche del 5 de sept. (o madrugada del día siguiente). Muere en un coche junto a la prefectura, en la falda del monte Okusu. Causa de la muerte: paro cardíaco repentino.

**TARJETA 4: TAKEHIKO NOMI**

Fecha de nacimiento: 4-12-1970 Academia Secundaria Eishin, segundo curso, 19 años Dirección: Uehara 1-10-4, distrito de Shibuya, Tokio Noche del 5 de sept. (o madrugada del día siguiente). Muere con Haruko Tsuji en un coche en la falda del monte Okusu. Causa de la muerte: paro cardíaco repentino.

Tonioko Oishi y Haruko Tsuji iban al mismo instituto y eran amigas. Shuichi Iwata y Takehiko Nomi estudiaban en el mismo colegio de secundaria y eran amigos. Todo aquello ya estaba claro antes del trabajo de campo, que vino a confirmarlo. Y por el simple hecho de que Tsuji y Nomi hubieran ido en coche juntos al monte Okusu la noche del 5 de septiembre, resultaba obvio que, aunque no fueran realmente amantes, por lo menos tonteaban. Cuando interrogó a las amigas de ella, Asakawa oyó el rumor de que Tsuji salía con un chico de un colegio privado de Tokio. Sin embargo, seguía sin saber cómo ni cuándo se habían conocido. Por supuesto, sospechaba que Oishi e Iwata también salían juntos, pero no encontró nada que respaldara la conjetura. De cualquier manera, ¿qué vínculo unía a aquellos cuatro jóvenes? Era igualmente posible que Oishi e Iwata nunca se hubieran visto. Y en ese caso, ¿qué vínculo podía haber entre ellos? Parecían demasiado íntimamente relacionados para que aquel ser desconocido los hubiera elegido totalmente al azar. Tal vez había algún secreto que solamente conocían los cuatro y por eso los habían matado... Asakawa se sugirió a sí mismo otra explicación más científica: tal vez los cuatro habían estado al mismo tiempo en el mismo sitio y a los cuatro los había infectado un virus que atacaba el corazón.

«Venga, vamos». Asakawa negó con la cabeza mientras caminaba. «¿Un virus que causa paro cardíaco repentino? ¿Y qué más?»

Subió las escaleras murmurando para sí mismo: «Un virus, un virus». Ciertamente, tenía que empezar con intentos de explicaciones científicas. Bueno, supongamos que hubiera un virus que causara ataques de corazón. Por lo menos era un poco más realista que imaginar que detrás de todo aquello había algo sobrenatural. Parecía menos probable

que se rieran de él. Aunque aquel virus todavía no se hubiera descubierto en la tierra. Tal vez acabara de caer al planeta dentro de un meteorito. O tal vez lo hubieran desarrollado como arma biológica y de alguna forma se había escapado. No se podía descartar aquella posibilidad. Estaba claro. De momento intentaría pensar que se trataba de un virus. Aunque aquello no satisficiera todas sus dudas. ¿Por qué habían muerto todos con expresiones de asombro en la cara? ¿Por qué habían muerto Tsuji y Nomi a los lados de aquel coche tan pequeño, como si hubieran estado intentando separarse el uno del otro? ¿Por qué no habían revelado nada las autopsias? La posibilidad de un germen escapado podía responder por lo menos a la tercera pregunta. Se habría dictado una orden de silencio.

Si continuaba con aquella hipótesis, podía deducir que el hecho de que todavía no hubieran aparecido más víctimas significaba que el virus no se transmitía por el aire. O bien se contagiaba por la sangre, como el sida, o era muy poco contagioso. Pero era más importante la cuestión de cómo lo habían cogido aquellos cuatro. Tendría que retroceder en el tiempo y examinar nuevamente sus actividades durante los meses de agosto y septiembre en busca de lugares y momentos en que hubieran estado juntos. Ya que los participantes no podrían hablar nunca más, la cosa no sería fácil. Si su encuentro había sido un secreto entre los cuatro, algo de lo que no tenían idea ni sus padres ni sus amigos, ¿cómo lo iba a descubrir? Pero estaba seguro de que aquellos cuatro jóvenes tenían algún vínculo, algún lugar o alguna fecha.

Sentado frente a su ordenador, Asakawa expulsó de su mente el virus desconocido. Necesitaba pasar a limpio las notas que acababa de tomar y resumir el contenido del cásete que había grabado. Tenía que terminar el artículo hoy. Mañana domingo, él y su esposa, Shizu, iban a visitar a la hermana de ella, Yoshimi Oishi. Quería ver con sus propios ojos el lugar donde había muerto Tomoko y sentir en sus propias carnes la atmósfera que quedaba allí. Su mujer había aceptado ir a Honmoku para consolar a su afligida hermana mayor. No podía imaginar la verdadera motivación de su marido.

Asakawa empezó a teclear en su ordenador antes de pensar un enfoque como era debido para el artículo.

Hacía un mes que Shizu no veía a sus padres. Desde la muerte de su nieta Tomoko, estos iban siempre que podían a Tokio desde su casa en Ashikaga, no solamente para consolar a su hija sino también para ser consolados. Shizu no se había dado cuenta hasta hoy. Se le partió el corazón al ver las caras pálidas y angustiadas de sus ancianos padres. Antes tenían tres nietos: Tomoko, la hija de su hija mayor; Kenichi, el hijo de su segunda hija, Kazuko; y Yoko, la hija de Shizu. Un nieto por cada una de sus tres hijas: no era muy habitual. Tomoko había sido su primera nieta y cada vez que la veían se les arrugaba la cara de alegría. Les gustaba mimarla. Ahora estaban tan deprimidos que era imposible decir quién estaba más compungido, los padres o los abuelos.

«Supongo que los nietos significan mucho». Shizu acababa de cumplir los treinta. Lo único que podía hacer para entender cómo debía de sentirse su hermana era ponerse en su lugar e imaginar cómo se sentiría si perdiera a su hija. Pero la verdad era que no había forma de comparar a su hija Yoko, que solamente tenía un año y medio, con Tomoko, que había muerto a los diecisiete. No podía entender que el amor por su hija crecería con cada año que pasaba.

En algún momento pasadas las tres de la tarde, sus padres empezaron a prepararse para regresar a Ashikaga.

Shizu apenas podía contener la sorpresa. ¿Cómo era posible que su marido, que siempre protestaba y decía que estaba muy ocupado, hubiera sugerido aquella visita a casa de su hermana? El mismo marido que se había saltado el funeral de la pobre chica afirmando que tenía que entregar un artículo. Y ahora era casi hora de cenar y no manifestaba ninguna intención de marcharse. Solamente había visto unas pocas veces a Tomoko y probablemente no había tenido ninguna conversación larga con ella. Seguramente no era el recuerdo de la muerte lo que le impedía marcharse.

Shizu le dio un golpecito a Asakawa en la rodilla y le susurró al oído:

—Cariño, probablemente ya es hora...

—Mira a Yoko. Tiene sueño. Tal vez habría que ver si podemos conseguir que duerma un rato aquí.

Habían traído a su hija con ellos. Normalmente aquella era su hora de irse a dormir. Estaba claro, Yoko había empezado a parpadear como cuando tenía sueño. Pero si la

dejaban dormir allí, tendrían que pasar por lo menos dos horas más en la casa. ¿De qué más podían hablar con su afligida hermana y con el marido de esta durante otras dos horas?

—Puede dormir en el tren, ¿no te parece? —dijo Shizu, bajando la voz.

—La última vez que lo intentamos se puso nerviosa y tuvimos un viaje a casa terrible. No, gracias.

Siempre que Yoko tenía sueño en medio de una multitud, se ponía increíblemente nerviosa. Agitaba los bracitos y las piernitas, berreaba con toda la fuerza de sus pulmones y en general les hacía la vida imposible a sus padres. Reñirla solamente empeoraba las cosas: no había más forma de calmarla que intentar ponerla a dormir. En aquellas ocasiones Asakawa era intensamente consciente de las miradas de la gente y también se ponía de mal humor, como si fuera la principal víctima de los berridos de su hija. Las miradas acusadoras del resto de pasajeros siempre le daban la sensación de estarse asfixiando.

Shizu prefería no ver a su marido en aquel estado, con las mejillas temblando de nerviosismo.

—Muy bien, si tú lo dices...

—Genial. A ver si la podemos poner a dormir arriba. Yoko estaba tumbada en el regazo de su madre, con los ojos medio cerrados.

—Voy a acostarla —dijo Asakawa, acariciando la mejilla de su hija con el dorso de la mano. Las palabras sonaban raras en él, que casi nunca ayudaba con el bebé. Tal vez había cambiado de actitud, ahora que acababa de presenciar la pena de unos padres que habían perdido a una hija.

—¿Qué te ha entrado hoy? Das un poco de miedo.

—No te preocupes. Parece que se va a dormir enseguida. Déjamela a mí.

Shizu le dio la niña.

—Gracias. Solamente es que me gustaría que fueras así todo el tiempo.

Mientras la trasladaban del regazo de su madre al de su padre, Yoko empezó a arrugar la cara, pero antes de tener tiempo para seguir, se quedó dormida. Asakawa subió las escaleras, acunando a su hija. El segundo piso consistía en dos habitaciones estilo japonés y la habitación de estilo occidental donde había vivido Tomoko. Dejó a Yoko en el futón de la habitación de estilo japonés que daba al sur. Ni siquiera tuvo que quedarse con ella mientras se dormía. Ya estaba amodorrada y su respiración era regular.

Asakawa salió sigilosamente de la habitación, escuchó lo que pasaba en el piso de abajo y por fin entró en el dormitorio de Tomoko. Se sintió un poco culpable por invadir la intimidad de una chica muerta. ¿No era aquella la clase de cosa que aborrecía? Pero era por una buena causa: derrotar al mal. No había opción. Pero mientras lo pensaba, odiaba la forma en que siempre estaba dispuesto a hacerse con cualquier razón, por muy engañosa que fuera, para justificar sus acciones. Pero no es que fuera a escribir un artículo sobre el caso, protestó. Solamente estaba intentando averiguar dónde y cuándo habían estado juntos los cuatro. Lo sentía.

Abrió los cajones de la mesa de la chica. Solamente había el surtido habitual de artículos de escritorio, bastante bien ordenados. Tres fotos, una caja de quincalla, cartas, un cuaderno y un kit de costura. ¿Habrían registrado aquello sus padres después de que muriera? No lo parecía. Lo más probable era que la chica hubiera sido ordenada por naturaleza. Confiaba en encontrar un diario: eso le ahorraría mucho tiempo. «Hoy me he juntado con Haruko Tsuji, Takehiko Nomi y Shuichi Iwata y hemos...» Ojalá pudiera encontrar una entrada de diario así. Sacó un cuaderno de su estantería y lo hojeó. Encontró un diario muy de chica al fondo de un cajón, pero solamente había unas pocas anotaciones desgastadas, todas ellas de hacía mucho tiempo.

En la estantería situada junto al escritorio no había libros, solamente una caja de cosméticos roja floreada. Abrió el cajón. Un puñado de accesorios baratos. Un montón de pendientes desparejados: parecía que solía perder uno de cada pareja de pendientes que tenía. Un peine de bolsillo con varios cabellos negros todavía enredados.

Al abrir el armario empotrado, se le llenó la nariz del olor a chica adolescente. Estaba abarrotado de vestidos de colores y faldas en perchas. Era obvio que ni su cuñada ni el marido de esta habían decidido qué hacer con aquella ropa, que todavía tenía el olor de su hija. Asakawa no estaba seguro de qué pensarían si lo encontraran allí. El silencio era total. Su mujer y su cuñada todavía debían de estar hablando de algo. Asakawa registró uno por uno los bolsillos de toda la ropa del armario. Pañuelos, resguardos de entradas de cine,

envoltorios de chicle, servilletas de papel, la funda del pase del tren. Lo examinó: había un pase para el tramo entre Yamate y Tsurumi, un carnet de estudiante y otro carnet. Había un nombre escrito en el otro carnet: no sé cuántos Nonoyama. No estaba seguro de cómo pronunciarlos caracteres: ¿tal vez «Yuki»? Solamente por los caracteres no podía saber si se trataba de un hombre o de una mujer. ¿Por qué llevaba el carnet de otra persona en la funda de su pase? Oyó pasos que subían las escaleras. Se metió el carnet en el bolsillo, volvió a dejarla funda donde la había encontrado y cerró el armario. Salió al pasillo justo cuando su cuñada llegaba a lo alto de las escaleras.

—Lo siento, ¿hay un baño aquí arriba? —Fingió que estaba inquieto.

—Está al final del pasillo —No pareció sospechar nada—. ¿Está durmiendo Yoko como una niña buena?

—Sí, gracias. Siento molestarte.

—Oh, no, no es molestia.

Su cuñada hizo una pequeña reverencia y entró en la habitación de estilo japonés, con la mano en el cinturón del quimono.

En el baño, Asakawa sacó la tarjeta. «Centro Turístico Pacífico. Tarjeta de Socio», decía. Debajo ponía el nombre de Nonoyama, el número de socio y la fecha de expiración. Le dio la vuelta. Cinco condiciones, en letra pequeña, además del nombre de la empresa y la dirección. Centro Turístico Pacífico S.A., Kojimachi 3-5, distrito de Chiyoda, Tokio. Tel. (03) 261-4922. A menos que Tomoko hubiera encontrado aquella tarjeta o la hubiera robado, debía de haberla tomado prestada de aquel tal Nonoyama. ¿Por qué? Para usar los servicios del Centro Pacífico, por supuesto. Pero ¿qué servicios y cuándo?

No podía llamar desde la casa. Dijo que salía a comprar cigarrillos y corrió a una cabina. Marcó el número.

—Centro Turístico Pacífico, ¿en qué puedo ayudarle? —Era la voz de una mujer joven.

—Me gustaría saber qué servicios puedo usar con un carnet de socio.

La voz no respondió de inmediato. Tal vez tenían tantos servicios disponibles al público que no podía hacer una lista de todos.

—O sea... Quiero decir... Por ejemplo, si fuera desde Tokio y pasara una noche —añadió.

Si hubieran ido todos juntos dos o tres noches aquello habría llamado la atención. El hecho de que no hubiera aparecido nada hasta el momento indicaba que probablemente sólo habían ido una noche. Probablemente a Tomoko le resultara fácil mentir a sus padres y pasar una noche fuera de casa diciendo que estaba en casa de una amiga.

—Tenemos una amplia gama de servicios en nuestra Tierra Pacífica de Hakone Sur —dijo, en tono eficiente.

—Concretamente, ¿qué clase de actividades recreativas ofrecen allí?

—Tenemos instalaciones de golf, tenis y terrenos de caza y pesca, señor. Además de piscina.

—¿Y también tienen alojamientos?

—Sí, señor. Además de un hotel, Tierra Pacífica tiene la comunidad de bungalows de alquiler Ciudad de los Chalets. ¿Quiere que le envíe nuestro folleto?

—Sí, por favor —Fingió ser un cliente potencial, confiando que así podría sacar más información de ella—. ¿El hotel y los bungalows están abiertos al público en general?

—Sí, señor, a precios de no socios.

—Ya veo. ¿Puede darme el número de teléfono? Tal vez me acerque a echar un vistazo.

—Puedo hacerle una reserva ahora mismo, si lo desea...

—No, yo, eh, tal vez me acerque por allí en coche y me dé por echar un vistazo... ¿Puede darme el número de teléfono?

—Un momento, por favor.

Mientras esperaba, Asakawa sacó una libreta y un bolígrafo.

—¿Está listo?

La mujer regresó y dictó dos números de teléfono de once dígitos. Los códigos de zona eran largos, como pasa en las áreas rurales. Asakawa los apuntó.

—Tenemos instalaciones similares en el lago Hamana y en Hamajima, en la prefectura de Mié.



Demasiado lejos. A unos estudiantes no les llegaría el dinero.

Luego la mujer empezó a recitar todas las fabulosas ventajas de hacerse socio del Club Turístico Pacífico. Asakawa escuchó un momento por cortesía antes de cortarla.

—Muy bien. Estoy seguro de que el resto lo veré en el folleto. Le doy mi dirección para que me lo envíe.

Le dio su dirección y colgó. Escuchar su discurso corporativo ya estaba empezando a disuadirle de hacerse socio, aun en el caso de que se lo hubiera podido permitir.

Hacía más de una hora que Yoko se había ido a dormir y los padres de Shizu ya habían regresado a Ashikaga. Shizu estaba en la cocina fregando los platos para su hermana, que todavía era propensa a derrumbarse por cualquier cosa. Asakawa la ayudó con brío a llevar los platos a la sala de estar.

—¿Qué te pasa hoy? Haces cosas raras —dijo Shizu, sin dejar de fregar los platos—. Has puesto a dormir a Yoko y estás ayudando en la cocina. ¿Estás cambiando de actitud? Espero que sea en firme.

Asakawa estaba enfrascado en sus pensamientos y no quería que lo molestaran. Deseaba que su mujer hiciera honor a su nombre, que quería decir «silenciosa». La mejor manera de cerrarle la boca a una mujer era no responderle.

—Ah, por cierto, ¿le has puesto un pañal antes de meterla en la cama? No queremos que ensucie las sábanas de una casa ajena.

Asakawa no mostró ningún interés. Se limitó a mirar las paredes de la cocina. Allí era donde había muerto Tomoko. Cuando la encontraron tenía cristales rotos y un charco de Coca-Cola alrededor. El virus debía de haberla atacado mientras se estaba bebiendo un vaso de Coca-Cola de la nevera. Asakawa abrió la nevera, imitando los movimientos de Tomoko. Se imaginó que tenía un vaso en la mano y fingió que bebía.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Shizu lo estaba mirando, boquiabierta. Asakawa continuó a lo suyo: siguió fingiendo que bebía y miró detrás de su espalda. Cuando se giró, se encontró delante una puerta de cristal que separaba la cocina de la sala de estar. La puerta reflejaba la luz fluorescente de encima del fregadero. Tal vez porque todavía era de día y la sala de estar estaba bañada de luz, solamente reflejaba la luz fluorescente y no las expresiones de la gente que había en la cocina. Si el otro lado del cristal estuviera a oscuras, y dentro de la cocina hubiera luz, tal como debió de pasar aquella noche mientras Tomoko estaba aquí... Aquella puerta de cristal sería un espejo y reflejaría lo que estaba pasando en la cocina. Reflejaría la cara de Tomoko, crispada en una mueca de terror. Asakawa casi pensaba ya en el cristal como en un testigo presencial de todo lo sucedido. El cristal podía ser transparente o reflectante, dependiendo del juego de luz y oscuridad. Asakawa estaba acercando la cara al cristal, como si este lo atrajera, cuando su mujer le dio un golpecito en la espalda. En aquel preciso momento oyeron llorar a Yoko en el piso de arriba. Se había despertado.

—Yoko se ha despertado.

Shizu se secó las manos con un trapo. Su hija no solía llorar tan fuerte cuando se despertaba. Shizu subió a toda prisa al piso de arriba.

Mientras estaba saliendo de la cocina, entró Yoshimi. Asakawa le dio el carnet que había encontrado.

—Esto estaba debajo del piano —dijo en tono despreocupado, y esperó la reacción de ella.

Yoshimi cogió el carnet y le dio la vuelta.

—Qué raro. ¿Qué hacía esto aquí? —Inclinó la cabeza, perpleja.

—¿No te parece que alguna amiga se lo podría haber prestado a Tomoko?

—Nunca he oído hablar de esta persona. No creo que tuviera ninguna amiga que se llamara así —Yoshimi miró a Asakawa con preocupación exagerada—. Mierda. Esto parece importante. Te lo juro, esa chica...

Se le quebró la voz. Hasta el detalle más insignificante podía poner en marcha las ruedas de la pena. Asakawa vaciló, pero finalmente le preguntó:

—¿Fue alguna vez Tomoko... con sus amigos a pasar las vacaciones de verano en este lugar?

Yoshimi negó con la cabeza. Confiaba en su hija. Tomoko no era de esas chicas que mentían cuando decían que se quedaban a pasar la noche en casa de una amiga. Además, había estado estudiando para los exámenes. Asakawa entendía cómo se sentía Yoshimi.

Decidió no hacer más preguntas sobre Tomoko. Ninguna alumna de instituto con exámenes en ciernes les contaría a sus padres que iba a alquilar un bungalow con su novio. Mentiría y diría que iba a estudiar a casa de una amiga. Sus padres no se enterarían nunca.

—Encontraré al propietario y se lo devolveré.

Yoshimi inclinó la cabeza en silencio, luego su marido la llamó desde la sala de estar y ella salió apresuradamente de la cocina. El padre compungido estaba sentado delante del altar budista recién instalado, hablando con la fotografía de su hija. Su voz era asombrosamente jovial y Asakawa se deprimió. Era obvio que estaba negando la realidad. Asakawa solamente podía rezar porque el hombre saliera adelante.

Asakawa había descubierto una sola cosa. Si aquel o aquella Nonoyama había prestado realmente su carnet de socio a Tomoko, al enterarse de su muerte se habría puesto en contacto con los padres de ella. Pero la madre de Tomoko no sabía nada del carnet. Aunque el carnet correspondiera al miembro de una familia de socios, la tarifa era lo bastante cara como para que Nonoyama no se conformara con dar su carnet por perdido. Así pues, ¿qué significaba aquello? Esto es lo que se imaginó Asakawa: que Nonoyama le había prestado la tarjeta a alguno de los otros tres: a Iwata, a Tsuji o a Nomi. Por alguna razón había llegado a manos de Tomoko y así habían acabado las cosas. Nonoyama se habría puesto en contacto con los padres de la persona a quien se lo hubiera prestado.

Los padres habrían registrado las pertenencias de su hijo o su hija. No habrían encontrado el carnet. Porque el carnet estaba aquí. Si Asakawa se ponía en contacto con las familias de las otras tres víctimas, podría averiguar la dirección de Nonoyama. Tenía que llamar de inmediato, aquella misma noche. Si no podía encontrar una pista por ese camino, no era probable que el carnet le proporcionara un medio para descubrir cuándo y dónde habían estado los cuatro juntos. En todo caso, quería verse con Nonoyama y escuchar lo que él o ella tuviera que decir. Si no le quedaba otro remedio, siempre podía encontrar alguna forma de averiguar la dirección de Nonoyama gracias a su carnet de socio. Lo más probable era que preguntar directamente al Club Pacífico no le sirviera de nada, pero estaba seguro de que a sus contactos del periódico se les ocurriría alguna solución.

Alguien lo llamaba. Una voz lejana.

—Cariño... Cariño...

Era la voz nerviosa de su mujer mezclada con el llanto del bebé.

—Cariño, ¿puedes venir un momento?

Asakawa regresó a la realidad. De pronto no estaba seguro de qué había estado pensando todo ese tiempo. Su hija estaba llorando de una forma extraña. La impresión se acentuó mientras subía por las escaleras.

Asakawa salió de sus reflexiones olvidando todo lo que había estado pensando. De pronto se dio cuenta de que el ruido del llanto de su hija no era usual. Subió a toda prisa las escaleras temiendo que hubiera algún problema.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su mujer en tono acusador.

—Algo le pasa a Yoko. Creo que le ha pasado algo. La forma en que está llorando no suena igual que siempre. ¿Crees que está enferma?

Asakawa le puso la mano en la frente a Yoko. No tenía fiebre. Pero le temblaban las manitas. El temblor se le extendió a todo el cuerpo y empezó a tener convulsiones ocasionales en la espalda. La cara completamente roja y los ojos fuertemente cerrados.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Es porque se ha despertado y no había nadie con ella. A menudo la niña lloraba cuando se despertaba y no estaba su madre. Pero siempre se tranquilizaba cuando su madre acudía con ella y la cogía. Cuando los niños lloraban era porque intentaban pedir algo, pero ¿qué...? La niña intentaba decirles algo. No era que se estuviera portando mal. Tenía las manitas fuertemente cerradas delante de la cara... en gesto de pavor. Eso era todo. La niña estaba llorando de miedo. Yoko miró a otra parte y luego abrió un poco los puños: parecía que intentaba señalar algo. Asakawa miró en aquella dirección. Había una columna. Levantó la vista. A unos treinta centímetros del techo colgaba una máscara del tamaño de un puño, la máscara de una hannya: un demonio femenino. ¿Tenía la niña miedo de la máscara?

—Eh, mira —dijo Asakawa, señalando con la barbilla. Miraron simultáneamente la máscara y volvieron la cabeza lentamente para mirarse entre ellos.

—No puede ser... ¿la ha asustado el demonio? Asakawa se puso de pie. Bajó la máscara del demonio de la viga donde estaba colgada y la dejó boca abajo en el tocador. Donde Yoko no podía verla. De pronto la niña dejó de llorar.

—¿Qué te pasa, Yoko? ¿Te ha asustado ese demonio malo?

Ahora que lo entendía, Shizu parecía aliviada, y frotó felizmente su mejilla contra la de la niña. Asakawa no se quedó satisfecho tan fácilmente. Por alguna razón ya no quería estar en aquella habitación.

—Eh. Vamos a casa —apremió a su mujer.

Aquella tarde, tan pronto como llegaron a casa de regreso de casa de los Oishi, Asakawa llamó a los Tsuji, a los Nomi y a los Iwata, en ese orden. A todas las familias les preguntó si alguno de los conocidos de sus hijos se había puesto en contacto con ellos acerca del carnet de socio de un club turístico. La última persona con la que habló, la madre de Iwata, le dio una respuesta larga e intrincada:

—Llamó alguien que dijo que iba al colegio de mi hijo, un chico mayor que él, diciendo que le había prestado a mi hijo el carnet de socio de su club turístico y que si se lo podíamos devolver... Pero registré la habitación de mi hijo hasta el último rincón y no lo pude encontrar por ninguna parte. Desde entonces es una cosa que me tiene preocupada.

Asakawa pidió de inmediato el número de Nonoyama y lo llamó sin demora.

Nonoyama se había encontrado con Iwata en Shibuya el último domingo de agosto y le había prestado su carnet, tal como Asakawa había sospechado. Iwata le había dicho que quería ir con una chica de un instituto a la que estaba intentando ligarse. «Ya casi se han terminado las vacaciones de verano, ya sabes. Quiero disfrutarlas de verdad mientras duren porque si no no podré ponerme a estudiar en serio para los exámenes».

Nonoyama se rió al oír aquello. «Idiota, se supone que los alumnos de colegio secundario no tienen que hacer vacaciones de verano».

El último domingo de agosto había sido el 26: si se hubieran ido a pasar la noche a algún sitio, tendría que haber sido el 27, el 28, el 29 o el 30. Asakawa no sabía cómo funcionaban los colegios privados de secundaria, pero por lo menos en los institutos femeninos, el semestre de otoño empezaba el primero de septiembre.

Tal vez porque estaba cansada de pasar tanto tiempo en un lugar desconocido, Yoko se quedó dormida enseguida al lado de su madre. Cuando Asakawa acercó el oído a la puerta del dormitorio, las oyó a las dos profundamente dormidas y respirando con regularidad. Las nueve de la noche... Era la hora en que Asakawa se relajaba. Hasta que no se dormían su mujer y su hija, en aquel apartamento diminuto no había sitio para que se sentara a trabajar.

Asakawa sacó una cerveza de la nevera y se la sirvió en un vaso. Aquella noche tenía un sabor especial. Encontrar aquel carnet había sido un avance importante. Había bastantes probabilidades de que entre el 27 y el 30 de agosto, Shuichi Iwata y los otros tres hubieran pasado una noche en algún alojamiento perteneciente al Club Pacífico. El sitio más probable era la Ciudad de los Chalets de la Tierra Pacífica de Hakone Sur. Hakone Sur era la única propiedad del Club Pacífico que estaba lo bastante cerca como para ser un destino viable, y no se podía imaginar que un grupo de estudiantes pobres saliera y se quedara en un hotel. Probablemente habían usado el carnet de socio para alquilar uno de los bungalows a bajo precio. A los socios les costaba solamente cinco mil yenes la noche, lo cual significaba un poco más de mil por cabeza.

Tenía a mano el número de teléfono de la Ciudad de los Chalets. Dejó sus notas en la mesa. Lo más rápido sería llamar a recepción y preguntar si se había alojado allí un grupo de cuatro personas bajo el nombre de Nonoyama. Pero nunca se lo dirían por teléfono. Como es natural, cualquiera que hubiera ascendido dentro de la empresa hasta el puesto de encargado de los bungalows de alquiler estaría lo bastante entrenado como para saber que tenía el deber de proteger la privacidad de los clientes. Aunque revelara su cargo como reportero de uno de los principales periódicos y declarara con claridad sus razones para la investigación, el encargado nunca se lo diría por teléfono. Asakawa consideró la posibilidad de ponerse en contacto con la oficina local del periódico y conseguir que usaran un abogado con el que tuvieran contactos para ver el registro de clientes. La única gente a la que el encargado estaba obligado a enseñar el registro eran la policía y los abogados. Asakawa podía intentar hacerse pasar por uno u otro, pero probablemente lo

descubrirían de inmediato, y aquello comportaría problemas para el periódico. Era más seguro y eficaz usar los canales disponibles.

Pero eso requeriría por lo menos tres o cuatro días, y odiaba esperar tanto tiempo. Quería saberlo ahora. Estaba tan fascinado por el caso que no podía soportar esperar tres días. ¿En qué demonios iba a acabar todo aquello? Si era cierto que los cuatro jóvenes habían pasado una noche de finales de agosto en la Ciudad de los Chalets de la Tierra Pacífica de Hakone Sur, y si era cierto que aquella pista le permitiría resolver el enigma de sus muertes... ¿de qué podía tratarse al fin y al cabo? «Virus; virus». Se daba perfecta cuenta de que la única razón por la que lo consideraba un virus era para evitar que lo abrumara la idea de que detrás de todo se escondía alguna cosa misteriosa. Tenía sentido —hasta cierto punto— armarse con el poder de la ciencia para afrontar el poder de lo sobrenatural. No iba a conseguir nada si combatía algo que no entendía con palabras que no entendía. Tenía que traducir aquello que no entendía a palabras que sí entendiera.

Asakawa recordó el llanto de Yoko. ¿Por qué se había asustado tanto la niña al ver la máscara del demonio aquella tarde? De camino a casa en el tren, le había preguntado a su mujer:

—Oye, ¿le has estado enseñando a Yoko lo que son los demonios?

—¿Qué?

—Ya sabes, con libros ilustrados o algo así. ¿Le has estado enseñando a tener miedo de los demonios?

—Ni hablar. ¿Por qué iba a hacerlo?

La conversación terminó ahí. Shizu no volvió a pensar en ello, pero a Asakawa le preocupaba. Aquella clase de miedo solamente existía a un nivel profundo y espiritual. No era lo mismo que tener miedo de algo porque te habían enseñado a tenerlo. Desde que había descendido de los árboles, el hombre había vivido con miedo a alguna cosa. El trueno, los tifones, las bestias salvajes, las erupciones volcánicas, la oscuridad...

La primera vez que un niño experimenta el trueno y las centellas, siente un miedo instintivo. Eso era comprensible. Para empezar, el trueno es real. Existe de verdad. Pero ¿y los demonios? El diccionario decía que los demonios eran monstruos imaginarios o bien espíritus de gente muerta. Si Yoko había tenido miedo del demonio porque su aspecto daba miedo, entonces también debería tener miedo de las maquetas de Godzilla: después de todo, también las fabricaban para que dieran miedo. Yoko había visto una en el escaparate de unos grandes almacenes: una réplica muy bien hecha de Godzilla. En lugar de asustarse, la había mirado fijamente, con los ojos brillantes de curiosidad. ¿Cómo se explicaba aquello? Lo único que sabía a ciencia cierta era que Godzilla, no importaba cómo lo mirara uno, era un monstruo imaginario. «¿Qué pasaba entonces con los demonios...? ¿Es que solamente existen en Japón? No, hay otras culturas que también los tienen. Diablos...» La segunda cerveza no sabía tan buena como la primera. «¿Hay algo más que asusta a Yoko? Sí, eso tiene que ser. La oscuridad. La oscuridad le da un miedo terrible. Nunca jamás entra sola en una habitación a oscuras. Yoko, hija del sol». Pero la oscuridad también existía, era el polo opuesto de la luz. En aquel mismo instante, Yoko estaba dormida en brazos de su madre, en una habitación a oscuras.

## SEGUNDA PARTE

### TIERRAS ALTAS

11 de octubre, jueves La lluvia había arreciado y Asakawa puso los limpiaparabrisas al máximo. El tiempo en Hakone cambiaba sin previo aviso. En Odawara el cielo había estado despejado, pero cuanto más ascendía, más húmedo era el aire, y a medida que se acercaba al puerto de montaña se fue encontrando con más bolsas de viento y lluvia. Si fuera de día, habría podido adivinar el tiempo que hacía en las montañas gracias al aspecto de las nubes que rodeaban el monte Hakone. Pero era de noche y estaba concentrado en lo

que aparecía ante el haz de luz de sus faros. Hasta que detuvo el coche y miró al cielo no se dio cuenta de que las estrellas habían desaparecido. Cuando cogió el tren-bala de Kodama en la estación de Tokio, la ciudad todavía estaba envuelta en la luz crepuscular. Cuando alquiló el coche en la estación de Atami, la luna todavía asomaba de forma intermitente por los resquicios entre las nubes. Pero ahora las gotitas minúsculas de lluvia que antes flotaban frente a sus faros se estaban convirtiendo en todo un chaparrón que aporreaba el parabrisas.

El reloj digital que había sobre el indicador de velocidad decía que eran las 7.32 h. Asakawa calculó rápidamente cuánto había tardado en llegar hasta allí. Había cogido el tren en Tokio a las 5.16 h y había llegado a Atami a las 6.07 h. Para cuando salió por las puertas y terminó el papeleo de la agencia de alquiler de coches ya eran las 6.30 h. Se paró en un mercado y compró dos paquetes de fideos instantáneos y un botellín de whisky. Y se hicieron las siete mientras se orientaba por aquel laberinto de calles de dirección única y salía de la ciudad.

Delante de él apareció un túnel, con la entrada flanqueada de luces brillantes de color naranja. Al otro lado, justo después de entrar en la autopista Atami-Kannami, tendría que empezar a ver letreros de la Tierra Pacífica de Hakone Sur. El largo túnel lo llevaría a la cresta de Tanna. Al entrar en el túnel, el ruido del viento cambió. Al mismo tiempo, su carne, el asiento del pasajero y todo lo demás que había dentro del coche quedó bañado en luz naranja. Notó que su calma se desvanecía y que se le ponía el vello de punta. No había ningún coche viniendo en dirección contraria. Los limpiaparabrisas chirriaban al frotar el cristal ahora seco. Los apagó. Llegaría a su destino sobre las ocho. No le apetecía pisar a fondo el acelerador, aunque la carretera estaba vacía. El lugar al que se dirigía le producía un terror inconsciente.

A las 4.20 h de aquella tarde, Asakawa había visto salir un fax de la máquina de la oficina. Era una respuesta de la oficina del periódico de Atami, y él esperaba que contuviera una copia del registro de clientes la Ciudad de los Chalets entre el 27 y el 30 de agosto. Al verlo bailó de alegría. Su presentimiento era cierto. Había cuatro nombres que reconocía: Nonoyama, Tomoko Oishi, Haruko Tsuji y Takehiko Nomi. Los cuatro habían pasado la noche del 29 en el bungalow B-4. Era obvio que Shuichi Iwata había usado el nombre de Nonoyama. Así puso saber dónde y cuándo habían estado juntos los cuatro: el miércoles 29 de agosto en la Tierra Pacífica de Hakone Sur, en el bungalow B-4 de la Ciudad de los Chalets. Exactamente una semana antes de sus misteriosas muertes.

Sin perder un minuto había cogido el auricular, había llamado a la Ciudad de los Chalets y había hecho una reserva para aquella misma noche en el bungalow B-4. Lo único que tenía que hacer al día siguiente era asistir a una reunión de plantilla a las once. Podía pasar la noche en Hakone y llegar a tiempo sin problemas.

«Bueno, ya está. Voy para allí. A la escena de los hechos». Estaba ansioso. Ni en sus sueños más descabellados podría haber imaginado lo que le esperaba allí.

Nada más salir del túnel se encontró un peaje, y mientras pagaba los trescientos yenes le preguntó al empleado:

—¿Se va por aquí a la Tierra Pacífica de Hakone Sur?

Sabía muy bien que sí. Había comprobado muchas veces el mapa. Tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que no veía a otro ser humano, y algo en su interior quería hablar.

—Hay un letrero más adelante. Gire a la izquierda.

Cogió su recibo. Con tan poco tráfico, apenas parecía que valiera la pena tener a alguien metido allí. ¿Cuánto tiempo planeaba estar aquel tipo dentro de aquella garita de peaje? Asakawa no mostró ninguna intención de seguir su camino y el hombre empezó a mirarlo con recelo. Asakawa se obligó a sonreír y arrancó lentamente.

El placer que había sentido unas horas antes al establecer un momento y un lugar comunes a las cuatro víctimas se había marchitado y había muerto. Las caras de los cuatro parpadeaban dentro de su cabeza. Habían muerto exactamente una semana después de alojarse en la Ciudad de los Chalets. «Ahora es el momento de dar marcha atrás», parecían decirle con una sonrisa maliciosa. Pero no podía dar media vuelta. En primer lugar, su instinto de reportero se había despertado. Por otro lado, no era posible negar que le daba miedo ir allí solo. Si hubiera llamado a Yoshino, lo más probable era que hubiera venido a toda prisa, pero tener a un colega con él no le parecía muy buena idea. Asakawa ya había



apuntado sus progresos hasta el momento y los había guardado en un disquete. Lo que quería era a alguien que no fuera por ahí entorpeciendo su investigación, sino que se limitara a ayudarlo en sus objetivos... Y la verdad, tenía a alguien en mente. Conocía a un solo hombre que estaría dispuesto a acompañarle por pura curiosidad. Era profesor a tiempo parcial en una universidad, así que tenía mucho tiempo libre. Era el tipo adecuado. Pero era... especial. Asakawa no estaba seguro de cuánto tiempo podría aguantarlo a causa de su forma de ser.

Allí, en la ladera de la montaña, estaba el letrero de la Tierra Pacífica de Hakone Sur. No había luces de neón, solamente un panel blanco con letras negras. Si hubiera estado mirando a otra parte mientras sus faros lo iluminaban, lo habría pasado por alto. Asakawa salió de la autopista y empezó a subir una carretera rural que pasaba por entre campos en terraza. La carretera parecía tremendamente estrecha para ser la entrada de un complejo turístico, y en su soledad Asakawa tuvo visiones en las que el camino terminaba abruptamente en medio de la nada. Tuvo que aminorar la velocidad para tomar las curvas cerradas y oscuras de la carretera. Confiaba en no encontrar a nadie que viniera en dirección contraria: no había sitio para que pasaran dos coches.

En algún momento había amainado la lluvia, aunque Asakawa acababa de darse cuenta. La mecánica climática parecía distinta a uno y otro lado de la cresta de Tanna.

En cualquier caso, la carretera no terminaba de repente, sino que seguía subiendo y subiendo. Al cabo de un rato empezó a ver casas de veraneo dispersas a un lado y otro de la carretera. Y de pronto la carretera se ensanchó a dos carriles, la superficie mejoró drásticamente y aparecieron unas farolas elegantes en los recodos. El cambio asombró a Asakawa. En cuanto entró en los terrenos de Tierra Pacífica se encontró unas instalaciones de lujo. ¿Cómo se explicaba entonces el camino diminuto que llevaba hasta aquí? El maíz y las hierbas que invadían la carretera la estrechaban todavía más y aumentaban su nerviosismo ante lo que podía aparecer en la siguiente curva cerrada.

El edificio de tres pisos situado al otro lado del espacioso aparcamiento hacía las veces de centro de información y restaurante. Sin pensarlo dos veces, Asakawa aparcó delante del vestíbulo y fue al mostrador. Se miró el reloj: las ocho clavadas. Puntualidad perfecta. Oyó un ruido de pelotas botando procedente de alguna parte. Había cuatro pistas de tenis debajo del centro de información, con varias parejas esforzándose al máximo bajo las luces amarillentas. Era sorprendente que estuvieran ocupadas las cuatro pistas. Asakawa no podía imaginar qué llevaba a la gente a subir hasta allí a las ocho de la noche de un jueves en pleno octubre solamente para jugar a tenis. Bastante por debajo de las pistas de tenis vio las luces lejanas de las ciudades de Mishima y Numazu, brillando en la oscuridad. El vacío de más allá, negro como el carbón, era la bahía de Tago.

Entró en el centro de información y se encontró el restaurante directamente delante. La pared exterior era de cristal, así que pudo ver el interior. Y así es como Asakawa se llevó otra sorpresa. El restaurante cerraba a las ocho, pero todavía estaba lleno de familias y de grupos de mujeres jóvenes. Inclino la cabeza con expresión de asombro. ¿De dónde había salido toda aquella gente? No se podía creer que todos hubieran venido por la misma carretera por la que él había llegado. Tal vez él no había tomado la ruta de acceso principal. En alguna otra parte debía de haber una carretera más amplia e iluminada. Pero él había seguido la ruta que le había indicado la chica con la que había hablado por teléfono.

«Llegue hasta la mitad de la carretera de Atami a Kannami y gire a la izquierda. Desde allí suba la montaña». Y eso mismo había hecho Asakawa. Era inconcebible que hubiera otra salida de aquel sitio.

Asintió cuando le dijeron que ya estaba cerrada la cocina y entró en el restaurante. Bajo sus amplios ventanales, un jardín meticulosamente cuidado descendía suavemente en medio de la oscuridad en dirección a las ciudades. La luz del interior era premeditadamente tenue, probablemente para que los clientes pudieran disfrutar la vista de las luces lejanas. Asakawa paró a un camarero que pasaba y le preguntó dónde podía encontrar la Ciudad de los Chalets. El camarero señaló en dirección al vestíbulo de entrada por el que acababa de pasar Asakawa.

—Siga el camino de la derecha unos doscientos metros y verá la oficina.

—¿Hay aparcamiento?

—Puede aparcar delante de la oficina.

No tenía más misterio. Si hubiera seguido adelante en lugar de pararse allí, lo habría encontrado por sí mismo. Asakawa podía analizar más o menos por qué se había sentido atraído hacia aquel edificio moderno hasta el punto de irrumpir en el restaurante. Le resultaba vagamente reconfortante. Durante todo el camino se había imaginado cabanas oscuras y primitivas —el escenario perfecto para una historia de la serie Viernes 13— y aquel edificio no se parecía en nada a esas visiones. Al afrontar aquella prueba de que el poder de la ciencia moderna también funcionaba allí, se sintió tranquilizado y fortalecido. Las únicas cosas que lo preocupaban eran el mal estado de la carretera que comunicaba aquel lugar con el mundo inferior y el hecho de que a pesar de ello hubiera tanta gente jugando a tenis y disfrutando de su cena. No estaba seguro de por qué le preocupaba exactamente aquello. Simplemente ocurría que por alguna razón ninguno de los presentes parecía muy... verosímil.

Como las pistas de tenis y el restaurante estaban abarrotados, debería poder oír también las voces joviales de la gente de los bungalows. Eso era lo que esperaba. Pero de pie en un extremo del aparcamiento, solamente pudo distinguir media docena de los diez bungalows construidos entre los árboles dispersos por la suave ladera. Debajo todo estaba inmerso en la oscuridad del bosque, más allá de la penumbra de las farolas, a la que no se sumaba ninguna luz procedente de los bungalows. El B-4, donde iba a pasar la noche Asakawa, parecía estar en la frontera entre la oscuridad y la zona iluminada: lo único que pudo ver era la parte superior de la puerta.

Asakawa dio la vuelta hasta la entrada, abrió la puerta de la oficina y entró. Oía un televisor, pero no había rastro de nadie. El encargado estaba en una sala de estilo japonés en la parte de atrás, a la izquierda, y no había visto a Asakawa. El mostrador estaba en medio del campo visual de Asakawa y no le dejaba ver la sala. El encargado parecía estar viendo una película americana o un vídeo, no un programa de televisión. Asakawa oyó diálogos en inglés mientras veía el parpadeo de la pantalla reflejado en el cristal de un armario de la recepción. El armario empotrado estaba lleno de cintas de vídeo, cada una en su estuche. Asakawa colocó las manos en el mostrador y habló en voz alta. Un hombre menudo de sesenta y tantos años asomó de inmediato la cabeza e hizo una reverencia:

—Ah, bienvenido.

Debía de ser el mismo hombre que le había mostrado tan alegremente el registro de clientes al tipo de la oficina de Atami y al abogado, pensó Asakawa mientras le devolvía una sonrisa cordial.

—Tengo una reserva a nombre de Asakawa.

El hombre abrió su cuaderno y confirmó la reserva.

—Está usted en el B-4. ¿Puede escribir aquí su nombre y dirección?

Asakawa escribió su nombre verdadero. Acababa de devolverle el carnet a Nonoyama así que no podía usarlo.

—¿Está usted solo?

El encargado levantó la vista hacia Asakawa, con expresión de recelo. Nunca había tenido a ningún cliente que viniera solo. Teniendo en cuenta las tarifas para no socios, a una persona sola le salía más barato quedarse en el hotel. El encargado le dio un juego de sábanas y se volvió hacia el armario.

—Si quiere, puede coger prestada una película. Tenemos la mayor parte de los títulos populares.

—Ah, ¿alquilan vídeos?

Asakawa examinó despreocupadamente los títulos de los vídeos que cubrían toda la pared. En busca del arca perdida, La guerra de las galaxias, Regreso al futuro, Viernes 13. Todas las películas populares americanas, sobre todo de ciencia ficción. También había muchas novedades. Probablemente las cabinas las usaban mayoritariamente grupos de jóvenes. No hubo nada que le llamara la atención. Además, estaba claro que había venido a trabajar.

—Me temo que me he traído trabajo.

Asakawa recogió el ordenador portátil que había dejado en el suelo y se lo enseñó al encargado. Al verlo, el encargado pareció entender por qué había subido solo.

—¿Y hay vajilla y de todo? —dijo Asakawa, solamente para asegurarse.

—Sí. Use lo que quiera.

Lo único que necesitaba usar Asakawa, sin embargo, era una tetera para hervirse agua y echarla en sus fideos instantáneos. Cogió las sábanas y la llave de su bungalow que le dio el encargado. Este le dio instrucciones para encontrar el B-4 y luego le dijo, con una formalidad extraña:

—Está usted en su casa.

Antes de tocar el pomo de la puerta, Asakawa se puso unos guantes de goma. Los había traído para estar más tranquilo, como amuleto para protegerse del virus desconocido.

Abrió la puerta y pulsó el interruptor de la luz del recibidor. Paredes empapeladas, alfombra, sofá para cuatro personas, televisor y juego de comedor: todo era nuevo y todo estaba dispuesto de forma funcional. Asakawa se quitó los zapatos y entró. A un extremo de la sala de estar había un balcón y en el primer y segundo piso había pequeñas habitaciones de estilo japonés. La verdad es que era un poco excesivo para un cliente solo. Descorrió la cortina de encaje y abrió la puerta corredera de cristal para que entrara el aire nocturno. La habitación estaba perfectamente limpia, como para frustrar sus expectativas. De pronto se le ocurrió que podía volverse a casa sin averiguar nada.

Entró en la habitación de estilo japonés contigua a la sala de estar e inspeccionó el armario. Nada. Se quitó la camisa y los pantalones de sport, colgó la ropa de calle en el armario y se puso una sudadera y unos pantalones de chándal. Luego fue al piso de arriba y encendió la luz de la habitación de estilo japonés. Estoy actuando como un niño, se dijo irónicamente. Antes de darse cuenta había encendido todas las luces del lugar.

Ahora que todo estaba lo bastante iluminado, abrió la puerta del baño, suavemente. Primero comprobó el interior y mientras estaba dentro dejó la puerta entreabierta. Aquello le recordó a sus rituales para ahuyentar el miedo cuando era niño. En las noches de verano le daba tanto miedo ir al baño solo que dejaba la puerta entreabierta y hacía montar guardia a su padre al otro lado. Detrás de una mampara de cristal esmerilado había una ducha bien cuidada. No había ni pizca de vapor y tanto la bañera como la zona de enfrente de la misma estaban completamente secas. Debía de hacer tiempo que allí no se alojaba nadie. Fue a quitarse los guantes de goma: se le pegaron a las manos sudorosas. La fría brisa de las tierras altas entró en la sala y movió las cortinas.

Asakawa llenó un vaso de hielo del congelador y lo llenó hasta la mitad del whisky que había comprado. Estaba a punto de rellenarlo con agua pero vaciló. Cerró el grifo y se convenció de que en realidad prefería tomarlo solo con hielo. No tenía valor para meterse en la boca nada de aquella habitación. Ya había sido lo bastante descuidado como para usar cubitos del congelador, pero le daba la impresión de que a los microorganismos no les gustaban ni el frío ni el calor extremos.

Se apoltronó en el sofá y encendió el televisor. La habitación se llenó de música: era algún nuevo ídolo del pop. Una cadena de Tokio estaba mostrando el mismo programa en aquel momento. Cambió de canal. Sin embargo, la verdad era que no quería ver nada, así que bajó el volumen y abrió su bolsa. Sacó una cámara de vídeo y la dejó en la mesa. Si pasaba algo extraño, quería tenerlo grabado. Dio un sorbo de whisky. No fue más que un poco, pero le infundió valor. Asakawa volvió a repasar mentalmente todo lo que sabía. Si no encontraba ninguna pista allí aquella noche, el artículo que estaba intentando escribir quedaría muerto y enterrado. Pero por otro lado, tal vez sería mejor así. Si no encontrar una pista comportaba no contagiarse del virus, bueno... Al fin y al cabo, tenía una mujer y una hija en las que pensar. No quería morir, y menos de forma extraña. Colocó los pies sobre la mesa.

«¿A qué esperas, entonces? —se preguntó a sí mismo—. ¿Es que no tienes miedo? Eh, ¿no deberías tener miedo? Puede que el ángel de la muerte esté viniendo a por ti».

Escrutó nerviosamente la sala. No podía fijar la mirada en un punto concreto de la pared. Le daba la sensación de que si lo hacía, sus miedos empezarían a asumir forma física mientras estaba mirando.

Entró un viento helado de fuera, más fuerte que antes. Cerró la ventana y cuando fue a correr las cortinas echó un vistazo casual a la oscuridad. El tejado del bungalow B-5 estaba directamente delante de él, y a su sombra la oscuridad era todavía más profunda. En el restaurante y en las pistas de tenis había mucha gente. Pero allí Asakawa estaba solo. Corrió las cortinas y se miró el reloj: las 8.56 h. No llevaba ni media hora en aquella habitación. Tenía la sensación de que había sido más de una hora. Pero el mero hecho de estar allí no era peligroso en sí mismo ni por sí mismo. Se esforzó por convencerse de eso

y por tranquilizarse. Al fin y al cabo, ¿cuánta gente debía de haber pasado por el B-4 en los seis meses que llevaban contruidos aquellos bungalows? Y tampoco habían muerto todos en circunstancias misteriosas. Solamente aquellos cuatro, según su investigación. Tal vez si escarbaba más, encontraría más víctimas, pero de momento parecía que solamente habían sido aquellas. Así pues, el mero hecho de estar allí no era el problema. El problema era lo que habían hecho allí.

«¿Y qué habían hecho allí?»

Asakawa reformuló sutilmente la pregunta: «¿Qué podían haber hecho allí?».

No encontró nada parecido a una pista: ni en el baño ni en la bañera ni en el armario ni en la nevera. Incluso poniendo por caso que hubiera habido algo, el encargado lo habría tirado al limpiar el lugar. Lo cual quería decir que, en lugar de quedarse allí sentado bebiendo whisky, tendría que estar hablando con el encargado. Eso le ahorraría tiempo.

Vació el primer vaso y se sirvió otro un poco más corto. No podía permitirse emborracharse. Puso mucho hielo y aquella vez lo rellenó con agua del grifo. Su sentido del peligro debía de haberse relajado un poco. De pronto se sintió tonto, robando tiempo al trabajo y subiendo hasta allí arriba. Se quitó las gafas, se lavó la cara y miró su imagen en el espejo. Tenía cara de estar enfermo. Tal vez ya había cogido el virus. Se bebió de un trago el whisky con agua que acababa de prepararse y se sirvió otro.

Al regresar del comedor, Asakawa vio un cuaderno en la estantería de debajo de la mesilla del teléfono. La portada decía: «Recuerdos». Lo hojeó por encima.

Sábado, 7 de abril.

Nonko no olvidará nunca el día de hoy. ¿Por qué? Es un s-e-c-r-e-t-o. Yuichi es maravilloso. ¡Je, je!

NONKO

Los hostales, las pensiones y esa clase de lugares solían tener cuadernos como aquel en las habitaciones, con el objeto de que los clientes pudieran escribir sus recuerdos e impresiones. En la página siguiente había un dibujo tosco de papá y mamá. Debía de haber sido un viaje familiar. Tenía fecha del 14 de abril: también sábado, claro:

Papá es gordo, mamá es gorda, así que yo soy gorda.

14 de abril.

Asakawa siguió pasando páginas. Notaba una fuerza que lo urgía a abrir el cuaderno por las últimas páginas, pero las siguió pasando en orden. Tenía miedo de que pudiera perderse algo si no seguía el orden cronológico.

No podía decirlo a ciencia cierta, ya que probablemente muchos clientes no habían escrito nada, pero le parecía que hasta principios de verano allí solamente se alojaba gente los sábados. Después el tiempo entre visitas se acortaba. A finales de agosto había un flujo continuo de entradas que se lamentaban del final del verano.

Lunes, 20 de agosto Otras vacaciones de verano que se han ido volando. Y han sido una mierda. ¡Que alguien me ayude! ¡Que alguien me rescate, pobre de mí! Tengo una moto de 400 cc. Y soy bastante guapo. ¡Una ganga!

A.Y.

Parecía que aquel tipo había decidido que el libro de invitados servía para anunciarse, tal vez para encontrar amigos por correspondencia. Parecía que mucha gente compartía sus ideas sobre el lugar. Cuando se quedaban parejas, sus entradas lo mostraban a las claras, mientras que cuando se quedaba gente sola, escribían sobre las ganas que tenían de encontrar un compañero.

Con todo, era una lectura interesante. Su reloj marcaba las nueve en punto.

Entonces pasó la página:

Jueves, 30 de agosto ¡Glups! Quedáis avisados: mejor que no la veáis a menos que tengáis agallas. U os arrepentiréis. (Risa maléfica.)

S.I.

Eso era lo único que decía el mensaje. El 30 de agosto era la mañana después de que se quedaran los cuatro allí. Las iniciales «S. I.», correspondían a «Shuichi Iwata». Su anotación en el cuaderno era distinta a todas las demás. ¿Qué quería decir? «Mejor que no la veáis». ¿A qué demonios se refería? Asakawa cerró el cuaderno de visitas y lo miró de lado. El lomo presentaba un ligero hueco por donde no cerraba del todo. Metió el dedo en el hueco y lo abrió por aquella página. «¡Glups! Quedáis avisados: mejor que no la veáis a menos que tengáis agallas. U os arrepentiréis. (Risa maléfica.) S. I.». Las palabras se



abalanzaron sobre él. ¿Por qué quería abrirse el cuaderno justo en aquella página? Lo pensó un momento. Tal vez los cuatro jóvenes habían abierto el cuaderno por aquella página y le habían puesto encima algo pesado. Y el peso había creado una fuerza que aún sobrevivía al intentar uno abrir el cuaderno por aquella página. Y tal vez lo que habían colocado encima de la página era aquella cosa que «era mejor no ver». Eso debía de ser.

Asakawa miró nervioso a su alrededor, registrando cada esquina de la estantería de debajo de la mesilla del teléfono. Nada. Ni un lápiz.

Se volvió a sentar en el sofá y siguió leyendo. La siguiente anotación tenía fecha del sábado, 1 de septiembre. Pero solamente hacía los comentarios habituales. No decía si el grupo de estudiantes que se habían alojado allí habían visto «aquello». Y ninguna de las páginas restantes lo mencionaba tampoco.

Asakawa cerró el cuaderno de visitas y encendió un cigarrillo. «Mejor que no la veáis a menos que tengáis agallas». Se imaginó que aquella cosa debía ser algo terrorífico. Abrió el cuaderno por una página al azar y apretó un poco sobre las páginas. Fuera lo que fuera debía de haber sido lo bastante pesado como para vencer la tendencia de las páginas a cerrarse. Un par de fotos de fantasmas, por ejemplo, no habrían bastado. Tal vez una revista semanal, un libro de tapa dura... En todo caso, algo que uno mirara. Tal vez le preguntaría al encargado si recordaba haber encontrado algo extraño en la cabina después de que se marcharan los clientes del 30 de agosto. No estaba seguro de que el encargado se acordara, pero imaginó que se acordaría si la cosa fuera lo bastante extraña. Asakawa empezó a ponerse de pie cuando le llamó la atención el aparato de vídeo que tenía delante. La tele seguía encendida. En la pantalla había una actriz famosa persiguiendo a su marido con una aspiradora. Un anuncio de electrodomésticos.

«Sí, una cinta de VHS habría sido lo bastante pesada como para mantener abierto el cuaderno, y es probable que hubieran tenido una a mano».

Todavía agachado, Asakawa apagó el cigarrillo. Recordó la colección de vídeos que había visto en la oficina del encargado. Tal vez simplemente hubieran visto una película de terror especialmente interesante y se les hubiera ocurrido recomendársela a los siguientes invitados: «Eh, esta es buena, miradla». Si eso era todo... Pero un momento. Si eso era todo, ¿por qué no había usado Shuichi Iwata el título de la película? Si quería decir a alguien que, por ejemplo, Viernes 13 era una película genial, ¿no habría sido más fácil decir que Viernes 13 era una película genial? No necesitaba molestarse en dejarla encima del cuaderno. Así que tal vez aquella cosa no tenía nombre, tal vez solamente la podían denominar con el pronombre «la».

«¿Y bien...? Vale la pena comprobarlo».

Ciertamente no tenía nada que perder, al menos mientras no apareciera ninguna otra pista. Además, sentarse allí y darle vueltas a la cabeza no lo estaba llevando a ninguna parte.

Asakawa salió del bungalow, subió los peldaños de piedra y abrió la puerta de la oficina.

Igual que antes, el encargado no estaba en el mostrador, solamente se oía el ruido del televisor en la habitación de atrás. El tipo se había jubilado de su trabajo en la ciudad y había decidido vivir sus últimos años rodeado por la Madre Naturaleza, de forma que se había puesto a trabajar como encargado en un complejo turístico, pero el trabajo había resultado ser mortalmente aburrido y ahora lo único que hacía todo el día era mirar vídeos. Así era como Asakawa interpretaba la situación del encargado. Antes de tener ocasión de llamarlo, sin embargo, el tipo arrastró los pies hasta la puerta y asomó la cabeza. Asakawa le dedicó una sonrisa de disculpa.

—He pensado que al final sí que cogeré un vídeo.

El encargado sonrió con alegría.

—Adelante, elija el que quiera. Vale trescientos yenes alquilar uno.

Asakawa ojeó los lomos en busca de películas de miedo. La leyenda de la casa infernal, El exorásta, La profecía. Las había visto todas en su época de estudiante. «¿Nada más?» Tenía que haber algo que no hubiera visto. Examinó la estantería de un lado a otro, pero no vio nada parecido a lo que buscaba. Volvió a empezar y leyó los títulos de cada uno del centenar aproximado de vídeos. Y entonces, en el estante de abajo, en la esquina más alejada, vio un vídeo sin estuche, caído de lado. El resto de cintas estaban metidas en carátulas con fotos y logos espectaculares, pero aquella no tenía ni etiqueta.



—¿Qué es eso de ahí?

Después de hacer la pregunta, Asakawa se dio cuenta de que había usado un pronombre, «eso», al señalar la cinta. Si no tenía título, ¿de qué otro modo iba a referirse a ella?

El encargado frunció el ceño con expresión preocupada y respondió, sin demasiada sagacidad.

—¿Eh? —Cogió la cinta—. ¿Esto? No es nada.

«Mmm... Me pregunto si este tipo tiene idea de qué hay en la cinta».

—¿La ha visto? ¿Ha visto esa? —preguntó Asakawa.

—Déjeme ver.

El encargado inclinó la cabeza varias veces, como si no pudiera imaginar qué hacía algo así en aquel lugar.

—Si no le importa, ¿puedo alquilar esa cinta?

En lugar de responder, el encargado se dio una palmada en la rodilla.

—Ah, ya me acuerdo. Estaba en uno de los bungalows. Supuse que sería una de las nuestras y la traje aquí, pero...

—¿No la encontraría por casualidad en el B-4, verdad? —preguntó Asakawa lentamente, llevando la conversación a su terreno.

El encargado se rió y negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Hace un par de meses.

Asakawa volvió a preguntar.

—¿Ha... visto usted este vídeo?

El encargado negó con la cabeza. La sonrisa desapareció de su cara.

—No.

—Bueno, déjeme alquilarla.

—¿Va a grabar usted algo de la tele?

—Sí, bueno, yo...

El encargado miró la cinta.

—Le han quitado la lengüeta, ¿ve? No se puede grabar.

Tal vez fuera el alcohol, pero Asakawa se estaba irritando. «Le digo que me la alquile, idiota. Démela de una vez», se quejó para sí mismo. Pero no importaba lo borracho que estuviera, Asakawa nunca conseguía tratar con dureza a la gente.

—Por favor, se la traigo enseguida.

Hizo una reverencia. El encargado no entendía por qué aquel cliente estaba tan interesado en aquella cinta vieja. Tal vez tenía algo interesante, algo que alguien se había olvidado de borrar... Ahora deseaba haberla visto cuando la encontró. Tuvo la tentación repentina de verla ahora, pero no podía negársela a un cliente que la acababa de pedir. El encargado le dio la cinta. Asakawa se llevó la mano a la cartera, pero el encargado levantó una mano para detenerlo.

—Tranquilo, no la tiene que pagar. No le puedo cobrar por algo así, ¿no?

—Muchas gracias. La devuelvo enseguida.

—Si resulta que es interesante, tráigala, sí, por favor.

Al encargado le había picado la curiosidad. Había visto todos los vídeos de la oficina una vez por lo menos, y la mayoría habían dejado de interesarle. ¿Cómo era que no había visto aquel? «Habría matado el rato. Bueno, pero lo más probable es que solamente tenga grabado un estúpido programa de televisión».

El encargado estaba seguro de que el vídeo regresaría enseguida a la estantería.

La cinta estaba rebobinada. Era una cinta normal y corriente de ciento veinte minutos, de las que se podían comprar en cualquier parte, y, tal como había señalado el encargado, le habían quitado las lengüetas de antigabado. Asakawa encendió el aparato de vídeo e introdujo la cinta. Se sentó con las piernas cruzadas y pulsó el botón de play. Oyó cómo empezaban a girar los cabezales. Tenía muchas esperanzas en que la clave que resolvería el enigma de las cuatro muertes estuviera en aquella cinta. Pulsó el botón de play con la intención de contentarse con una sola pista, la que fuera. No puede haber ningún peligro, pensaba. ¿Qué daño podía hacer el mero hecho de ver una cinta de vídeo?

En la pantalla parpadearon imágenes distorsionadas y sonidos aleatorios, pero en cuanto seleccionó el canal correcto, la imagen se estabilizó. Luego la pantalla se volvió negra como la tinta. Era la primera escena del vídeo. No había sonido. Se preguntó si la

cinta estaría rota y acercó la cara a la pantalla. «Quedáis avisados: mejor que no la veáis. U os arrepentiréis». Las palabras de Shuichi Iwata regresaron a su mente. ¿Por qué iba a arrepentirse? Asakawa estaba acostumbrado a aquellas cosas. Había cubierto las noticias locales. No importaba qué clase de imágenes horribles le enseñaran, estaba seguro de que no se arrepentiría de mirar.

En medio de la pantalla negra le pareció ver que empezaba a parpadear un puntito. Se expandió gradualmente, saltó a derecha e izquierda y por fin acabó posándose en el lado izquierdo. Luego se ramificó y se convirtió en un haz deshilachado de luces que reptaron como gusanos hasta convertirse en palabras. Pero no la clase de títulos que se veían en las películas. Aquellas palabras estaban nial escritas, como si las hubieran pintado con un pincel blanco sob're papel negro azabache. De alguna forma, sin embargo, consiguió entender lo que decían: «MIRAD HASTA EL FINAL». Una orden. Desaparecieron aquellas palabras y aparecieron flotando las siguientes. «SE os COMERÁN LOS PERDIDOS». La última palabra no tenía mucho sentido, pero que se te comieran no sonaba muy agradable. Parecía que aquellas palabras implicaban un «o bien». No apagues el vídeo a media cinta o te pasará algo terrible: era una amenaza.

«SE os COMERÁN LOS PERDIDOS...» Las palabras crecieron y devoraron todo el negro de la pantalla. Fue un cambio sin gradaciones, de negro a blanco lechoso. Era un color irregular y antinatural, y empezó a asemejarse a una serie de conceptos pintados sobre un lienzo, uno encima de otro. El inconsciente, retorciéndose, luchando, buscando una salida, saliendo a chorros: o tal vez era el latido de la vida. El pensamiento tenía energía y se saciaba bestialmente con la oscuridad. Lo más extraño era que no sentía ningún deseo de pulsar la tecla de stop. No porque no tuviera miedo de lo que fuera que se lo quería comer, sino porque aquella intensa emanación de energía resultaba agradable.

Algo rojo reventó sobre la pantalla monocroma. Al mismo tiempo notó que recorría el suelo un temblor procedente de una dirección imprecisa. El ruido parecía venir de todas partes y Asakawa empezó a imaginar que el bungalow entero estaba temblando. No le parecía que el ruido saliera de aquellos pequeños altavoces. El fluido rojo y viscoso explotó y empezó a fluir, ocupando ocasionalmente la pantalla entera. De negro a blanco y ahora rojo... No era más que una sucesión violenta de colores, todavía no había visto ninguna escena natural. Nada más que conceptos abstractos, que los colores brillantemente cambiantes grababan nítidamente en su cerebro. En realidad, resultaba fatigoso. Y entonces, como si la cinta hubiera leído la mente de su espectador, el rojo desapareció de la pantalla y en su lugar apareció, ensanchándose, la vista de una montaña. Pudo ver a simple vista que era un volcán de laderas no muy escarpadas. El volcán emitía bocanadas de humo blanco contra el cielo azul claro. La cámara parecía estar situada en algún punto al pie de la montaña, donde el suelo estaba cubierto de una lava marrón-negrusca.

Nuevamente la oscuridad inundó la pantalla. El cielo azul claro quedó instantáneamente teñido de negro, y luego, segundos más tarde, un líquido escarlata estalló en el centro de la pantalla y manó hacia abajo. Un segundo estallido. La espuma resultante ardió en tonos rojos y así pudo empezar a distinguir, vagamente, el contorno de la montaña. Las imágenes que antes habían sido abstractas ahora eran concretas. Estaba claro que aquello era una erupción volcánica, un fenómeno natural, una escena que podía explicarse. La lava fundida que fluía de la boca del volcán bajó avanzando por las quebradas y se dirigió hacia la pantalla. ¿Dónde estaba situada la cámara? A menos que fuera una toma aérea, parecía que la cámara estuviera a punto de ser devorada. El estruendo de la tierra aumentó hasta que la pantalla entera pareció quedar rodeada de roca fundida, luego la escena cambió bruscamente. Entre una escena y la siguiente no había continuidad, solamente saltos bruscos.

Aparecieron flotando unas letras negras y gruesas sobre un fondo blanco. Tenían los bordes difusos, pero de alguna forma consiguió distinguir el ideograma de «montaña». Estaba rodeado de borrones negros, como si lo hubieran escrito descuidadamente con un pincel embadurnado de tinta. Los caracteres eran inmóviles, la pantalla estaba tranquila.

Otro salto brusco. Un par de dados, rodando en el fondo redondeado de un cuenco de plomo. El fondo era blanco, el fondo del cuenco era negro y el número de uno de los dados era rojo. Los mismos tres colores que llevaba viendo todo el tiempo. Los dados rodaron en silencio y por fin se quedaron quietos: un uno y un cinco. El punto solitario y los cinco del otro dado estaban desplegados en las caras blancas de los dados. ¿Qué quería decir?

En la escena siguiente aparecía gente por primera vez. Una vieja con la cara llena de arrugas sentada en el borde de un par de esterillas de tatami colocadas sobre un suelo de madera. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y el hombro izquierdo un poco inclinado hacia delante. Estaba hablado despacio y mirando de frente. Tenía los ojos de tamaños distintos y cuando parpadeaba parecía que estuviera guiñando un ojo.

Hablaba en un dialecto poco familiar del que Asakawa solamente podía entender alguna palabra de vez en cuando: «... de salud... entonces... te pasas todo el tiempo... te cogerán... ¿Lo entiendes...? Ten cuidado con... Tendrás... Haz caso a tu abuela, que... No hace falta...».

La vieja dijo lo que tenía que decir con cara inexpresiva y se desvaneció. Hubo muchas palabras que Asakawa no entendió. Pero le daba la impresión de que le acababan de soltar un sermón. La vieja le estaba diciendo que tuviera cuidado con algo, le estaba advirtiendo. ¿Con quién estaba hablando aquella anciana, y sobre qué?

La cara de un recién nacido llenó la pantalla. Oyó el primer llanto de una criatura procedente de alguna parte. Aquella vez también estaba seguro de que no salía de los altavoces del televisor. Venía de muy cerca, de debajo mismo de su cara. Se parecía mucho a una voz real. En la pantalla vio que unas manos sostenían al bebé. La mano izquierda estaba debajo de su cabeza y la derecha debajo de su espalda, sosteniéndolo con cuidado. Eran unas manos preciosas. Totalmente absorbido por la imagen, Asakawa se sorprendió a sí mismo cogiéndose las manos en la misma posición. Oyó llorar a la criatura justo debajo de su barbilla. Sobresaltado, apartó las manos. Había sentido algo. Algo caliente y húmedo —como líquido amniótico o sangre— y el peso de carne. Asakawa sacudió las manos, como si estuviera apartando algo, y se acercó las palmas de las manos a la cara. Había quedado un olor. Un olor débil a sangre: ¿había salido del útero o...? Notaba las manos mojadas. Pero, en realidad, ni siquiera estaban húmedas. Volvió a mirar la pantalla. Todavía mostraba la cara del bebé. A pesar del llanto, tenía una expresión tranquila en la cara y el temblor de su cuerpo se había extendido a su entrepierna e incluso le agitaba la colita.

La siguiente escena: un centenar de caras humanas. Todas mostraban actitudes de odio y animosidad. No podía distinguir más emociones que aquellas. La miríada de caras, con aspecto de haber sido pintadas sobre una superficie plana, se fueron retirando gradualmente a las profundidades de la pantalla. Y a medida que las caras se volvían más pequeñas, el número total aumentaba, hasta formar una enorme multitud. Eran una extraña multitud, sin embargo —solamente existían de cuello para arriba—, pero el ruido que emanaba de ellas correspondía al de una multitud. Sus bocas estaban gritando algo, al mismo tiempo que se encogían y se multiplicaban. Asakawa no pudo entender muy bien lo que decían. Sonaba como el tumulto de una reunión multitudinaria, pero las voces estaban llenas de críticas y de insultos. Estaba claro que no eran unas voces amigables ni joviales. Por fin distinguió una palabra: «¡Mentiroso!».

Y otra: «¡Fraude!».

Para entonces tal vez había ya un millar de caras: se habían convertido en simples partículas negras que llenaban la pantalla hasta el punto de que parecía que el televisor estuviera apagado, pero las voces no callaban. Era más de lo que Asakawa podía soportar. Sentía que todas aquellas críticas iban dirigidas hacia él.

Cambió la escena y la pantalla pasó a mostrar un televisor sobre una mesilla de madera. Era un televisor viejo de diecinueve pulgadas con un selector de canales redondo y una antena interior apoyada en el mueble de madera. No era una obra dentro de una obra, sino una tele dentro de una tele. El televisor de dentro todavía no tenía nada en la pantalla. Pero parecía encendido: la luz roja de al lado del selector de canales estaba encendida. Luego la pantalla dentro de la pantalla tembló. Se estabilizó y volvió a luego volvió a temblar, una y otra vez, cada vez más a menudo. Luego apareció un solo ideograma, borroso: sada. La palabra se volvió nítida, luego borrosa de nuevo, distorsionada, y empezó a parecer otra antes de desaparecer del todo, como tiza sobre una pizarra borrada con un trapo húmedo.

Mientras miraba, Asakawa empezó a tener problemas para respirar. Oía los latidos de su propio corazón, sentía la presión de la sangre que le fluía en las venas. Un olor, un contacto, un sabor agri dulce en la lengua. Era extraño: algo estaba estimulando sus cinco sentidos, algún medio distinto de los sonidos y las visiones que aparecían como si las estuviera recordando de repente.

Luego apareció la cara de un hombre. A diferencia de las imágenes previas, aquel hombre estaba obviamente vivo. Mostraba un latido de vitalidad. Al verlo, Asakawa empezó a odiarlo. No era particularmente feo. Tenía la frente un poco hundida pero aparte de eso la verdad es que era bastante bien parecido. Pero su mirada tenía algo peligroso. Era la mirada de una bestia al cernirse sobre su presa. El hombre tenía la cara sudorosa. Su respiración era entrecortada, su mirada se dirigía hacia arriba y su cuerpo se movía de forma rítmica. Detrás del hombre se erguían árboles dispersos, la luz vespertina brillaba detrás de sus ramas. El hombre bajó la vista y miró hacia delante de nuevo, hasta que su mirada se encontró con la del espectador. Asakawa y el hombre se miraron un momento. La sensación de asfixia aumentó y le vino el deseo de apartar la vista de allí. El hombre estaba babeando. Tenía los ojos inyectados en sangre. Los músculos de su cuello empezaron a llenar la pantalla en primer plano, luego desaparecieron por el margen izquierdo. Durante un momento solamente pudieron verse las sombras de los árboles. Empezó a elevarse un grito desde el fondo. Al mismo tiempo, el hombro del tipo volvió a aparecer en escena, luego su cuello y por fin otra vez su cara. Tenía los hombros desnudos y el derecho mostraba un corte profundo y sanguinolento de varios centímetros de longitud. La cámara parecía absorber las gotas de sangre, cada vez más grandes, hasta que llegaron a la lente y empañaron la imagen. La imagen volvió a negro, una vez, dos veces, casi como si parpadeara, y al regresar la luz todo era rojo. El hombre tenía una mirada asesina. Su cara se acercó más, junto con su hombro, con el hueso asomando blanco allí donde le habían arrancado la carne. Asakawa sintió una violenta presión en el pecho. Volvió a ver árboles. El cielo daba vueltas. El cielo adquirió el color del crepúsculo y se oyó el susurro de la hierba seca. Vio tierra, luego hierbas y por fin otra vez el cielo. En alguna parte oyó el llanto de un bebé. No estaba seguro de si se trataba de la misma criatura de antes. Por fin, el borde de la pantalla se volvió negro y gradualmente la oscuridad rodeó un círculo en el centro. Ahora la luz y la oscuridad estaban claramente definidas. En el centro de la pantalla, una luna pequeña y redonda flotaba en medio de la oscuridad. En la luna había la cara de un hombre. Un puñado de algo cayó de la luna con un ruido sordo. Luego otro y luego otro. Con cada golpe, la imagen saltaba y se bamboleaba. Un ruido de carne aplastada y luego una oscuridad total. Incluso entonces, persistía un latido. La sangre seguía circulando y latiendo. La escena continuó más y más. Parecía que aquella oscuridad no iba a terminar nunca. Luego, igual que al principio, aparecieron unas palabras borrosas. La caligrafía de la primera escena era tosca, como la de un niño que acabara de aprender a escribir, pero ahora la escritura mejoró. Las letras blancas, que aparecieron flotando imprecisas y luego desaparecieron, decían: «Aquellos que hayan visto estas imágenes están condenados a morir a esta misma hora exactamente dentro de una semana. Si no desea usted morir, tiene que seguir estas instrucciones al pie de la letra...».

Asakawa tragó saliva y se quedó mirando el televisor con los ojos muy abiertos. Pero entonces la escena volvió a cambiar. Fue un cambio radical. Apareció un anuncio, un anuncio de televisión normal y corriente. Un vecindario viejo y romántico en un anochecer de verano, una actriz con un vestido ligero de algodón sentada en la galería de su casa y fuegos artificiales iluminando el cielo oscuro. Un anuncio de espirales repelentes de mosquitos. El anuncio terminó medio minuto después, y justo cuando iba a empezar otra escena, la pantalla regresó a su estado previo. Oscuridad y un último resplandor de palabras que se desvanecían. Luego un ruido de estática al acabarse la grabación.

Con los ojos saliéndosele de las órbitas, Asakawa rebobinó la cinta y volvió a pasar la última escena. Se repitió la misma secuencia: un anuncio interrumpió la parte más importante. Asakawa paró el vídeo y apagó el televisor. Pero no dejó de mirar la pantalla. Tenía la garganta seca.

—¿Qué demonios?

No había nada más que decir. Una escena ininteligible detrás de otra, y lo único que había entendido era que cualquiera que viera la cinta moriría exactamente en una semana. Y habían borrado con un anuncio la parte que explicaba cómo evitar aquel destino.

«¿Quién la ha borrado? ¿Los cuatro jóvenes?»

A Asakawa le tembló la mandíbula. De no haber sabido que los cuatro jóvenes habían muerto simultáneamente, habría considerado aquello una bobada total y se habría reído. Pero lo sabía. Habían muerto misteriosamente de acuerdo con aquella predicción.

En aquel momento sonó el teléfono. A Asakawa casi se le paró el corazón del susto. Levantó el auricular. Tenía la sensación de que había algo que se escondía, que lo miraba desde la oscuridad.

—Dígame —consiguió gruñir por fin.

No hubo respuesta. Algo giraba en un lugar negro y diminuto. Se oyó un rumor sordo, como si la tierra misma resonara, y le llegó un olor a tierra mojada. Notó frío en la oreja y se le erizaron los pelos de la nuca. Aumentó la opresión en su pecho y por los tobillos y por el espinazo le empezaron a subir bichos procedentes de las entrañas de la tierra que se aferraban a él. Desde el auricular le llegaron pensamientos incalificables y un odio largo tiempo incubado. Asakawa colgó el auricular de un golpe. Se tapó la boca y corrió al baño. Tenía escalofríos por toda la espalda y lo acometían oleadas de náusea: la cosa del otro lado de la línea no había dicho nada pero Asakawa sabía lo que quería. Era una llamada de confirmación.

«Ya lo has visto, ya sabes lo que quiere decir. Sigue las instrucciones o si no...»

Asakawa vomitó en el retrete. No tenía gran cosa que vomitar. Expulsó el whisky que había bebido hacía un rato, mezclado con bilis. El sabor amargo le llegó a los ojos e hizo que le saltaran las lágrimas. Le dolía la nariz. Pero sentía que si lo vomitaba todo en aquel momento, tal vez expulsaría también las imágenes que acababa de ver.

—¿Si no hago qué? ¡No lo sé! ¿Qué queréis que haga, eh? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Se sentó en el suelo del baño y gritó, intentando no dejarse vencer por su miedo.

—¡Esos cuatro chavales lo borraron, borraron la parte importante...! ¡No lo entiendo! ¡Necesito ayuda!

Lo único que podía hacer era inventar excusas. Asakawa se apartó del retrete, sin darse cuenta de lo terrible que era su aspecto, y examinó cada rincón de la sala, inclinando la cabeza en gesto de súplica hacia quienquiera que pudiera haber allí. No se dio cuenta de que estaba intentando dar lástima y despertar compasión. Se puso de pie, se enjuagó la boca en el lavabo y tragó un poco de agua. Notaba una brisa. Miró la ventana de la sala de estar. Las cortinas temblaban.

«Eh, creía que la había cerrado».

Estaba seguro de que antes de correr las cortinas había cerrado del todo la puerta corredera de cristal. Recordaba haberlo hecho. No podía parar de temblar. Sin ninguna razón, se le pasó por la cabeza la imagen de los rascacielos de noche, la forma en que sus ventanas iluminadas y no iluminadas formaban un dibujo parecido a un tablero de ajedrez, a veces incluso dibujaban caracteres. Si uno veía los edificios como lápidas enormes y alargadas, las luces eran los epitafios. La imagen desapareció, pero el aire seguía moviendo las cortinas blancas de encaje.

Frenético, Asakawa cogió la bolsa del armario y tiró dentro sus cosas. No podía quedarse allí ni un segundo más.

«No me importa lo que diga nadie, si me quedo aquí no pasaré de esta noche, no hablemos ya de una semana».

Sin dejar de sudar, caminó hasta el recibidor. Intentó pensar de forma racional antes de salir. «¡No huyas corriendo de miedo, intenta pensar en alguna forma de salvarte!» Un instinto de supervivencia instantáneo: regresó a la sala de estar y pulsó el botón para sacar la cinta del aparato. La cinta era su única pista, no podía dejarla atrás. Tal vez si descifraba el enigma de cómo estaban relacionadas las escenas podría salvarse. En cualquier caso, solamente le quedaba una semana. Miró su reloj: eran las 10.18 h. Estaba seguro de que había terminado de ver la cinta a las 10.04 h. De pronto el tiempo le parecía muy importante. Asakawa dejó la llave sobre la mesa y salió, dejando todas las luces encendidas. Corrió a su coche, sin pasar siquiera por la oficina, y metió la llave en el contacto.

«Esto no lo puedo hacer solo. Voy a tener que pedirle que me ayude». Mientras hablaba consigo mismo, Asakawa puso el coche en marcha, pero no pudo evitar mirar el retrovisor. No importaba lo mucho que pisara el pedal, parecía que no conseguía acelerar. Era como cuando te persiguen en un sueño y corres a cámara lenta. No paraba de mirar el retrovisor. Pero no podía ver por ninguna parte la sombra negra que lo perseguía.



## TERCERA PARTE

### RÁFAGAS

12 de octubre, viernes —Primero echemos un vistazo a este vídeo.

Ryuji Takayama sonrió al hablar. Estaban sentados en la segunda planta de una cafetería cerca del cruce de Roppongi. Viernes, 12 de octubre, 19.20 h. Hacía casi veinticuatro horas que Asakawa había visto el vídeo. Había elegido celebrar aquella reunión el viernes por la noche en Roppongi, el principal distrito de ocio de la ciudad, con la esperanza de que su terror se disipara en medio de las voces joviales de las chicas. Pero no parecía que su estrategia funcionara. Cuanto más hablaba de ello, con más nitidez se repetían en su mente los acontecimientos de la noche previa. El terror solamente aumentaba. Incluso llegó a creer que notaba, fugazmente, una sombra que acechaba en alguna parte de su cuerpo y lo poseía.

Ryuji llevaba su camisa de etiqueta abotonada hasta arriba y parecía que la corbata le venía un poco prieta, pero no hacía nada para aflojársela. En consecuencia, la piel que le asomaba por encima del cuello de la camisa estaba ligeramente hinchada, y mirarla producía una sensación de incomodidad. Luego estaban sus rasgos angulosos. Hasta su sonrisa hubiera sido considerada desagradable por cualquiera que la viera.

Ryuji sacó un cubito de hielo de su vaso y se lo metió en la boca.

—¿Es que no has escuchado lo que te decía? —dijo Asakawa entre dientes—. Te lo he dicho, esto es peligroso.

—Entonces, ¿para qué me la has traído? Quieres que te ayude, ¿no? —Sin dejar de sonreír, aplastó ruidosamente el cubito con los dientes.

—También hay formas en que puedes ayudarme sin verla.

Ryuji inclinó la cabeza en gesto malhumorado, pero seguía teniendo una vaga sonrisa en la cara.

A Asakawa le entró un ataque de rabia y levantó la voz en tono histérico:

—No me crees, ¿verdad? ¡No te crees nada de lo que te he dicho! —No podía interpretar de ninguna otra forma la expresión de Ryuji.

Para el propio Asakawa, ver el vídeo había sido como abrir insospechadamente una carta bomba. Era la primera vez en su vida que experimentaba semejante terror. Y no se había terminado. Seis días más. El miedo se tensó suavemente alrededor de su cuello como un nudo de seda. Lo esperaba la muerte. Y aquel tipo quería realmente ver el vídeo.

—No hace falta que montes una escena. No tengo miedo, muy bien. ¿Algún problema? Escucha, Asakawa, ya te lo he dicho: soy de esa clase de tipos que si pudieran alquilarían butacas de primera fila para el fin del mundo. Quiero saber cómo funciona el mundo, cómo empieza y cómo termina, conocer todos sus enigmas, los pequeños y los grandes. Si alguien se ofreciera para explicármelos todos, daría mi vida gustoso a cambio de ese conocimiento. Tú llegaste incluso a inmortalizarme en la prensa. Estoy seguro de que te acuerdas.

Por supuesto que Asakawa se acordaba. Aquella era precisamente la razón de que se hubiera sincerado con Ryuji y se lo hubiera explicado todo.

Asakawa había sido el primero en imaginar el artículo. Hacía dos años, cuando tenía treinta, había empezado a preguntarse qué pensaba realmente el resto de jóvenes japoneses de su edad: qué sueños tenían en la vida. La idea era elegir a varios treintañeros, gente activa en todos los caminos de la vida —desde un burócrata del Ministerio de Comercio Internacional e Industria, un concejal de Tokio y un tipo que trabajaba en una de las compañías comerciales más importantes hasta tipos normales y corrientes— y hacer un informe sobre cada uno, que abarcara desde los datos generales que interesaran a cualquier lector hasta sus aspectos más únicos. Haciendo aquello de forma regular, en un área cuidadosamente delimitada del periódico, intentaría analizar lo que comportaba tener treinta años en el Japón contemporáneo. Y por pura casualidad, entre la veintena de

personas que surgieron como candidatos para aquella clase de tratamiento, Asakawa se encontró a un viejo compañero de clase del instituto, Ryuji Takayama. Su puesto oficial constaba como profesor adjunto de Filosofía en la Universidad de Fukuzawa, una de las universidades privadas más importantes del país. A Asakawa aquello le desconcertó un poco, ya que recordaba que Ryuji iba a la facultad de medicina. Asakawa había hecho en persona el trabajo de campo y había puesto académico como una de las vocaciones a incluir en su muestra, pero Ryuji era demasiado especial para ser un representante adecuado del conjunto de académicos emergentes de treinta años. Ya en el instituto su personalidad era difícil de entender, y con la erosión de los años transcurridos parecía que únicamente se había vuelto más resbaladiza. Al terminar los estudios de medicina se había inscrito en un programa de posgrado de filosofía y se había doctorado el mismo año de la serie de entrevistas. Sin duda lo habrían cogido de inmediato para el primer puesto disponible de ayudante de profesor titular si no fuera porque había estudiantes mayores haciendo cola delante de él y los puestos se daban estrictamente por razones de veteranía. Así que aceptó un trabajo de adjunto a tiempo parcial y terminó dando dos clases semanales de lógica en su misma universidad.

En los últimos tiempos, la filosofía como campo de investigación se había acercado todavía más a la ciencia. Ya no significaba entretenerse con preguntas estúpidas como por ejemplo de qué forma tiene que vivir el hombre. Especializarse en filosofía comportaba básicamente hacer matemáticas sin números. También en la antigua Grecia los filósofos hacían las veces de matemáticos. Ryuji era así: le firmaba los cheques el departamento de filosofía, pero tenía el cerebro configurado „ como el de un científico. Por otro lado, además de su especialidad profesional, también sabía mucho sobre psicología paranormal. A Asakawa aquello le parecía una contradicción. Consideraba que la psicología paranormal, el estudio de lo sobrenatural y lo oculto, se oponía radicalmente a la ciencia. Ryuji le había respondido:

—Al contrario. La psicología paranormal es una de las claves para descifrar la estructura del universo.

Aquello lo había dicho un día caluroso en pleno verano, pero igual que hoy llevaba una camisa de etiqueta a rayas de manga larga abotonada hasta arriba.

—Quiero estar presente cuando la humanidad sea borrada de la faz de la tierra — había dicho Ryuji. Le brillaba el sudor sobre la cara acalorada—. Todos esos idiotas que cotorrean sobre la paz mundial y la supervivencia de la humanidad me hacen vomitar.

La entrevista de Asakawa incluía frases como la siguiente: «Cuéntame tus sueños de futuro».

Ryuji había respondido con tranquilidad:

—Mientras presenciara la extinción de la especie humana desde lo alto de una colina, cavaría una fosa en el suelo y eyacularía una y otra vez.

Asakawa había insistido:

—¿Estás seguro de que no te importa que publique eso?

Ryuji se había limitado a sonreír débilmente y a asentir.

—Como he dicho, no tengo miedo de nada.

Después de decir aquello, Ryuji se había reclinado y había acercado la cara a la de Asakawa:

—Anoche lo hice otra vez.

«¿Otra vez?»

Era la tercera víctima que Asakawa le conocía. Se había enterado de la primera en su primer año de instituto. Los dos vivían en el distrito de Tama de Kawasaki, un pueblo industrial embutido entre Tokio y Yokohama, y desde allí iban en tren a un instituto prefectural. Asakawa solía llegar todos los días a la escuela una hora antes de que empezaran las clases y preparaba las lecciones bajo la fría luz del amanecer. Sin contar a los conserjes, siempre era el primero en llegar. En cambio, Ryuji casi nunca llegaba a la primera clase. Era lo que se conocía como un impuntual habitual. Pero una mañana, justo después de las vacaciones de verano, Asakawa llegó a la escuela tan temprano como siempre y se encontró a Ryuji sentado encima de su mesa, como si estuviera aturdido. Asakawa se dirigió a él:

—Eh, ¿qué tal? No esperaba encontrarte aquí tan temprano.

—Pues ya ves —fue la escueta réplica del otro.

Ryuji estaba mirando el patio de la escuela por la ventana, como si tuviera la mente en otra parte. Tenía los ojos inyectados en sangre, las mejillas ruborizadas y el aliento le olía a alcohol. Sin embargo, no eran muy íntimos, de modo que la conversación quedó así. Asakawa abrió su libro de texto y se puso a estudiar.

—Eh, escucha, te quiero pedir un favor... —dijo Ryuji dándole una palmada en el hombro. Ryuji era muy individualista, sacaba buenas notas y también era una estrella del atletismo. En la escuela todo el mundo estaba pendiente de él. Por su parte, Asakawa era bastante mediocre. Que alguien como Ryuji le pidiera un favor no le resultaba desagradable—. De hecho, quiero que llames a mi casa —dijo Ryuji, poniéndole un brazo sobre los hombros en gesto abiertamente familiar.

—Claro. Pero ¿por qué?

—Tú llama y ya está. Llama y pregunta por mí.

Asakawa frunció el ceño.

—¿Por ti? Pero si estás aquí.

—Eso no importa. Tú hazlo, ¿vale?

Así que obedeció y marcó su número, y cuando la madre de Ryuji contestó él preguntó «¿Está Ryuji?» mirando a Ryuji, que estaba delante de él.

—Lo siento, Ryuji ya ha salido para el instituto —dijo su madre en tono tranquilo.

—Ah, vale —dijo Asakawa, y colgó—. Ya está, ¿vale con eso? —le dijo a Ryuji. Asakawa seguía sin entender de qué iba aquello.

—¿Daba la impresión de que algo iba mal? —preguntó Ryuji—. ¿Mi madre estaba nerviosa o algo así?

—No, no especialmente —Asakawa nunca había hablado antes con la madre de Ryuji, pero no le había parecido que estuviera especialmente nerviosa.

—¿No había voces nerviosas de fondo ni nada?

—No. Nada especial. Nada de eso. Solamente los ruidos de la mesa del desayuno y esas cosas.

—Bueno, pues vale. Gracias.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Por qué me has pedido que hiciera eso?

Ryuji parecía vagamente aliviado. Le pasó el brazo por los hombros a Asakawa y acercó su cara a la de él. Llevó la boca al oído de Asakawa y dijo:

—Tienes pinta de saber guardar secretos. Parece que puedo confiar en ti. Así que te lo diré. Lo que pasa es que a las cinco de esta mañana he violado a una mujer.

Asakawa se quedó sin habla. La historia era que aquella mañana al amanecer, sobre las cinco, Ryuji se había colado en el apartamento de una universitaria que vivía sola y la había atacado. Al marcharse la había amenazado con que si llamaba a la policía se iba a poner muy nervioso y había vuelto directamente a la escuela. En consecuencia, ahora le preocupaba que la policía hubiera ido a su casa y por eso había pedido a Asakawa que llamara para asegurarse.

Después de aquello, Asakawa y Ryuji empezaron a hablar con frecuencia. Naturalmente, Asakawa nunca le contó a nadie el crimen de Ryuji. El año siguiente, Ryuji acabó tercero en lanzamiento de peso del campeonato de atletismo de su zona, y al siguiente entró en la facultad de medicina de la Universidad de Fukuzawa. Asakawa pasó aquel año estudiando para repetir el examen de entrada para la facultad que había elegido después de suspender en la primera convocatoria. A la segunda lo consiguió y fue admitido en el departamento de literatura de una universidad muy conocida.

Asakawa sabía lo que quería realmente. En realidad, quería que Ryuji viera el vídeo. El conocimiento y la experiencia de Ryuji no le serían de mucha utilidad si se basaban únicamente en lo que él pudiera explicar sobre el vídeo. Por otro lado, veía que era éticamente incorrecto involucrar a alguien más en aquello solamente para salvar el pellejo. Tenía un conflicto, pero sabía hacia dónde se inclinaría la balanza si tuviera que sopesar ambas opciones. Quería maximizar sus posibilidades de supervivencia, eso estaba claro. Y sin embargo... De pronto se sorprendió preguntándose, como siempre, por qué era amigo de aquel tipo. Sus diez años de escribir para el periódico le habían permitido conocer a infinidad de gente. Pero él y Ryuji podían llamarse a cualquier hora para ir a tomar una copa. Ryuji era la única persona con quien Asakawa tenía aquella clase de relación. ¿Era porque habían sido compañeros de clase? No, había tenido otros muchos compañeros de clase. En las profundidades de su corazón había algo que reaccionaba a la excentricidad de

Ryuji. Cada vez que pensaba aquello, Asakawa se preguntaba si acaso se entendía a sí mismo.

—Eh, eh, vamos moviéndonos. Solamente te quedan seis días, ¿no? —Ryuji agarró a Asakawa de la parte superior del brazo y se lo apretó. Su mano tenía mucha fuerza—. Date prisa y enséñame ese vídeo. Piensa en lo solo que me voy a quedar si tú la palmas porque nos entretuvimos.

Apretando rítmicamente el brazo de Asakawa con una mano, Ryuji pinchó con el tenedor su tarta de queso intacta, se la metió en la boca y se puso a masticar ruidosamente. Ryuji tenía la costumbre de masticar con la boca abierta. Asakawa empezó a estar harto de ver cómo la comida se mezclaba con saliva y se disolvía ante sus ojos. Los rasgos angulosos de Ryuji, su complexión fornida y su mala educación. Mientras seguía masticando la tarta de queso, sacó más cubitos del vaso con la mano y empezó a masticarlos, haciendo más ruido todavía.

Fue entonces cuando Asakawa se dio cuenta de que no podía confiar en nadie más que en aquel tipo.

«Estoy tratando con un espíritu diabólico, con una cantidad desconocida de espíritus. Ninguna persona normal podría soportarlo. Probablemente nadie más que Ryuji podría ver ese vídeo sin pestañear. Pon a un ladrón a atrapar a otro ladrón. Es la única forma. ¿Qué me importa si Ryuji acaba muerto? Alguien que dice que quiere presenciar la extinción de la humanidad no merece una vida larga».

Así es como Asakawa racionalizó el hecho de involucrar a alguien más en aquello.

Los dos hombres se dirigieron a casa de Asakawa en taxi. Si no había atascos se tardaba menos de veinte minutos en llegar desde Roppongi hasta Kita Shinagawa. Lo único que podían ver en el retrovisor era la frente del taxista. Este mantenía un silencio firme, con una mano en el volante, y no intentaba entablar ninguna conversación con aquellos pasajeros. Bien pensado, todo aquello había comenzado con un taxista locuaz. «Si no hubiera cogido un taxi aquella vez no se habría visto metido en aquel jaleo terrible», pensó Asakawa mientras recordaba los sucesos de hacía dos semanas. Lamentaba no haber comprado un billete de metro y haber hecho todos los transbordos, por muy coñazo que fueran.

—¿Podemos hacer una copia del vídeo en tu casa? —preguntó Ryuji.

Asakawa tenía dos reproductores de vídeo por el trabajo. Uno de ellos era un aparato que habían comprado cuando se pusieron de moda y no funcionaba a la perfección, pero por lo menos hacía copias sin problemas.

—Sí, claro.

—Muy bien, en ese caso quiero que me hagas una copia lo antes posible. Quiero tomarme mi tiempo y estudiarla en mi casa.

«Tiene agallas», pensó Asakawa. Y en su estado de ánimo presente, aquellas palabras le resultaron alentadoras.

Decidieron salir del taxi en las colinas Gotenzan y caminar desde allí. Eran las 8.50 h. Todavía era posible que su mujer y su hija estuvieran despiertas a aquella hora. Shizu siempre bañaba a Yoko un poco antes de las nueve y luego la ponía a dormir. Se acostaba junto a la niña para ayudarla a conciliar el sueño y así se quedaba dormida ella también. Y en cuanto se iba a dormir, a Shizu nada la sacaba de la cama. En un esfuerzo por pasar el máximo de tiempo hablando a solas con su marido, Shizu había dejado durante una época mensajes en la mesa que decían: «Despiértame». Así que cuando llegaba a casa del trabajo, Asakawa seguía sus instrucciones, creyendo que su mujer realmente quería levantarse, e intentaba despertarla. Pero ella no se despertaba. Él insistía pero ella se limitaba a agitar las manos frente a la cara como si estuviera espantando una mosca, con el ceño fruncido y soltando gruñidos irritados. Estaba despierta a medias, pero la voluntad de volver a dormir era mucho más fuerte que Asakawa, que al final tenía que cortar por lo sano y retirarse. Al final, con o sin nota, Asakawa dejó de intentar despertarla y ella no volvió a dejar notas. Para entonces, las nueve se habían convertido en la hora inviolable de irse a dormir de Shizu y Yoko. En una noche como aquella, sin embargo, era más conveniente que fuera así.

Shizu odiaba a Ryuji. A Asakawa aquella actitud le parecía básicamente razonable, así que nunca le había preguntado por qué. «Te lo ruego, no lo vuelvas a traer a casa». Asakawa todavía recordaba el asco en la cara de su mujer al decir aquello. Pero sobre todo, no podía poner aquel vídeo delante de Shizu y Yoko.

La casa estaba a oscuras y en silencio, y el aroma del agua caliente del baño con jabón llegaba flotando hasta el recibidor. Era evidente que la niña y su mamá acababan de irse a dormir, con toallas debajo del pelo mojado. Asakawa acercó la oreja a la puerta del dormitorio para asegurarse de que estaban dormidas y luego llevó a Ryuji al comedor.

—¿Así que la niña se ha ido a dormir? —preguntó Ryuji en tono decepcionado.

—¡Chsss...! —dijo Asakawa, llevándose un dedo a los labios.

Shizu no iba a despertarse por algo así, pero la verdad era que Asakawa no estaba seguro de que su mujer no fuera a notar algo fuera de lo común y fuera a salir de su habitación al fin y al cabo.

Asakawa conectó las clavijas de salida de uno de los vídeos a las de entrada del otro, luego metió la cinta. Antes de pulsar la tecla de play, miró a Ryuji como diciendo: «¿De verdad quieres hacer esto?».

—¿Qué problema hay? Ponió, deprisa —le apremió Ryuji, sin apartar la mirada de la pantalla.

Asakawa le puso el mando a distancia en la mano a Ryuji, luego se puso de pie y fue a la ventana. No le apetecía verlo. En realidad tendría que verlo una y otra vez, analizándolo con frialdad, pero no parecía capaz de encontrar ánimos para continuar con aquello. Solamente quería escapar. Nada más. Asakawa salió al balcón y fumó un cigarrillo. Al nacer Yoko le había prometido a su mujer que no fumaría dentro del apartamento y nunca había roto aquella promesa. Aunque llevaban tres años casados, él y su mujer tenían una relación relativamente buena. No podía ir en contra de los deseos de su mujer, no después de que ella le diera a su querida Yoko.

Miró la sala desde el balcón: la imagen parpadeaba al otro lado del cristal esmerilado. El cociente de miedo era distinto al verlo aquí, rodeado de tres personas en el sexto piso de un edificio de apartamentos del centro de la ciudad, en comparación a verlo a solas en la Ciudad de los Chalets. Pero incluso si Ryuji lo hubiera visto en las mismas condiciones, probablemente no habría perdido la cabeza ni se habría echado a llorar ni nada. Asakawa contaba con que se riera y soltara palabrotas mientras veía el vídeo, e incluso con que mirara lo que aparecía en la pantalla con expresión amenazadora.

Asakawa se terminó el cigarrillo y regresó dentro. En aquel momento se abrió la puerta que separaba el comedor del pasillo y apareció Shizu en pijama. Agitado, Asakawa agarró el mando a distancia y paró el vídeo.

—Pensaba que dormías —La voz de Asakawa tenía un matiz de reproche.

—He oído ruidos —dijo Shizu mirando alternativamente la pantalla de televisión, con sus imágenes distorsionadas y su ruido de estática, y a Ryuji y Asakawa. Con una nube de sospecha en la cara.

—¡Vuelve a la cama! —dijo Asakawa en un tono de voz que no dejaba lugar a preguntas.

—Creo que tendríamos que dejar que la señora se uniera a nosotros, si quiere. Es bastante interesante —Ryuji, todavía sentado en el suelo con las piernas cruzadas, levantó la vista.

A Asakawa le entraron ganas de gritarle. Pero en vez de hablar, metió todos sus pensamientos en el puño y dio un puñetazo en la mesa. Asustada por el ruido, Shizu llevó la mano rápidamente al pomo de la puerta, luego entrecerró los ojos, hizo una reverencia apenas perceptible y le dijo a Ryuji:

—Por favor, estás en tu casa.

Y, diciendo eso, dio media vuelta y desapareció tras la puerta. Dos hombres solos de noche, poniendo vídeos y parándolos... Asakawa sabía muy bien lo que se estaba imaginando su mujer. No le había pasado por alto la expresión de desprecio de los ojos entrecerrados de su mujer: desprecio no tanto por Ryuji sino por los instintos masculinos en general. Asakawa se sentía mal por no poder darle una explicación.

Tal como Asakawa había esperado, Ryuji estaba perfectamente tranquilo después de ver el vídeo. Se puso a silbar mientras rebobinaba la cinta y luego empezó a examinarla punto por punto, usando las funciones de avance rápido y pausa.

—Bueno, parece que ahora un servidor también está implicado. A ti te quedan seis días y a mí siete —dijo Ryuji en tono jovial, como si le hubieran permitido apuntarse a un concurso.

—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó Asakawa.



—Es un juego de niños.

—¿Eh?

—¿No hacías lo mismo tú cuando eras niño? ¿Asustar a tus amigos enseñándoles una foto terrorífica y decirles que todo el que la veía era víctima de una maldición? Cadenas de cartas, esas cosas.

Por supuesto, Asakawa también había experimentado aquellas cosas. Todo aquello aparecía en los cuentos de fantasmas que se contaban mutuamente en las noches de verano.

—¿Qué estás intentando decir?

—Supongo que nada. Esa es la impresión que me da.

—¿Has visto algo más? Dime.

—Mmm... Bueno, las imágenes en sí mismas no son especialmente terroríficas. Parece una combinación de imágenes realistas y abstractas. Si no fuera por el hecho de que han muerto cuatro personas exactamente como dictaba el vídeo, podríamos reírnos y pensar que es una chorrada, ¿no?

Asakawa asintió. Lo que hacía que todo fuera tan inquietante era saber que las palabras del vídeo no eran ninguna mentira.

—La primera pregunta es: ¿por qué murieron aquellos pobres desgraciados? Se me ocurren dos posibilidades. La última escena del vídeo contiene la afirmación: «El que vea esto está predestinado a morir», y luego, inmediatamente después, había... bueno, a falta de una palabra mejor, lo podemos llamar un sortilegio. Una forma de escapar de ese destino. De modo que aquellos cuatro borraron la parte que explicaba el sortilegio y por eso algo los mató. O tal vez simplemente no hicieron uso del sortilegio y por eso algo los mató. Supongo que antes de dar eso por sentado, sin embargo, tenemos que cerciorarnos de si fueron realmente ellos quienes borraron el sortilegio. Es posible que ya estuviera borrado cuando ellos vieron el vídeo.

—¿Cómo vamos a determinar eso? No se lo podemos preguntar, ya sabes.

Sakawa sacó una cerveza de la nevera, se llenó un vaso y lo colocó delante de Ryuji.

—Fíjate.

Ryuji volvió a poner el final del vídeo y observó con atención el momento exacto en que terminaba el anuncio de espirales antimosquitos que borraba el sortilegio. Puso la cinta en pausa y empezó a hacerla avanzar despacio, fotograma a fotograma... Finalmente, durante una única fracción de segundo, se reanudó el programa que el anuncio había estado interrumpiendo. Era un programa de tertulias que emitía una de las televisiones nacionales cada noche a las once. El señor de pelo canoso era un autor de éxito, y con él estaban una joven encantadora y un joven al que reconocieron como un autor de narraciones tradicionales de la región de Osaka. Asakawa acercó la cara a la pantalla.

—Seguro que reconoces este programa —dijo Ryuji.

—Es La tertulia de la noche de la NBS.

—Exacto. El escritor es el presentador, la chica es su partenaire y el narrador es el invitado del día. Por tanto, si averiguamos qué día estaba invitado ese hombre, sabremos si los cuatro chicos borraron el sortilegio.

—Ya entiendo.

La tertulia de la noche se emitía todos los días laborables a las once. Si resultaba que aquella emisión en concreto se había llevado a cabo el 29 de agosto, entonces habían sido los cuatro jóvenes los que la habían borrado en la Ciudad de los Chalets.

—La NBS está asociada con vuestros editores, ¿no? Averiguar esto tendría que ser fácil.

—Vale. Lo miraré.

—Hazlo, por favor. Puede que nuestras vidas dependan de ello. Asegurémonos de todo, por banal que parezca. ¿Verdad, compañero de armas?

Ryuji le dio una palmada en el hombro a Asakawa. Ahora los dos se las veían con la muerte. Eran compañeros de armas.

—¿No tienes miedo?

—¿Miedo? Al contrario, amigo mío. Es bastante excitante tener un plazo límite, ¿no? El castigo para el perdedor es la muerte. Fantástico. No tiene gracia jugar si no estás preparado para acabar muriendo.

Ryuji llevaba un rato actuando como si todo aquello le gustara, pero a Asakawa le preocupaba que fuera pura fanfarronería, una tapadera para su miedo. Ahora que miraba a su amigo a los ojos, sin embargo, no veía en ellos ni un ápice de miedo.

—Luego: averiguamos quién ha hecho este vídeo, cuándo y con qué propósito. Dices que la Ciudad de los Chalets se construyó hace solamente seis meses, así que contactamos con todo el mundo que se haya quedado en el B-4 y averiguamos quién llevó una cinta de vídeo. Supongo que no pasa nada si restringimos la búsqueda a finales de agosto. Lo más probable es que fuera alguien que estuvo allí justo antes que las cuatro víctimas.

—¿Eso también es trabajo mío?

Ryuji se bebió la cerveza de un trago y pensó un momento.

—Por supuesto. Tenemos un plazo límite. ¿No tienes ningún amigo en el que puedas confiar? Si lo tienes, haz que te ayude.

—Bueno, hay un periodista que está interesado en este caso. Pero este es un asunto de vida o muerte. No puedo simplemente. —Asakawa estaba pensando en Yoshino.

—No te preocupes, no te preocupes. Involúcralo. Enséñale el vídeo. Eso le pondrá un cohete en el culo. Te ayudará con gusto, confía en mí

—No todo el mundo es como tú, ¿sabes?

—Pues dile que es pomo del mercado negro. Oblígalo a verlo. Lo que sea.

No servía de nada razonar con Ryuji. No se lo podía enseñar a nadie sin averiguar primero el sortilegio. Asakawa sentía que estaba en un callejón sin salida lógico. Descifrar los secretos del vídeo requería una investigación bien organizada, pero debido a la naturaleza del vídeo era imposible alistar a nadie. Había muy poca gente como Ryuji, que estuviera dispuesta a jugar a los dados con la muerte sin pestañear. ¿Cómo reaccionaría Yoshino? También tenía mujer e hijos: Asakawa dudaba que estuviera dispuesto a arriesgar su vida solamente para satisfacer su curiosidad. Pero podía ser de ayuda aunque no viera el vídeo. Tal vez Asakawa podía contarle todo lo que había pasado, solamente por si acaso.

—Sí. Lo intentaré.

Ryuji estaba sentado a la mesa del comedor con el mando a distancia en la mano.

—Muy bien. Lo siguiente es dividir esta cosa en dos categorías: escenas abstractas y escenas reales.

Tras decir aquello, hizo aparecer en la pantalla la erupción volcánica y puso la cinta en pausa.

—Mira, fíjate en ese volcán. No importa cómo se mire, es real. Tenemos que averiguar qué montaña es. Y también está la erupción. Cuando sepamos el nombre de la montaña, podremos averiguar cuándo entró en erupción y, por tanto, cuándo y dónde se filmó esa escena.

Ryuji volvió a poner la cinta en movimiento. Apareció la anciana y empezó a decir Dios sabe qué. Varias de las palabras parecían un dialecto regional.

—¿Qué dialecto es ese? En mi universidad hay un especialista en dialectos. Se lo preguntaré. Eso nos dará alguna idea de dónde viene esa mujer.

Ryuji pasó la cinta con la función de avance rápido hasta la escena cerca del final donde salía el hombre de los rasgos distintivos. Le caía el sudor por la cara y jadeaba mientras mecía rítmicamente el cuerpo. Ryuji puso la cinta en pausa antes de la parte en que el hombre tenía un corte en el hombro. Aquel era el plano más corto de la cara del hombre. Mostraba una imagen bastante clara de sus rasgos, desde la disposición de los ojos hasta la forma de la nariz y las orejas. Tenía una calva incipiente, pero no aparentaba más de treinta años.

—¿Reconoces a este hombre? —dijo Ryuji.

—No digas tonterías.

—Tiene una pinta siniestra.

—Si eso crees tú, es que tiene que ser realmente malvado. Me fío de tu opinión.

—Y haces bien. No hay muchas caras que causen tanto impacto. Me pregunto si puedes localizarlo. Eres periodista, debes de ser un profesional de esta clase de cosas.

—No digas chorradas. Tal vez se pueda identificar a criminales o a gente famosa solamente por la cara, pero no a la gente normal y corriente. En Japón viven más de cien millones de personas.

—Pues empieza por los criminales. O tal vez por los actores porno.

En lugar de responder, Asakawa sacó un cuaderno de notas. Cuando tenía muchas cosas pendientes, solía hacer listas.

Ryuji puso el vídeo en pausa. Se sirvió otra cerveza de la nevera y la repartió entre los vasos de ambos.

—Hagamos un brindis.

A Asakawa no se le ocurría ninguna buena razón para brindar.

—Tengo una premonición —dijo Ryuji, con las mejillas de color terroso ligeramente ruborizadas—. Hay cierto mal universal asociado a este incidente. Lo huelo: el mismo impulso que sentí entonces... Te hablé de ello, ¿no? De la primera mujer a la que violé.

—No me he olvidado.

—Ya hace quince años. También entonces sentí que me resonaba en el corazón una extraña premonición. Yo tenía diecisiete años. Era septiembre de mi primer año en el instituto. Estudié matemáticas hasta las tres de la mañana, luego un poco de alemán para descansar la mente. Siempre lo hacía. El estudio de los idiomas me parecía perfecto para relajar las neuronas cansadas. A las cuatro, como siempre, me tomé un par de cervezas y salí a dar mi paseo diario. Cuando salí ya se me estaba gestando algo inusual en la cabeza. ¿Alguna vez has caminado por un barrio residencial en plena madrugada? Es muy agradable. Todos los perros están dormidos. Igual que tu bebé ahora. Me encontré delante de cierto edificio de apartamentos. Era un edificio elegante de dos pisos con revestimiento de madera, y yo sabía que dentro vivía cierta universitaria muy coqueta a la que a veces veían en la calle. No sabía cuál era su apartamento. Dejé que mi mirada vagara por encima de las ventanas de los ocho apartamentos, uno tras otro. Llegado aquel momento, mientras miraba, no tenía nada preciso en mente. Solamente... ya sabes. Cuando mi mirada se posó en el extremo sur de la segunda planta, oí que algo se me abría en las profundidades del corazón y sentí que la oscuridad que había soltado sus retoños en mi mente estaba creciendo y que era cada vez más grande. Volví a mirar todas las ventanas, una detrás de otra. Una vez más empezó a arremolinarse la oscuridad en el mismo lugar. Y lo supe. Supe que la puerta no estaba cerrada con llave. No sé si es que ella se había olvidado o qué. Guiado por la oscuridad que vivía en mi corazón, subí las escaleras del apartamento y me planté delante de aquella puerta. El nombre de la placa estaba escrito en letras romanas y en orden occidental, con el nombre propio delante del apellido: YUKARI MAKITA. Agarré el pomo con la mano derecha. Lo tuve cogido un rato y por fin lo hice girar a la izquierda. No giraba. «¿Qué demonios...?», pensé, y de pronto se oyó un clic y la puerta se abrió. ¿Me sigues? No es que se hubiera olvidado de cerrar con llave: la cerradura se acababa de abrir en aquel mismo momento. La había abierto una energía. La chica había extendido la ropa de cama junto a la mesa y se había ido a dormir. Yo había esperado encontrarla en la cama, pero no era así. Le salía una pierna de debajo de las mantas...

Llegado aquel punto Ryuji interrumpió la historia. Parecía estar reproduciendo con agilidad los sucesos siguientes en el fondo de su mente, contemplando sus recuerdos lejanos con una mezcla de ternura y crueldad. Asakawa nunca había visto a Ryuji tan confuso.

—... Y luego, dos días más tarde, volviendo de la escuela a casa, pasé por delante de aquel bloque de apartamentos. Había un camión de dos toneladas aparcado delante y unos tipos estaban sacando muebles del edificio. Y la persona que se mudaba era Yukari. Estaba allí sin hacer nada, apoyada en una pared, acompañada por un tipo que debía de ser su padre, limitándose a mirar cómo se llevaban sus muebles. Y así es como Yukari desapareció de mi vida. No sé si volvió a casa de sus padres o consiguió otro apartamento en alguna parte y siguió yendo a la misma facultad... Pero no podía seguir viviendo ni una hora más en aquel apartamento. Je, je, pobrecita. Debió de pasar un miedo terrible.

A Asakawa le costaba respirar mientras escuchaba aquella historia. Le daba asco el mero hecho de estar sentado con él bebiendo cerveza.

—¿No te sientes ni un poco culpable?

—Estoy acostumbrado. Tú dale un puñetazo todos los días a una pared de ladrillo. Al final ya no notarás el miedo.

«¿Es por eso que lo sigues haciendo?» Asakawa se juró en silencio no volver a llevar a aquel hombre a su casa. O en todo caso, mantenerlo alejado de su mujer y su hija.

—No te preocupes. Nunca les haría nada parecido a tus criaturitas.

Ryuji le había leído la mente. Nervioso, Asakawa cambió de tema:

—Has dicho que tienes una premonición. ¿Cuál es?

—Ya sabes, un mal presagio. Solamente una energía fantásticamente malvada podría producir una diablura tan enrevesada.

Ryuji se levantó. Ni siquiera de pie era mucho más alto que Asakawa sentado. No llegaba al metro sesenta, pero tenía unos hombros anchos y esculpidos: era fácil creer que en el instituto le hubieran dado la medalla de lanzamiento de peso.

—Bueno, me voy. Haz tus deberes. Por la mañana solamente te quedarán cinco días —Ryuji extendió los dedos de una mano.

—Ya lo sé.

—En alguna parte hay un vórtice de energía maligna. Lo sé. Me produce... nostalgia —Como si intentara enfatizar sus palabras, Ryuji abrazó contra el pecho su copia de la cinta mientras se dirigía al recibidor.

—Celebremos la siguiente sesión estratégica en tu casa —dijo Asakawa, en voz baja pero con firmeza.

—Muy bien, muy bien.

La mirada de Ryuji transmitía una sonrisa.

En cuanto Ryuji se marchó, Asakawa miró el reloj de pared del comedor. Era el regalo de boda de un amigo. Su péndulo rojo en forma de mariposa oscilaba. Las 11.21 h. ¿Cuántas veces había comprobado la hora en lo que iba de día? Se estaba obsesionando con el paso del tiempo. Tal como había dicho Ryuji, por la mañana solamente le quedarían cinco días. No estaba seguro de si iba a ser capaz de descifrar el enigma de la parte borrada de la cinta. Se sentía como un paciente de cáncer que esperaba una operación con unas posibilidades casi nulas de éxito. Existía cierto debate acerca de si había que decirles o no a los pacientes de cáncer que tenían cáncer. Hasta aquel momento Asakawa siempre había creído que merecían que se lo dijeran. Pero si era así como el conocimiento le hacía sentirse a uno, entonces prefería no saberlo. Había gente que, al afrontar la muerte, vivía un estallido de la vida que les quedaba. Aquella hazaña estaba fuera del alcance de Asakawa. De momento todavía estaba bien. Pero a medida que el reloj se comía los días, las horas y los minutos que le quedaban, no confiaba en mantener la cordura. Ahora creía entender por qué le atraía Ryuji a pesar del asco que le daba. Ryuji tenía una fuerza psicológica que hacía palidecer a la suya. Asakawa vivía la vida con timidez, siempre preocupado por qué iba a pensar la gente que lo rodeaba. Ryuji, en cambio, tenía un dios —o un demonio— encadenado en su interior que le permitía vivir con total libertad y abandono. Los únicos momentos en que Asakawa sentía que su deseo de vivir ahuyentaba su miedo era cuando pensaba en cómo se sentirían su mujer y su hija después de que él muriera. Ahora le vino una preocupación repentina por ellas y abrió suavemente la puerta del dormitorio para ver cómo estaban. Las caras dormidas estaban relajadas y libres de recelo. No tenía tiempo para encogerse de terror. Decidió llamar a Yoshino para explicarle la situación y pedirle ayuda. Si dejaba para el día siguiente lo que tenía que hacer, se iba a arrepentir.

13 de octubre, sábado."

Asakawa había considerado la posibilidad de tomarse la semana libre, pero luego decidió que usar al máximo el sistema de información de la empresa le daría más posibilidades de elucidar los misterios de la cinta de vídeo que encerrarse absurdamente en su apartamento presa del pánico. Así pues, fue a trabajar, aunque era sábado. «Fue a trabajar», pero sabía muy bien que no iba a trabajar en absoluto. Pensó que la mejor estrategia sería confesárselo todo a su jefe de redacción y pedirle que lo relevara temporalmente de sus tareas. Nada lo ayudaría más que contar con la cooperación de su jefe de redacción. El problema era si su jefe se iba a creer la historia. Probablemente volvería a sacar a colación el incidente previo y soltaría un soplido de burla. Aunque tenía el vídeo a modo de prueba, si Oguri lo negaba todo de entrada, tendría preparada toda una serie de argumentos para defender sus ideas. Reuniría toda clase de cosas en su favor para convencerse a sí mismo de que tenía razón. «Con todo... Sería interesante», pensó Asakawa. Había traído el vídeo en su maletín, por si acaso. ¿Cómo reaccionaría Oguri si se lo enseñaba? O lo que era más importante, ¿le echaría un vistazo siquiera? La noche anterior se había quedado despierto hasta tarde explicándole todo lo ocurrido a Yoshino y este le había creído. Y luego, como para demostrarlo, había dicho que no quería ver el vídeo para nada. Que por favor no se lo enseñara. A cambio, intentaría cooperar como

fuera. Por supuesto, en el caso de Yoshino, su fe tenía una base sólida. Cuando se descubrieron los cadáveres de Haruko Tusji y Takehiko Nomi en un coche junto a una carretera prefectural en Ashina, Yoshino había ido enseguida a la escena y había sentido la atmósfera del lugar, aquella atmósfera asfixiante que había convencido a los detectives de que solamente algo monstruoso podía haber hecho aquello pero también les había impedido decirlo. Si Yoshino no hubiera estado allí en persona, era probable que no hubiera creído con tanta facilidad el relato de Asakawa.

En todo caso, lo que Asakawa tenía entre manos era una bomba. Si lo mostraba amenazadoramente delante de las narices de Oguri, debería tener cierto efecto. Asakawa tuvo la tentación de usarlo, por lo menos para ver qué pasaba.

A Oguri le había desaparecido de la cara su habitual sonrisa burlona. Tenía los dos codos plantados en la mesa y su mirada se movía nerviosa mientras repasaba una vez más la historia de Asakawa con un peine de dientes finísimos.

Había escasas dudas acerca de que cuatro jóvenes habían visto cierto vídeo juntos en la Ciudad de los Chalets la noche del 29 de agosto, y exactamente una semana más tarde, tal como había predicho el vídeo, habían muerto en circunstancias misteriosas. Consiguientemente, el vídeo había llamado la atención del encargado de los bungalows, que se lo había llevado a su oficina. Allí la cinta había esperado tranquilamente a que Asakawa la descubriera. Luego Asakawa había visto aquella cosa del demonio. De modo que le quedaban cinco días de vida. ¿Se suponía que tenía que creerse aquello? Y sin embargo, aquellas cuatro muertes eran un hecho indiscutible. ¿Cómo las podía explicar? ¿Cuál era el hilo lógico que conectaba todo aquello?

La expresión de Asakawa, mientras permanecía de pie mirando desde arriba a Oguri, tenía un aire de superioridad muy raro en él. Sabía por experiencia qué era lo que estaba pensando Oguri en aquel momento. Asakawa esperó hasta que le pareció que el proceso reflexivo de Oguri había llegado a un callejón sin salida y luego sacó la cinta de vídeo del maletín. Lo hizo con solemnidad exagerada, teatralmente, como si estuviera colocando sobre la mesa una escalera de color.

—¿Quiere echarle un vistazo? Adelante.

Asakawa señaló con la mirada el televisor situado junto al sofá bajo la ventana y esbozó una sonrisa tranquila y provocadora. Oyó tragar saliva a Oguri. El jefe de redacción ni siquiera miró en dirección a la ventana. Tenía la vista clavada en la cinta de vídeo negra que acababa de aparecer sobre su mesa. Estaba intentando realmente decidir qué hacía.

«Si quieres verlo, pulsa la tecla play. Así de fácil. Vamos, puedes hacerlo. Límitate a reírte igual que siempre y a decir que vaya estupidez y mete la cinta en el aparato. Hazlo, prueba a hacerlo —La mente de Oguri intentaba transmitirle la orden a su cuerpo—. Deja de ser tan idiota y míralo. Si lo miras, quiere decir que no crees a Asakawa, ¿no? Lo cual quiere decir, si uno lo piensa bien, que si te niegas a verlo es porque crees en todas esas chorradas. Así que míralo de una vez. Crees en la ciencia moderna, ¿no? No eres un niño que teme a los fantasmas».

De hecho, Oguri estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que no creía a Asakawa. Pero, aun así, en el fondo de su mente le quedaba cierta incógnita. ¿Y si todo era cierto? Tal vez el mundo estaba lleno de recodos que la ciencia moderna todavía no alcanzaba. Y mientras hubiera peligro, no importaba lo mucho que trabajara su mente, su cuerpo se iba a negar. Así que Oguri permaneció sentado en su silla sin moverse. No se podía mover. No importaba lo que entendiera su mente: su cuerpo no escuchaba a su mente. Mientras existiera una posibilidad de peligro, su cuerpo seguiría activando lealmente su instinto de supervivencia. Oguri levantó la cabeza y dijo con voz reseca:

—Así pues, ¿qué quiere de mí? Asakawa supo que había ganado.

—Quiero que me retire de mis tareas. Quiero llevar a cabo una investigación minuciosa de este vídeo. Supongo que se da cuenta de que es mi vida lo que está en juego aquí. Oguri cerró los ojos con fuerza.

—¿Va a escribir un artículo con esto?

—Bueno, independientemente de lo que piense usted de mí, sigo siendo periodista. Tomaré nota de todo lo que descubra para que el caso no quede enterrado con Ryuji Takayama y conmigo. Por supuesto, publicarlo o no es algo que dejo en sus manos.

Oguri asintió dos veces con la cabeza con gesto decidido.

—Bueno, no pasa nada por probar. Puedo poner a un novato a hacer su entrevista.



Asakawa hizo una ligera reverencia. Hizo el gesto de devolver el vídeo al maletín, pero no pudo resistir la tentación de divertirse un poco más. Le volvió a ofrecer la cinta a Oguri Y dijo:

—Me cree, ¿verdad?

Oguri soltó un largo suspiro y negó con la cabeza. No era que se lo creyera o no. Simplemente aquello le inquietaba. Sí, no era más que eso.

—Yo me siento igual —fueron las palabras con las que se despidió Asakawa.

Oguri lo miró mientras salía y se dijo a sí mismo que si Asakawa seguía vivo después del 18 de octubre, tenía que ver el vídeo con sus propios ojos. Pero tal vez ni siquiera entonces su cuerpo le dejaría. No parecía que aquella incógnita fuera a desaparecer.

En la sala de consulta Asakawa amontonó tres gruesos volúmenes sobre una mesa. Los volcanes de Japón, Archipiélago volcánico y Volcanes activos del mundo. Suponiendo que el volcán del vídeo estaría probablemente en Japón, empezó con Los volcanes de Japón. Miró las fotografías en color del principio del libro. Una serie de montañas eructando humo blanco y vapor se levantaban elegantemente contra el cielo, con las laderas cubiertas de lava sólida de color marrón negruzco. La lava fundida de color rojo brillante salía a borbotones hacia el cielo nocturno desde cráteres cuyos bordes negros se confundían con la oscuridad. Pasó las páginas y comparó aquellas escenas con la que tenía marcada a fuego en el cerebro. El monte Aso, el monte Asama, el Showa Shinzan, el Sakurajima... Localizar su volcán no le costó tanto como había temido. Después de todo, el monte Mihara, en la isla de Izu Oshima, parte de la misma cadena de volcanes que el monte Fuji, era uno de los volcanes activos más famosos de Japón.

—¿El monte Mihara? —murmuró Asakawa.

La ilustración a doble página del monte Mihara incluía dos fotos aéreas y una tomada desde una colina cercana. Asakawa recordó la imagen del vídeo y trató de imaginársela desde distintos ángulos, comparándola con aquellas fotos. Había similitudes evidentes. Vistas desde el pie de la montaña, las laderas que llevaban a la cima parecían muy suaves. Pero desde el aire se veía que el borde circular rodeaba una caldera y que en el centro de la misma había un montículo que era la boca del volcán. La foto sacada desde lo alto de una colina cercana se parecía especialmente a la escena del vídeo. El color y los contornos de las laderas eran casi idénticos. Pero necesitaba confirmarlo, no podía limitarse a confiar en su memoria. Asakawa hizo una copia de las fotos del monte Mihara y de un par de candidatos más.

Asakawa pasó la tarde al teléfono. Estuvo llamando a toda la gente que se había alojado en el bungalow B-4 durante los últimos seis meses. Le habría sido más útil quedar con ellos cara a cara para escrutar sus reacciones, pero no tenía tiempo para aquello. No era fácil pillar una mentira solamente a partir del tono de una voz por teléfono. Asakawa prestó atención, decidido a captar cualquier vacilación. Necesitaba contactar con dieciséis grupos. El número era tan bajo porque al inaugurarse en abril la Ciudad de los Chalets los bungalows no estaban equipados con aparatos de vídeo. Durante el verano demolieron un importante hotel de la zona y decidieron transportar una gran cantidad de aparatos de vídeo que ya no se necesitaban a la Ciudad de los Chalets. Aquello fue a mediados de julio. Los aparatos se instalaron y la biblioteca de cintas se reunió a finales de aquel mes, justo a tiempo para la temporada de vacaciones de verano. Como resultado, el folleto no mencionaba que todos los bungalow tuvieran equipo de vídeo. A la mayoría de clientes les sorprendió ver el vídeo cuando llegaron y no pensaron en él más que como una forma de matar el tiempo en un día lluvioso. Casi nadie había traído expresamente una cinta con el propósito de grabar algo. Por supuesto, eso sí había que dar crédito a las voces del otro lado de la línea. ¿Quién había traído, pues, la cinta en cuestión? ¿Quién la había grabado? Asakawa estaba ansioso por no perder detalle. De vez en cuando cuestionó las respuestas que le daban, pero ni una sola vez le pareció que nadie estuviera escondiendo nada. De los dieciséis clientes a los que llamó, tres habían ido a jugar a golf y ni siquiera habían visto el aparato de vídeo. Siete lo habían visto pero no lo habían tocado. Cinco habían ido a jugar a tenis pero les había llovido y como no tenían nada mejor que hacer habían visto vídeos: sobre todo películas clásicas. Probablemente películas que ya habían visto. El último grupo, una familia de cuatro personas apellidadas Kaneko, de Tokohama, había traído una cinta para grabar algo de otro canal mientras veían una miniserie histórica.

Asakawa colgó el auricular y examinó los datos que había recopilado de los dieciséis grupos de invitados. Solamente uno parecía relevante: el señor y la señora Kaneko y sus dos niños en edad de escuela primaria. Habían estado dos veces en el B-4 durante el verano. La primera vez había sido la noche del viernes 10 de agosto y la segunda vez se habían quedado dos noches, el sábado y el domingo, 25 y 26 de agosto. Su segunda visita fue tres días antes de que las cuatro víctimas estuvieran allí. Ni el lunes ni el martes después de la visita de los Kaneko se había quedado nadie: los cuatro jóvenes habían sido los siguientes en usar el bungalow. Y no solo eso, sino que el hijo de once años de los Kaneko se había traído una cinta de casa para grabar un programa. El chico era un fan fiel de una serie cómica que se emitía todos los domingos a las ocho,, pero sus padres, por supuesto, controlaban la televisión, y todos los domingos a las ocho habían adquirido la costumbre de ver la miniserie histórica anual de la NHK, el canal público nacional. En el bungalow solamente había un televisor, pero al enterarse de que también había aparato de vídeo, el chico había llevado una cinta con el propósito de grabar su programa y verlo más tarde. Mientras lo estaba grabando, vino un amigo a decirle que ya no llovía. Así que él y su hermana se fueron a jugar a tenis. Sus padres terminaron de ver el programa, olvidaron que el vídeo seguía grabando y apagaron el televisor. Los chicos estuvieron jugando en las pistas casi hasta las diez, volvieron a casa agotados y se fueron directamente a la cama. Ellos también se habían olvidado de la cinta. Al día siguiente, cuando estaban a punto de llegar a casa, el niño se acordó de repente que se había dejado la cinta dentro del aparato de vídeo y le gritó a su padre, que conducía, que volviera. La situación acabó en pelea, pero al final el niño cedió. Todavía se quejaba cuando llegaron a casa.

Asakawa sacó la cinta de vídeo y la colocó sobre la mesa. Donde tendría que haber estado la etiqueta brillaban en color plateado las palabras Fujitex VHS TI20 Super AV. Asakawa volvió a marcar el número de los Kaneko.

—Hola, siento llamar otra vez. Vuelvo a ser Asakawa, de El Herald.

Hubo una pausa, luego la misma voz que había hablado antes dijo:

—¿Sí?

Era la señora Kaneko.

—Antes ha mencionado que su hijo se dejó una cinta de vídeo. ¿No recordará por casualidad de qué marca era?

—Bueno, déjeme ver—respondió, aguantándose la risa. Oyó ruidos de fondo—. Mi hijo acaba de llegar a casa. Se lo voy a preguntar.

Asakawa esperó. El niño no se iba a acordar de ninguna manera.

—Dice que no lo sabe. Pero que solamente usamos marcas baratas. De las que se compran en paquetes de tres.

A Asakawa no le sorprendió aquello. ¿Quién prestaba atención a la marca de las cintas que usaba cuando quería grabar algo? Luego se le ocurrió una idea: «Un momento. ¿Dónde está la funda de esta cinta? Las cintas de vídeo siempre se venden en fundas de cartón. Y nadie las tira». Por lo menos, Asakawa nunca había tirado la funda de una cinta, ni de audio ni de vídeo.

—¿En su familia guardan las cintas con las fundas?

—Sí, claro.

—Mire, lo siento mucho, pero ¿podría comprobar si tienen una funda vacía por ahí?

—¿Eh? —preguntó la mujer con expresión ausente. Aunque entendiera su pregunta, no entendía adonde iba a parar Asakawa, y aquello hizo que demorara su respuesta.

—Por favor. La vida de alguien puede depender de ello.

Las amas de casa eran susceptibles a la estratagema de la «cuestión de vida o muerte». Siempre que necesitaba ahorrar tiempo y avanzar, se encontraba con que aquella frase lo conseguía. Pero esta vez no estaba mintiendo.

—Un momento, por favor.

Tal como Asakawa había esperado, el tono de la mujer cambió. Hubo una pausa bastante larga después de que ella soltara el auricular. Si la funda se había quedado en la Ciudad de los Chalets junto con la cinta, entonces es que el encargado la había tirado. Pero en caso contrario, había bastantes posibilidades de que los Kaneko todavía la tuvieran. La voz regresó.

—Una funda vacía, ¿no?

—Sí.

—He encontrado dos.

—Muy bien. El fabricante de la cinta y el tipo de cinta tendrían que figurar en la funda...

—A ver. Una dice Panavision TI20. La otra es una... Fujitex VHS T120 Super AV.

Exactamente el mismo modelo que la cinta de vídeo que tenía en la mano. Como Fujitex había vendido una cantidad incalculable de aquellas cintas, no se trataba exactamente de una prueba, pero al menos había avanzado un paso. Aquello estaba claro. Era bastante prudente afirmar que la cinta demoníaca la había llevado al bungalow un chico de once años. Asakawa le dio las gracias educadamente a la mujer y colgó el teléfono.

A partir de las ocho de la tarde de la noche del sábado, 26 de agosto, se deja grabando el aparato de vídeo del bungalow B-4. La familia Kaneko se deja la cinta y se va a casa. Luego llegan los cuatro jóvenes. Ese día también llueve. Se les ocurre ver una película, van a usar el vídeo y se encuentran con que ya hay una cinta dentro. Los muy inocentes la ven. Ven cosas inquietantes e incomprensibles. Y al final, la amenaza. Maldiciendo el mal tiempo, se les ocurre una travesura cruel. Borran la parte que explica cómo escapar de cierta muerte y dejan el vídeo allí para asustar al cliente que venga después. Por supuesto, no se han creído lo que han visto. Si se lo hubieran creído, no habrían sido capaces de llevar a cabo su broma. Asakawa se preguntó si en el momento de morir, los jóvenes se habrían acordado de la cinta. Tal vez no habían tenido tiempo para acordarse antes de que se los llevara el ángel de la muerte. Asakawa tembló: los jóvenes no eran los únicos. A menos que pudiera encontrar una forma de salvarse antes de cinco días, acabaría igual que ellos. Entonces sabría con exactitud cómo se sintieron al morir.

Pero si el chico había estado grabando un programa de televisión, ¿de dónde habían venido entonces las imágenes? Durante todo el tiempo Asakawa había estado creyendo que alguien las había grabado con una cámara de vídeo y luego había llevado la cinta al bungalow. Pero la cinta había estado grabando de la televisión, lo cual quería decir que de alguna forma aquellas escenas increíbles se habían filtrado en las emisiones televisivas. Jamás lo habría soñado.

Alguien había secuestrado las ondas de televisión.

Asakawa recordaba lo sucedido el año pasado en época de elecciones, cuando, después de que la NHK dejara de emitir, en el mismo canal había aparecido una grabación ilegal que calumniaba a uno de los candidatos.

Alguien había secuestrado las ondas de televisión. Era la única posibilidad que encajaba. Acababa de descubrir que era posible que la tarde del 26 de agosto aquellas imágenes se hubieran estado emitiendo en la región de Hakone Sur, y que aquella cinta las hubiera registrado por puro azar. De ser esto cierto, tenía que constar en alguna parte. Asakawa se dio cuenta de que tenía que ponerse en contacto con la oficina local del periódico y hacer unas cuantas averiguaciones.

4

Eran las diez cuando Asakawa llegó a casa. Nada más entrar en el apartamento, abrió suavemente la puerta del dormitorio y comprobó que su mujer y su hija estuvieran dormidas. No importaba lo cansado que estuviera al llegar a casa, siempre hacía aquello.

En la mesa del comedor había una nota: «Ha llamado el señor Takayama». Asakawa llevaba todo el día llamando a Ryuji, pero no había podido encontrarlo en casa. Probablemente estuviera fuera, enfrascado en sus propias investigaciones. «Tal vez ha encontrado algo», pensó Asakawa mientras marcaba. Dejó que el teléfono sonara diez veces. No hubo respuesta. Ryuji vivía solo en su apartamento de Nakano Este. Todavía no había llegado a casa.

Asakawa se dio una ducha rápida, abrió una cerveza e intentó llamar otra vez. Seguía sin haber nadie. Pasó a whisky con hielo. Nunca podía dormir bien una noche sin alcohol. Alto y delgado, Asakawa no había tenido nunca en la vida una enfermedad propiamente dicha. Y pensar que era así como estaba sentenciado a morir. Una parte de sí mismo seguía creyendo que todo era un sueño, que darían las diez del 18 de octubre sin haber entendido el vídeo ni descifrado el sortilegio y sin embargo no pasaría nada y los días seguirían desplegándose delante de él igual que siempre. Oguri haría una mueca de burla y hablaría largo y tendido sobre la memez que es creer en supersticiones, mientras que Ryuji se reiría y diría:

«Simplemente no entendemos cómo funciona el mundo». Su mujer y su hija lo saludarían con las mismas caras de sueño. Ni siquiera un pasajero de un avión que está cayendo del cielo puede perder la esperanza de que será el único superviviente.

Se bebió el tercer vaso de whisky y marcó el número de Ryuji por tercera vez. Si no contestaba aquella vez, Asakawa lo dejaría para el día siguiente. Esperó siete tonos y luego oyó un clic cuando alguien levantó el auricular.

—¿Dónde cono te habías metido? —gritó, sin molestarse en escuchar con quién estaba hablando.

Pensó que estaba hablando con Ryuji y dio rienda suelta a su cólera. Lo cual solamente sirvió para enfatizar lo extraño de su relación. Incluso con sus amigos, Asakawa siempre mantenía cierta distancia y controlaba su actitud meticulosamente. Pero no tenía reparos en insultar a Ryuji de todas las formas imaginables. Y, sin embargo, nunca pensaba en él como en un amigo íntimo.

Para su sorpresa, la voz que contestó no era la de Ryuji.

—¿Hola? Perdone...

Era una mujer, sorprendida de que alguien le hubiera gritado sin previo aviso.

—Oh, lo siento. Me he equivocado de número —Asakawa se dispuso a colgar.

—¿Busca usted al profesor Takayama?

—Ah, pues sí, la verdad es que sí.

—Todavía no ha vuelto.

Asakawa no pudo evitar preguntarse a quién pertenecía aquella voz joven y atractiva. Le pareció evidente que no se trataba de una pariente suya porque lo había llamado «profesor». ¿Una amante? No era posible. ¿Qué chica en su sano juicio se enamoraría de Ryuji?

—Ya veo. Me llamo Asakawa.

—Cuando vuelva el profesor Takayama, le diré que le llame. Me ha dicho que es usted el señor Asakawa, ¿no?

Incluso después de colgar el teléfono, la voz suave de aquella mujer siguió reseñándole agradablemente en los oídos.

Habitualmente, los futones solamente se usaban en las habitaciones de estilo japonés con suelos de tatami. En la habitación de los Asakawa había moqueta, y originalmente había tenido una cama de estilo occidental, pero al nacer Yoko la habían sacado. No podían tener al bebé durmiendo en una cama, pero la habitación era demasiado pequeña para una cama y una cuna. Así que se vieron obligados a librarse de su cama doble y pasarse a los futones, que enrollaban cada mañana y desplegaban otra vez por las noches. Ponían dos futones uno al lado del otro y dormían los tres juntos. Ahora Asakawa gateó hasta el espacio libre en los futones. Cuando los tres se acostaban al mismo tiempo, siempre dormían en las mismas posturas. Pero Shizu y Yoko tenían el sueño ligero, así que cuando se acostaban antes que Asakawa, no pasaba media hora antes de que empezaran a dar vueltas y ocuparan toda la cama. Como resultado, Asakawa siempre tenía que acabar ocupando cualquier espacio libre que quedara. Si moría ahora, se preguntó, ¿cuánto tiempo tardaría su espacio vacío en llenarse? No es que le preocupara que Shizu volviera a casarse, no necesariamente. Era solamente que había gente que nunca conseguía llenar el espacio vacío dejado por un cónyuge al desaparecer. ¿Tres años? Tres años estaría bien. Shizu volvería a su casa y dejaría que sus padres se ocuparan del bebé mientras ella iba a trabajar. Asakawa se obligó a sí mismo a imaginarse la cara de su mujer, tan resplandeciente de vitalidad como podía esperarse. Quería que Shizu fuera fuerte. No podía ni pensar el infierno que su mujer e hija tendrían que vivir si él moría.

Asakawa había conocido a Shizu hacía cinco años. Lo acababan de transferir de vuelta a la oficina central de Tokio desde la de Chiba. La que sería un día su mujer trabajaba en una agencia de viajes asociada al grupo empresarial de El Heraldo. Ella trabajaba en la tercera planta y él en la séptima, y a veces se veían en el ascensor, pero no pasaron de ahí hasta que un día él fue a recoger unos billetes a la agencia de viajes. Se iba de viaje para escribir un artículo, y como la persona que se ocupaba de sus preparativos no estaba, Shizu lo estuvo ayudando. Ella tenía solamente veinticinco años y le encantaba viajar, y su mirada dejaba ver lo mucho que envidiaba a Asakawa por ser capaz de viajar por todo el país para llevar a cabo sus encargos. En aquella mirada vio también un reflejo de la primera chica a la que había querido. Ahora que conocían el nombre del otro,

empezaron a charlar sobre temas triviales cada vez que se encontraban en el ascensor e intimaron rápidamente. Dos años más tarde se casaron, después de un noviazgo fácil sin objeciones por parte de los padres de ninguno. Unos seis meses antes de su boda, se compraron el apartamento de tres habitaciones de Kita Shinagawa: sus padres los ayudaron con la entrada. No es que previeran la subida en picado del precio del terreno y por tanto se apresuraran a comprar antes de la boda. Simplemente querían tener pagada la hipoteca lo antes posible. Pero si no hubieran comprado cuando lo hicieron, nunca se podrían haber permitido vivir así en la ciudad. En el plazo de un año, el valor de su apartamento se triplicó. Y los plazos mensuales de su hipoteca eran menos de la mitad de lo que habría sido el alquiler. No paraban de quejarse de que el apartamento era pequeño, pero la verdad era que para la pareja era toda una inversión. Ahora Asakawa se alegraba de tener algo que dejar a su familia. Si Shizu usaba su seguro de vida para liquidar la hipoteca, el apartamento pasaría a ser propiedad de ella y de Yoko.

«Creo que mi póliza paga veinte millones de yenes, pero no estoy seguro, tengo que mirarlo».

Tenía la cabeza espesa, pero dividió mentalmente el dinero de distintas maneras y se dijo a sí mismo que tenía que apuntar todos los consejos financieros que se le ocurrieran. Se preguntaba cómo registrarían su muerte. ¿Fallecimiento por enfermedad? ¿Accidente? ¿Homicidio?

«En todo caso, será mejor que me vuelva a leer mi póliza de seguro».

Llevaba tres noches yéndose a dormir embargado por el pesimismo. Se preguntaba cómo podía influir en un mundo del que había desaparecido y se le ocurrió dejar una especie de testamento.

í 4 de octubre, domingo '

A la mañana siguiente, domingo, Asakawa marcó el número de Ryuji nada más levantarse.

—¿Sí? —contestó Ryuji con un tono de voz que dejaba claro que se acababa de despertar.

Asakawa recordó inmediatamente su frustración de la noche antes, y ladró en el auricular.

—¿Dónde estabas anoche?

—¿Eh? Ah, Asakawa., —Se suponía que me ibas a llamar, ¿no?

—Ah, sí. Estaba borracho. Las universitarias de hoy día saben beber. Y saben hacer otras cosas, ya me entiendes. ¡Uaaau! Estoy agotado.

Asakawa se quedó momentáneamente perplejo: era como si los tres últimos días hubieran sido un sueño. Se sentía estúpido por habérselo tomado todo tan en serio.

—Bueno, estoy de camino. Espérame —dijo Asakawa, y colgó el teléfono.

Para llegar a casa de Ryuji, Asakawa cogió el tren a Nakano Este y luego caminó diez minutos en dirección a Kami Ochiai. Mientras caminaba, Asakawa pensó esperanzado que aunque Ryuji hubiera estado bebiendo la noche anterior, seguía siendo Ryuji. Estaba claro que había descubierto algo. Tal vez incluso había descifrado el enigma y luego había salido a beber y de juerga para celebrarlo. Cuanto más se acercaba al apartamento de Ryuji más optimista se sentía y empezó a caminar más deprisa. Las emociones estaban dejando exhausto a Asakawa de tanto hacerlo bascular entre el miedo y la esperanza, entre el pesimismo y el optimismo.

Ryuji abrió la puerta en pijama. Sucio y sin afeitarse, estaba claro que acababa de salir de la cama. Asakawa se quitó los zapatos en un abrir y cerrar de ojos. Todavía estaba en el recibidor cuando preguntó:

—¿Has descubierto algo?

—No, la verdad es que no. Pero entra—dijo Ryuji, rascándose la cabeza vigorosamente. Tenía los ojos vidriosos y Asakawa se dio cuenta a simple vista de que todavía no se le habían despertado las neuronas.

—Vamos, despierta. Tómate un café o algo así.

Sintiendo traicionadas sus esperanzas, Asakawa puso la tetera en el fogón ruidosamente. De pronto le obsesionaba el tiempo.

Los dos estaban sentados con las piernas cruzadas en la sala de estar. Había libros apilados por toda la pared.

—Bueno, pues cuéntame qué has descubierto —dijo Ryuji moviendo la rodilla.



No había tiempo que perder. Asakawa reunió toda la información que había recopilado el día anterior y la dispuso en orden cronológico. Primero informó a Ryuji de que el vídeo había sido grabado de la televisión en el bungalow a partir de las ocho de la tarde del 26 de agosto.

—¿De verdad? —Ryuji puso cara de sorpresa. Él también había dado por sentado que lo habían grabado con una cámara de vídeo y lo habían llevado allí—. Eso es interesante. Pero si alguien se coló en las emisiones tal como dices, tendría que haber más gente que lo viera...

—Bueno, he llamado a nuestras oficinas en Atami y Mishima y les he preguntado al respecto. Pero dicen que no han recibido ningún informe de transmisiones sospechosas recibidas en Hakone Sur la noche del veintiséis de agosto.

—Ya veo, ya veo... —Ryuji se cruzó de brazos y pensó un momento—. Se me ocurren dos posibilidades. La primera es que todo el mundo que vio la emisión haya muerto. Pero espera... Cuando se emitió, el sortilegio tenía que estar intacto. Así que... Y en todo caso, los periódicos locales no dijeron nada, ¿verdad?

—No. Ya lo he comprobado. Te refieres a si mencionaron que hubiera más víctimas, ¿no? No las hubo. Ninguna. Si se emitió, debió de verlo más gente, pero no hubo ninguna otra víctima. Ni siquiera rumores.

—Pero ¿te acuerdas de cuando empezó a aparecer el sida en el mundo civilizado? Al principio los médicos americanos no tenían ni idea de qué estaba pasando. Lo único que sabían era que estaban viendo morir a gente con unos síntomas que no habían visto nunca. Lo único que tenían era la sospecha de una enfermedad extraña. Tardaron dos años en empezar a llamarlo «sida». Esas cosas pasan.

En los valles montañosos del este de la cresta de Tanna solamente había unas pocas granjas dispersas, en los tramos bajos de la autopista Atami-Kannami. Si uno miraba al sur, lo único que se veía era la Tierra Pacífica de Hakone Sur, aislada entre sus oníricas praderas montañosas. ¿Estaba ocurriendo algo invisible en aquellos lugares? Tal vez estaba muriendo mucha gente de repente pero todavía no había aparecido en las noticias. Y el sida no era el único caso: la enfermedad de Kawasaki, descubierta por primera vez en Japón, existió durante diez años antes de ser reconocida oficialmente como una nueva enfermedad. Solamente hacía un mes que la emisión fantasma había sido grabada accidentalmente en vídeo. Era bastante posible que todavía no se hubiera reconocido el síndrome. Si Asakawa no hubiera descubierto el factor común a cuatro muertes —si entre los muertos no hubiera estado su sobrina— es probable que aquella «enfermedad» siguiera sumida en el secreto. Aquello daba todavía más miedo. Normalmente hacían falta cientos de muertes, tal vez miles, para que algo fuera reconocido oficialmente como «enfermedad».

—Y no tenemos tiempo para ir de puerta en puerta hablando con los residentes de la zona. Pero has mencionado una segunda posibilidad, Ryuji.

—Sí. La segunda posibilidad es que la única gente que haya visto la emisión seamos nosotros y los cuatro jóvenes. ¿Tú crees que el chaval de once años que la grabó sabía que las frecuencias de emisión cambian de una zona a otra? Puede que lo que emiten en Tokio en el canal Cuatro lo emitan en un canal completamente distinto en el campo. Un niño no sabe esas cosas: tal vez puso la cinta a grabar en el canal que ve en Tokio.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Piénsalo. La gente como nosotros, que vivimos en Tokio, ¿ponemos alguna vez el canal Dos? Aquí no lo usamos.

Aja. Así que el chico había sintonizado el vídeo en un canal que la gente de la zona nunca usaba. Como se puso a grabar mientras sus padres veían otra cosa, no llegó a ver lo que estaba grabando. Sea como fuera, siendo tan escasa la población local, era muy improbable que lo estuviera viendo mucha gente.

—En cualquier caso, la verdadera pregunta es: ¿de dónde provino la emisión?

Cuando lo decía Ryuji, todo sonaba muy simple. Pero solamente una investigación científica y organizada podía determinar el punto de origen de la emisión.

—Espera un momento... Ni siquiera estamos seguros de que tu premisa sea cierta. Lo de que el chico grabó accidentalmente una emisión fantasma no es más que una conjetura.

—Ya lo sé. Pero si esperamos tener pruebas definitivas antes de hacer nada, nunca llegaremos a ningún sitio. Esta es nuestra única pista.

Emisiones. Los conocimientos científicos de Asakawa eran nimios. Ni siquiera sabía con exactitud qué eran las emisiones: tenía que empezar su investigación por ahí. No podían hacer otra cosa que buscarlo. Buscar el punto de origen de las emisiones. Eso quería decir que tenían que volver allí. Y al día siguiente solamente les quedarían cuatro días.

La siguiente pregunta era: ¿quién había borrado el sortilegio? Si daban por buena la conjetura de que la cinta había sido grabada en el mismo bungalow, solamente podían haberlo borrado las cuatro víctimas. Asakawa había llamado a la cadena de televisión y había descubierto la fecha en que el joven narrador, Shinraku Sanyutei, había ido de invitado a La tertulia de la noche. Y tenían razón en sus sospechas. La respuesta que les dieron era el 29 de agosto. Era casi seguro que los cuatro jóvenes habían borrado el sortilegio.

Asakawa sacó varias fotocopias de su maletín. Eran las fotografías del monte Mihara, en la isla de Izu Oshima.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Ryuji mientras se las mostraba.

—El monte Mihara, ¿eh? Yo diría que está claro que es este.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Ayer por la tarde le pregunté a un etnólogo de la universidad por el dialecto de la vieja. Dijo que ya no se usaba mucho, pero que probablemente era uno que se descubrió en la isla de Izu Oshima. De hecho, contenía rasgos identificables con la zona de Sashikiji en la punta sur de la isla. Fue muy cauteloso, de modo que no pudo localizarlo con seguridad, pero en combinación con esta foto, creo que podemos dar por hecho que el dialecto es el de Izu Oshima y que la montaña es el monte Mihara. Por cierto, ¿has investigado las erupciones del monte Mihara?

—Por supuesto. Desde la guerra, y creo que hacemos bien en limitarnos a las erupciones posteriores a la guerra... —Considerando el desarrollo de la tecnología filmica, parecía seguro dar aquello por sentado.

—Sí.

—Me sigues, ¿no? Desde la guerra, el monte Mihara ha entrado en erupción cuatro veces. La primera vez fue de mil novecientos cincuenta a mil novecientos cincuenta y uno. La segunda fue en el cincuenta y siete, y la tercera en el setenta y cuatro. Estoy seguro de que los dos nos acordamos bien de la última: otoño de mil novecientos ochenta y seis. La erupción de mil novecientos cincuenta y siete produjo un cráter nuevo. Hubo un muerto y cincuenta y tres heridos.

—Si tenemos en cuenta cuándo se inventaron las cámaras de vídeo, sospecho que se trata de la erupción del ochenta y seis, aunque creo que todavía no podemos asegurarlo.

Llegado aquel punto, Ryuji pareció recordar algo y empezó a hurgar en su bolsa. Sacó un trozo de papel.

—Ah, sí. Es evidente que es esto lo que estaba diciendo. El caballero tuvo la amabilidad de traducírmelo al japonés estándar.

Asakawa miró el trozo de papel, donde había escrito: «¿Cómo has estado de salud desde entonces? Si te pasas todo el tiempo jugando en el agua, te cogerán los monstruos. ¿Lo entiendes? Ten cuidado con los desconocidos. El año que viene tendrás una criatura. Haz caso a tu abuela, que no eres más que una niña. No hace falta preocuparse por la gente de aquí».

Asakawa lo leyó dos veces, con atención, y levantó la vista.

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir?

—¿Cómo lo voy a saber? Eso es lo que vas a tener que averiguar.

—¡Solo nos quedan cuatro días!

Asakawa tenía demasiadas cosas que hacer. No sabía por dónde empezar. Tenía los nervios de punta y había empezado a perderlos.

—Mira. A mí me queda un día más que a ti. Tú eres la cabeza de lanza de esto. Actúa en consecuencia. Pon toda tu energía.

De pronto a Asakawa se le llenó el corazón de celos. Ryuji podía abusar de su día extra. Si por ejemplo tenía dos posibles respuestas al acertijo del sortilegio, podía darle una

a Asakawa y esperar a ver si moría o sobrevivía para averiguar cuál era la buena. Aquel único día podía convertirse en un arma poderosa.

—No te importa realmente si vivo o muero, ¿verdad, Ryuji? Sentado ahí tranquilamente, riendo... —chilló Asakawa, consciente de que se estaba poniendo vergonzosamente histérico.

—Ahora estás hablando como una mujer. Si tienes tiempo para despotricar y lloriquear así, también puedes usar un poco más la cabeza.

Asakawa siguió mirándolo con resentimiento.

—Bueno, ¿cómo prefieres que lo diga? Eres mi mejor amigo. No quiero que te mueras. Estoy haciendo lo que puedo. Y quiero que tú también hagas lo que puedas. Los dos tenemos que rendir al máximo, por el bien del otro. ¿Satisfecho? —En mitad de su discurso, el tono de Ryuji se volvió infantil, y terminó con una risa obscena.

Mientras se reía, se abrió la puerta principal. Sorprendido, Asakawa estiró el cuello y miró a través de la cocina en dirección al recibidor. Había una joven inclinada para quitarse un par de zapatillas blancas. Llevaba el pelo corto, por encima de ' las orejas, y unos pendientes que emitían un brillo blanquecino. Se quitó los zapatos y levantó la vista. Su mirada se encontró con la de Asakawa.

—Oh, lo siento. Creía que el profesor estaba solo —dijo la joven, tapándose la boca con la mano. Su elegante lenguaje corporal y su indumentaria blanca inmaculada contrastaban violentamente con el apartamento. Debajo de la falda sus piernas eran esbeltas. Su rostro era delicado e inteligente. Se parecía a una novelista que aparecía en anuncios de televisión.

—Entra —El tono de voz de Ryuji cambió. La vulgaridad quedó oculta tras una sobriedad insospechada—. Dejadme que os presente. Esta es la señorita Mai Takano, del Departamento de Filosofía de la Universidad de Fukuzawa. Es una de las alumnas estrella del departamento y siempre presta mucha atención en mis clases. Probablemente es la única que entiende realmente mis conferencias. Este es Kazuyuki Asakawa, de El Herald. Es... mi mejor amigo.

Mai Takano miró a Asakawa con sorpresa. En aquel momento Asakawa todavía no sabía por qué se había sorprendido.

—Encantada de conocerlo —dijo Mai, con una sonrisa y una reverencia excitantes. La clase de sonrisa que refrescaba al que estuviera mirando.

Asakawa nunca había conocido a una mujer tan guapa. La textura perfecta de su piel, el brillo de sus ojos, el equilibrio perfecto de su figura... Por no mencionar la inteligencia, la clase y la amabilidad que irradiaba. Aquella joven carecía literalmente de defectos. Asakawa se encogió como un sapo delante de una serpiente. No le salían las palabras.

—Eh, di algo —Ryuji le dio un codazo en las costillas.

—Hola —dijo por fin, incómodo, pero su mirada seguía transfigurada.

—Profesor, ¿salió usted anoche? —preguntó Mai, dando dos o tres pasos elegantes con sus pies enfundados en medias.

—Pues Takabayashi y Yagi me invitaron a salir con ellos, así que...

Ahora que estaban los dos de pie, uno junto al otro, Asakawa se dio cuenta de que Mai era unos buenos diez centímetros más alta que Ryuji. Aunque probablemente pesaba la mitad que él.

—Me gustaría que me avisara cuando no viene a casa. Le estuve esperando.

Asakawa recobró la conciencia de repente. Aquella era la joven con la que había hablado la noche anterior. Mai era quien había respondido el teléfono cuando él llamó.

Entretanto, Ryuji estaba cabizbajo como un niño al que estuviera riñendo su madre.

—Bueno, no pasa nada. Le perdono por esta vez. Tenga, le he traído algo —Le dio una bolsa de papel—. Le he lavado la ropa interior. También iba a ordenar esto, pero si le cambio de sitio los libros se enfada usted.

Asakawa no pudo evitar deducir de esa conversación la naturaleza de la relación que tenían aquellos dos. Era obvio que ya no eran simplemente alumna y profesor, sino también amantes. Además, ¡ella lo había esperado allí sola la noche anterior! ¿Tan íntimos eran? Sintió la clase de irritación que de vez en cuando le producía ver a dos personas que hacían mala pareja, pero aquello iba más lejos. Todo lo que tuviera que ver con Ryuji era descabellado. Luego estaba la expresión de amor con que Ryuji miraba a Mai. Era como un camaleón que cambiaba de expresión e incluso de forma de hablar. Por un momento,

Asakawa estuvo lo bastante enfadado como para querer abrir los ojos de Mai y explicarle los crímenes de Ryuji.

—Es casi la hora de comer, profesor. ¿Le preparo algo? Señor Asakawa, se queda usted también a comer, ¿verdad? ¿Tiene alguna preferencia?

Asakawa miró a Ryuji, sin saber qué decir.

—No seas tímido. Mai cocina muy bien.

—Lo dejo en tus manos —consiguió contestar por fin Asakawa.

Mai se fue inmediatamente a un supermercado cercano a comprar ingredientes para el almuerzo. Después incluso de que se fuera, Asakawa se quedó mirando la puerta con expresión aletada.

—Tío, pareces un ciervo paralizado por los faros de un coche —dijo Ryuji con una sonrisa burlona.

—Oh, lo siento.

—Mira, no tenemos tiempo para que estés así de embobado —Ryuji le dio una palmadita a Asakawa en la mejilla—. Tenemos cosas que hablar mientras ella está fuera.

—No le habrás enseñado el vídeo a Mai.

—¿Por quién me has tomado?

—Muy bien, continuemos. Me iré después de comer.

—Bien, lo primero que tenemos que encontrar es la antena.

—¿La antena?

—Ya sabes, el sitio donde se originó la emisión.

No podía permitirse un momento de calma. De camino a casa tenía que parar en la biblioteca y documentarse sobre las ondas hertzianas. Una parte de él quería irse ya a Hakone Sur, pero sabía que a largo plazo sería más rápido hacer primero algunas lecturas de fondo para hacerse una idea de qué estaba buscando. Cuanto más supiera sobre las características de las ondas hertzianas, y sobre cómo localizar emisiones pirata, más opciones podría darse a sí mismo.

Había una montaña de cosas por hacer. Pero Asakawa se sentía distraído, tenía la cabeza en otra parte. No podía sacarse de la cabeza la cara y el cuerpo de Mai. ¿Por qué estaba ella con un tipo como Ryuji? Se sentía al mismo tiempo perplejo y enfadado.

—Eh, ¿me estás escuchando? —La voz de Ryuji trajo de vuelta a Asakawa al mundo real—. En una escena del vídeo aparece un bebé, ¿te acuerdas?

—Sí —Apartó de su mente momentáneamente la imagen de Mai y recordó la imagen del recién nacido, cubierto de fluido amniótico viscoso. Pero la transición no salió bien: terminó imaginándose a Mai mojada y desnuda.

—Cuando vi aquella escena tuve una sensación extraña en las manos. Casi como si tuviera al bebé en brazos.

Una sensación. Tener a alguien en brazos. En su imaginación cogió en brazos primero a Mai y luego al bebé, en una sucesión cegadora. Luego, finalmente, experimentó la sensación. La misma que había tenido al ver el vídeo: la sensación de sostener al bebé y luego sacudir las manos en el aire. Ryuji había tenido exactamente la misma sensación. Aquello tenía que significar algo.

—Yo también lo sentí. Sentí con nitidez algo húmedo y viscoso.

—Tú también, ¿eh? ¿Qué puede querer decir eso?

Ryuji se puso a cuatro patas, acercó la cara a la pantalla del televisor y volvió a pasar la escena. Duraba casi dos minutos y durante todo aquel tiempo el niño estuvo soltando su primer chillido. Vieron un par de manos elegantes sosteniendo la cabeza y el trasero del bebé.

—Un momento, ¿qué es eso?

Ryuji puso el vídeo en pausa y empezó a hacerlo avanzar fotograma a fotograma. Durante un único segundo, la pantalla se quedó en negro. Si uno veía la cinta a velocidad normal era tan breve que no se podía ver. Pero al verla una y otra vez, fotograma a fotograma, era posible distinguir momentos de negrura total.

—Ahí está otra vez —dijo Ryuji, levantando la voz.

Durante un momento arqueó la espalda y miró la pantalla con atención. Luego giró la cabeza y examinó la sala. Estaba pensando furiosamente: Asakawa lo vio en el movimiento de sus ojos. Pero no tenía ni idea de en qué estaba pensando Asakawa. En total, la pantalla se puso negra del todo treinta y tres veces en el curso de la escena de dos minutos.

—¿Y qué? ¿Me estás diciendo que has podido descubrir algo a partir de eso? No es más que un problema técnico de la filmación. La cámara de vídeo era defectuosa.

Ryuji no hizo caso del comentario de Asakawa y empezó a examinar otras escenas. Oyeron pasos en el rellano. Ryuji pulsó el botón de stop a toda prisa.

Por fin se abrió la puerta. Mai apareció y dijo:

—Ya estoy aquí.

La habitación quedó envuelta nuevamente en su fragancia.

Era domingo por la tarde y las familias con hijos estaban jugando en el jardín de delante de la biblioteca municipal. Algunos padres jugaban a la pelota con sus chavales. Otros estaban tumbados en la hierba mientras sus hijos jugaban. Era una tarde de domingo bonita y luminosa de mediados de octubre y el mundo parecía envuelto en un manto de paz.

Cuando vio la escena, de pronto Asakawa no quiso más que correr a su casa. Había pasado un rato en la sección de ciencias naturales de la cuarta planta, empollando sobre las ondas hertzianas, y ahora estaba asomado a la ventana, sin mirar nada en particular. Llevaba todo el día perdiéndose en aquella clase de ensoñaciones. Se le ocurrían toda clase de ideas, sin razón ni concordancia. No podía concentrarse. Probablemente era debido a su impaciencia. Se puso de pie. Quería ver las caras de su mujer y de su hija, ya mismo. Aquella idea lo abrumaba. Ya mismo. No le quedaba mucho tiempo. Tiempo para jugar con su hija en la hierba como aquella gente...

Asakawa llegó a casa cuando casi eran las cinco. Shizu estaba preparando la cena. Pudo ver que estaba de mal humor cuando se puso detrás de ella y la vio cortar las verduras. Y conocía la razón, la conocía perfectamente. Ahora que por fin tenía el día libre, se había marchado temprano por la mañana y solamente había dicho: «Me voy a casa de Ryuji». Si él no cuidaba de Yoko de vez en cuando, por lo menos cuando tenía el día libre, a Shizu la abrumaba el estrés de criar sola a la niña. Y para rematarlo, había estado con Ryuji. Aquel era el problema. Podría simplemente haberle dicho una mentira, pero entonces ella no habría podido ponerse en contacto con él en caso de emergencia.

—Ha llamado un agente inmobiliario —dijo Shizu, sin perder el ritmo de cortar verduras.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha preguntado si estábamos pensando en vender la casa.

Asakawa se había sentado a Yoko en el regazo y le estaba leyendo un libro ilustrado. Lo más probable era que ella no entendiera nada, pero confiaban en que si ahora le enseñaban un montón de palabras, tal vez se le acumularan en la cabeza y más adelante salieran en tromba cuando tuviera un par de años, como cuando revienta un dique.

—¿Te hizo una buena oferta?

Desde que se dispararon los precios del terreno, las inmobiliarias no paraban de intentar que vendieran.

—Setenta millones de yenes.

La oferta había bajado. Con todo, seguía siendo suficiente para dejarles un pellizco a Shizu y Yoko, aun después de liquidar la hipoteca.

—¿Y qué les has dicho?

Shizu se limpió las manos con un trapo y por fin se giró.

—Les he dicho que mi marido no estaba en casa.

Siempre hacía lo mismo. Decía: «Mi marido no está en casa» o «Primero tengo que hablarlo con mi marido». Shizu nunca decidía nada por ella misma. Asakawa se temía que tendría que empezar a hacerlo pronto.

—¿A ti qué te parece? Tal vez sería hora de pensárselo. Tenemos bastante para comprar una casa en las afueras, con jardín. El agente también lo ha dicho.

Era el modesto sueño de la familia: vender el apartamento en el que vivían ahora y construirse una casa grande en las afueras. Sin capital, nunca sería nada más que un sueño. Pero tenían aquel importante patrimonio: un apartamento en el corazón de la ciudad. Tenían medios para hacer realidad aquel sueño, y cada vez que hablaban de ello se emocionaban. Lo tenían delante: solamente tenían que extender el brazo...

—Y luego, ya sabes, podríamos tener otro hijo.

A Asakawa le parecía evidente lo que Shizu se estaba imaginando. Una residencia amplia en las afueras, con un estudio individual para cada uno de sus dos o tres hijos y una



sala de estar lo bastante grande para no tener que pasar vergüenza por muchos invitados que se presentaran. Yoko, sentada en su rodilla, empezó a irritarse. Se dio cuenta de que su padre ya no estaba mirando el libro ilustrado, de que ya no le prestaba atención a ella, y empezó a manifestar su protesta. Asakawa volvió a mirar el libro.

—«Hace mucho, mucho tiempo, Tierra Pantanosa se llamaba Playa Pantanosa, porque los pantanos llenos de juncos se extendían hasta la orilla del mar».

Mientras estaba leyendo en voz alta, Asakawa sintió que se le inundaban los ojos de lágrimas. Quería hacer realidad el sueño de su mujer. Lo quería con todas sus fuerzas. Pero solamente le quedaban cuatro días. ¿Sería su mujer capaz de recuperarse cuando él muriera de causa desconocida? Shizu todavía no sabía lo frágil que era su sueño y lo deprisa que se iba a derrumbar.

Las nueve de la noche. Shizu y Yoko estaban dormidas, como de costumbre. A Asakawa le preocupaba lo último que había sacado a colación Ryuji. ¿Por qué se había puesto a pasar una y otra vez la escena del bebé? ¿Y qué había de las palabras de la anciana: «El año que viene tendrás un hijo»? ¿Había alguna relación entre el bebé del vídeo y la criatura que mencionaba la anciana? ¿Y qué eran aquellos momentos de negrura total? Tenían lugar treinta y tantas veces, a intervalos irregulares.

Asakawa pensó en volver a ver el vídeo para intentar confirmar aquello. Por muy caprichoso que le hubiera podido parecer a él, Ryuji había estado buscando algo concreto. Ryuji tenía una capacidad lógica enorme, claro, pero también tenía una intuición muy certera. Asakawa, por otro lado, estaba especializado en el trabajo de encontrar la verdad mediante la investigación laboriosa.

Asakawa abrió el armario y sacó la cinta de vídeo. Quería introducirla en el aparato, pero en aquel preciso momento percibió algo raro en sus manos. «LTn momento, aquí pasa algo». No estaba seguro de qué era, pero su sexto sentido le decía que algo no iba bien. Cada vez estaba más seguro de que no era su imaginación. Realmente había notado algo raro al tocar la cinta. Algo había cambiado, algún pequeño detalle.

«¿Qué es? ¿Qué ha cambiado? —El corazón le latía acelerado—. Algo va mal. Nada está mejorando. Piensa, hombre, intenta recordar. La última vez que vi la cinta... la rebobiné. Y ahora la cinta está por la mitad. A un tercio aproximadamente. Eso es más o menos donde terminan las imágenes y no la han rebobinado. Alguien la ha visto mientras yo estaba fuera».

Asakawa corrió al dormitorio. Shizu y Yoko estaban dormidas, cogidas la una a la otra. Asakawa le dio la vuelta a su mujer, la cogió del hombro y la zarandeó.

—¡Despierta, Shizu! ¡Despierta! —dijo en voz baja, intentando no despertar a Yoko. Shizu frunció el ceño e intentó soltarse—. ¡Te digo que te despiertes! —La voz de Asakawa sonaba distinta de lo habitual.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar. Ven.

Asakawa sacó a rastras a su mujer de la cama y la llevó al comedor. Luego le enseñó la cinta.

—¿Has visto esto?

Amedrentada por la ferocidad de su tono, Shizu no pudo hacer más que mirar alternativamente la cinta y la cara de su marido. Por fin dijo:

—¿Es que no podía mirarla?

«¿Por qué te enfadas tanto? —pensó Shizu—. Era domingo, tú habías ido a no sé dónde y yo me aburría. Y estaba en casa esa cinta sobre la que estabais cuchicheando tú y Ryuji, así que la he sacado. Pero ni siquiera era interesante. Probablemente era algo que habíais hecho los chicos de la oficina —Shizu permaneció callada, replicando únicamente en su mente—. No hay razón para que te enfades tanto».

Por primera vez en su vida de casado, Asakawa tuvo ganas de pegar a su mujer:

—¡... Estúpida!

Pero consiguió resistir la tentación y se quedó allí de pie con el puño cerrado. — Tranquilízate y piensa. Es culpa tuya.

No tendrías que haberla dejado donde ella pudiera verla». Shizu nunca abría las cartas dirigidas a él, así que le pareció seguro dejar la cinta en el armario. «¿Por qué no la escondí? Al fin y al cabo, ella entró en la sala mientras Ryuji y yo la estábamos viendo. Claro que sentía curiosidad por la cinta. Fue un error no esconderla».

—Lo siento —murmuró Shizu, malhumorada.  
—¿Cuándo la has visto? —A Asakawa le temblaba la voz.  
—Esta mañana.  
—¿De veras?

Shizu no tenía forma de saber lo importante que era el momento exacto en que la había visto. Se limitó a asentir con sequedad.

—¿A qué hora?  
—¿Por qué lo preguntas?  
—¡Dímelo! —Asakawa empezó a mover otra vez la mano.  
—Sobre las diez y media, tal vez. Justo después de terminar El jinete enmascarado.

¿El jinete enmascarado? Era una serie infantil. Yoko era la única persona en la familia que podía estar interesada en verla. Asakawa luchó desesperadamente para no desmayarse.

—Ahora escúchame, esto es muy importante. Mientras estabas viendo el vídeo, ¿dónde estaba Yoko?

Shizu tenía cara de estar a punto de romper a llorar.  
—Sentada en mi regazo.  
—¿Yoko también? ¿Me estás diciendo que... las dos... visteis el vídeo?  
—Ella solamente miraba el parpadeo de la pantalla. No entendía nada...  
—¡Calla! ¡Eso no importa!

Ya no era una simple cuestión de destruir el sueño de su mujer de una casa en las afueras. Ahora la familia entera estaba en peligro. Todos podían morir. Todos estaban expuestos a una muerte absurda.

Mientras observaba la rabia, el miedo y la desesperación de su marido, Shizu empezó a ser consciente de la gravedad de la situación.

—Oye, eso no era más que... una broma... ¿no?

Shizu recordó las palabras del final del vídeo. Al verlas le habían parecido nada más que una broma de mal gusto. No podían ser reales. Pero entonces, ¿por qué estaba actuando así su marido?

—¿No es real, verdad?

Asakawa no pudo contestar. Se limitó a negar con la cabeza. Luego le embargó la ternura por aquellos que ahora compartían su destino.

15 de octubre, lunes,;. Cuando ahora se despertaba por las mañanas, Asakawa se sorprendía a sí mismo deseando que todo hubiera sido un sueño. Llamó a una agencia de alquiler de coches del vecindario y les dijo que recogería con puntualidad el coche que había reservado. Tenían su reserva archivada, no había ningún error. La realidad avanzaba sin pausa.

Necesitaba un medio para desplazarse si iba a intentar encontrar el origen de la emisión. Sería demasiado difícil irrumpir en las frecuencias televisivas con un transmisor inalámbrico normal y corriente. Se imaginó que debían de haberlo hecho con una unidad expertamente modificada. Y la imagen de la cinta era nítida, sin interferencias. Aquello significaba que la señal había tenido que ser fuerte y cercana. Con más información habría podido establecer la zona a la que llegaba la transmisión y de esa forma localizar el punto de origen. Pero lo único que tenía para seguir adelante era el hecho de que el televisor de la Ciudad de los Chalets la había recibido. Lo único que podía hacer era ir allí, tatar el terreno y luego empezar a peinar la zona con meticulosidad. No tenía ni idea de cuánto tiempo iba a tardar. Puso en su maleta ropa para tres días. Estaba claro que no necesitaría más.

Se miraron entre ellos, pero Shizu no dijo nada sobre el vídeo. Asakawa no había sido capaz de inventar una buena mentira, así que la había dejado irse a la cania sin más que un puñado de excusas vagas sobre la amenaza de muerte al cabo de una semana. Por su parte, Shizu parecía temer cualquier revelación específica, así que pareció feliz de dejar el asunto sin aclarar y en la penumbra. En lugar de interrogar a su marido como haría de costumbre, pareció hacer algunas conjeturas privadas que la llevaron a mantener un silencio extraño. Asakawa no sabía con exactitud cómo estaba interpretando Shizu las cosas, pero no parecía que el nerviosismo de ella fuera a disiparse. Mientras veía el culebrón matinal de siempre en la televisión, parecía extraordinariamente sensible a los ruidos de fuera y se levantaba sobresaltada de su sillón con frecuencia.

—No hablemos de esto, ¿de acuerdo? No tengo respuestas para ti. Tú deja el asunto en mis manos —Aquello era lo único que se le ocurría a Asakawa para calmar la ansiedad de su mujer. No podía permitirse el lujo de mostrarse débil ante ella.

Justo cuando estaba saliendo de la casa, como si estuviera coordinado con sus movimientos, sonó el teléfono. Era Ryuji.

—He hecho un descubrimiento fascinante. Quiero que me des tu opinión —La voz de Ryuji sonaba excitada.

—¿No me lo puedes decir por teléfono? Tengo que ir a recoger un coche de alquiler.

—¿Un coche de alquiler?

—Tú eres el que me dijo que encontrara el origen de la emisión.

—Vale, vale. Escucha, deja eso de lado un momento y pásate por aquí. Tal vez después de todo no tengas que ir a buscar ninguna antena. Tal vez se desmorone toda nuestra premisa.

Asakawa decidió recoger el coche primero de todos modos, para que en caso de que todavía tuviera que ir a la Tierra Pacífica de Hakone Sur, pudiera ir directamente desde casa de Ryuji.

Asakawa aparcó el coche con dos ruedas encima de la acera y aporreó la puerta de Ryuji.

—¡Entra! Está abierto.

Asakawa abrió la puerta con brusquedad y cruzó la cocina pisando deliberadamente fuerte.

—¿Qué es ese gran descubrimiento? —se forzó a preguntar.

—¿Qué mosca te ha picado? —Ryuji levantó la vista desde el suelo, donde estaba sentado con las piernas cruzadas.

—¡Date prisa y dime qué has encontrado!

—¡Relájate!

—¿Cómo quieres que me relaje? ¡Dímelo de una vez!

Ryuji se mordió la lengua un momento. Luego preguntó amablemente:

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

Asakawa se dejó caer al suelo en el centro de la sala y juntó las manos sobre las rodillas.

—Mi mujer y... mi hija han visto esa cinta de mierda.

—Vaya, eso sí que es fuerte. Lo lamento —Ryuji se lo quedó mirando hasta que Asakawa empezó a recuperar la compostura. Luego este estornudó una vez y se sonó la nariz ruidosamente—. Bueno, también quieres salvarlas, ¿no?

Asakawa asintió con la cabeza como un niño.

—Pues bueno, razón de más para mantener la cabeza serena. Así que no te voy a explicar mis conclusiones. Me limitaré a mostrarte las pruebas. Primero quiero ver qué te sugieren las pruebas. Por eso no puedo tenerte así de nervioso, ¿sabes?

—Lo entiendo —dijo Asakawa, dócilmente.

—Ahora ve a lavarte la cara o algo. Reponte.

Asakawa podía llorar delante de Ryuji. Ryuji era la válvula de escape de todas las emociones que no podía dejar escapar delante de su mujer.

Volvió a entrar en la sala, secándose la cara con una toalla, y Ryuji le dio una hoja de papel. En la hoja había un esquema sencillo:

1) Introducción 2) Fluido rojo 3) Monte Mihara 4) Erupción monte Mihara 5) La palabra «montaña»

6) Datos 7) Anciana 8) Bebé

9) Caras 10) Tele vieja 11) Cara de hombre 12) Final Algunas cosas estaban claras a simple vista. Ryuji había dividido el vídeo en escenas.

—Anoche se me ocurrió esto de repente. Ves lo que es, ¿no? El vídeo consta de doce escenas. A cada una le he dado un número y un título. El número que hay detrás del título es la longitud de la escena en segundos. El siguiente número, entre corchetes, es... ¿me sigues?, el número de veces que la pantalla se pone negra a lo largo de la escena.

La expresión de Asakawa estaba llena de dudas.

—Después de que te fueras ayer empecé a examinar otras escenas además de la del bebé. Para ver si también tenían instantes en negro. Y, oh maravilla, también los tenían las escenas tres, cuatro, ocho, diez y once.

—La siguiente columna dice «real» y «abstracto». ¿Qué quiere decir eso?

—Podemos dividir grosso modo las doce escenas en esas dos categorías. Están las escenas abstractas, las que son como escenas de la imaginación, son lo que supongo que podemos llamar paisajes mentales. Las reales son cosas que existen en realidad, que se pueden ver con los ojos. Así es como las he dividido.

Ryuji hizo una breve pausa.

—Ahora mira el esquema. ¿Ves algo?

—Bueno, el telón negro solamente aparece en las escenas «reales».

—Cierto. Absolutamente cierto. Ten eso en mente —Ryuji, esto se está volviendo irritante. Date prisa y dime adonde quieres ir a parar. ¿Qué significa esto?

—Tranquilo, tranquilo, no te sulfures. A veces cuando nos dan las respuestas de entrada nos embotan la intuición. A mí la intuición ya me ha llevado a sacar una conclusión. Y con ella en mente, manipularé cualquier dato para racionalizar el hecho de aferrarme a esa conclusión. Es como en esas investigaciones criminales, ¿no? En cuanto aparece la idea de que el culpable es ese, de pronto parece que todas las pruebas apoyan tu tesis. Fíjate, no podemos permitirnos divagar en este punto. Necesito que apoyes mi conclusión. Es decir, quiero ver, en cuanto hayas visto las pruebas, si tu intuición te dice lo mismo que a mí la mía.

—Vale, vale. Continúa.

—Muy bien: el telón negro solamente aparece cuando la pantalla muestra paisajes reales. Eso lo hemos dejado claro. Ahora, rememora las sensaciones que tuviste la primera vez que viste las imágenes. Ayer ya hablamos de la escena del bebé. ¿Algo más aparte de eso? ¿Qué hay de la escena con todas aquellas caras?

Ryuji usó el mando a distancia para encontrar la escena.

—Échales un buen vistazo a esas caras.

La pared de docenas de caras se fue retirando lentamente y multiplicándose hasta convertirse en centenares primero y en millares después. Cuando Asakawa las miró con atención, cada una de ellas le pareció distinta, como las caras reales.

—¿Cómo te hace sentir esto? —preguntó Ryuji.

—Como si se estuvieran dirigiendo a mí. Como si me llamaran mentiroso y farsante a mí.

—Cierto. Resulta que a mí me hace sentir igual. O por lo menos lo que me hizo sentir se parece mucho a lo que estás describiendo.

Asakawa intentó concentrar sus nervios en las consecuencias de aquel dato. Ryuji estaba esperando una respuesta clara.

—¿Y bien? —volvió a preguntar Ryuji.

Asakawa negó con la cabeza.

—Nada. No se me ocurre nada.

—Bueno, si hubieras estado lo bastante tranquilo como para pasar más tiempo pensando en ello, tal vez te habrías dado cuenta de lo que yo me he dado cuenta. Fíjate, los dos hemos estado pensando que estas imágenes las captó una cámara de televisión, en otras palabras, una máquina provista de una lente, ¿no?

—¿Y no es así?

—Bueno, ¿qué es ese telón negro que cubre momentáneamente la pantalla?

Ryuji hizo avanzar la cinta fotograma a fotograma hasta que la pantalla se volvió negra. Permaneció así durante tres o cuatro fotogramas. Si uno calculaba que un fotograma era la trigésima fracción de un segundo, entonces la oscuridad duraba una décima de segundo.

—¿Por qué sucede esto en las escenas reales y no en las imaginadas? Mira la pantalla con más atención. No es del todo negra.

Asakawa acercó más la cara a la pantalla. Ciertamente, no era del todo negra. Algo parecido a una tenue neblina blanca flotaba en el seno de la oscuridad.

—Una sombra difusa. Lo que tenemos aquí es la persistencia de la visión. Y mientras observas, ¿no percibes una sensación increíble de inmediatez, como si estuvieras participando realmente en la escena?

Ryuji miró a Asakawa a los ojos y parpadeó una sola vez, despacio. El telón negro.

—¿Eh? —murmuró Asakawa—. ¿Es eso... un parpadeo?

—Exacto. ¿Me equivoco? Si uno piensa en ello, tiene sentido. Hay cosas que vemos con los ojos, pero también hay escenas que conjuramos con la imaginación. Como no traspasan la retina, no hay parpadeos en ellas. Pero cuando estamos mirando con los ojos, las imágenes se forman de acuerdo con la fuerza de la luz que llega a la retina. Y para evitar que se sequen las retinas, parpadeamos, inconscientemente. El telón negro es el instante en que se cierran los ojos.

Una vez más, a Asakawa le vinieron náuseas. La primera vez que terminó de ver el vídeo salió corriendo al baño, pero esta vez el escalofrío maligno fue peor todavía. No se podía sacudir de encima la sensación de que algo le trepaba por el cuerpo. El vídeo no lo había grabado una máquina. Los ojos de un ser humano, sus oídos, su nariz, su lengua y su piel: se habían usado los cinco sentidos para confeccionar aquel vídeo. Aquellos escalofríos, aquel temblor, los causaba la sombra de alguien infiltrándose en él a través de sus órganos. Asakawa había estado viendo el vídeo desde la misma perspectiva de la cosa.

Se secó la frente una y otra vez, pero seguía perlada de gotas de sudor.

—¿Sabías...? Eh, ¿me estás escuchando? Dejando de lado las diferencias individuales, los hombres parpadean un promedio de veinte veces por minuto y las mujeres un promedio de quince veces. Eso quiere decir que habría sido una mujer quien grabó las imágenes.

Asakawa no podía oírle.

—Eh, je, je. ¿Qué te pasa? Estás tan pálido que ya pareces muerto —Ryuji se rió—. Míralo por el lado bueno. Estamos un paso más cerca de la solución. Si esas imágenes fueron registradas por los órganos sensoriales de una persona en concreto, entonces el sortilegio debe de estar relacionado con la voluntad de esa persona. En otras palabras, tal vez esa mujer quiere que hagamos algo.

Asakawa había perdido temporalmente la razón. Las palabras de Ryuji le resonaban en los oídos, pero su significado no le llegaba al cerebro.

—En todo caso, ahora sabemos lo que tenemos que hacer. Tenemos que descubrir quién es esa persona. O quién fue. Me parece probable que ya no esté entre nosotros. Lo cual quiere decir que tenemos que descubrir qué deseaba mientras estaba todavía vivo o viva.

Ryuji le guiñó el ojo a Asakawa, como diciendo: «¿Qué tal lo estoy haciendo?».

Asakawa había salido de la autopista número 3 Tokio-Yokohama y ahora se dirigía al sur por la carretera Yokohama-Yokosuka. Ryuji había abatido el asiento del pasajero y estaba durmiendo un sueño perfecto y relajado. Eran casi las dos de la tarde, pero Asakawa no tenía nada de hambre.

Asakawa extendió el brazo para despertar a Ryuji, pero no llegó a hacerlo. Todavía no habían llegado a su destino. Asakawa ni siquiera sabía adonde se dirigían. Lo único que le había dicho Ryuji era que condujera hasta Kamakura. No sabía adonde se dirigían ni por qué iban allí. Aquello lo convertía en un conductor nervioso e irritable. Ryuji había hecho las maletas a toda prisa y le había dicho que ya le explicaría adonde se dirigían cuando estuvieran en el coche. Pero una vez en camino, le había dicho:

—Esta noche no he dormido. No me despiertes hasta llegar a Kamakura —Y luego se había quedado dormido en un momento.

Asakawa salió de la carretera Yokohama-Yokosuka en Asahina y luego tomó la carretera de Kanazawa durante cinco kilómetros hasta llegar a la estación de Kamakura. Ryuji llevaba unas buenas dos horas dormido.

—Eh, ya estamos —dijo Asakawa, zarandeándolo.

Ryuji estiró el cuerpo como si fuera un gato, se frotó los ojos con el dorso de las manos y sacudió la cabeza bruscamente de un lado a otro, lo cual hizo que le temblaran los labios.

—Aaah, estaba teniendo un sueño tan agradable...

—¿Qué hacemos ahora?

Ryuji se incorporó y miró por la ventanilla para ver dónde estaba.

—Sigue por esta carretera y cuando llegues a la Puerta Exterior del Santuario de Hachiman gira a la izquierda y para —Ryuji se tumbó de nuevo y dijo—: Tal vez todavía pueda pillar el final del sueño, si no te importa.

—Escucha, llegaremos dentro de cinco minutos. Si tienes tiempo para dormir, también tienes tiempo para decirme qué estamos haciendo aquí.



—Lo verás cuando lleguemos —dijo Ryuji. Luego apoyó las rodillas en el salpicadero y volvió a dormirse.

Asakawa giró a la izquierda y paró. Justo delante había una vieja casa de dos pisos con un letrero pequeño que decía: «Recinto Memorial Tetsuzo Miura».

—Métete en ese aparcamiento —Al parecer, Ryuji había abierto un poco los ojos. Tenía una expresión satisfecha y los orificios nasales dilatados como si estuviera oliendo un perfume—. Gracias a ti he podido llegar al final de mi sueño.

—¿Qué has soñado? —preguntó Asakawa, e hizo girar el volante.

—¿A ti qué te parece? Estaba volando. Me encantan los sueños en que vuelo —Ryuji soltó un soplo feliz y se relamió.

El Recinto Memorial Tetsuzo Miura parecía desierto. Un espacio grande y abierto en la planta baja contenía fotografías y documentos enmarcados en las paredes o dentro de vitrinas, mientras que la pared central estaba ocupada por una lista de los principales logros en vida del tal Miura. Al leerla, Asakawa por fin entendió quién era aquel hombre.

—Perdón. ¿Hay alguien aquí? —Ryuji levantó la voz y se dirigió a las profundidades del edificio. No hubo respuesta.

Tetsuzo Miura había muerto hacía dos años, a los setenta y dos, tras retirarse de su puesto como profesor titular en la Universidad de Yokodai. Estaba especializado en física teórica y su trabajo se concentraba en las teorías de la materia y la dinámica estadística. Pero el Recinto Memorial, por modesto que fuera, no era un resultado de sus logros como físico, sino de sus investigaciones científicas de los fenómenos paranormales. El curriculum de la pared aseguraba que las teorías del profesor habían sido objeto de interés en el mundo entero, aunque era obvio que solamente un número reducido de gente les había prestado atención. Al fin y al cabo, Asakawa nunca había oído hablar de aquel tipo. ¿Y cuáles eran exactamente las teorías de aquel hombre? Para encontrar la respuesta, Asakawa empezó a examinar las piezas expuestas en las paredes y en las vitrinas. «El pensamiento tiene energía, y esa energía». Asakawa había leído hasta ahí cuando oyó los ecos procedentes de otra sala de alguien que bajaba a toda prisa unas escaleras. Se abrió una puerta y un hombre de unos cuarenta y tantos años con bigote asomó la cabeza. Ryuji se acercó al hombre y le ofreció una de sus tarjetas de visita. Asakawa decidió seguir su ejemplo y se sacó el tarjetero del bolsillo de la chaqueta.

—Me llamo Takayama. Trabajo en la Universidad de Fukuzawa —dijo en tono suave y amable. A Asakawa le hizo gracia su cambio de tono. Asakawa ofreció su tarjeta. Ante las credenciales de un académico y un periodista, el hombre parecía más bien consternado. Miró la tarjeta de Asakawa con el ceño fruncido—. Si no tiene inconveniente, nos gustaría consultar algo con usted.

—¿De qué se trata? —El hombre los miró con cautela.

—Pues veré, yo llegué a conocer al difunto profesor Miura.

Por alguna razón el hombre pareció aliviado al oír aquello y relajó su expresión. Sacó tres sillas plegables y las dispuso una enfrente de la otra.

—¿De veras? Siéntense, por favor.

—Debió de ser hace tres años... Sí, eso es, fue el año antes de que muriera. Mi universidad me estaba tanteando sobre la posibilidad de dar una conferencia sobre el método científico, y a mí se me ocurrió que podía aprovechar la oportunidad para conocer la opinión del profesor...

—¿Fue aquí, en su casa?

—Sí. Nos presentó el profesor Takatsuka.

Al oír aquel nombre, el tipo sonrió por fin. Se dio cuenta de que tenía algo en común con sus visitantes. «Estos dos deben de estar de nuestro lado. Parece que no han venido a atacarnos».

—Ya veo. Lo siento. Me llamo Tetsuaki Miura. Lo siento, se me han acabado las tarjetas de visita.

—¿Así que usted es el...?

—Sí, el hijo único del profesor. Aunque no soy digno de su apellido.

—¿De veras? Vaya, no sabía que el profesor tenía un hijo tan extraordinario.

A Asakawa le costó lo suyo no echarse a reír ante la imagen de Ryuji dirigiéndose a un hombre diez años mayor que él y calificándolo de «hombre extraordinario».

Tetsuaki Miura les enseñó brevemente el lugar. Algunos alumnos de su difunto padre se habían reunido después de su muerte para abrir la casa al público y poner en orden los materiales que el profesor había ido recopilando durante su vida. En cuanto a Tetsuaki, según les dijo en tono despectivo hacia sí mismo, no había sido capaz de convertirse en investigador tal como había querido su padre, sino que había construido una posada en el mismo solar que el museo y se dedicaba a regentarla.

—Así que aquí estoy, aprovechándome tanto de sus tierras como de su reputación. Como he dicho antes, no soy digno de mi padre.

Tetsuaki soltó una risa apesadumbrada. Su posada se usaba principalmente para excursiones de institutos de secundaria... En su mayoría clubes de física y de biología, pero también mencionó a un grupo dedicado a la investigación parapsicológica. Los clubes de secundaria necesitaban razones para ir de excursión. Básicamente, el Recinto Memorial era un cebo para atraer a grupos de estudiantes.

—Por cierto... —Ryuji se incorporó en la silla e intentó llevar la conversación al meollo de las cosas.

—Oh, lo siento, me temo que les he estado aburriendo con este parloteo. Díganme pues, ¿qué les trae por aquí?

Era obvio que Tetsuaki no tenía mucho talento para la ciencia. No era más que un comerciante que estaba adaptando su actitud a la situación presente. Asakawa se dio cuenta de que Ryuji veía al hombre con desprecio.

—Para serle sincero, estamos buscando a alguien.

—¿A quién?

—La verdad es que no conocemos su nombre. Por eso hemos venido aquí.

—Me temo que no les sigo —Tetsuaki parecía confundido, como deseoso de que sus visitantes dejaran de decir cosas absurdas.

—Ni siquiera podemos decir a ciencia cierta si esa persona sigue viva o ya ha muerto. Lo que está claro es que se trata de una persona con poderes que no tiene la gente normal.

Ryuji hizo una pausa para mirar a Tetsuaki, que pareció entender de inmediato lo que quería decir.

—El padre de usted era probablemente el mayor coleccionista en Japón de esta clase de información. A mí me contó que, usando una red de contactos que él mismo había confeccionado, había reunido a una serie de gente con poderes paranormales de todo el país. Y me dijo que estaba almacenando aquella información.

A Tetsuaki se le ensombreció la expresión. ¿No irían a pedirle que registrara todos aquellos archivos en busca de un nombre?

—Sí, por supuesto que los expedientes se han conservado. Pero hay muchísimos. Y muchas de esas personas son fraudes.

Tetsuaki palideció ante la idea de volver a inspeccionar todos aquellos expedientes. Para organizados había hecho falta que una docena de alumnos de su padre trabajara durante meses. Cumpliendo la voluntad del difunto, habían incluido también los casos dudosos, lo cual había inflado más todavía el volumen de los archivos.

—No queremos causarle ninguna molestia en absoluto. Si nos da permiso, inspeccionaremos los archivos nosotros mismos, los dos.

—Están en el piso de arriba. Tal vez les gustaría echarles un vistazo primero.

Tetsuaki se puso de pie. Sus visitantes solamente hablaban así porque no conocían el volumen de los archivos. Le daba la sensación de que, en cuanto le echaran un vistazo a las estanterías, no se atreverían con ellos. Los llevó al segundo piso.

Los archivos estaban en una sala de techo alto al final de la escalera. Entraron en la sala y se encontraron delante de dos estanterías con siete estantes cada una. Cada archivador contenía materiales relativos a cuarenta casos, y a primera vista parecía haber miles de archivadores. Asakawa no vio la reacción de Ryuji, estaba demasiado ocupado palideciendo él también. «Si nos dedicamos a esto, podemos morir aquí, en la penumbra de esta sala. ¡Tiene que haber otra manera!»

Ryuji, sin inmutarse, preguntó:

—¿Le importa si echamos un vistazo?

—Adelante —Tetsuaki se quedó observándolos un rato, en parte por puro asombro y en parte por curiosidad hacia lo que pensaban que iban a encontrar. Pero al final pareció renunciar a ello—. Tengo trabajo —dijo, y se marchó.

Cuando se quedaron solos, Asakawa se volvió hacia Ryuji y le dijo.

—Bueno, ¿quieres decirme qué está pasando?

Tenía la voz un poco pastosa, porque todavía estaba estirando el cuello para examinar los archivos. Era lo primero que decía desde que habían entrado en el recinto. Los archivos estaban ordenados cronológicamente, empezando en 1956 y terminando en 1988, el año de la muerte de Miura. Solamente la muerte había hecho bajar el telón sobre su investigación de treinta y dos años.

—No tenemos mucho tiempo, así que te lo diré mientras buscamos. Yo empezaré por mil novecientos cincuenta y seis. Tú empieza por mil novecientos sesenta.

Asakawa sacó un expediente con gesto vacilante y lo hojeó. Cada página contenía por lo menos una foto y un papel en el que había escrita una breve descripción junto con un nombre y una dirección.

—¿Qué tengo que buscar?

—Fíjate en los nombres y direcciones. Estamos buscando a una mujer de la isla de Izu Oshima.

—¿Una mujer? —Asakawa inclinó la cabeza en gesto interrogativo.

—¿Recuerdas a la anciana del vídeo? Le estaba diciendo a alguien que iba a dar a luz a una criatura. ¿Te parece que estaba hablando con un hombre?

Ryuji tenía razón. Los hombres no podían dar a luz.

Así que empezaron a buscar. Era una tarea simple y repetitiva, y como Asakawa preguntó por qué existían aquellos archivos, Ryuji se lo explicó.

Al profesor Miura siempre le habían interesado los fenómenos sobrenaturales. En la década de 1950, había empezado a experimentar con los poderes paranormales, pero no había conseguido resultados lo bastante fiables como para formular una teoría científica. Los clarividentes resultaban ser incapaces de llevar a cabo delante de un público lo que antes habían hecho con facilidad. Para desplegar aquellos poderes hacía falta concentración. Lo que buscaba el profesor Miura era una persona que pudiera ejercer aquellos poderes en cualquier momento y bajo cualesquiera circunstancias. Miura se daba cuenta de que si su sujeto de estudio fracasaba delante de testigos, a él lo considerarían un farsante. Estaba convencido de que tenía que haber más gente con poderes paranormales de los que él conocía, así que se propuso encontrarlos. Pero ¿cómo? No podía entrevistar a nadie en busca de clarividencia, adivinación o telequinesis. Así que inventó un método. A cualquiera que pudiera tener aquellos poderes les enviaba un pedazo de película dentro de un sobre sellado, les pedía que grabaran mentalmente en él algún dibujo o alguna imagen y que se lo enviaran de vuelta sin romper el sello. De aquella forma podía calibrar los poderes de sus sujetos incluso a larga distancia. Y como aquellas fotografías psíquicas parecían ser un poder bastante básico, la gente que lo poseía a menudo también eran clarividentes. En 1956 empezó a reclutar a gente con poderes paranormales de todo el país, con la ayuda de antiguos alumnos suyos que habían empezado a trabajar en editoriales y periódicos. Aquellos antiguos alumnos formaron una red que hacía llegar al profesor Miura cualquier rumor sobre poderes sobrenaturales. Sin embargo, el examen de la película que le devolvían sugería que no más de una décima parte de los candidatos tenía algún poder. El resto habían roto con habilidad el sello y habían cambiado la película. Los casos más obvios de engaño fueron cribados en aquella fase, pero otros que no estaban nada claros se habían conservado y habían acabado engrosando aquella colección impracticable que Asakawa tenía delante. En los años transcurridos desde que Miura empezara su tarea, la red se había perfeccionado gracias al desarrollo de los medios de comunicación y al número creciente de antiguos alumnos que participaban en ella. Los datos se habían ido acumulando año tras año hasta la muerte del profesor.

—Ya veo —murmuró Asakawa—. Ese es el sentido de esta colección. Pero ¿cómo sabes que el nombre de la persona que estamos buscando se encuentra aquí?

—No digo que sea seguro que esté aquí. Pero hay una posibilidad muy grande. Tú fíjate en lo que hizo. Tú sabes que hay algunas personas que pueden llevar a cabo fotografías con la mente. Pero no puede haber mucha gente con poderes paranormales que puedan llegar a proyectar imágenes en un tubo catódico sin ninguna clase de equipo. Es un

poder de primerísimo orden. Alguien con un poder así destacaría sin intentarlo siquiera. No creo que la red de Miura hubiera pasado por alto a alguien así.

Asakawa tuvo que admitir que la posibilidad era real. Redobló sus esfuerzos.

—Por cierto, ¿por qué estoy buscando en mil novecientos sesenta? —Asakawa levantó la vista de repente.

—¿Recuerdas la escena del vídeo donde sale un televisor? Es un modelo muy antiguo. Uno de los primeros que hubo. De los cincuenta o de principios de los sesenta.

—Pero eso no quiere decir que...

—Cállate. Aquí estamos hablando de probabilidad, ¿vale?

Asakawa se reprendió a sí mismo por llevar un rato tan irritado. Pero tenía buenas razones para ello. Dadas las limitaciones del marco temporal, el número de expedientes era enorme. Sería antinatural tomárselo con calma.

En aquel momento, Asakawa vio las palabras «Izu Oshima» en el expediente que tenía en la mano.

—¡Eh! Tengo uno —gritó en tono triunfante.

Ryuji se dio la vuelta, sorprendido, y miró el expediente.

«Motomachi, Izu Oshima, Teruko Tsuchida, 37 años». El matasello era del 14 de febrero de 1960. Una fotografía en blanco y negro mostraba una línea blanca en forma de relámpago sobre un fondo negro. La descripción decía: «El sujeto envió esto con una nota prediciendo una imagen en forma de cruz. No hay signos de sustitución».

—¿Qué te parece? —Asakawa estaba temblando de emoción mientras esperaba la reacción de Ryuji.

—Es una posibilidad. Apunta el nombre y la dirección, por si acaso.

Ryuji regresó a su búsqueda. Asakawa se sentía mejor por haber encontrado una posible candidata tan deprisa, pero al mismo tiempo estaba un poco insatisfecho por la sequedad de la respuesta de Ryuji.

Pasaron dos horas. No encontraron a ninguna otra mujer de Izu Oshima. La mayoría de los envíos eran o bien de Tokio o bien de la región circundante de Kanto. Tetsuaki apareció y les ofreció té y un par de comentarios posiblemente sarcásticos antes de marcharse. Las manos de Asakawa y Ryuji cada vez hojeaban más despacio los expedientes. Llevaban dos horas y ni siquiera habían cubierto un año de los archivos.

Por fin Asakawa consiguió terminar con 1960. Cuando iba a empezar con 1961, echó un vistazo casual a Ryuji. Ryuji estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, inmóvil y totalmente enfrascado en un expediente abierto. «¿Se ha dormido, el muy idiota?» Asakawa extendió el brazo, pero en aquel momento Ryuji dejó escapar un gemido ahogado.

—Me estoy muriendo de hambre. ¿Por qué no vas a comprar algo de comida para llevar y té de oolong? Oh, y haz un par de reservas para esta noche en Le Petite Pension Soleil.

—¿De qué cono hablas?

—Es la posada que tiene el tipo.

—Ya lo sé. Pero ¿por qué iba a querer quedarme a pasar la noche allí contigo?

—¿Prefieres no hacerlo?

—Para empezar, no tenemos tiempo para holgazanear en una posada.

—Aunque la encontráramos hoy, no hay forma de llegar a Izu Oshima ahora mismo. Hoy ya no podemos ir a ningún sitio. ¿No te parece que sería mejor dormir bien esta noche y reservar nuestras energías para mañana?

Asakawa sintió una aversión indescriptible hacia pasar la noche en una posada con Ryuji. Pero no había alternativa, así que lo dejó estar, se fue a comprar la comida y le dijo a Tetsuaki Miura que se quedarían a pasar la noche. Luego él y Ryuji se comieron su comida preparada y se bebieron su té de oolong. Eran las siete de la tarde. Una pequeña pausa.

Asakawa tenía los brazos cansados y los hombros agarrotados. Se le nubló la vista y se quitó las gafas. Lo que hizo, sin embargo, fue acercarse tanto los expedientes a la cara que podría lamerlos si quisiera. Tenía que concentrarse al máximo, de otro modo temía que se le pasaría algo por alto, lo cual lo agotaba todavía más.

Las nueve en punto. Un alarido de Ryuji rompió el silencio de los archivos.

—¡Lo encontré, por fin! Ahí es donde se estaba escondiendo.

Asakawa se acercó al expediente como si este lo atrajera. Se sentó al lado de Ryuji y se volvió a poner las gafas para mirarlo.

«Izu Oshima, Sashikiji. Sadako Yamamura. 10 años». El matasellos era del 29 de agosto de 1958. «El sujeto envió esto con una nota que predecía que lo que había grabado era su nombre. Es auténtica, no hay duda». Había adjunta una fotografía que mostraba el carácter yama, «montaña», en blanco sobre fondo negro. Asakawa había visto antes aquel carácter.

—Es... Es ella —dijo con voz trémula.

En el vídeo, inmediatamente después de la erupción del monte Mihara, había un plano del carácter «montaña» idéntico a aquel. Y no solamente eso, sino que en la pantalla del viejo televisor de la décima escena aparecía el carácter sada. Y aquella mujer se llamaba Sadako Yamamura.

—¿Qué te parece? —preguntó Ryuji.

—No hay duda. Es ella.

Por fin Asakawa se sintió esperanzado. Le pasó también por la mente la idea de que tal vez, solamente tal vez, resolvieran el caso a tiempo.

El 6 de octubre, martes a las diez y cuarto de la mañana, Ryuji y Asakawa estaban en un barco de pasajeros de alta velocidad que acababa de zarpar de Atami. No había ninguna línea de ferry que fuera de Oshima a Honshu, así que habían tenido que dejar el coche en el aparcamiento de al lado del hotel Atami Korakuen. Asakawa todavía llevaba la llave en la mano izquierda.

Les faltaba una hora para llegar a Oshima. Soplaban un viento fuerte y amenazaba con llover. La mayoría de pasajeros no se habían aventurado a salir a la cubierta y se habían quedado acurrucados en sus asientos reservados. Asakawa y Ryuji no habían tenido tiempo de comprobar el clima antes de comprar sus billetes y ahora parecía que se acercaba un tifón. Las olas eran grandes y el barco se mecía más de lo normal.

Asakawa dio un sorbo a una lata de café caliente y volvió a repasar mentalmente todo lo ocurrido hasta entonces. No estaba seguro de si debían felicitarse por haber llegado tan lejos o reprocharse el hecho de no haber descubierto la identidad de Sadako Yamamura y haber partido antes hacia la isla de Oshima. Todo se había basado en el descubrimiento de que el telón negro que tapaba fugazmente las imágenes del vídeo eran unos párpados que se cerraban. Las imágenes no las había grabado una máquina sino el aparato sensorial humano. En esencia, la persona había concentrado su energía en el aparato de vídeo del bungalow B-4 mientras este estaba grabando y había creado no una foto psíquica sino un vídeo psíquico. Aquello indicaba con probabilidad unos poderes paranormales de una magnitud inconmensurable. Ryuji había dado por sentado que una persona así destacaría de la multitud, se había puesto a buscarla y finalmente había descubierto su nombre. Aunque tampoco tenía la certeza total de que aquella tal Sadako Yamamura fuera la perpetradora. Seguía siendo una simple sospechosa. Se dirigían a Oshima siguiendo las indicaciones de sus sospechas.

Asakawa se calentó las manos con la lata de café y se encogió en su asiento.

—Todavía no me lo creo, ¿sabes? Que un ser humano pueda hacer una cosa así.

—Ya no es cuestión de que te lo creas o no, ¿verdad? —contestó Ryuji sin apartar la vista del mapa de Oshima—. En cualquier caso, es una realidad que tienes delante de las narices. Ya sabes, lo que vemos no es más que una pequeña parte de un fenómeno en cambio constante.

Ryuji se apoyó el mapa en la rodilla.

—Conoces el Big Bang, ¿no? Creen que el universo nació en una explosión tremenda que tuvo lugar hace veinte mil millones de años. Puedo expresar matemáticamente la forma del universo, desde su nacimiento hasta el presente. Solamente hacen falta ecuaciones diferenciales. La mayoría de fenómenos del universo pueden expresarse mediante ecuaciones diferenciales, ¿sabes? Usándolas uno puede averiguar qué aspecto tenía el universo hace cien millones de años, hace diez billones de años, incluso un segundo o una décima de segundo después de aquella explosión inicial. Pero... No importa cuánto retrocedamos, no importa cuánto nos esforcemos por expresarlo, no podemos saber qué aspecto tenía en el punto cero, en el momento mismo de la explosión. Y hay algo más. ¿Cómo va a terminar nuestro universo? ¿Se expande el universo o se contrae? Fíjate, no



conocemos el principio ni tampoco el final. Lo único que podemos conocer es lo que hay en medio. Y así es todo en la vida, amigo mío.

Ryuji le dio un golpecito a Asakawa en el brazo.

—Supongo que tienes razón. Puedo mirar álbumes de fotos y hacerme una idea razonable de cómo era yo cuando tenía tres años, o cuando era un recién nacido.

—¿Ves lo que te digo? Pero lo que hay antes de nacer y lo que hay después de la muerte... De eso no sabemos nada.

—¿Después de la muerte? Cuando mueres, se acabó, simplemente desapareces. No hay nada más, ¿no?

—Eh, ¿has estado muerto alguna vez?

—No —Asakawa negó con la cabeza con expresión seria.

—Bueno, entonces no lo sabes, ¿verdad? No sabes adonde vas después de la muerte.

—¿Estás diciendo que existen los espíritus?

—Mira, lo único que puedo decir es que no lo sé. Pero cuando hablas del nacimiento de la vida, creo que las cosas resultan un poco más fáciles si postulas la existencia de un alma. Ninguna de las paparruchas de la biología molecular moderna parece ser realmente cierta. ¿De qué hablan en realidad? «Coge centenares de distintas clases de aminoácidos, ponlos en un cuenco, mézclalos todos, añade un poco de electricidad... y voila, aparecen las proteínas, el ladrillo con que está hecha la vida». ¿Y realmente esperan que nos creamos eso? Lo mismo podrían decirnos que somos hijos de Dios... Por lo menos eso sería más fácil de digerir. Lo que creo es que hay una clase completamente distinta en funcionamiento en el momento de nacer. Casi como si hubiera cierta voluntad implicada.

Ryuji pareció acercarse un poco a Asakawa, pero de pronto cambió de tema.

—Por cierto, no he podido evitar ver que te quedaste enfrascado en la obra del profesor cuando estábamos en el Recinto Memorial. ¿Has encontrado algo interesante?

Ahora que lo mencionaba, Asakawa recordó que había empezado a leer algo. «El pensamiento tiene energía, y esa energía...»

—Creo que ponía algo sobre el hecho de que el pensamiento es energía.

—¿Y qué más?

—No tuve tiempo de terminar de leerlo.

—Je, je. Es una lástima. Estabas llegando a lo mejor. Me hacía mucha gracia el profesor y esa forma que tenía de plantear con total seriedad cosas que escandalizan a la gente normal. Lo que el viejo decía, básicamente, es que las ideas son formas de vida y tienen energía propia.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir, que los pensamientos que tenemos en la cabeza se pueden convertir en seres vivos?

—Eso viene a ser lo que decía.

—Bueno, es una sugerencia un poco radical.

—Lo es, ciertamente, pero desde antes de Cristo se han sugerido ideas parecidas. Supongo que puedes considerarlo simplemente una teoría distinta de la vida.

Después de decir aquello, Ryuji pareció que de pronto perdía interés en la conversación y devolvió la vista al mapa.

Asakawa entendía lo que estaba diciendo Ryuji, por lo menos en su mayor parte, pero no le encajaba muy bien. «Puede que no seamos capaces de explicar científicamente lo que nos espera. Pero es real, y como es real tenemos que considerarlo un fenómeno real y tratarlo como tal, aunque no entendamos sus causas ni sus efectos. Lo que tenemos que hacer ahora es concentrarnos en descifrar el enigma del sortilegio y salvar el pellejo, no en descifrar todos los secretos del mundo sobrenatural». Puede que Ryuji tuviera bastante razón. Pero lo que Asakawa necesitaba de él eran respuestas más claras.

Cuanto más se alejaban hacia el mar más empeoraban las sacudidas del barco y a Asakawa empezó a preocuparle la posibilidad de marearse. Cuanto más pensaba en ello más creía notar una sensación de hormigueo en el estómago. Ryuji, que había estado dormitando, levantó la cabeza de pronto y miró fuera. El mar estaba arrojando olas de color gris oscuro, y a lo lejos pudieron ver la sombra tenue de la isla.

—¿Sabes, Asakawa? Hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—Los cuatro chavales que murieron en el bungalow, ¿por qué no intentaron llevar a cabo el sortilegio?

Otra vez.

—¿No es obvio? No creyeron en el vídeo.

—Bueno, eso era lo que yo pensaba. Eso explica por qué gastaron una broma como borrar el sortilegio. Pero acabo de recordar un viaje que hice con el equipo de atletismo del instituto. Saito irrumpió en plena noche en la habitación. Te acuerdas de Saito, ¿no? Estaba un poco mal de la cabeza. Éramos doce en el equipo y todos dormíamos juntos en la misma habitación. Y aquel idiota entró corriendo, con los dientes rechinando, y gritó: «¡He visto un fantasma!». Abrió la puerta del baño y vi a una niña agachada detrás de la papelera del lavabo: estaba llorando. Así pues, dejándome de lado a mí, ¿cómo crees que reaccionaron los otros diez tipos?

—Probablemente la mitad se lo creyeron y la mitad se burlaron.

Ryuji negó con la cabeza.

—Eso es lo que pasaría en una película de terror, o en la tele. Al principio nadie se lo toma en serio pero luego el monstruo los va pillando uno tras otro, ¿no? Pero en la vida real todo es distinto. Todos ellos, sin excepción, lo creyeron. Los diez. Y no porque los diez fueran especialmente gallinas. Se podría hacer la prueba con cualquier grupo de gente y se obtendrían los mismos resultados. En los humanos hay incorporado un sentido fundamental del terror, a un nivel instintivo.

—Así pues, lo que estás diciendo es que es muy extraño que los cuatro jóvenes no creyeran en el vídeo.

Mientras escuchaba la historia de Ryuji, Asakawa estaba recordando la cara de su hija cuando lloró al ver la máscara del demonio. Recordó lo perplejo que se había quedado: ¿cómo había averiguado la niña que la máscara tenía que dar miedo?

—Mmm... Bueno, las escenas del vídeo no cuentan ninguna historia, y no todas dan miedo. Así que supongo que es posible no darles crédito. Pero al menos los cuatro jóvenes se quedaron preocupados, ¿no? Si te dijeran que llevar a cabo un sortilegio te salvaría la vida, aunque no creyeras en ello, ¿no te da la sensación de que deberías intentarlo de todos modos? Yo esperaría que por lo menos uno de ellos rompiera filas. O sea, aunque ese uno o esa una se empeñara en hacerse el valiente delante de los demás, siempre podría llevar a cabo el sortilegio en secreto después de volver a Tokio.

Asakawa se sintió peor todavía. Él también se había preguntado lo mismo. «¿Y si el sortilegio resulta ser algo imposible?»

—Así que tal vez era algo que no podían llevar a cabo, así que se convencieron a sí mismos de que no creían en ello... A Asakawa se le ocurrió un ejemplo: ¿y si una mujer asesinada dejara un mensaje en el mundo de los vivos con el propósito de conseguir que alguna otra persona la vengara y de esa forma quedarse en paz?

—Je, je. Sé qué estás pensando. ¿Qué harías en ese caso? Asakawa se lo preguntó a sí mismo: si el sortilegio incluyera la orden de matar a alguien, ¿sería capaz de hacerlo? ¿Sería capaz de matar a un total desconocido para salvar su vida? Pero lo que más le preocupaba era, llegado el caso, quién sería el que llevara a cabo el sortilegio. Negó con la cabeza, furioso. «Deja de pensar en estupideces». De momento lo único que podía hacer era rezar porque los deseos de aquella tal Sadako Yamamura fueran algo que se pudiera cumplir.

El perfil de la isla se iba volviendo más claro. El muelle del puerto de Motomachi se fue haciendo lentamente visible.

—Escucha, Ryuji, tengo que pedirte un favor —dijo Asakawa con tono grave.

—¿Qué?

—Si no lo consigo a tiempo... o sea... —Asakawa no pudo reunir el valor necesario para usar la palabra «morir». Y si al día siguiente tú descubres el sortilegio, ¿podrías...? Ya sabes, están mi mujer y mi hija. Ryuji lo interrumpió.

—Por supuesto. Déjalo en mis manos. Yo me encargo de salvar a la mujecita y a la pequeñaja.

Asakawa sacó una tarjeta de visita y escribió un número de teléfono en el dorso.

—Voy a enviarlos a casa de los padres de ella en Ashikaga hasta que resolvamos esto. Este es el número. Te lo doy ahora, antes de que se me olvide.

Ryuji se metió la tarjeta en el bolsillo sin ni siquiera mirarla.

En aquel preciso momento llegó el anuncio de que habían atracado en el puerto de Motomachi, en la isla de Oshima. Asakawa tenía intención de llamar a su casa desde los

mismos muelles y convencer a su mujer de que se fuera una temporada a casa de sus padres. No sabía cuándo iba a volver a Tokio. ¿Quién lo sabía? Puede que se le acabara el tiempo allí, en Oshima. No podía soportar la idea de su familia sola y aterrada en su pequeño apartamento.

Mientras bajaban por la pasarela, Ryuji preguntó:

—Eh, Asakawa, ¿realmente son tan importantes una esposa y una criatura?

Era una pregunta muy poco propia de Ryuji. Asakawa no pudo aguantar la risa al responder:

—Algún día lo descubrirás.

Pero realmente Asakawa no pensaba que Ryuji fuera capaz de tener hijos como cualquier otra persona.

7

El viento era más fuerte allí, en el muelle de Oshima, que en el embarcadero de Atami. En el cielo las nubes avanzaban a toda prisa hacia el este, mientras que en el suelo bajo sus pies el embarcadero de cemento temblaba bajo el embate de las olas que rompían contra él. La lluvia no era muy fuerte, pero las gotas que arrastraba el viento golpeaban frontalmente la cara de Asakawa. Ninguno de ellos llevaba paraguas. Se metieron las manos en los bolsillos y se encorvaron hacia delante mientras caminaban a toda prisa por el muelle, por encima del océano.

A los turistas les esperaban isleños sosteniendo letreros de compañías de alquiler de coches o anuncios de pensiones. Asakawa estiró el cuello y buscó con la vista a la persona que suponía que había venido a buscarlos. Antes de embarcar en el puerto de Atami, Asakawa se había puesto en contacto con su oficina y había pedido el número de teléfono de la oficina de Oshima y había conseguido finalmente la ayuda de un corresponsal llamado Hayatsu. Ninguna de las empresas informativas nacionales tenía despachos permanentes en Oshima, lo que hacían era contratar a nativos como corresponsales a tiempo parcial. Aquellos corresponsales se mantenían al corriente de los eventos locales, cubrían cualquier incidente digno de mención o cualquier episodio interesante e informaban de ellos a la oficina central. También eran responsables de ayudar a los reporteros que llegaran a la isla a cubrir una historia. Hayatsu había trabajado para El Herald antes de retirarse a Oshima. Su territorio no se limitaba a Oshima, sino que abarcaba las siete islas del archipiélago de Izu, y si pasaba cualquier cosa no tenía que esperar a que llegara un reportero de la central, sino que podía enviar sus artículos. Hayatsu tenía una red de contactos en la isla, así que su cooperación prometía acelerar la investigación de Asakawa.

Hayatsu se había puesto al teléfono en persona y había respondido positivamente a la petición de Asakawa, prometiéndole que iría a buscarlo al muelle. Como no se conocían de nada, Asakawa se había descrito a sí mismo y le había dicho que viajaba con un amigo.

Ahora oyó una voz tras su espalda.

—Perdone, ¿es usted el señor Asakawa?

—Sí.

—Soy Hayatsu, el corresponsal en Oshima —Les ofreció sendos paraguas y sonrió cordialmente.

—Siento importunarle de esta forma. Agradecemos mucho su ayuda.

Mientras iban con paso rápido hacia el coche de Hayatsu, Asakawa le presentó a Ryuji. El viento era tan estridente que apenas pudieron hacerse oír por encima del mismo hasta que se metieron dentro del vehículo. Era un utilitario pero sorprendentemente espacioso. Asakawa ocupó el asiento del pasajero y Ryuji el de atrás.

—¿Vamos directamente a la casa de Takashi Yamamura? —preguntó Hayatsu con las dos manos en el volante. Tenía más de sesenta años y una buena mata de pelo en la cabeza, aunque una gran parte era gris.

—¿O sea que ya ha encontrado usted a la familia de Sadako Yamamura?

Asakawa ya le había dicho a Hayatsu por teléfono que habían venido a investigar a alguien con ese nombre.

—El pueblo es pequeño. Cuando dijo usted que era una Yamamura de Sashikiji, enseguida supe quién era. Aquí solamente hay una familia con ese apellido. Yamamura es un pescador que en verano usa su casa como casa de huéspedes. ¿Qué le parece? Podemos conseguir que lo aloje a usted allí esta noche. Por supuesto, también es bienvenido en mi

casa, pero es un poco pequeña y descuidada. Estoy seguro de que no se sentiría usted cómodo allí.

Hayatsu se rió. Vivía solo con su mujer, pero no estaba exagerando: era verdad que no tenían sitio para que durmieran dos invitados.

Asakawa devolvió la mirada a Ryuji.

—Me parece bien.

El pequeño coche de Hayatsu aceleró rumbo al distrito de Sashikiji, en la punta sur de la isla. Es decir, aceleró tanto como pudo: la Carretera Circular de Oshima que daba la vuelta a la isla era demasiado estrecha y las curvas eran demasiado cerradas para ir muy deprisa. La enorme mayoría de coches con los que se cruzaban también eran utilitarios. A intervalos su campo de visión se despejaba a su derecha y aparecía ante ellos el océano, y en aquellos momentos el sonido del viento cambiaba. El mar era oscuro, reflejaba el color intenso y plomizo del cielo y se agitaba violentamente, levantando olas de cresta blanca. Si no fuera por aquellos pequeños destellos blancos, habría sido difícil distinguir dónde terminaba el cielo y donde empezaba el mar, o donde terminaba el mar y dónde empezaba la tierra. Cuanto más miraban en aquella dirección, más deprimente resultaba. La radio emitió una alerta de tifones, y el coche se adentró en parajes todavía más oscuros. Viraron a la derecha en una bifurcación de la carretera y entraron inmediatamente en un túnel de camelias. Debajo de las camelias vieron raíces expuestas, enmarañadas y arrugadas. Los largos años de exposición al viento y la lluvia habían erosionado parte del suelo de las plantas. Ahora estaban empapadas por la lluvia: a Asakawa le dio la impresión de que avanzaban a todo gas por los intestinos de un monstruo enorme.

—Sashikiji está recto por ahí —dijo Hayatsu—. Pero creo que esa tal Sadako Yamamura ya no vive aquí. Takashi Yamamura les puede dar los detalles. Por lo que tengo entendido es primo de la madre de Sadako.

—¿Qué edad debe de tener ahora Sadako? —preguntó Asakawa.

Ryuji llevaba un buen rato encogido en el asiento de atrás, sin decir una palabra.

—Mmm... Yo nunca la he conocido en persona. Pero si sigue viva, debe de andar por los cuarenta y dos o cuarenta y tres años.

¿Si sigue viva? Asakawa se preguntó por qué Hayatsu había usado aquella expresión. ¿Acaso estaba desaparecida? De pronto se sentía lleno de dudas. ¿Y si habían hecho todo el viaje a Oshima solo para descubrir que nadie sabía si estaba viva o muerta? ¿Y si aquel lugar era un callejón sin salida?

El coche aparcó finalmente delante de una casa de dos pisos con un letrero que decía «Villa Yamamura». Estaba situada en una suave pendiente desde la que se dominaba el océano. Sin duda, cuando hacía buen tiempo la vista era espléndida. En perspectiva podían distinguir el contorno triangular de una isla. Se trataba de Toshima.

—Cuando hace buen tiempo, desde aquí se ven Nijima, Shikinejima y hasta Kozushima —dijo Hayatsu con orgullo, señalando hacia el sur por encima del mar.

8

—¿Investigar? ¿Qué tengo que investigar exactamente sobre esa mujer?

«¿Se unió a la compañía en mil novecientos sesenta y cinco? Tú estás de broma... De eso hace veinticinco años —Yoshino estaba despotricando para sí mismo—. Ya es bastante difícil rastrear los pasos de un criminal un año después de los hechos. ¡Pero veinticinco años!»

—Necesitamos cualquier información que puedas encontrar. Queremos saber qué clase de vida llevaba esa mujer, lo que está haciendo ahora mismo y cuáles son sus deseos.

Yoshino solamente pudo suspirar. Se colocó el auricular entre la oreja y el hombro y cogió un cuaderno que había al borde del escritorio.

—¿Y cuántos años tenía en aquella época?

—Dieciocho. Terminó el instituto en Oshima y fue directamente a Tokio, donde se unió a una compañía de teatro llamada compañía teatral Vuelo Libre.

—¿En Oshima? —Yoshino dejó de escribir y frunció el ceño—. Por cierto, ¿desde dónde estás llamando?

—Desde un sitio que se llama Sashikiji, en la isla de Ozu Oshima.

—¿Y cuándo piensas volver?

—En cuanto pueda.

—¿Te das cuenta de que se acerca un tifón hacia allí?

Por supuesto, a Asakawa no le pasaba aquello por alto, estando como estaba en plena trayectoria del tifón, pero para Yoshino toda la situación había empezado a adquirir un aire de irrealidad que le había empezado a parecer divertida. Faltaban dos noches para la «fecha límite» y Asakawa estaba empantanado en Oshima y tal vez sin posibilidad de escapar.

—¿Has oído algún parte meteorológico? —Asakawa seguía sin conocer muchos detalles.

—Bueno, no estoy seguro, pero por la pinta que tiene, me imagino que no va a despegar ningún vuelo y que van a suspender el transporte oceánico.

Asakawa había estado demasiado ocupado siguiendo la pista de Sadako Yamamura como para enterarse de alguna información fiable sobre el tifón. Desde que puso el pie en el muelle de Oshima le había dado mala espina, pero ahora que había salido a colación la posibilidad de quedarse allí varado, de pronto le entró una sensación de urgencia.

—Eh, bueno, no te preocupes. Todavía no han cancelado nada —Yoshino intentó ser positivo. Luego cambió de tema—. Así pues, esa mujer... Sadako Yamamura. ¿Has comprobado su historia hasta que tenía dieciocho años?

—Más o menos —contestó Asakawa, consciente del ruido del viento y las olas dentro de la cabina telefónica.

—No es la única pista que tienes, ¿no? Debes de tener algo además de esa compañía teatral Vuelo Libre.

—No, es la única. Sadako Yamamura, nacida en Sashikiji, en la isla de Izu Oshima, en mil novecientos cuarenta y siete, hija de Shizuko Yamamura... Eh, toma nota de ese nombre. Shizuko Yamamura. En mil novecientos cuarenta y siete tenía veintidós años. Dejó a su bebé, Sadako, con su abuela y se escapó a Tokio.

—¿Por qué dejó al bebé en la isla?

—Había un hombre. Toma nota también de esto: Heihachiro Ikuma. En aquella época era profesor ayudante de psiquiatría. Y era el amante de Shizuko Yamamura.

—¿Quiere eso decir que Sadako es la hija de Shizuko e Ikunia?

—No he podido encontrar pruebas, pero creo que podemos darlo por sentado.

—Y no estaban casados, ¿verdad?

—Exacto. Heihachiro Ikuma ya tenía una familia.

Así que había sido una aventura ilícita. Yoshino chupó la punta de su lápiz.

—Muy bien, te sigo. Continúa.

—A principios de mil novecientos cincuenta, Shizuko regresó de repente a su pueblo natal por primera vez en tres años. Se reunió con su hija Sadako y vivió aquí una temporada. Pero a finales del año volvió a fugarse y esa vez se llevó con ella a Sadako. Durante los siguientes cinco años nadie supo dónde estaban Shizuko y Sadako ni qué estaban haciendo. Pero a mediados de la década de mil novecientos cincuenta, el primo de Shizuko, que todavía vivía en la isla, oyó el rumor de que Shizuko se había hecho famosa de alguna forma.

—¿Estuvo involucrada en alguna clase de incidente?

—No está claro. El primo dice solamente que empezó a oír cosas sobre Shizuko, habladurías. Pero cuando le di mi tarjeta y vio que yo trabajaba para un periódico, me dijo: «Si es usted periodista, probablemente sepa más del asunto que yo». Por la forma en que me habló, parece que entre mil novecientos cincuenta y mil novecientos cincuenta y cinco Shizuko y Sadako estuvieron involucradas en algo que causó revuelo en los medios de comunicación. Pero las noticias de Honshu llegaban con dificultades a la isla...

—O sea que quieres que yo averigüe por qué salieron en las noticias.

—Me lees la mente. \*.

—Idiota. Era obvio. ~

—Hay más. En mil novecientos cincuenta y seis Shizuko regresó a la isla, arrastrando con ella a Sadako. La madre estaba tan demacrada que parecía otra persona y no contestó a ninguna de las preguntas de su primo. Se cerró en banda y se dedicó a farfullar cosas incoherentes. Luego, un día, se suicidó arrojándose al monte Mihara, el volcán. Tenía treinta y un años.

—Así que también tengo que averiguar por qué Shizuko se suicidó.

—Si te parece bien.

Sin dejar el auricular, Asakawa hizo una reverencia. Si terminaba varado en aquella isla, Yoshino iba a ser su única esperanza. Asakawa lamentaba que él y Ryuji hubieran



vijado hasta allí de forma tan despreocupada. Ryuji bien podría haber investigado él solo un villorrio como Sashikiji. Habría sido más eficaz que Asakawa se quedara en Tokio, esperara a que Ryuji contactara con él y luego se reuniera con Yoshino para seguir las pistas encontradas.

—Muy bien, haré lo que pueda. Pero creo que me falta un poco de ayuda por aquí.

—Llamaré a Oguri y le pediré que te envíe a alguna gente.

—Eso sería genial.

Una cosa era decirlo, por supuesto, pero Asakawa no confiaba mucho en la idea. Su redactor jefe siempre se estaba quejando de no tener personal suficiente. Asakawa dudaba mucho que estuviera dispuesto a transferir personal a un caso como aquel.

—Así que su madre se suicidó y Sadako se quedó en Sashikiji, a cargo del primo de su madre. Y ahora ese primo ha convertido su casa en una casa de huéspedes.

Estuvo a punto de decir que él y Ryuji se estaban alojando precisamente en aquel lugar, pero decidió que era un detalle innecesario.

—Al año siguiente, Sadako, que iba a cuarto de primaria, se hizo famosa en su escuela prediciendo la erupción del monte Mihara. ¿Lo has oído? El monte Mihara entró en erupción en mil novecientos cincuenta y siete, el mismo día y a la misma hora que Sadako había predicho.

—Eso sí es impresionante. Si tuviéramos una mujer así no necesitaríamos al Comité de Coordinación para la Predicción de Terremotos.

Como resultado del cumplimiento de su predicción, su fama se extendió por toda la isla y llegó hasta la red del profesor Miura. Pero Asakawa se imaginó que no necesitaba explicar todo aquello. Lo que importaba ahora era...

—Después de eso, los isleños empezaron a acudir a Sadako para que les predijera el futuro. Pero ella rechazó todas las peticiones. Les decía una y otra vez que no tenía poder para aquello.

—¿Por modestia?

—¿Quién sabe? Luego, cuando terminó el instituto, se marchó a Tokio como si no aguantara un minuto más aquí. Los parientes que se habían estado haciendo cargo de ella no recibieron más que una postal. La postal decía que había aprobado el examen y que la habían aceptado en la compañía teatral Vuelo Libre. Y hasta hoy no han oído noticias de ella. No hay ni un alma en la isla que sepa dónde está o a qué se dedica.

—En otras palabras, la única pista que tenemos, el único rastro que dejó, es esa compañía teatral Vuelo Libre.

—Me temo que sí.

Muy bien, déjame ver si lo he entendido. Lo que se supone que tengo que averiguar es: por qué salió Shizuko Yamamura en las noticias, por qué se tiró a un volcán y adonde fue su hija y qué hizo después de entrar en una compañía teatral a los dieciocho años. En otras palabras, que lo averigüe todo sobre la madre y todo sobre la hija. Nada más que esas dos cosas.

—Eso es.

—¿Cuál primero? '

—¿Eh?

—Te pregunto si quieres que empiece primero por la madre o por la hija. No te queda mucho tiempo, ya sabes.

El asunto más urgente, claramente, era qué había sido de Sadako.

—¿Podrías empezar con la hija?

—Vale. Supongo que mañana a primera hora iré a las oficinas de la compañía teatral Vuelo Libre.

Asakawa se miró el reloj. Pasaba un poco de las seis de la tarde. Todavía quedaba mucho tiempo antes de que cerraran un local de ensayos.

—Eh, Yoshino. Mañana no. Intenta hacerlo esta noche.

Yoshino dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—Mira, Asakawa. Yo también tengo trabajo que hacer, ¿sabes? ¿No se te había ocurrido? Tengo una montaña de cosas que escribir antes de mañana. Ni siquiera mañana me viene...

Yoshino perdió el hilo. Si continuaba por aquel camino parecería que estaba intentando demasiado que Asakawa se sintiera en deuda. Siempre se preocupaba de mantener la compostura en situaciones como aquella.

—Por favor, te lo suplico. O sea, mi fecha límite es pasado mañana.

Sabía cómo funcionaban las cosas en su profesión, y tenía miedo de insistir demasiado. Lo único que podía hacer era esperar en silencio a que Yoshino tomara una decisión.

—Pero... Ah, qué demonios. Intentaré hacerlo esta noche. Pero no te prometo nada.

—Gracias. Te debo una —Asakawa hizo una reverencia y se dispuso a colgar.

—Espera un momento. Hay algo importante que todavía no te he preguntado.

—¿Qué?

—¿Qué relación puede haber entre lo que viste en el vídeo y esta tal Sadako Yamamura?

Asakawa hizo una pausa.

—No te lo creerías ni aunque te lo contara.

—A ver.

—Esas imágenes no las grabó una cámara de vídeo —Asakawa se detuvo un momento largo para que el cerebro de Yoshino asimilara sus palabras—. Esas imágenes son cosas que Sadako vio con sus ojos y cosas que se imaginó, fragmentos presentados uno detrás de otro sin nada que los contextualice.

—¿Eh? —Yoshino se quedó momentáneamente sin habla.

—¿Lo ves? Ya te dije que no te lo creerías.

—¿Quieres decir que son como fotos psíquicas?

—La expresión se queda corta. La verdad es que ella hizo que aquellas imágenes aparecieran en un tubo catódico. Proyectó imágenes en movimiento en una tele.

—¿Qué es esa mujer, un agencia de producción? —Yoshino se rió de su propia broma. Asakawa no se enfadó. Entendía por qué Yoshino tenía que bromear. Escuchó en silencio la risa despreocupada de su amigo.

21.40 h. Mientras subía las escaleras de la estación de Yotsuya Sancho de la línea Marunouchi del metro, una ráfaga de viento amenazó con hacerle volar el gorro a Yoshino y tuvo que volver a ponérselo en la cabeza con las dos manos. Miró a su alrededor en busca del cuartel de los bomberos que se suponía que tenía que usar como punto de referencia. Estaba allí mismo, en la esquina. Bajó la calle y al cabo de un minuto llegó a su destino.

En la acera había un letrero que decía: «Compañía teatral Vuelo Libre». Junto al mismo, unas escaleras llevaban a un sótano, desde cuyas profundidades salían voces de hombres y mujeres jóvenes, en una mezcla de canciones y recitados. Probablemente tenían una representación cerca y planeaban ensayar hasta que salieran los últimos trenes. No le hacía falta ser periodista cultural para imaginárselo. Pero se pasaba la mayor parte del tiempo investigando crímenes. Tuvo que admitir que se le hacía un poco raro visitar el local de ensayos de una compañía de teatro.

Las escaleras que daban al sótano estaban hechas de acero y cada paso arrancaba un golpeteo metálico. Si los miembros fundadores de la compañía no recordaban a Sadako Yamamura, el hilo se rompería, y la vida de aquella vidente, en la que se apoyaban todas sus esperanzas, se volvería a sumir en la oscuridad. La compañía teatral Vuelo Libre se había fundado en 1957, y Sadako se había unido a ellos en 1965. En la actualidad solamente quedaban cuatro miembros fundadores, entre ellos un tipo llamado Uchimura, un autor teatral y director que hacía de portavoz del grupo.

Yoshino le dio la tarjeta a un becario veinteañero que estaba de pie en la entrada de la sala de ensayos y le pidió que llamara a Uchimura.

—Tiene una visita de El Herald, señor —El becario habló con voz resonante de actor, llamando al director, que estaba sentado en una punta de la sala observando las interpretaciones de todos.

Uchimura se dio la vuelta, sorprendido. Al enterarse de que su visitante era periodista, se acercó a Yoshino con una sonrisa de oreja a oreja. Todas las compañías teatrales trataban a la prensa con gran cortesía. Incluso la más pequeña mención en la columna de arte de un periódico podía suponer una gran diferencia en venta de entradas. A una sola semana de la noche del estreno, dio por sentado que el periodista había venido a

echar un vistazo a los ensayos. El Heraldó nunca le había prestado mucha atención, así que Uchimura se mostró encantador y decidido a aprovechar la ocasión al máximo. Pero en cuanto supo la verdadera razón de la visita de Yoshino, Uchimura pareció perder repentinamente todo interés en él. De pronto estaba extremadamente ocupado. Miró alrededor de la sala hasta que divisó un actor más bien bajito de cincuenta y tantos años, sentado en una silla.

—Ven un momento, Shin —llamó con voz chillona al hombre. Algo en el tono demasiado familiar con que se dirigió a aquel actor de mediana edad (o tal vez fue su voz afeminada, combinada con sus brazos y piernas largos y desgarrados) puso los pelos de punta al musculoso Yoshino. «Este tipo es distinto», pensó.

—Shin, cariño, tú no entras hasta el segundo acto. Sé bueno y háblale a este hombre de Sadako Yamamura. Te acuerdas de aquella chica tan siniestra, ¿no?

A Yoshino le resultaba familiar la voz de Shin, en los doblajes en japonés de las películas occidentales en la tele. Shin Arima era más conocido como doblador que como actor teatral. Y era otro de los miembros originales que seguían en la compañía.

—¿Sadako Yamamura? —Arima se rascó la calva incipiente mientras intentaba buscar en su memoria de veinticinco años atrás—. Ah, aquella Sadako Yamamura —Hizo una mueca. Era evidente que aquella mujer había dejado una impresión profunda en él.

—¿Te acuerdas? Bueno, pues yo estoy aquí ensayando, así que llévalo a mi camerino, ¿quieres? —Uchimura hizo una pequeña reverencia y regresó con los actores reunidos. Para cuando llegó al sitio donde había estado sentado, ya volvía a ser el regío director.

Arima abrió una puerta con un letrero que decía «Presidente», señaló un sofá de cuero y dijo:

—Siéntese.

Si aquel era el despacho del director, quería decir que la compañía estaba organizada como una empresa. Sin duda, el director hacía también de presidente.

—Así pues, ¿qué le trae en medio de una tormenta como esta?

La cara de Arima estaba ruborizada y sudorosa de los ensayos, pero en lo más profundo de sus ojos asomaba una sonrisa. El director parecía la clase de persona que siempre estaba sopesando los motivos ajenos mientras conversaba, pero Arima era de esos tipos que contestan con honestidad a todo lo que les preguntas, sin ocultar nada. Una entrevista podía ser fácil o dolorosa dependiendo de la personalidad del entrevistado.

—Siento importunarlos cuando están tan ocupados —Yoshino se sentó y sacó su cuaderno. Asumió su postura habitual, con el bolígrafo en la mano derecha.

—Ya no esperaba volver a oír nunca el nombre de Sadako Yamamura. Hace una eternidad...

Arima estaba rememorando su juventud. Echaba de menos la energía juvenil que había tenido cuando se marchó de la compañía de teatro comercial en la que había estado y fundó una compañía nueva con sus amigos.

—Señor Arima, cuando hace unos minutos usted ha recordado el nombre por el que le preguntaba, ha dicho «aquella Sadako Yamamura». ¿Qué ha querido decir con eso?

—Aquella chica, déjeme ver, ¿cuándo fue que se unió a nosotros? Creo que llevábamos pocos años funcionando. La compañía estaba apenas despegando, y cada año teníamos más chavales que querían venir con nosotros. En todo caso, aquella Sadako era extraña.

—¿En qué sentido era extraña?

—Mmm... —Arima se llevó la mano a la mandíbula y pensó un momento. «Ahora que lo pienso, ¿por qué me da la impresión de que era extraña?»

—¿Tenía algo especial, algo que destacara?

—No, si uno la miraba, era una chica normal. Bastante alta, callada. Siempre estaba sola.

—¿Sola?

—Bueno, normalmente los becarios intiman mucho entre ellos. Pero ella nunca intentó relacionarse con los demás.

—En todas las compañías siempre había alguien así. A Yoshino le costaba imaginar que aquello era lo único que la hiciera destacar.

—¿Cómo la describiría usted con una sola palabra?

—¿Con una palabra? Mmm... diría que era inquietante.

La había definido como «inquietante» sin dudarlo. Y Uchimura la había llamado «aquella chica tan siniestra». Yoshino no pudo evitar sentir lástima por una joven soltera de dieciocho años a la que todo el mundo calificaba de inquietante. Empezaba a imaginarse una mujer de aspecto grotesco.

—¿Qué era lo que la hacía inquietante?

Ahora que se paraba a considerarlo, a Arima le pareció raro que sus recuerdos de una becaria que solamente estuvo allí durante un año hacía un cuarto de siglo pudieran parecerle tan recientes. En el fondo de su mente había algo que retenía su fuerza. Algo había pasado, algo que había servido para fijar aquel nombre en su memoria.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Fue en esta misma sala.

Arima examinó el despacho del presidente. Ahora que rememoraba el incidente, podía recordar con nitidez incluso la disposición de los muebles en aquella época, cuando aquella sala todavía se usaba como despacho central.

—Mire usted, hemos ensayado en este espacio desde que empezamos, pero antes era mucho más pequeño. Esta sala en la que estamos ahora era nuestro despacho central. Ahí había taquillas, y teníamos una mampara de cristal esmerilado por aquí... Exacto, y ahí había un televisor... Bueno, ahora tenemos otro distinto —Arima iba señalado mientras hablaba.

—¿Un televisor? —Yoshino frunció el entrecejo y cogió el bolígrafo con más fuerza.

—Sí. Uno de aquellos antiguos en blanco y negro.

—Vale. ¿Y qué pasó? —Yoshino lo apremió a que continuara.

—Se había acabado el ensayo y casi todo el mundo se había ido a casa. Yo no estaba contento con una de mis líneas, así que vine a repasar mi papel otra vez. Estaba justo ahí... —Arima señaló la puerta—. Estaba ahí de pie, mirando la sala, y a través del cristal esmerilado vi que la tele parpadeaba. Y pensé, bueno, hay alguien viendo la tele. Y no me equivocaba, no. Estaba al otro lado de la mampara, así que yo no podía ver qué había en la pantalla, pero sí que veía la luz temblorosa en blanco y negro. No había sonido. La sala estaba oscura y al pasar al otro lado de la pantalla me pregunté quién estaría delante de la tele y miré la cara de aquella persona. Era Sadako Yamamura. Pero cuando llegué al otro lado de la mampara y me puse a su lado, en la pantalla no había nada. Por supuesto, yo simplemente di por sentado que la acababa de apagar. En aquel momento todavía no tenía dudas. Pero...

Arima parecía reticente a continuar.

—Por favor, continúe.

—Hablé con ella. Le dije: «Será mejor que te vayas a casa deprisa, antes de que dejen de funcionar los trenes». Y encendí la lámpara de la mesa. Pero no se encendía. Miré y vi que no estaba enchufada. Me agaché para enchufarla y fue entonces cuando me di cuenta: el televisor tampoco estaba enchufado.

Arima recordaba con nitidez el escalofrío que le había recorrido la espalda cuando vio el enchufe tirado en el suelo.

Yoshino quería confirmar lo que acababa de oír.

—¿Y está seguro de que el televisor estaba encendido a pesar de estar desenchufado?

—Así es. Aquello me hizo temblar, se lo aseguro. Levanté la cabeza sin pensarlo y miré a Sadako. ¿Qué estaba haciendo allí sentada, delante de un televisor desenchufado? No me miró directamente, sino que siguió con la vista clavada en la pantalla y una débil sonrisa en los labios.

Arima parecía recordar hasta el detalle más pequeño. Estaba claro que el episodio le había dejado una huella profunda.

—¿Y se lo contó a alguien?

—Naturalmente. Se lo conté a Uchy... Es decir, a Uchimura, el director, al que acaba de conocer... Y también a Shigemori.

—¿El señor Shigemori?

—El fue el verdadero fundador de la compañía. En realidad, Uchimura es nuestro número dos.

—Aja. ¿Y cómo reaccionó el señor Shigemori al oír su historia?

—En aquel momento estaba jugando al mahjongg, pero se quedó fascinado. Siempre sintió debilidad por las mujeres, y parecía que a ella llevaba un tiempo observándola,

planeando hacerla suya. Y aquella noche, después de beber varias copas, empezó a decir locuras, a decir: «Esta noche voy a entrar en el apartamento de Sadako». No supimos qué hacer. No eran más que tonterías de borracho. No nos las podíamos tomar demasiado en serio, pero tampoco le podíamos seguir la corriente. Al cabo de un rato todo el mundo se fue a casa y Shigemori se quedó solo. Y al final nunca supimos si había ido al apartamento de Sadako aquella noche o no. Porque al día siguiente, cuando Shigemori apareció en el local de ensayos, parecía una persona completamente distinta. Estaba pálido y silencioso, y se limitó a quedarse sentado sin decir nada en absoluto. Luego se murió, allí mismo, como si se hubiera quedado dormido. Yoshino levantó la vida, asombrado.

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Parálisis cardíaca. Hoy lo llaman «fallo cardíaco súbito», creo. Se estaba forzando al máximo para estar listo para el estreno y creo que fue más allá de sus fuerzas.

—Así que básicamente nadie sabe si pasó algo entre Sadako y Shigemori.

Yoshino insistió y Arima asintió con firmeza. No era de extrañar que Sadako hubiera dejado una huella tan profunda, pensó Yoshino.

—¿Y qué pasó con ella después de aquello?

—Dejó la compañía. Creo que solamente estuvo con nosotros un año o dos.

—¿Y qué hizo después de marcharse?

—Me temo que no le puedo ayudar con esa pregunta.

—¿Qué hace la mayoría de la gente cuando se marcha de una compañía teatral?

—La gente que tiene verdadera vocación se une a otra compañía.

—¿Y cree que eso es lo que hizo Sadako Yamamura? —Era una chica muy lista y su instinto interpretativo no era malo en absoluto. Pero tenía defectos de personalidad. Quiero decir que en esta profesión las relaciones personales lo son todo. Creo que ese no era su fuerte.

—¿Me está diciendo que es posible que dejar el mundo del teatro por completo?

—No le sabría decir.

—¿No hay nadie que pueda saber qué fue de ella?

—Tal vez alguno de los otros becarios que estuvieron con nosotros en aquella época.

—¿Tiene usted por casualidad alguno de sus nombres o direcciones?

—Un momento.

Arima se puso de pie y se acercó a la estantería empotrada en la pared. Había archivadores encuadrados de un lado a otro de los estantes. Cogió uno. Contenía los portafolios que los aspirantes enviaban cuando hacían el examen de entrada.

—Incluyéndola a ella, hubo otros ocho internos que se unieron a la compañía en mil novecientos sesenta y cinco —dijo sosteniendo los portafolios en alto.

—¿Puedo echarles un vistazo?

—Adelante.

Cada portafolio tenía dos fotos, una foto de la cara y otra de cuerpo entero. Yoshino sacó el portafolio de Sadako Yamamura. Miró sus fotos.

—Eh, ¿no ha dicho usted hace unos minutos que era «inquietante»? —Yoshino estaba confuso. Había demasiada distancia entre la Sadako que él había imaginado a partir de la descripción de Arima y la Sadako de las fotos—. ¿Inquietante? Debe de estar de broma. En mi vida he visto una cara más bonita.

Yoshino se preguntó por qué lo había expresado de aquella manera: por qué había dicho «cara bonita» en lugar de «chica bonita». Ciertamente, sus rasgos faciales eran perfectamente regulares. Pero carecían de cierta suavidad femenina. A pesar de todo, al mirar su foto de cuerpo entero tuvo que admitir que su cintura y sus tobillos esbeltos eran contundentemente femeninos. Era una chica muy guapa: y sin embargo, los veinticinco años transcurridos habían corroído su recuerdo hasta el punto de que la recordaban como «inquietante» y como «aquella chica tan siniestra». Lo normal sería que la recordaran como «aquella mujer tan maravillosamente guapa». A Yoshino le picaba la curiosidad aquella cualidad «inquietante» que parecía apartar a codazos la notable belleza de su cara.

7 de octubre, miércoles De pie en el cruce de Omotesando y Aoyamadori, Yoshino volvió a sacar su cuaderno. «6-1 Minami Aoyama. Casa de inquilinos Sugiyama». Aquella había sido la dirección de Sadako hacía veinticinco años. La dirección lo tenía preocupado. Siguió la curva de Omotesando y, ciertamente, el 6-1 estaba allí, era el edificio situado justo delante del Museo Nezu, uno de los distritos más adinerados de la ciudad. Tal como



se había temido, no había más que imponentes apartamentos de ladrillo rojo ahí donde tendría que estar la humilde casa de inquilinos Sugiyama.

«Oh, ¿a quién creías que engañabas? ¿Cómo ibas a seguir la pista de esa mujer veinticinco años más tarde?»

La única pista que le quedaba eran los otros chavales que se habían unido a la compañía teatral al mismo tiempo que Sadako. De los siete que habían ingresado aquel año, solamente había podido encontrar información relativa a cuatro. Si ninguno de ellos sabía nada del paradero de Sadako, entonces la pista habría muerto. Y a Yoshino le daba la impresión de que era eso lo que iba a pasar. Se miró el reloj: las once de la mañana. Irrumpió en una papelería cercana para enviar un fax a la oficina de Izu Oshima. También podía contarle a Asakawa todo lo que había descubierto hasta aquel momento.

En aquel preciso instante, Asakawa y Ryuji estaban en aquella «oficina», la casa de Hayatsu.

—¡Eh, tranquilízate, Asakawa! —le gritó Ryuji a Asakawa, que caminaba de arriba a abajo por la habitación dándole la espalda—. El pánico no te va a servir de nada, ¿sabes?

La radio no paraba de emitir alertas de tifón: velocidades del viento máximas, presión barométrica cercana al ojo del huracán, milibares, vientos del norte-nordeste, zonas de viento y lluvias violentas, marejadas fuertes... Todo le daba mala espina a Asakawa.

De momento, el tifón n.º 21 tenía su centro en un punto del mar situado aproximadamente a unos ciento cincuenta kilómetros al sur del cabo Omaezaki y avanzaba en dirección norte-nordeste a una velocidad de unos veinte kilómetros por hora, manteniendo velocidades de unos cuarenta metros por segundo. A ese paso, llegaría al sur del archipiélago de Oshima a media tarde. Probablemente el tráfico marítimo y aéreo no se reanudaría hasta el día siguiente: jueves. Por lo menos, esas eran las predicciones de Hayatsu.

—¡Hasta el jueves! —A Asakawa le hervía la sangre. «¡Mi fecha límite es mañana a las diez! Maldito tifón, date prisa y pasa ya, o conviértete en una depresión tropical o algo así»—. ¿Cuándo vamos a poder coger un barco o un avión para marcharnos de esta isla?

Asakawa quería ponerse furioso con alguien pero no sabía con quién. «No tendría que haber venido. Me arrepentiré siempre. Y eso no es todo. No siquiera sé dónde empezar a arrepentirme. Nunca tendría que haber visto el vídeo. Nunca tendría que haberme dejado llevar por la curiosidad por las muertes de Tomoko Oishi y Shuichi Iwata. Nunca debería haber cogido un taxi aquel día... Mierda».

—¿Es que eres incapaz de relajarte? Quejarte al señor Hayatsu no te va a llevar a ninguna parte —Ryuji cogió del brazo a Asakawa con suavidad inesperada—. Piensa en ello de esta manera. Tal vez el sortilegio es algo que solamente se puede llevar a cabo aquí en la isla. Por lo menos es una posibilidad. ¿Por qué no usaron el sortilegio aquellos crios? Tal vez no tenían dinero para venir a Oshima. Es plausible. Tal vez estas nubes de tormenta tengan su lado bueno. Por lo menos, tú intenta creerlo y tal vez seas capaz de tranquilizarte.

—¡Eso sí podemos averiguar cuál es el sortilegio!

Asakawa apartó la mano de Ryuji. Asakawa vio que Hayatsu y su mujer se miraban, y le dio la impresión de que se estaban riendo. Dos hombres adultos hablando de sortilegios.

—¿De qué os reís? —Hizo el gesto de ir hacia ellos, pero Ryuji lo agarró del brazo, con más fuerza que antes, y lo detuvo.

—Déjalo. Estás desperdiciando tu energía.

Al ver la irritación de Asakawa, el amable Hayatsu había empezado a sentirse casi responsable de que el tifón hubiera interrumpido el transporte. O tal vez se solidarizaba con el sufrimiento que la tormenta causaba en la gente. Rezó por el éxito del proyecto de Asakawa. Tenía que llegar un fax de Tokio, pero esperar solamente pareció incrementar la irritación de Asakawa. Hayatsu intentó distender la situación.

—¿Cómo va su investigación? —preguntó Hayatsu en tono amable, intentando calmar a Asakawa.

—Bueno...

—Uno de los amigos de infancia de Shizuko Yamamura vive muy cerca. Si quieren, puedo llamarle y ustedes pueden escuchar lo que él tenga que decir. El viejo Gen no va a

salir a pescar en un día como hoy. Estoy seguro de que se aburre y no le importaría en absoluto pasar por aquí.

Hayatsu se imaginaba que si le daba a Asakawa algo más que investigar, eso lo distraería.

—Tiene casi setenta años, así que no sé si va a poder responder muy bien las preguntas de ustedes, pero seguro que es mejor que esperar sin hacer nada.

—Muy bien...

Sin esperar siquiera una respuesta, Hayatsu se dio la vuelta y llamó a su mujer en la cocina.

—Eh, llama a casa de Gen y dile que venga ahora mismo.

Tal como había dicho Hayatsu, Genji estaba contento de hablar con ellos. Parecía que nada le gustaba más que hablar de Shizuko Yamamura. Tenía sesenta y ocho años, tres más de los que tendría hoy Shizuko. Ella había sido su compañera de juegos en la infancia y también su primer amor. Ya fuera porque sus recuerdos se iban volviendo nítidos a medida que hablaba de ellos o simplemente porque le estimulaba el hecho de tener público, los recuerdos manaron de él a raudales. Para Genji, hablar de Shizuko era hablar de su propia juventud.

Asakawa y Ryuji obtuvieron cierta información de su chachara y ocasionalmente alguna historia lacrimógena sobre Shizuko. Pero eran conscientes de que solamente podían confiar hasta cierto punto en el viejo Gen. Los recuerdos siempre corrían el riesgo de embellecerse, y todo aquello había ocurrido hacía más de cuarenta años. Tal vez incluso la estuviera confundiendo con otra mujer. Bueno, tal vez no: el primer amor de un hombre era especial, no se solía confundir con otra persona.

Genji no era exactamente elocuente. Hablaba dando muchos rodeos, y Asakawa se cansó enseguida de escucharlo. Pero luego dijo algo que llamó poderosamente la atención de Asakawa y Ryuji.

—Creo que lo que hizo cambiar a Shizu fue aquella estatua de piedra del Asceta que sacamos del mar. Aquella noche había luna llena...

De acuerdo con el anciano, los misteriosos poderes de Shizuko estaban conectados de alguna forma al mar y a la luna llena. Y la noche que sucedió, Genji había estado a su lado en la barca, remando. Era una noche de 1946, a finales de verano. Shizuko tenía veintiún años, y Genji, veinticuatro.

Hacía calor para estar ya tan cerca el otoño, y ni siquiera el anochecer hizo que refrescara. Genji hablaba de aquellos acontecimientos de hacía cuarenta y cuatro años como si hubieran pasado la noche anterior.

Aquella noche sofocante Genji estaba en el porche de su casa, abanicándose ociosamente y mirando cómo el cielo nocturno se reflejaba tranquilamente en el mar iluminado por la luna. El silencio se rompió cuando Shizu apareció corriendo por la ladera que llevaba a su casa. Se detuvo junto a él, tirándole de la manga, y le chilló: «¡Gen, coge tu barca! Nos vamos a pescar». El le preguntó por qué, pero lo único que le dijo él fue: «Nunca vamos a tener otra noche de luna como esta». Genji se quedó sentado allí, como si estuviera aturdido, mirando a la chica más guapa de la isla. «¡Deja de mirarme con esa cara de tonto y date prisa!» Ella le tiró del cuello de la ropa hasta que se puso de pie. Genji estaba acostumbrado a que ella tirara de él y le diera órdenes, pero le preguntó de todos modos: «¿Qué demonios vamos a ir a pescar?». Ella miró el océano y contestó sucintamente: «La estatua del Asceta».

—¿Del Asceta?

Con las cejas enarcadas y un componente de pesar en el tono de su voz, Shizuko le explicó que, aquel mismo día, las tropas de ocupación habían tirado al mar la estatua de piedra del Asceta.

En la mitad de la costa oriental de la isla había una playa que se llamaba la playa del Asceta, con una pequeña cueva que se llamaba la gruta del Asceta. La gruta contenía una estatua de piedra de Enno Ozunu, el famoso asceta budista, que había sido desterrado a la isla en el año 699. Ozunu nació dotado de una gran sabiduría, y los largos años de disciplina le habían permitido dominar las artes ocultas y místicas. Se decía que podía convocar dioses y demonios a voluntad. Pero el poder de Ozunu para predecir el futuro le granjeó poderosos enemigos en el mundo de los libros y las armas. Así que lo juzgaron, lo consideraron un criminal y una amenaza para la sociedad y lo desterraron a Izu Oshinia.

De aquello hacía casi mil trescientos años. Ozunu se afincó en una pequeña cueva en la playa y se dedicó a disciplinas todavía más extenuantes. También enseñó a pescar y cultivar la tierra a la gente de la isla y su virtud le valió el respeto de todos. Por fin lo perdonaron y le permitieron regresar a Honshu, donde fundó la orden monástica de Shugendo. Se creía que había pasado tres años en la isla, pero abundaban las historias de aquel período, incluyendo la leyenda de que una vez se había calzado unos zuecos de hierro, y había volado hasta el monte Fuji. Los isleños seguían teniéndole gran cariño a Enno Ozunu, y la gruta del Asceta se consideraba el lugar más sagrado de la isla. Cada 15 de junio se celebraba un festival que se conocía como el Festival del Asceta.

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, como parte de su política hacia el shintoísmo y el budismo, las fuerzas de ocupación habían sacado la estatua de Enno Ozunu de la cueva que le hacía las veces de capilla y la habían tirado al mar. Por supuesto, Shizuko, que tenía mucha fe en Ozunu, había estado mirando. Se había escondido a la sombra de las rocas en el cabo del Morro de Gusano y observó atentamente cómo arrojaban la estatua desde la patrullera americana. Memorizó el lugar exacto.

Genji no se lo podía creer cuando oyó que iban a pescar la estatua del Asceta. Era un buen pescador y tenía brazos fuertes, pero nunca había intentado coger una estatua de piedra. Sin embargo, no podía rechazar los deseos de Shizuko, dado lo que sentía por ella. Así que zarpó con su bote en plena noche, con la idea de que aquella era su oportunidad para ponerla en deuda con él. Y la verdad sea dicha, hacerse a la mar bajo una luna tan hermosa como aquella, los dos solos, prometía ser algo maravilloso.

Habían encendido fogatas en la playa del Asceta y en el Morro del Gusano como puntos de referencia, y ahora avanzaron mar adentro. Los dos conocían bien aquella parte del océano: la disposición del fondo marino, la profundidad y los bancos de peces que nadaban allí. Pero ahora era de noche, y por mucho que brillara la luna, no iluminaba nada por debajo de la superficie. Genji no sabía cómo Shizuko pretendía encontrar la estatua. Se lo preguntó mientras remaba pero ella no contestó. Se limitó a comprobar nuevamente su posición guiándose por las fogatas de la playa. Uno se podía hacer una idea bastante aproximada de dónde estaban mirando por encima de las olas a las fogatas y calculando la distancia entre ambas. Después de remar varios centenares de metros, Shizuko gritó:

—¡Para aquí!

Fue a la popa de la barca, se inclinó para acercarse a la superficie del agua y contempló las aguas oscuras.

—Mira a otro lado —le ordenó a Genji.

Genji adivinó lo que Shizuko estaba a punto de hacer y el corazón le dio un vuelco. Shizuko se irguió y se quitó el kimono estampado con manchas en forma de salpicaduras. Con la imaginación excitada por el sonido de la tela frotando la piel de ella, a Genji le costaba respirar. Oyó tras su espalda cómo Shizuko se tiraba al mar. Cuando la espuma le salpicó los hombros, se dio media vuelta y miró. Shizuko estaba en el agua, con el pelo largo y negro atado con un trozo de tela y el extremo de una sogá fina agarrado con los dientes. Sacó la mitad superior del cuerpo fuera del agua, respiró hondo un par de veces y se sumergió hacia el fondo del mar.

¿Cuántas veces asomó su cabeza a la superficie para coger aire? La última vez ya no tenía la sogá en la boca.

—La he atado al Asceta. Tira de la cuerda y sácalo —dijo con voz temblorosa.

Genji se colocó en la proa de la barca y tiró de la sogá. En un abrir y cerrar de ojos Shizuko subió a bordo, se enfundó en su kimono y se colocó al lado de Genji a tiempo de ayudarlo a subir la estatua. La colocaron en el centro de la barca y regresaron a la costa. Ninguno de los dos dijo una palabra en el trayecto de vuelta. Había algo en la atmósfera que acallaba cualquier pregunta. A Genji le parecía un misterio que ella hubiera podido localizar la estatua en el fondo del mar en plena oscuridad. Tardó tres días en atreverse a preguntarle por aquello. Ella le dijo que los ojos del asceta la habían llamado desde el fondo marino. Los ojos verdes de la estatua, señora de dioses y demonios, habían brillado en el fondo del mar a oscuras... Eso es lo que le dijo Shizuko.

Después de aquello, Shizuko empezó a encontrarse mal. Hasta entonces nunca le había dolido la cabeza, pero ahora experimentaba a menudo dolores abrasadores en la cabeza, acompañados de visiones de cosas que antes jamás le habían pasado por la imaginación. Y resultó que aquellas que vislumbraba pronto se manifestaban en la realidad.

Genji la había interrogado en profundidad. Parecía que aquellas escenas del futuro se le introducían en la mente y que siempre iban acompañadas del mismo olor cítrico. La hermana mayor de Genji se había casado y se había mudado a Osawara, en Honshu. Cuando murió, la escena de su muerte ya se le había presentado a Shizuko. Pero no parecía que pudiera predecir realmente de forma consciente cosas que iban a pasar en el futuro. Simplemente aquellas escenas se le pasaban por la cabeza, sin previo aviso, y sin tener ni idea de por qué estaba presenciando aquellas escenas en concreto. Así que Shizuko nunca dejaba que la gente le pidiera que les predijera el futuro.

Al año siguiente se fue a Tokio, pese a los esfuerzos de Genji por detenerla. Conoció a Heihachiro Ikuma y concibió a su hija. Luego, a finales de año, regresó a su pueblo natal y dio a luz a una niña. Sadako.

No sabían cuándo iba a terminar la historia de Genji. Diez años más tarde Shizuko se tiró al monte Mihara y a juzgar por cómo relató Genji el episodio, parecía que había decidido culpar de ello al amante de Shizu, Ikuma. Tal vez fuera una idea natural, ya que había sido el rival amoroso de Genji, pero su resentimiento obvio hacía que su narración resultara difícil de creer. La única información que habían obtenido de él era el conocimiento de que la madre de Sadako había sido capaz de predecir el futuro, y la posibilidad de que aquel poder le hubiera sido conferido por una estatua de piedra de Enno Ozunu.

Justo entonces la máquina de fax empezó a zumbear. Estaba imprimiendo una ampliación de la fotografía de la cara de Sadako Yamamura que Yoshino había conseguido en la compañía teatral Vuelo Libre.

Asakawa se sintió extrañamente conmovido. Aquella era la primera vez que veía el aspecto de aquella mujer. Aunque de forma muy fugaz, había compartido las sensaciones de aquella mujer, había visto el mundo desde su perspectiva. Era como vislumbrar por primera vez la cara de una amante bajo la tenue luz matinal y ver por fin qué aspecto tenía, después de una noche de miembros entrelazados y orgasmos compartidos en la oscuridad.

Era extraña, pero no le parecía repulsiva. Lo cual era natural. Aunque la foto que llegó por fax tenía los contornos un poco borrosos, seguía transmitiendo el atractivo de los rasgos hermosos y regulares de Sadako.

—Es guapa, ¿no? —dijo Ryuji.

De pronto, Asakawa recordó a Mai Takano. Si se las comparaba puramente según su aspecto, Sadako era mucho más guapa que Mai. Sin embargo, el aroma de mujer era mucho más poderoso en Mai. ¿Y qué decir de aquella cualidad «inquietante» que se suponía que caracterizaba a Sadako? No era visible en la fotografía. Sadako tenía poderes que no tenía la gente corriente. Debían de haber influido a la gente que la rodeaba.

La segunda página del fax resumía la información sobre Shizuko Yamamura. Continuaba justo donde acababa de terminarse la historia de Genji.

En 1947, después de dejar su pueblo natal de Sashikiji para ir a la capital, Shizuko se desmayó de repente por culpa de los dolores de cabeza y la llevaron a un hospital. A través de uno de los médicos conoció a Heihachiro Ikuma, profesor ayudante del departamento de psiquiatría de la Universidad de Taido. Ikuma estaba intentando encontrar una explicación científica del hipnotismo y los fenómenos asociados al mismo, y se interesó mucho por Shizuko cuando descubrió que tenía unos poderes espectaculares de clarividencia. El descubrimiento fue tan grande que cambió la dirección de sus investigaciones. Así fue como Ikuma se sumergió en el estudio de los poderes paranormales, con Shizuko como objeto de su investigación. Pero los dos no tardaron en ir más allá de una simple relación entre investigador y caso de estudio. A pesar de que él tenía familia, Ikuma empezó a tener sentimientos románticos hacia Shizuko. A finales de año, ella estaba embarazada de él, y para escapar de los ojos del mundo regresó a casa, donde tuvo a Sadako. Shizuko regresó inmediatamente a Tokio, dejando a Sadako en Sashikiji, pero tres años después regresó para reclamar a su hija. Desde entonces hasta el momento de su suicidio, evidentemente, nunca dejó que Sadako se separara de ella.

Al arrancar la década de 1950, el dúo compuesto por Heihachiro Ikuma y Shizuko Yamamura causaba sensación en las páginas de los periódicos y las revistas semanales. De pronto habían arrojado luz sobre los fundamentos científicos de los poderes sobrenaturales. Al principio, tal vez deslumbrados por el puesto de Ikuma como profesor en una universidad tan prestigiosa, el público creyó de forma unánime en los poderes de Shizuko.



Incluso los medios de comunicación escribieron sobre ella bajo una luz más o menos favorable. Con todo, había afirmaciones continuas de que podía ser nada más que un fraude, y cuando una asociación académica con autoridad entró en la controversia con un cometario tan sucinto como «cuestionable», la gente empezó a retirar su apoyo a la pareja.

Los poderes paranormales que Shizuko exhibía estaban relacionados en su mayoría con la percepción extrasensorial, como por ejemplo la clarividencia o la segunda visión, así como la capacidad de producir fotografías psíquicas. No dio muestras de poder de la telequinesis, la capacidad de mover cosas sin tocarlas. De acuerdo con una revista, simplemente sosteniendo un trozo de película dentro de un sobre sellado sobre su frente, podía imprimir psíquicamente un dibujo concreto. También podía identificar la imagen de un trozo de película escondido de aquella forma con un éxito del cien por cien. Sin embargo, otra revista afirmaba que no era más que una estafadora y aseguraba que cualquier prestidigitador con un poco de formación podía hacer exactamente lo mismo. Así fue como la corriente de opinión pública empezó a volverse contra Shizuko e Ikuma.

Entonces la desgracia visitó a Shizuko. En 1954 dio a luz a su segunda criatura, pero esta enfermó y murió cuando solamente tenía cuatro meses. Era un niño. Sadako, que por entonces tenía siete años, parecía haber desarrollado un cariño especial hacia su hermanito recién nacido.

El año siguiente, 1955, Ikuma desafió a los medios de comunicación en una demostración pública de los poderes de Shizuko. Al principio Shizuko no quería hacerlo. Dijo que le resultaba difícil concentrar su percepción tal como quería en medio de una masa de espectadores. Tenía miedo de fracasar. Pero Ikuma no cedió un milímetro. No soportaba que los medios de comunicación la calificaran de charlatana y no se le ocurría una forma mejor de burlarse de ellos que ofrecer pruebas claras de su autenticidad.

El día establecido, Shizuko subió a su pesar al estrado de la sala de actos del centro científico bajo la mirada atenta de un centenar de académicos y representantes de la prensa. Por si fuera poco, estaba mentalmente agotada, así que iba a intentar trabajar bajo unas condiciones nefastas. El experimento tenía un planteamiento muy simple. Lo único que tenía que hacer era identificar los números de una pareja de dados metidos dentro de un recipiente de plomo. Si hubiera estado en condiciones de ejercer sus poderes con normalidad, no habría habido problema. Pero ella sabía que todas y cada una del centenar de personas que la rodeaban estaban expectantes y ansiosas por verla fracasar. Tembló, se agachó en el suelo y chilló angustiada: «¡Ya basta!». La misma Shizuko lo explicó de esta forma: todo el mundo tiene cierto grado de poder psíquico. Ella simplemente tenía más que el resto de la gente. Pero rodeada de un centenar de personas deseosas de verla fracasar, su poder quedó interrumpido: no pudo conseguir que funcionara. Ikuma fue más lejos todavía: «No es solamente un centenar de personas. No, ahora la población entera de Japón está intentando pisotear los frutos de mi investigación. Cuando la opinión pública, espoleada por los medios de comunicación, se vuelve en contra, entonces los medios ya no dicen nada que el público no quiera oír. ¡Deberían avergonzarse!». Así es cómo la gran exhibición pública de clarividencia terminó con Ikuma denunciando a los medios de comunicación.

Por supuesto, los medios interpretaron la diatriba de Ikuma como un intento de echarles la culpa por el fracaso de la demostración, y así es como lo describieron en los periódicos del día siguiente: «UN FRAUDE DESPUÉS DE TODO... SE

REVELÓ SU VERDADERA NATURALEZA... PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE TAIDO RESULTA SER UN FRAUDE... CINCO AÑOS DE DEBATE TERMINAN... VICTORIA PARA LA CIENCIA

MODERNA». Ni un solo artículo los defendía.

A finales de año, Ikuma se divorció de su mujer y dimitió de su puesto en la universidad. Shizuko empezó a volverse paranoica. Después de aquello, Ikuma decidió adquirir poderes paranormales, se retiró a las montañas y se dedicó a ponerse debajo de las cascadas, pero lo único que consiguió fue una tuberculosis pulmonar. Lo tuvieron que ingresar en un sanatorio de Hakone. Mientras tanto, el estado psicológico de Shizuko se fue volviendo cada vez más precario. Sadako, que tenía ocho años, convenció a su madre para que regresaran a Sashikiji, lejos de la mirada de los medios de comunicación y de las burlas del público, pero entonces Shizuko burló la vigilancia de su hija y se tiró al volcán. Así es como las vidas de tres personas quedaron destruidas.



Asakawa y Ryuji terminaron de leer las dos páginas impresas al mismo tiempo.

—Es una cuestión de rencor —murmuró Ryuji—. Imagina cómo se debió de sentir Sadako cuando su madre se tiró al monte Mihara.

—¿Odió a los medios de comunicación?

—No solamente a los medios de comunicación. También al público en general por destruir su familia, primero por mimarlos y luego cuando cambió la torna por convertirlos en objeto de burla. Sadako desde los tres años hasta los diez con su madre y su padre, ¿verdad? Conocía en sus propias carnes los caprichos de la opinión pública.

—¡Pero eso no es razón para emprender un ataque indiscriminado como este! —Asakawa llevó a cabo su objeción plenamente consciente del hecho de que él trabajaba para los medios de comunicación. Para sus adentros confeccionaba excusas: estaba suplicando. «Eh, yo critico tanto las tendencias de los medios de comunicación como tú».

—¿Qué estás farfullando?

—¿Eh? —Asakawa se dio cuenta de que había estado articulando sus quejas sin darse cuenta, como si fueran un cántico budista.

—Bueno, hemos empezado a interpretar las escenas de ese vídeo. El monte Mihara aparece porque es donde su madre se mató, y también porque Sadako predijo su erupción. El volcán debió de dejar una huella psíquica muy fuerte en ella. En la siguiente escena aparece flotando el carácter yuma, que quiere decir «montaña». Esa es probablemente la primera fotografía psíquica que consiguió hacer Sadako, cuando era muy pequeña.

—¿Muy pequeña? —Asakawa no entendía por qué tenía que ser de cuando era muy pequeña.

—Sí, probablemente cuando tenía cuatro o cinco años. Luego está la escena de los dados. Sadako estuvo presente durante la demostración pública de su madre. Esa escena demuestra que estaba mirando, preocupada, cómo su madre intentaba adivinar los números de los dados.

—Pero espera un momento. Está claro que Sadako vio los números de los dados en el recipiente de plomo.

Tanto Sakawa como Ryuji habían visto la escena con sus propios ojos, por decirlo de algún modo. No había error posible.

—Shizuko no pudo verlos.

—¿Acaso es extraño que la hija pudiera hacer lo que la madre no pudo? Mira, Sadako solamente tenía siete años, pero su poder ya rebasaba con creces el de su madre. Tanto que las voluntades inconscientes combinadas de un centenar de personas no significaban nada para ella. Piensa en ello: se trata de una chica que puede proyectar imágenes en un tubo de rayos catódicos. Los televisores producen imágenes mediante un mecanismo totalmente distinto al de la fotografía. No es una mera cuestión de exponer la película a la luz. La imagen televisiva se compone de quinientas veinticinco líneas, ¿verdad? Sadako fue capaz de manipularlas. Estamos hablando de un poder de un orden completamente distinto.

Asakawa seguía sin estar convencido.

—Si tenía tanto poder, ¿qué pasa con la foto psíquica que le envió al profesor Miura? Habría sido capaz de hacer algo mucho más espectacular.

—Eres todavía más tonto de lo que pareces. Su madre no había obtenido más que infelicidad a cambio de mostrarle sus poderes a la gente. Es probable que su madre no quisiera que ella cometiera el mismo error. Es probable que le dijera a Sadako que escondiera sus poderes y se limitara a llevar una vida normal. Y es probable que Sadako se controlara cuidadosamente para producir solamente una foto psíquica corriente.

Sadako se había quedado sola en el local de ensayo después de que todo el mundo se fuera a fin de probar sus poderes en el televisor que por aquella época todavía era una rareza. Tenía cuidado de que nadie se enterara de lo que era capaz de hacer.

—¿Quién es la anciana que aparece en la escena siguiente? —preguntó Asakawa.

—No sé quién es. Tal vez se le apareció a Sadako en un sueño o algo así y le susurró profecías al oído. Hablaba en un dialecto antiguo. Estoy seguro de que te has dado cuenta de que aquí todo el mundo habla un japonés bastante estándar. Aquella anciana era muy mayor. Tal vez vivió en el siglo doce, o tal vez tiene alguna conexión con Enno Ozunu.

«... El año que viene tendrás una criatura».

—Me pregunto si aquella predicción se hizo realidad.

—Ah, ¿aquello? Bueno, inmediatamente después viene una escena con el bebé. Así que originalmente yo pensé que quería decir que Sadako había dado a luz a un niño, pero de acuerdo con este fax, parece que no es el caso.

—Está su hermano, que murió a los cuatro meses...

—Cierto. Creo que es eso.

—Pero ¿qué hay de la predicción? Está claro que la anciana está hablando con Sadako... Dice «tú». ¿Tuvo un bebé Sadako?

—No lo sé. Si damos crédito a la anciana supongo que sí.

—¿De quién fue la criatura?

—¿Cómo lo voy a saber? Escucha, no creas que lo sé todo. Simplemente estoy especulando.

Si Sadako Yamamura tuvo un hijo, ¿quién fue el padre? ¿Y a qué se dedicaba ahora ese hijo?

Ryuji se puso de pie de repente, golpeándose las rodillas con la mesa.

—Me parece que tengo hambre. Mira: ya es más de mediodía. Oye, Asakawa, me voy a buscar algo de comida.

Y, diciendo esto, Ryuji se fue hacia la puerta, frotándose las rodillas. Asakawa no tenía hambre, pero algo le preocupaba y decidió acompañarlo. Acababa de recordar algo que Ryuji le había dicho que investigara, algo que no tenía ni idea de cómo indagar, de modo que no había hecho nada al respecto. Era la cuestión de la identidad del hombre de la última escena del vídeo. Puede que fuera el padre de Sadako, Heihachiro Ikuma, pero la forma en que Sadako lo veía contenía demasiada animadversión para eso. Al ver la cara del hombre en la pantalla, Asakawa había sentido un dolor tenue y profundo en las entrañas de su cuerpo, acompañado de un fuerte sentimiento de antipatía. Era un hombre bastante atractivo, sobre todo lo eran sus ojos. Se preguntaba por qué ella lo odiaba tanto. En cualquier caso, aquella no era la forma en que Sadako habría mirado a un pariente. En el informe de Yoshino no había nada que sugiriera que Sadako se hubiera vuelto contra su padre. Más bien le daba la impresión de que estaba muy unida a sus padres. Asakawa sospechaba que sería imposible descubrir la identidad de aquel hombre. No cabía duda de que los treinta años transcurridos habrían cambiado considerablemente su aspecto. Con todo, solamente por si acaso, tal vez tendría que pedirle a Yoshino que buscara una foto de Ikuma. Se preguntó qué pensaría Ryuji de aquello. Deseoso de sacar el tema a colación ante él, Asakawa siguió a Ryuji fuera.

El viento soplaba con fuerza. No tenía sentido usar paraguas. Asakawa y Ryuji encogieron los hombros y corrieron calle abajo hasta un bar situado frente al puerto.

—¿Te apetece una cerveza? —Sin esperar respuesta, Ryuji se volvió hacia la camarera y le gritó—: Dos cervezas.

—Ryuji, regresando a nuestra conversación de antes, ¿qué crees que son finalmente las imágenes del final del vídeo?

—No lo sé.

Ryuji estaba demasiado ocupado comiéndose su almuerzo especial coreano a la barbacoa para levantar siquiera la vista, por eso respondió con tanta sequedad. Asakawa pinchó una salchicha con el tenedor y dio un trago a la cerveza. Desde la ventana veían el muelle. En la ventanilla de billetes de la línea de ferrys Tokay Kisen no había nadie. Todo estaba en silencio. Sin duda todos los turistas atrapados en la isla estaban sentados junto a las ventanas de sus hoteles y pensiones, mirando preocupados aquel mismo mar a oscuras y aquel mismo cielo a oscuras.

Ryuji levantó la vista.

—Me imagino que probablemente has oído hablar de lo que pasa por la cabeza de una persona en el momento de su muerte, ¿verdad?

Asakawa volvió a mirar la escena que tenía delante.

—Vuelves a ver las escenas de tu vida que te han causado mayor impresión, como una especie de flashback.

Asakawa había leído un libro en el que el autor describía una experiencia de aquel tipo. El autor estaba conduciendo su coche por una carretera de montaña cuando perdió el control del volante y su coche se despeñó por un barranco profundo. Durante la fracción de segundo que el coche pasó suspendido en el aire después de salirse de la carretera, el autor se dio cuenta de que iba a morir. Y en el instante en que se dio cuenta, aparecieron

repiqueando y le pasaron por la cabeza un puñado de escenas distintas de toda su vida, con tanta claridad que pudo verlas con todo detalle. Al final, milagrosamente, el escritor sobrevivió, pero el recuerdo de aquel instante no perdió nitidez.

—¿No puedes estar sugiriendo... que se trata de eso? —preguntó Asakawa. Ryuji levantó la mano e hizo una señal para que la camarera le trajera otra cerveza.

—Lo único que digo es que el vídeo me recuerda a eso. Cada una de esas escenas representa un momento de enorme compromiso psíquico o emocional para Sadako. No es nada descabellado pensar que las escenas del vídeo son las escenas de su vida que le causaron una mayor impresión, ¿no?

—Ya lo entiendo. Pero, eh, ¿quiere decir eso que...?

—Sí. Hay una probabilidad importante de que así sea.

«¿Así que Sadako Yamamura ya no está en este mundo? ¿Acaso murió, y las escenas que le pasaron por la cabeza en el momento de la muerte han asumido esa forma y han permanecido en el mundo de los vivos? ¿Es eso?»

—¿Por qué murió, entonces? Y otra cosa, ¿qué relación tema con el hombre de la última escena del vídeo?

—Te he dicho que dejes de hacerme tantas preguntas. Hay muchas cosas que yo tampoco entiendo.

Asakawa parecía poco convencido.

—Eh, intenta usar la cabeza para variar. ¿Qué harías tú si a mí me pasara algo y te quedaras atrapado intentando descifrar el sortilegio tú solo?

Aquello parecía muy poco probable. Asakawa podía morir y Ryuji podría descifrar el acertijo solo, pero lo contrario no pasaría nunca. Por lo menos de eso a Asakawa no le cabía duda.

Regresaron al «despacho» donde Hayatsu los estaba esperando.

—Les ha llamado un tal Yoshino. No estaba en su oficina, así que ha dicho que volvería a llamar dentro de diez minutos.

Asakawa se sentó delante del teléfono y rezó porque llegaran buenas noticias. Sonó el teléfono. Era Yoshino.

—Te he estado intentando llamar. ¿Dónde estabas? —Había un matiz de reproche en su voz.

—Lo siento. Salimos a comer algo.

—Vale. ¿Has recibido mi fax? —El tono de voz de Yoshino cambió. El matiz de crítica desapareció y su voz se volvió más amable. Asakawa sintió que se acercaba algo desagradable.

—Sí, gracias. Nos ha ayudado mucho —Asakawa se pasó el auricular de la mano izquierda a la derecha—. ¿Y qué? ¿Has descubierto lo que pasó con Sadako después de todo eso?

Yoshino hizo una pausa antes de contestar.

—No. Llegué a un callejón sin salida.

En cuanto Asakawa oyó aquello, se le arrugó la cara como si estuviera a punto de echarse a llorar. Ryuji lo observó como si le hiciera gracias ver cómo la expresión de un hombre pasaba de la esperanza a la desesperación ante sus ojos. Luego se dejó caer en el suelo mirando el jardín y extendió las piernas delante de sí.

—¿Qué quieres decir con un callejón sin salida? —La voz de Asakawa subió varios tonos.

—Solamente he sido capaz de localizar a cuatro de los becarios que ingresaron en la compañía junto con Sadako. Los llamé pero ninguno de ellos sabía nada. Todos son gente de mediana edad que rondan la cincuentena. Lo único que me pudieron decir es que la última vez que la vieron fue poco después de la muerte de Shigemori, el representante de la compañía. No hay más información disponible sobre Sadako Yamamura.

—Tonterías. Tiene que haber algo más.

—Bueno, ¿cómo están las cosas por tu lado?

—¿Que cómo están las cosas por mi lado? Yo te diré como están. Por mi lado parece que voy a morir mañana a las diez de la noche. Y no solamente yo: mi mujer y mi hija van a morir el domingo a las once de la mañana. Así están las cosas por mi lado.

Ryuji lo llamó desde detrás.

—¡Eh, no te olvides de mí! Me estás haciendo sentir mal.

Asakawa no le hizo caso y continuó.

—Tiene que haber otras cosas que puedas intentar. Tal vez hay alguien además de los internos que sepa lo que le pasó a Sadako. Escucha, las vidas de mi familia dependen de ello.

—No necesariamente.

—¿De qué estás hablando?

—Tal vez sigas vivo después de la fecha límite.

—No me crees. Ya lo entiendo —Asakawa notó que el mundo entero se nublaba ante sus ojos.

—Bueno... Quiero decir... ¿cómo puedo creer al cien por cien en una historia así?

—Mira, Yoshino... —¿Cómo podía explicarlo? ¿Qué necesitaba hacer para convencerlo?—. Yo mismo no me creo la mitad. Es estúpido. ¿Un sortilegio? ¡Vamos, anda! Pero fíjate, incluso si hay una sola posibilidad entre seis de que sea cierto... Es como la ruleta rusa. Tienes una pistola con una sola bala y sabes que solamente hay una posibilidad entre seis de que cuando aprietes el gatillo te mate. ¿Pero serías tú capaz de apretar el gatillo? ¿Arriesgarías de esa forma las vidas de tu familia? No, no lo harías. Apartarías el cañón de tu sien... Si pudieras, tirarías la puta pistola al mar. ¿Verdad? Es lo natural.

Asakawa estaba enardecido. A su espalda, Ryuji estaba lamentándose:

—¡Somos idiotas! ¡Los dos somos idiotas!

Asakawa tapó el auricular con la palma de la mano y se giró para gritarle a Ryuji:

—¡Cállate!

—¿Algo va mal? —Yoshino bajó el tono de voz.

—No, nada. Escucha, Yoshino, te lo suplico. Solamente puedo contar contigo.

De pronto, Ryuji agarró del brazo a Asakawa. Dejándose llevar por la rabia, Asakawa se dio media vuelta, pero al hacerlo vio que Ryuji estaba inesperadamente serio.

—Somos idiotas. Los dos hemos perdido la calma —dijo en voz baja.

—¿Puedes esperar un momento? —Asakawa apartó el auricular. Luego le dijo a Ryuji—: ¿Qué pasa?

—Es muy sencillo. ¿Por qué no se nos ha ocurrido antes? No hace falta seguir el rastro de Sadako cronológicamente. ¿Por qué no podemos ir hacia atrás? ¿Por qué tuvo que ser el bungalow B-4? ¿Por qué tuvo que ser la Ciudad de los Chalets? ¿Por qué tuvo que ser la Tierra Pacífica de Hakone Sur?

La expresión de Asakawa cambió en una fracción de segundo cuando asimiló aquello. Luego, mucho más tranquilo, volvió a coger el auricular.

—¿Yoshino?

Yoshino seguía esperando al otro lado de la línea.

—Yoshino, olvídate de la pista de la compañía teatral por ahora. Hay otra cosa que necesito que compruebes urgentemente. Se nos acaba de ocurrir. Ya te hablé de la Tierra Pacífica de Hakone Sur, ¿verdad?

—Sí. Es un club turístico, ¿no?

—Sí. Por lo que recuerdo, hace unos diez años construyeron allí un campo de golf y luego lo ampliaron gradualmente hasta lo que es ahora. Pues bien, escúchame: lo que necesito que averigües es qué había allí antes de la Tierra Pacífica.

Oyó garabatear el lápiz sobre el papel.

—¿Qué quieres decir con qué había allí? Probablemente no hubiera nada más que prados de montaña.

—Puede que tengas razón. Pero también puede que te equivoques.

Ryuji volvió a tirar de la manga de Asakawa.

—Y un plano. Si había algo construido en aquellos terrenos antes del centro turístico, dile a tu caballero telefonista que consiga un mapa que muestre las construcciones y los terrenos.

Asakawa le repitió la petición a Yoshino y colgó el teléfono, deseando que encontrara algo, cualquier cosa que pudiera ser una pista. Era cierto: todo el mundo tenía cierto poder psíquico.

10

18 de octubre, jueves... '

El viento había arreciado un poco y unas nubes blancas y bajas cruzaban el cielo por lo demás despejado. El tifón n.º 21 había pasado la noche anterior, rozando la península de Bozo, al nordeste de Oshima, antes de disiparse sobre el océano. Tras de sí había dejado un mar espectacularmente azul. A pesar del tranquilo clima otoñal, de pie en la cubierta del barco y mirando las olas, Asakawa se sentía como un condenado en la víspera de su ejecución. Si levantaba la vista podía ver la suave pendiente de las tierras altas de Izu en la media distancia. Hoy, al fin, se enfrentaba con la fecha límite. Eran las diez de la mañana. La conclusión llegaría indefectiblemente al cabo de doce horas. Hacía una semana desde que vio el vídeo en el bungalow B-4. Parecía que hiciera una eternidad. Por supuesto que parecía mucho tiempo: en una sola semana había experimentado más terror del que experimenta la mayoría de la gente en una vida entera.

Asakawa no estaba seguro de cuánto le iba a perjudicar el hecho de haberse pasado todo el miércoles inmovilizado en Oshima. El día anterior se había puesto nervioso y había acusado por teléfono a Yoshino de no mover el culo, pero ahora que pensaba en las cosas con calma, la verdad era que le estaba muy agradecido a su colega por haberle ayudado tanto. Si Asakawa hubiera estado yendo de arriba para abajo siguiendo pistas en persona, probablemente se habría puesto nervioso y habría pasado algo por alto, o bien habría llegado a un callejón sin salida.

«Esto va bien. El tifón ha estado de nuestro lado». Si no pensaba de aquella forma, nunca lo conseguiría. Asakawa estaba empezando a preparar su mente para que cuando le llegara la hora de morir no lo consumieran los remordimientos por lo que había hecho o dejado de hacer.

Su última pista era la impresión de tres páginas que ahora tenía en la mano. Yoshino se había pasado la mitad del día anterior recopilando la información y luego la había enviado por fax. Antes de que se construyera la Tierra Pacífica de Hakone Sur, aquellos terrenos habían estado ocupados por unas instalaciones bastante poco habituales (es decir, poco habituales en aquellos días, en la actualidad aquella clase de establecimientos eran perfectamente normales y corrientes): un centro de tratamiento para enfermos de tuberculosis. Un sanatorio.

En la actualidad poca gente vivía con miedo a la tuberculosis, pero si uno leía bastantes novelas previas a la guerra, era inevitable encontrar referencias a aquella enfermedad. Fue el bacilo de la tuberculosis el que dio a Thomas Mann el impulso para escribir *La montaña mágica* y el que permitió a Motojiro Kajii cantar con emocionante nitidez sobre su propia decadencia. Sin embargo, el descubrimiento de la estreptomycin en 1955 y de la hidracida en 1950 despojaron a la tuberculosis de su aura literaria y redujeron su estatus al de una más entre las enfermedades contagiosas. En los años veinte y treinta, la enfermedad se cobraba doscientas mil víctimas anuales, pero después de la guerra la cantidad se redujo drásticamente. Aun así, el bacilo no se extinguió. Todavía hoy, sigue matando a unas cinco mil personas cada año.

En la época en que la tuberculosis campaba a sus anchas, se consideraba esencial para su curación el aire fresco y limpio y un entorno tranquilo y silencioso. Así pues, se construían sanatorios en las zonas montañosas. Pero a medida que el avance en los tratamientos médicos producía un descenso correspondiente en el número de pacientes, aquellos centros tuvieron que adaptar su gama de servicios. En otras palabras, tuvieron que empezar a tratar enfermedades internas, e incluso llevar a cabo operaciones, a fin de poder sobrevivir económicamente. A mediados de los sesenta, el sanatorio de Hakone Sur tuvo que llevar a cabo esta decisión. Pero su situación era todavía más crítica que la mayoría, debido a su ubicación extremadamente remota. Era demasiado difícil llegar allí. Con la tuberculosis, una vez que los pacientes ingresaban normalmente ya no volvían a salir, así que la facilidad de acceso no era tanto problema. Pero resultó ser un obstáculo fatídico a la hora de transformar el sanatorio en un hospital general. El sanatorio terminó cerrando en 1972.

Y esperando entre bastidores estaba el Club Pacífico, que llevaba un tiempo buscando una ubicación adecuada para construir un campo de golf y un centro turístico. En 1975, el Club Pacífico compró una sección de terrenos alpinos que incluían los viejos terrenos del sanatorio e inmediatamente se puso a desarrollar su campo de golf. Más adelante construyeron casas de veraneo para venderlas, un hotel, una piscina, un club



atlético y pistas de tenis: toda la línea de instalaciones de un centro turístico. Y en abril del año presente, hacía seis meses, habían acabado de tener lista la Ciudad de los Chalets.

—¿Y qué clase de sitio es? —Se suponía que Ryuji tenía que estar en la cubierta, pero de pronto apareció en el asiento contiguo al de Asakawa.

—¿Eh?

—La Tierra Pacífica de Hakone Sur, ¿qué va a ser?

«Es verdad. Él nunca ha estado allí».

—Por las noches tiene buena vista.

Asakawa recordó la atmósfera curiosamente carente de vida, las pelotas de tenis con su eco hueco bajo las luces de color naranja... «¿Y de dónde viene esa atmósfera? Me pregunto cuánta gente murió allí cuando era un sanatorio». Asakawa sopesó aquello mientras recordaba cómo las hermosas luces vespertinas de Numazu y de Mishima se habían extendido a sus pies.

Asakawa puso la primera página de la impresión al final y se colocó las otras dos sobre el regazo. La segunda página era un diagrama muy simple que mostraba la disposición de los terrenos del sanatorio. La tercera mostraba el edificio tal como era hoy: un elegante edificio de tres pisos que contenía un centro de información y un restaurante. Aquel era el edificio donde Asakawa había entrado para preguntar cómo 'se iba hasta la Ciudad de los Chalets. Asakawa miró alternativamente ambas páginas. Entre las dos encarnaban el paso de casi treinta años. Si no fuera por el hecho de que la carretera de acceso estaba en el mismo sitio no habría tenido ni idea de qué cosas en un mapa correspondían a qué cosas en el otro. Reconstruyendo mentalmente la disposición tal como la conocía, miró la segunda página e intentó averiguar qué había habido originalmente donde ahora estaban los bungalows. No podía estar seguro del todo, pero al poner una página encima de la otra daba la impresión de que antes allí no había habido nada. Nada más que los bosques frondosos que cubrían el lado de un valle.

Regresó a la primera página. Contenía un dato muy importante, además de la historia de la transformación del sanatorio en centro turístico. Jotaro Nagao, de cincuenta y siete años. Doctor en medicina general y pediatra, con consulta privada en Atami. Durante cinco años, entre 1962 y 1967, Nagao había trabajado en el sanatorio de Hakone Sur. Por entonces era joven y aquello formaba parte de sus prácticas. De los médicos que había allí en la época, los únicos que seguían con vida eran Nagao y Yozo Tanaka, que ya estaba jubilado y vivía con su hija y el marido de esta en Nagasaki. Todos los demás, incluyendo al director del centro, estaban muertos. Por tanto, el doctor Nagao era su única esperanza de descubrir algo sobre el sanatorio de Hakone Sur. Yozo Tanaka ya tenía ochenta años y Nagasaki estaba demasiado lejos: no tenían tiempo de visitarlo.

Asakawa le había suplicado desesperadamente a Yoshino que le encontrara un testigo vivo, y Yoshino, mordiéndose la lengua para no devolverle los gritos, había encontrado al doctor Nagao. No solamente le había enviado el nombre y la dirección del hombre, sino también un enigmático resumen de su carrera. Probablemente no era nada más que algo que Yoshino se había encontrado en mitad de su investigación y había decidido añadirlo al informe, sin ninguna intención en particular. El doctor Nagao había estado en el sanatorio entre 1962 y 1967, pero no había estado ejerciendo sus funciones ininterrumpidamente durante aquellos cinco años. Durante dos semanas —un período breve, ciertamente, pero importante— había dejado de ser médico para ser paciente, y se había alojado en el pabellón de aislamiento. En el verano de 1966, mientras visitaba un pabellón de aislamiento en las montañas, había sido lo bastante descuidado como para contraer la viruela de un paciente. Por fortuna, se había vacunado unos años antes, así que la cosa no pasó a mayores: no hubo ningún brote visible, ninguna recurrencia de la fiebre, solamente síntomas menores. Pero lo habían aislado para que no infectara a nadie más. Lo interesante del caso era que aquello le había granjeado a Nagao un lugar en la historia médica. Había sido el último paciente de viruela del Japón. No era necesariamente algo que le hiciera figurar en el libro Guinness, pero al parecer a Yoshino le había resultado interesante. Para la gente de la generación de Asakawa y Ryuji, la palabra «viruela» ni siquiera tenía sentido.

—Ryuji, ¿has tenido alguna vez la viruela?

—Idiota. Claro que no. Está extinguida.

—¿Extinguida?

—Sí. La astucia humana la ha erradicado. La viruela ya no existe en este mundo.

La Organización Mundial de la Salud había hecho un gran esfuerzo por eliminar la viruela mediante vacunas, como resultado de lo cual la enfermedad había desaparecido de la faz de la Tierra en 1975. Existían datos del último paciente de viruela del mundo: un joven somalí que la había contraído el 26 de octubre de 1977.

—¿Puede extinguirse un virus? ¿Es eso posible? —Asakawa no sabía gran cosa sobre los virus, pero no podía quitarse de encima la idea de que por mucho que se intentara erradicar uno, al final mutaría y encontraría una forma de sobrevivir.

—Los virus están en la frontera entre los seres vivos y los seres no vivos. Hay gente que incluso postula que originariamente eran genes humanos, pero nadie sabe muy bien de dónde vienen o cómo aparecen. Lo que es seguro es que han estado estrechamente relacionados con la aparición y la evolución de la vida.

Ryuji había tenido los brazos cruzados detrás de la cabeza. Ahora los extendió. Le brillaron los ojos.

—¿No te parece fascinante, Asakawa? La idea de que los genes puedan escaparse de nuestras células y convertirse en otra forma de vida? Tal vez en el origen todos los opuestos eran idénticos. Incluso la luz y la oscuridad, antes del Big Bang, vivían juntas en paz, sin contradicción alguna. Y lo mismo con Dios y el Demonio. El Demonio no es más que un dios que perdió la gracia: originalmente son la misma cosa. ¿O el macho y la hembra? Todas las cosas vivas eran hermafroditas, como los gusanos o las orugas, y tenían tanto órganos sexuales masculinos como femeninos. ¿No te parece que ese es el símbolo supremo de poder y de belleza? —Ryuji se rió al decir aquello—. Está claro que nos ahorraría un montón de tiempo y esfuerzo en lo tocante a sexo.

Asakawa miró a Ryuji a la cara para ver qué era tan gracioso. De ninguna forma un organismo con genitales masculinos y femeninos podía ser epítome de belleza.

—¿Y hay otros virus extinguidos?

—Caramba, si tanto te interesa te sugiero que lo mires cuando regreses a Tokio.

—Si es que regreso.

—Je, je. No te preocupes. Regresarás.

En aquel momento el barco de alta velocidad en el que viajaban estaba exactamente a medio camino del trayecto entre Oshima e Ito, en la península de Izu. Podrían haber regresado más deprisa a Tokio en avión, pero querían visitar al doctor Nagao en Atami, así que habían tomado la ruta marítima.

Delante de ellos podían ver la rueda gigante del Korakuen de Atami. Llegaban con puntualidad total, a las 10.50 h. Asakawa bajó por la pasarela y corrió hacia el aparcamiento donde habían dejado el coche de alquiler.

—Cálmate, ¿quieres?

Ryuji lo siguió con paso tranquilo. La clínica de Nagao estaba cerca de la estación de Kinomiya en la línea Ito: muy cerca de donde estaban. Asakawa observó con impaciencia cómo Ryuji subía al coche y luego se dirigió sin demora al laberinto de colinas y calles unidireccionales de Atami.

Inmediatamente después de acomodarse en el coche, Ryuji dijo, con cara perfectamente seria:

—Eh, estaba pensando... tal vez el Diablo esté detrás de todo esto —Asakawa estaba demasiado ocupado mirando las señales de tráfico para contestar. Ryuji continuó—: El Diablo siempre aparece en el mundo bajo formas distintas. ¿Conoces la peste bubónica que asoló Europa en la segunda mitad del siglo trece? Murió la mitad de la población total. ¿Te lo puedes creer? Sería como si la población de Japón se redujera a sesenta millones. Naturalmente, los artistas de la época identificaron la peste con el Diablo. Es como hoy en día: ¿no hablamos del sida como si fuera un Diablo moderno? Pero escucha, los demonios nunca llevan a la humanidad a su extinción. ¿Por qué? Porque si deja de existir la gente, también se extinguen los demonios. Y lo mismo con los virus. Si la célula huésped muere, el virus no puede sobrevivir. Pero la humanidad extinguió el virus de la viruela. ¿De veras? ¿De veras pudimos hacer algo así?

En el mundo moderno es imposible llegar a imaginar el terror que antaño inspiraba la viruela, cuando campaba por el mundo y reclamaba tantas vidas. Causaba tanto sufrimiento que dio pie a innumerables creencias religiosas y supersticiones en Japón, así como en el resto del mundo. La gente creía en los dioses de la pestilencia, y fue el Dios de la Viruela el

que trajo aquella enfermedad, aunque tal vez deberían haberlo considerado un demonio. En todo caso, ¿acaso la gente podía realmente llevar un dios a la extinción? La pregunta de Ryuji albergaba una profunda incertidumbre.

Asakawa no estaba escuchando a Ryuji. En algún rincón de su mente se preguntaba por qué Ryuji estaba divagando de aquella manera en aquel momento, pero sobre todo estaba concentrado en no meterse en ninguna calle en dirección prohibida. Todos sus nervios estaban enfrascados en llegar a la clínica del doctor Nagao lo más deprisa posible.

11

En un callejón situado delante de la estación de Kinomiya había una casa pequeña de un sola plaza con una placa en la puerta que decía: «Clínica Nagao: Medicina interna y pediatría». Asakawa y Ryuji se quedaron un momento delante de la puerta. Si no podían sacarle ninguna información a Nagao, entonces, ¡mala suerte, se acabó el tiempo! Ya no tenían tiempo para conseguir más pistas. Pero ¿qué podían sacar de aquel médico? Probablemente fuera demasiado pedir que se acordara de algo relativo a la Sadako Yamamura de hacía treinta años. Ni siquiera tenían ninguna prueba consistente de que Sadako tuviera relación alguna con el sanatorio de Hakone Sur. Todos los colegas de Nagao del sanatorio, salvo Yozo Tanaka, habían muerto de viejos. Es probable que hubieran encontrado el nombre de alguna enfermera si lo hubieran buscado, pero ahora ya era tarde también para aquello.

Asakawa se miró el reloj. Las once y media. Le quedaba un poco más de diez horas para la hora límite, y allí estaba, sin atreverse a abrir la puerta.

—¿A qué esperas? Entra.

Ryuji lo empujó. Por supuesto, entendía por qué Asakawa estaba vacilando, aunque se hubiera dado tanta prisa en llegar allí. Tenía miedo. Sin duda le daba miedo ver cómo se quebraba su última esperanza, cómo su última esperanza de sobrevivir quedaba eliminada. Ryuji le pasó delante y abrió la puerta.

Pegado a una de las paredes de la diminuta sala de espera había un sofá lo bastante grande para tres personas. Tuvieron la suerte de que no había pacientes esperando. Ryuji se inclinó hacia la ventanilla de la recepcionista y habló con la enfermera gorda de mediana edad que había detrás de la misma.

—Perdone. Queríamos ver al doctor.

Sin levantar la mirada de su revista, la enfermera respondió en tono perezoso.

—¿Quieren concertar una cita?

—No. Queremos hacerle unas preguntas.

La enfermera cerró la revista, levantó la vista y se puso las gafas.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Ya se lo he dicho, solamente queremos hacerle unas preguntas.

Irritado, Asakawa asomó la cabeza desde detrás de la espalda de Ryuji y preguntó:

—¿Está el doctor?

La enfermera se tocó la montura de las gafas con ambas manos y examinó a los dos hombres.

—¿De qué se trata? —preguntó en tono autoritario.

Tanto Ryuji como Asakawa se irguieron. Ryuji dijo en voz alta:

—Con una recepcionista como esta, no me extraña que no haya pacientes.

—¿Cómo dice? —dijo ella.

Asakawa bajó la cabeza. Enfadarla no iba a servir de nada. Pero en aquel preciso instante se abrió la puerta de la sala de exámenes y apareció Nagao, vestido con una bata blanca de laboratorio.

Aunque estaba completamente calvo, Nagao aparentaba bastante menos que sus cincuenta y siete años. Frunció el ceño y clavó una mirada de sospecha en los dos hombres que estaban en su recibidor.

Asakawa y Ryuji se volvieron simultáneamente al oír la voz de Nagao, y en cuanto le vieron la cara tragarón saliva al mismo tiempo.

«¿Y pensábamos que este tipo sería capaz de decirnos algo sobre Sadako? Cómo no». Como si le pasara una corriente eléctrica por el cerebro, Asakawa se sorprendió recordando la escena final del vídeo en su cabeza. La cara jadeante y sudorosa de un hombre vista en primer plano, con los ojos inyectados en sangre. Una herida abierta en su hombro desnudo de la que manaba sangre, cayendo sobre los ojos del espectador y

nublándolos. Una presión tremenda en el pecho del espectador, una expresión asesina en la cara del hombre... Y aquella cara era exactamente la misma que estaban viendo ahora: la del doctor Nagao. Estaba más viejo, pero no había ninguna duda de que era él.

Asakawa y Ryuji se miraron. Luego Ryuji señaló al médico y se echó a reír.

—Je, je, je. Es por esto que los juegos son interesantes. Ah, ¿quién lo habría pensado? Encontrarse aquí con usted.

Era obvio que a Nagao no le hacía ninguna gracia la forma en que habían reaccionado aquellos hombres al verlo. Levantó la voz:

—¿Quiénes son ustedes?

Impertérrito, Ryuji fue hacia él y lo agarró de las solapas. Nagao era varios centímetros más alto que Ryuji. Ryuji flexionó los brazos poderosos y acercó la oreja del hombre a su boca, luego habló con una voz suave que parecía desmentir su fuerza.

—Dime, colega, ¿qué le hiciste hace treinta años a Sadako Yamamura en el Sanatorio de Hakone Sur?

El médico tardó unos segundos en asimilar las palabras. La mirada de Nagao deambuló nerviosa mientras rebuscaba entre sus recuerdos. Luego llegaron a él, escenas de una época que nunca había conseguido olvidar. Le fallaron las piernas. Su cuerpo pareció quedarse sin fuerzas. Justo cuando iba a desmayarse, Ryuji lo sujetó y lo apoyó contra la pared. No eran los recuerdos en sí mismos los que habían horrorizado a Nagao. Más bien era el hecho de que el hombre que tenía delante, y que podía o no tener treinta años, supiera lo que había pasado. Un terror indescriptible le atravesó el alma.

—¡Doctor! —exclamó la enfermera, la señora Fujimura.

—Creo que es hora de cerrar este sitio para irse a comer —dijo Ryuji, señalando a Asakawa con la mirada. Asakawa cerró la cortina de la entrada para que no entrara ningún paciente.

—¡Doctor!

La enfermera Fujimura no sabía cómo manejar la situación. Se limitó a esperar absurdamente a que Nagao le diera instrucciones. Nagao consiguió recuperar un poco la compostura y pensó en qué podía hacer a continuación. Concluyó que por encima de todo no podía dejar que aquella mujer fisgona se enterara de aquel episodio y adoptó una expresión tranquila.

—Enfermera Fujimura, ya puede salir. Aproveche ahora y vaya a comer algo.

—Pero doctor...

—Haga lo que le digo. No tiene que preocuparse por mí. Primero entraban dos desconocidos y le susurraban algo al doctor en el oído y un momento más tarde el médico se desmayaba. La enfermera no sabía qué pensar de todo aquello, así que se quedó allí un momento más. Por fin el doctor gritó—: ¡Vayase!

La enfermera salió prácticamente corriendo por la puerta principal.

—Muy bien. Ahora oigamos qué tiene usted que decir sobre aquello —Ryuji entró en la sala de reconocimiento. Nagao lo siguió, con cara de paciente al que acaban de informar de que tiene cáncer.

—Antes de que empiece, le aviso. No puede mentirnos. Este caballero y yo lo sabemos todo: lo hemos visto con nuestros propios ojos.

—¿Cómo...?

«¿Visto? Imposible. Los matorrales eran demasiado frondosos. No había nadie allí. Por no mencionar el hecho de que aquellos dos tipos eran demasiado jóvenes. No podrían tener más de...»

—Entiendo que no nos crea. Pero los dos conocemos la cara de usted... perfectamente —De pronto, el tono de Ryuji cambió—. Dadas las circunstancias, podría hablarle de uno de sus rasgos más característicos. Tiene una cicatriz en el hombro derecho, ¿no?

Los ojos de Nagao se abrieron como platos y le empezó a temblar la mandíbula. Después de una pausa incómoda, Ryuji dijo:

—¿Y quiere que le diga por qué tiene esa cicatriz en el hombro? —Ryuji se inclinó hacia delante y estiró el cuello hasta que sus labios estaban tocando casi el hombro de Nagao—. Sadako Yamamura le mordió, ¿no es verdad? Así.

Ryuji abrió la boca y fingió que le mordía a través de la tela blanca. Los escalofríos de Nagao arreciaron. Intentó desesperadamente decir algo pero la boca no le funcionaba. No pudo formar palabras.

—Creo que me ha entendido. Muy bien, no vamos a repetir nada de lo que nos cuente. Lo prometemos. Lo único que queremos saber es qué fue de Sadako.

Aunque no estaba en condiciones de pensar con calma, a Nagao no le pareció que lo que decía Ryuji tuviera mucho sentido. Si ya lo habían visto todo, ¿por qué necesitaban oírlo de labios del médico? «Pero, un momento, la idea de que vieran algo es estúpida. No es posible que vieran nada. Lo más probable es que ni siquiera hubieran nacido. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué creen haber visto?» Cuanto más pensaba en ello, menos sentido tenía, hasta que le dio la impresión de que le iba a explotar la cabeza.

Y ciertamente, Nagao empezó a hablar. Le asombraba el hecho de recordarlo todo con tanta claridad. Y mientras hablaba, todos los órganos sensoriales de su cuerpo empezaron a evocar la emoción de aquel día. La pasión, el calor, la sensación táctil, el brillo de la piel de ella, el canto de las langostas, los olores mezclados del sudor y la hierba, y el viejo pozo...

—Ni siquiera sé qué lo causó. Tal vez la fiebre y el dolor de cabeza me despojaron de mi sentido común habitual. Eran los primeros síntomas de la viruela, lo cual quería decir que yo ya había dejado atrás el período de incubación. Pero ni se me pasó por la cabeza que yo había cogido la enfermedad. Por suerte, conseguí no infectar a nadie más del sanatorio. Hasta hoy me ha atormentado la idea de lo que habría pasado si la viruela hubiera atacado también a los pacientes de tuberculosis.

«Era un día tórrido. Yo había estado examinando los tomogramas de un paciente recién ingresado y había descubierto un agujero del tamaño de una moneda de un yen en uno de sus pulmones. Le dije que se resignara a pasar un año con nosotros y le entregué una copia del diagnóstico para que se lo diera a su empresa. Luego no lo pude soportar más: tuve que salir. Pero ni siquiera respirar el aire puro de la montaña me quitó el dolor de cabeza. Así que bajé la escalera de piedra de detrás del pabellón con la idea de refugiarme en el jardín. Allí vi a una joven apoyada en el tronco de un árbol, mirando al mundo que se extendía por debajo de nosotros. No era paciente nuestra. Era la hija de un paciente que había ingresado mucho antes de que yo llegara, un hombre llamado Heihachiro Ikuma, un antiguo profesor ayudante de la Universidad de Tairo. La joven se llamaba Sadako Yamamura. Me acuerdo bien de cómo se llamaba: no llevaba el apellido de su padre. Se pasó un mes haciendo visitas frecuentes al sanatorio, pero no pasaba mucho tiempo con su padre. Ni tampoco les preguntaba mucho a los médicos por el estado de su enfermedad. Lo que acabé pensando fue que iba allí para disfrutar del paisaje de las montañas. Me senté al lado de ella, le sonreí y le pregunté cómo estaba su padre. Pero no parecía que ella quisiera saber gran cosa de su enfermedad. Por otro lado, estaba claro que la joven sabía que a su padre no le quedaba mucho tiempo. Me di cuenta por la forma en que hablaba. Conocía la fecha de la muerte de su padre con más certeza que ninguna conjetura que pudieran hacer los médicos.

«Sentado allí al lado de la chica, mientras hablaba con ella de su vida y de su familia, me di cuenta de pronto de que el dolor de cabeza, que hacía un rato era tan insoportable, se me había pasado. En su lugar apareció una fiebre acompañada de una extraña excitación. Sentí que se agolpaba dentro de mí la vitalidad, como si me hubiera subido la temperatura de la sangre. La miré a la cara. Sentí lo que sentía siempre, admiración por el hecho de que existiera en el mundo una mujer con unos rasgos tan perfectos. No estoy exactamente seguro de qué define la belleza, pero sé que el doctor Tanaka, que era veinte años mayor que yo, decía lo mismo. Que no había visto a nadie tan bello como Sadako Yamamura. La fiebre me estaba asfixiando, pero de alguna forma conseguí controlar mi respiración lo bastante como para ponerle una mano suavemente en el hombro y decirle: «Vamos a hablar a algún sitio más fresco, a la sombra».

«Ella no sospechó nada. Asintió un vez y empezó a ponerse de pie. Mientras se levantaba, inclinándose hacia delante, le vi sus pechos pequeños y perfectamente formados por la abertura de su blusa blanca. Eran tan blancos que la mente se me tino por completo de un color blanco lechoso, y fue como si el shock me despojara de la razón.

«Ella no prestó atención a mi agitación, sino que se limitó a sacudirse el polvo de la falda larga. Sus gestos parecían completamente inocentes y adorables.



«Pasearnos y paseamos por el bosque frondoso, rodeados por los cantos de las cigarras. Yo no tenía ningún destino particular en mente, pero mis pies seguían un rumbo concreto. Me caía el sudor por la espalda. Me quité la camisa y me quedé en camiseta. Seguimos un sendero de animales hasta que se abrió al costado de un valle donde había una vieja casa en ruinas. Probablemente hacía una década que allí no vivía nadie. Las paredes se estaban pudriendo y parecía que el techo podía hundirse en cualquier momento. Al otro lado de la casa había un pozo, y cuando ella lo vio, dijo: «Oh, qué sed tengo», y corrió hacia allí. Se inclinó para mirar el interior. Incluso desde fuera era obvio que el pozo ya no estaba en uso. Yo también corrí hacia el pozo. Pero no para mirar dentro. Lo que quería ver era el pecho de Sadako cuando se asomara otra vez. Apoyé las dos manos en el borde del pozo y miré más de cerca. Sentí el aire frío y húmedo que se elevaba de las profundidades de la tierra y me acariciaba la cara, pero no me pude quitar de encima aquella ansia ardiente. Y no sabía de dónde venía. Ahora pienso que la fiebre de la viruela me despojó de mis mecanismos de control. Se lo juro, nunca en mi vida había experimentado una tentación sensual como aquella.

«Me sorprendí a mí mismo extendiendo el brazo para tocar aquel suave montículo. Ella me miró horrorizada. Algo saltó dentro de mí. Mis recuerdos de lo que pasó después son nebulosos. Lo único que recuerdo son escenas fragmentarias. Me vi a mí mismo empujando a Sadako contra el suelo. Le levanté la blusa por encima de los pechos y luego... Mi memoria salta a la imagen de ella resistiéndose violentamente y mordiéndome el hombro. Fue el dolor intenso lo que me hizo recuperar la conciencia. Vi que la sangre que fluía de mi hombro le caía sobre la cara. Se le metió sangre en los ojos y sacudió la cabeza con una mueca de asco. Acomodé mi cuerpo a aquel movimiento rítmico. ¿Qué aspecto tenía mi cara entonces? ¿Qué vio ella al mirarme? La cara de una bestia, estoy seguro. En eso estaba pensando yo cuando terminé.

«Cuando se acabó, ella me miró con expresión implacable. Todavía tumbada de espaldas, levantó las rodillas y usó los codos con pericia para salir disparada hacia atrás. Volví a mirarle el cuerpo. Pensé que me habían engañado los ojos. Tenía la falda gris arrugada en la cintura y cuando se apartó de mí no hizo nada para cubrirse los pechos. Un rayo de luz de sol cayó en el lugar donde se le unían los muslos e iluminaron con claridad un bulto pequeño y negruzco. Levanté la vista hasta sus pechos: unos pechos hermosamente formados. Luego volví a bajar la vista. Sobre su montículo púbico, cubierto de pelo, había un par de testículos perfectamente formados.

«Si no hubiera sido médico, lo más probable es que me hubiera quedado pasmado. Pero conocía casos parecidos por las fotografías que había visto en textos médicos. Síndrome de feminización testicular. Es un síndrome extremadamente raro. Nunca pensé que vería uno fuera de un libro de texto: mucho menos en una situación como aquella. La feminización testicular es un tipo de pseudohermafroditismo masculino. Por fuera la persona parece completamente hembra, tiene pechos y vagina, aunque normalmente carece de útero. Sin embargo, cromosómicamente la persona es XY: varón. Y por alguna razón la gente que sufre esa condición son todos hermosos.

«Sadako me seguía mirando. Probablemente yo era la primera persona fuera de su familia que descubría el secreto de su cuerpo. No hace falta decir que acababa de perder la virginidad hacía un minuto. Había sido un paso necesario si quería seguir viviendo como mujer. Yo estaba intentando racionalizar mis actos. Luego, de pronto, oí una frase en mi cabeza: «Te voy a matar».

«Mientras me encogía ante la poderosa voluntad que emitía aquellas palabras, intuí al instante que su mensaje telepático no mentía. En su seno no había lugar para una sola esquirola de duda. Mi cuerpo lo aceptó como una certeza. Sadako me mataría si yo no la mataba primero. El instinto de supervivencia de mi cuerpo me dio una orden. Volví a ponerme encima de ella, le rodeé su cuello esbelto con ambas manos y apreté con todas mis fuerzas. Para mi sorpresa, aquella vez hubo menos resistencia. Frunció los ojos con placer y relajó el cuerpo, casi como si quisiera morir.

«No esperé a ver si dejaba de respirar. Cogí su cuerpo y fui hasta el pozo. Creo que en aquel momento mis acciones seguían estando al margen de mi voluntad. En otras palabras, no la cogí con la intención de tirarla al pozo, sino que más bien, en el momento de cogerla, la boca negra y redonda del pozo atrajo mi atención y me infundió la idea de hacerlo. Yo tenía la impresión de que todo estaba yendo bien. O más bien, sentí que me

movía una voluntad que no era la mía. Tenía una idea general de lo que pasaría a continuación. Oía una voz en el fondo de mi mente que me decía que todo aquello era un sueño.

«El pozo era oscuro, y desde donde yo estaba junto a la boca no podía ver bien el fondo. A juzgar por el olor a tierra que venía de dentro, parecía que en el fondo había una acumulación poco profunda de agua. La solté. El cuerpo de Sadako se deslizó por la pared del pozo hasta las profundidades de la tierra y dio en el fondo con un chapoteo. Me quedé mirando el interior del pozo hasta que se me acostumbraron los ojos a la oscuridad, pero seguí sin poder verla encogida allí dentro. Aun así, no me pude quitar de encima la intranquilidad. Eché piedras y tierra al pozo en un intento de esconder su cuerpo para siempre. Eché brazadas enteras de tierra y seis o siete piedras del tamaño de puños hasta que ya no pude hacer nada más. Las piedras le golpearon el cuerpo, arrancando un ruido sordo del fondo del pozo y estimulando mi imaginación. Cuando pensé en que las piedras estarían rompiendo aquel cuerpo enfermizamente hermoso, no pude continuar. Sé que esto no tiene ningún sentido. Por un lado deseaba la destrucción de su cuerpo, pero por el otro lado no quería que se estropeará.

Cuando Nagao terminó de hablar, Asakawa le dio el mapa de la Tierra Pacífica de Hakone Sur.

—Señale en este mapa dónde sucedió —le pidió Asakawa en tono apremiante.

Nagao tardó unos segundos en entender qué le estaban enseñando, pero en cuanto le dijeron que donde había estado el sanatorio ahora había un restaurante, pareció recuperar el sentido de la orientación.

—Creo que fue aquí —dijo, señalando un punto del mapa.

—No hay duda. Ahí es donde esta la Ciudad de los Chalets —dijo Asakawa, poniéndose de pie—. ¡Vamonos!

Pero Rryuji estaba tranquilo.

—No me vengas con prisas. Todavía tenemos que hacerle algunas preguntas a este viejo asqueroso. Ese síndrome que ha mencionado...

—El síndrome de feminización testicular.

—¿Puede tener hijos una mujer que lo tenga?

Nagao negó con la cabeza.

—No, no puede.

—Una cosa más. Cuando usted violó a Sadako Yamamura, ya había contraído la viruela, ¿no?

Nagao asintió.

—En ese caso, la última persona del Japón que fue infectada por la viruela fue Sadako Yamamura, ¿no?

Estaba claro que justo antes de morir, el virus de la viruela había invadido el cuerpo de Sadako Yamamura. Pero inmediatamente después ella había muerto. Si su huésped fallece, un virus no puede seguir vivo. Nagao no supo responder y bajó la vista, evitando la mirada de Rryuji. Respondió en términos muy vagos.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que irnos! —Asakawa estaba en la puerta, presionando a Rryuji para que se diera prisa.

—Mierda. Espero que sea usted feliz —dijo Rryuji, golpeando suavemente la punta de la nariz del médico con el índice antes de seguir a Asakawa.

12

No podía dar una explicación lógica, pero a partir de su experiencia como lector de novelas y espectador de programas de televisión malos sentía que tenía una idea precisa de la clase de truco argumental que ahora tocaba, basándose en la forma en que se había ido desarrollando la historia. El desarrollo tenía un tempo determinado. No habían estado buscando el escondite de Sadako, pero en un abrir y cerrar de ojos se habían topado con la tragedia que cayó sobre ella y con el lugar donde fue enterrada. Así que cuando Rryuji le dijo que «parara delante de una ferretería grande», Asakawa se sintió aliviado: «Está pensando lo mismo que yo». Asakawa todavía no podía imaginar lo horrible que iba a ser aquella tarea. A menos que hubiera quedado completamente sepultado, no sería difícil encontrar el viejo pozo en las inmediaciones de la Ciudad de los Chalets. Y una vez lo encontraran, sería fácil sacar los restos de Sadako. Todo parecía muy sencillo, y él quería pensar que lo iba a ser. Era la una de la tarde. El sol de mediodía se reflejaba brillante en

las calles empinadas de aquella población famosa por sus fuentes termales. La luminosidad y la atmósfera tranquila entre semana del vecindario le nublaban la imaginación. No se le ocurrió que aunque estuviera solamente a cuatro o cinco metros de profundidad, el fondo de un pozo sería un mundo completamente distinto de la superficie bien iluminada. «Ferretería Nishizaki». Asakawa vio el letrero y frenó. Delante de la tienda había hileras de escaleras de mano y cortadoras de césped. En aquel lugar no deberían tener problema para encontrar todo lo que querían.

—Te dejo que hagas tú las compras —dijo Asakawa, corriendo hacia una cabina de teléfono cercana. Antes de entrar en ella se detuvo a sacarse una tarjeta telefónica de la cartera.

—Eh, no tenemos tiempo para desperdiciarlo en llamadas.

Pero Asakawa no estaba escuchando. Refunfuñando, Ryuji entró en la tienda y compró cuerda, un cubo, una pala, una polea y una linterna de gran potencia.

Asakawa estaba desesperado. Aquella podía ser su última posibilidad de oír sus voces. Sabía perfectamente que apenas tenía tiempo que perder. No tenía más que nueve horas hasta el vencimiento del plazo límite. Metió la tarjeta en el teléfono y marcó el número de la casa de sus suegros en Ashikaga. Contestó el padre de su mujer.

—Hola, soy Asakawa. ¿Podría ponerme con Shizu y con Yoko? —Sabía que estaba siendo maleducado al saltarse el habitual intercambio de frases de cortesía. Pero no tenía tiempo para preocuparse por los sentimientos de su suegro. El hombre empezó a decir algo, pero luego pareció notar la urgencia de la situación y fue a buscar de inmediato a su hija y a su nieta. Asakawa se alegraba mucho de que no se hubiera puesto al teléfono su suegra. En ese caso, no habría tenido oportunidad de decir palabra.

—¿Hola?

—Shizu, ¿eres tú? —Nada más oír su voz, ya la echaba de menos.

—¿Dónde estás?

—En Atami. ¿Cómo va todo por ahí?

—Oh, más o menos igual. Yoko se lo está pasando muy bien con sus abuelos.

—¿Está ahí? —Podía oír la voz de su hija. Nada de palabras, solamente ruidos mientras la criatura pugnaba por subir al regazo de su madre para llegar a su padre.

—Yoko, soy papá.

Shizu acercó el auricular a la oreja de Yoko.

—Pa-pá, pa-pá.

Asakawa apenas podía oír las palabras, si es que eran palabras. Quedaban ahogadas por el ruido de la respiración de la criatura al teléfono, o por la fricción del auricular contra su mejilla. Pero aquellos ruidos solamente le hacían sentirse más cercano a ella. Le abrumaba el deseo de acabar con todo aquello y abrazarla.

—Yoko, espera allí, ¿vale? Papá vendrá pronto a buscarte con el brum-brum.

—¿De verdad? ¿Cuándo vienes? —Shizu había cogido el teléfono sin que él se diera cuenta.

—El domingo. Alquilaré un coche y subiré hasta ahí para que todos podamos hacer una excursión por las montañas, a Nikko o algún sitio así.

—¿De verdad? Yoko, ¿has visto qué bien? ¡Papá viene a llevarnos de excursión el domingo!

Sintió que le ardían las orejas. ¿Estaba realmente en situación de hacer aquella clase de promesas? Se supone que un médico nunca tiene que decirle nada a su paciente que le dé falsas esperanzas. Se supone que debe hacer cosas que reduzcan el shock eventual en la medida de lo posible.

—Parece que ya has resuelto aquel asunto en el que estabas trabajando.

—Bueno, ya casi está.

—Me prometiste que cuando todo terminara me lo contarías desde el principio.

Le había prometido aquello. A cambio de que ella no hiciera ninguna pregunta todavía le había dicho que se lo contaría en cuanto estuviera arreglado. Su mujer había cumplido su parte del trato.

—Eh, ¿cuánto tiempo vas a seguir hablando? —dijo Ryuji desde detrás de su espalda.

Asakawa se dio media vuelta. Ryuji tenía el maletero abierto y estaba cargando sus compras en el coche.

—Ya volveré a llamar. Aunque esta noche no creo que pueda.

Asakawa apoyó la mano en la tecla de colgar. Si lo pulsaba, la conexión se interrumpiría. Ni siquiera sabía por qué había llamado. ¿Había sido solamente para oír sus voces o acaso tenía algo más importante que decirles? Pero sabía que aunque tuviera una hora para hablar con su mujer, cuando llegara el momento de colgar seguiría teniendo la sensación de que solamente había dicho la mitad de lo que quería decirle. Sería exactamente lo mismo. Pulsó el botón de colgar y lo soltó. En cualquier caso, todo se aclararía a las diez de esa misma noche.

Vista de día y desde el coche, la Tierra Pacífica de Hakone Sur parecía un típico centro turístico de montaña. La luz del sol disipaba la atmósfera tétrica que había sentido la última vez que estuvo allí. Incluso el ruido de las pelotas de tenis parecía normal, no aletargado y resonante como la otra vez, sino ligero y ágil. Veían el monte Fuji, neblinoso y blanco, y debajo de ellos, a lo lejos, destellos dispersos de luz del sol reflejada en los tejados de los invernaderos.

Era un día entre semana por la tarde y la Ciudad de los Chalets parecía desierta. Parecía que los bungalows de alquiler solamente estaban ocupados los fines de semana y en las vacaciones de verano. El B-4 también estaba vacío. Asakawa dejó que Ryuji se registrara, descargó las cosas del coche y se puso ropa más ligera.

Examinó el bungalow con atención. Hacía exactamente una semana que había huido despavorido de aquella casa encantada. Recordaba haber ido corriendo al baño a vomitar y haber sentido que estaba a punto de mearse encima. Incluso recordaba con nitidez la pintada que había visto en la pared del baño cuando se había arrodillado delante del retrato. Ahora abrió la puerta del baño. La misma pintada en el mismo lugar.

Eran las dos y pico. Salieron al balcón y se comieron la comida preparada que habían comprado por el camino mientras contemplaban el prado cubierto de hierba que rodeaba los bungalows. La inquietud que se había adueñado de ellos en el trayecto desde la clínica Nagao se disipó un poco. Incluso en medio del peor pánico, seguía habiendo momentos dispersos como aquel, en que el tiempo fluía ociosamente. Incluso cuando intentaba terminar un artículo con el plazo de entrega encima, a veces Asakawa se sorprendía observando absurdamente cómo caía una gota de café del pitorro de la cafetera y luego reflexionaba sobre la elegancia con que había estado perdiendo el tiempo.

—Come. Necesitamos energías —dijo Ryuji.

Se había comprado dos almuerzos para él solo. Por su parte, Asakawa no parecía tener mucho apetito. De vez en cuando dejaba los palillos y volvía a mirar el interior del bungalow.

De pronto habló como si acabara de tener una idea.

—Tal vez debamos aclarar esto. ¿Qué estamos haciendo aquí exactamente?

—Vamos a buscar a Sadako, claro.

—¿Y qué hacemos cuando la encontremos?

—La devolvemos a Sashikiji y la enterramos.

—Así que ese es el sortilegio. Estás diciendo que eso es lo que ella quiere.

Ryuji se dedicó a masticar ruidosamente un bocado enorme de arroz, mirando hacia delante a nada en particular. Asakawa pudo ver en la expresión de su cara que Ryuji tampoco estaba del todo convencido. Asakawa tenía miedo. Era su última oportunidad y quería alguna garantía de que estaban haciendo lo correcto. No habría posibilidad de repetición.

—Ahora mismo no podemos hacer nada más —dijo Ryuji, y tiró el envoltorio vacío de su comida.

—¿Qué te parece esta posibilidad? Tal vez ella quiera que aplaquemos su resentimiento hacia la persona que la mató.

—¿Te refieres a Jotaro Nagao? ¿Quieres decir que si lo denunciemos públicamente Sadako quedará en paz?

Asakawa miró fijamente a Ryuji a los ojos e intentó averiguar qué estaba pensando en realidad. Si desenterraban el cadáver y le daban su descanso y eso no salvaba la vida de Asakawa, tal vez Ryuji estaba planeando matar al doctor Nagao. Tal vez estaba usando a Asakawa como conejillo de indias para intentar salvar su pellejo...

—Vamos. No seas estúpido —dijo Ryuji con una risotada—. En primer lugar, si Nagao hubiera sido objeto realmente del resentimiento de Sadako, ya estaría muerto.

Cierto. Estaba claro que ella tenía aquella clase de poder.

—Entonces ¿por qué dejó que la matara?

—No lo sé. Pero mira, a su alrededor no paraba de morir gente cercana a ella. Lo único que conocía era la frustración. Incluso la forma en que desapareció de la compañía de teatro como lo hizo fue esencialmente una frustración de sus metas, ¿no? Luego visitó a su padre en el sanatorio y descubrió que se estaba muriendo.

—¿Quieres decir que una persona que ha renunciado al mundo no guarda resentimiento hacia la persona que la ha quitado del mundo?

—No exactamente. Más bien creo que es posible que la propia Sadako causara aquellos impulsos en el viejo Nagao. En otras palabras, tal vez se suicidó pero usó para ello las manos de Nagao.

Su madre se había arrojado a un volcán, su padre se estaba muriendo de tuberculosis, sus sueños de convertirse en actriz habían quedado destruidos y además tenía su defecto congénito. No le faltaban razones para suicidarse. El informe de Yoshino mencionaba a Shigemori, el fundador de la compañía teatral Vuelo Libre. Se había emborrachado, había asaltado a Sadako y había muerto al día siguiente de parálisis cardíaca. Era casi seguro que Sadako lo había matado usando algún poder paranormal de los que tenía. Podía matar con facilidad a un hombre o dos sin dejar pruebas. ¿Por qué seguía vivo entonces Nagao? No tenía sentido, a menos que uno decidiera que ella había guiado su voluntad con el objeto de suicidarse.

—Bueno, vale, digamos que fue un suicidio. Pero ¿por qué tuvo que violarla antes de matarla? Y no me digas que era porque ella no quería morir virgen.

Asakawa había dado en el clavo, y como resultado Ryuji se quedó sin respuestas. Aquello era exactamente lo que iba a decir.

—¿Tan estúpido te parece?

—¿Eh?

—¿Tan estúpido te parece no querer morir virgen? —Ryuji insistió en aquella cuestión con solemnidad desesperada—. Si fuera yo... Si por casualidad yo estuviera en su lugar, me sentiría así. No querría morir virgen.

A Asakawa aquello le pareció poco propio de Ryuji. No lo podía explicar de forma lógica, pero ni las palabras ni la expresión facial eran propias de Ryuji.

—¿Hablas en serio? Los hombres y las mujeres son distintos. Sobre todo en el caso de Sadako Yamamura.

—Je, je. Era broma. Sadako no quería que la violaran. Claro que no. O sea, ¿quién querría que le pasara una cosa así? Además, mordió el hombro de Nagao hasta el hueso. Solamente se le ocurrió matarse después de que pasara aquello, y guió a Nagao en aquella dirección sin siquiera planteárselo. Creo que eso es lo más probable.

—Pero entonces, ¿no crees que ella seguiría estando resentida con Nagao? —Asakawa seguía sin verlo claro.

—Pero ¿no te acuerdas? Necesitamos imaginar que la punta de lanza de su odio no estaba dirigida a ningún individuo en concreto sino a la sociedad en general. En comparación, su odio a Nagao era tan insignificante como un pedo en un vendaval.

Su odio hacia la sociedad en general era lo que había plasmado en aquel vídeo, ¿cuál era entonces el sortilegio? ¿Cuál podía ser? A Asakawa se le pasó por la cabeza la expresión «ataque indiscriminado» antes de que la voz grave de Ryuji interrumpiera sus pensamientos.

—Ya basta. Si tenemos tiempo para pensar en estas chorradas, deberíamos pasarlo intentando encontrar a Sadako. Ella es quien resolverá todos los enigmas.

Ryuji apuró lo que le quedaba de su té oolong, se puso de pie y tiró la lata vacía a la hierba del valle.

Estaban sobre una suave colina que dominaba la hierba alta. Ryuji le dio una hoz a Asakawa y señaló con la barbilla la pendiente que había a la izquierda del bungalow B-4. Quería que cortara la maleza y examinara el perímetro de aquella zona. Asakawa se agachó, apoyó una rodilla en el suelo y se puso a mover la hoz trazando arcos paralelos al suelo. Empezó a caer la hierba.

Treinta años antes había habido allí una casa en ruinas con un pozo en el jardín. Asakawa volvió a incorporarse. Miró de nuevo a su alrededor, preguntándose dónde construiría una casa si viviera allí. Probablemente elegiría un emplazamiento con buenas



vistas. No había otra razón para hacerse una casa allí. ¿Dónde había las mejores vistas? Con la vista clavada en los tejados de los invernaderos que brillaban más abajo, Asakawa caminó un poco, prestando atención a los cambios en la perspectiva. El paisaje no parecía cambiar mucho, no importaba adonde fuera. Pero le parecía que si se construyera una casa, sería más fácil construirla donde estaba el bungalow A-4 que donde estaba el B-4. Cuando se agachó y miró se dio cuenta de que era la única parcela de suelo que no estaba inclinada. Se metió en el espacio entre el A-4 y el B-4 y se puso a cortar la hierba y a palpar la tierra con las manos.

No recordaba haber sacado nunca agua de un pozo. Se dio cuenta de que nunca había visto un pozo de verdad. No tenía ni idea de qué aspecto tenía, sobre todo en una zona montañosa como aquella. ¿Realmente había agua subterránea allí? Pero luego, a unos centenares de metros al este en el suelo del valle había un trozo pantanoso rodeado de árboles altos. Asakawa no conseguía pensar con claridad. ¿En qué se suponía que debía concentrarse mientras llevaba a cabo una tarea como aquella? No tenía ni idea. Sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Se miró el reloj. Eran casi las tres de la tarde. Le quedaban siete horas. ¿Acaso todo aquel esfuerzo les iba a servir para solucionar las cosas a tiempo? La idea lo dejó todavía más confuso. Tenía una imagen mental imprecisa del pozo. ¿Qué huellas quedarían donde había estado? ¿Un montón de piedras amontonadas en círculo? ¿Y si se habían desprendido y se habían caído dentro del pozo? De ninguna forma. En aquel caso nunca llegarían a tiempo. Volvió a mirarse el reloj. Eran las tres en punto. Se había bebido medio litro de té oolong en el balcón y volvía a tener la garganta seca. Le resonaban voces en la cabeza: «Busca bultos en el suelo, busca piedras». Clavó la pala en la tierra desnuda. El tiempo y la sangre le asaltaban la cabeza. Tenía los nervios de punta pero no estaba cansado. ¿Por qué pasaba ahora el tiempo de forma tan distinta a como había pasado en el balcón, mientras comían el almuerzo? ¿Por qué en cuanto se puso a trabajar le había entrado tanto pánico? ¿Era aquello lo que realmente debían hacer? ¿Acaso no deberían estar haciendo otras muchas cosas?

De niño una vez cavó una caverna. Debió de ser en cuarto o quinto curso. Se rió débilmente mientras recordaba el episodio.

—¿Qué demonios estás haciendo? —La voz de Ryuji le hizo levantar la cabeza de golpe—. ¿A qué te dedicas, gateando por ahí? Tenemos que investigar una zona más grande.

Asakawa se quedó mirando boquiabierto a Ryuji. Ryuji tenía el sol detrás de la espalda y la cara sumida en sombras. Desde la cara oscura le caían gotas de sudor al suelo junto a sus pies. ¿Qué estaba haciendo? En el suelo justo delante de él había un agujero de pequeño tamaño.

—¿Estás cavando una fosa o algo?

Ryuji suspiró. Asakawa frunció el ceño e hizo el gesto de mirarse el reloj.

—¡Y deja de mirarte el puto reloj! —Ryuji le apartó la mano de una palmada. Miró un momento a Asakawa y volvió a suspirar. Se agachó y susurró con tranquilidad—. Tal vez deberías hacer un descanso.

—No hay tiempo.

—Te lo digo, tienes que mantener la calma. El pánico no te va a llevar a ninguna parte.

Asakawa también estaba agachado, y Ryuji le dio un golpecito con el dedo en el pecho. Asakawa perdió el equilibrio, se cayó de espaldas y se quedó así, con los pies en el aire.

—Así, quédate tumbado como estás, como un bebé.

Asakawa se retorció y trató de ponerse de pie.

—¡No te muevas! ¡Quédate tumbado! ¡No malgastes energías!

Ryuji le puso el pie sobre el pecho hasta que dejó de forcejear. Asakawa cerró los ojos y dejó de oponer resistencia. La presión del pie de Ryuji se fue alejando a lo lejos. Cuando volvió a abrir tranquilamente los ojos, Ryuji estaba moviendo sus piernas cortas y fuertes y dirigiéndose hacia la sombra del balcón del bungalow B-4. Su forma de hablar era elocuente. Acababa de tener una inspiración acerca de dónde podían encontrar el pozo y su sensación de desesperanza se había disipado.

Cuando Ryuji se marchó, Asakawa se quedó quieto un rato. Tumbado de espaldas, con los brazos extendidos, contempló el cielo. El sol era brillante. Qué débil era su espíritu

comparado con el de Ryuji. Un asco. Reguló su respiración y trató de pensar con calma. No confiaba en poder mantener la compostura a medida que fueran pasando las siete horas siguientes. Se limitaría a cumplir todas las órdenes de Ryuji. Eso sería lo mejor. Desaparecer, colocarse bajo el influjo de alguien dotado de un espíritu inflexible. «¡Desaparece! Así podrás escapar del terror. Serás enterrado en la tierra. Serás uno con la naturaleza». Como si fuera la respuesta a su deseo, de pronto le invadió el sopor y empezó a perder la conciencia. En el mismo umbral del sueño, en medio de una ensoñación en la que levantaba a Yoko por encima de su cabeza, recordó una vez más el episodio de su escuela primaria.

En las afueras de la ciudad donde había crecido había un campo de deportes. Al borde del mismo había un precipicio, y al pie del precipicio un pantano lleno de cangrejos de río. Cuando iba a primaria, Asakawa iba allí a menudo con sus amigos a coger cangrejos. Aquel día en particular, la forma en que el sol brillaba sobre la tierra roja desnuda del precipicio parecía un desafío. De todas formas, ya estaba cansado de estar allí sentado aguantando la caña de pescar, así que fue al acantilado, donde brillaba el sol, y empezó a cavar un agujero en su parte abrupta. La tierra era arcilla blanda, y salió disparada a sus pies cuando clavó un pedazo viejo de madera que había encontrado. Sus amigos no tardaron mucho en unirse a él. Eran tres, si no recordaba mal, o tal vez cuatro. El número perfecto para cavar una cueva. Si hubieran sido más se habrían chocado entre ellos todo el tiempo y si hubieran sido menos habría sido demasiado trabajo para cada uno.

Después de una hora de cavar tuvieron un agujero lo bastante grande para que pudiera entrar uno de ellos. Continuaron. Originalmente habían estado de camino a casa desde la escuela, y pronto uno de sus amigos dijo que se tenía que ir a casa. Pero Asakawa, que era el que había tenido la idea, siguió trabajando en silencio. Y para cuando se puso el sol la cueva ya era lo bastante grande para que se metieran en ella todos los chicos que quedaban. Asakawa se abrazó las rodillas. El y sus amigos intercambiaron risitas. Encogidos entre la arcilla roja, se sentían como la gente de Mikkabi en la Edad de Piedra, cuyos restos acababan de estudiar en la clase de ciencias sociales.

Sin embargo, al cabo de un rato la cara de una mujer apareció en la entrada de la cueva. El sol poniente quedaba a su espalda, así que su cara permanecía en la sombra y no pudieron distinguir su expresión, pero se dieron cuenta de que era un ama de casa cincuentona del vecindario.

—¿Qué hacéis cavando un agujero aquí, chicos? Sería un horror que os quedarais enterrados vivos ahí dentro —dijo la mujer, mirando el interior de la cueva.

Asakawa y los otros dos chicos se miraron. Por jóvenes que fueran, habían percibido algo extraño en su advertencia. No era «Dejadlo estar porque es peligroso», sino «Dejadlo estar porque si es quedáis enterrados vivos ahí va a ser horrible para la gente del vecindario como yo». Los estaba advirtiendo por el bien de ella. Asakawa y sus amigos se rieron de nuevo. La cara de la mujer se recortaba en la entrada de la cueva como una sombra chinesca.

La cara de Ryuji se superpuso gradualmente a la de la mujer.

—Ahora estás un poco demasiado relajado. Imagina que te duermes en un sitio así hasta la mañana. Eh, capullo, ¿de qué 'te ríes?

Ryuji lo despertó. El sol se acercaba al horizonte occidental y la oscuridad se acercaba deprisa. La cara y la figura de Ryuji recortándose sobre la luz cada vez más débil del sol eran más negras todavía que antes.

—Ven aquí un momento.

Ryuji tiró de Asakawa para ayudarlo a ponerse de pie y se metió a cuatro patas debajo del balcón del bungalow B-4. Asakawa lo siguió. Debajo del balcón, uno de los paneles que había entre los pilares del edificio se había despegado parcialmente. Ryuji metió la mano detrás del panel y tiró de él con toda su fuerza. El panel emitió un crujido estridente y se rompió diagonalmente por la mitad. La decoración del interior era moderna, pero aquellos paneles eran tan endebles que se podían romper con las manos. Los constructores habían escatimado considerablemente en las partes que no se veían. Ryuji metió la linterna en el interior y barrió con el haz de luz todo el espacio de debajo de la cabana. Asintió como diciendo: «Ven a mirar esto». Asakawa fijó la mirada en el hueco de la pared y miró al interior. El haz de la linterna enfocó algo negro que sobresalía del suelo en la parte oeste. Mientras lo miraba se dio cuenta de que parecía tener una textura

desigual, como si fuera un montón de piedras. La parte superior estaba cubierta por una tapa de cemento. De entre las piedras y por las grietas del cemento salían hojas de hierba. Asakawa se dio cuenta al instante de lo que estaba justo encima. La sala de estar del bungalow. Y directamente encima de la boca redonda del pozo estaban el televisor y el vídeo. Hacía una semana, mientras veía aquel vídeo, Sadako había estado así de cerca, escondida y mirando lo que pasaba encima de su cabeza.

Ryuji arrancó más paneles hasta que hubo una abertura lo bastante grande para que pasara un hombre. Los dos se metieron por el agujero de la pared y gatearon hasta el borde del puente. El bungalow estaba construido sobre una pendiente, y ellos habían entrado por el lado más bajo, así que cuanto más avanzaban más bajos se volvían los tablones del suelo, creando la sensación de que algo los presionaba desde arriba. Aunque en aquel espacio a oscuras tenía que haber aire de sobras, a Asakawa empezó a costarle respirar. La tierra era más húmeda allí que en el exterior. Asakawa sabía muy bien lo que tenían que hacer ahora. Lo sabía pero todavía no tenía miedo. El suelo del bungalow por encima de su cabeza le provocaba claustrofobia, pero tal vez también iba a tener que bajar al fondo del pozo, a un lugar donde reinaba una oscuridad todavía más profunda. Nada de tal vez... Para sacar a Sadako, era casi seguro que iban a tener que descender al pozo.

—Échame una mano con esto —dijo Ryuji.

Agarró un trozo de barra de acero que sobresalía de una grieta en la tapa de cemento e intentó tirar de la tapa para dejarla caer en el suelo en pendiente. Pero el techo era demasiado bajo y no le dejaba hacer mucha palanca. Incluso alguien como Ryuji que podía levantar ciento veinte kilos veía reducida su fuerza a la mitad si carecía de un buen punto de apoyo. Asakawa dio la vuelta al pozo hasta que estuvo en el lado en que el suelo era más alto y se tumbó de espaldas. Colocó ambas manos en uno de los pilares para darse impulso y luego empujó la tapa con los pies. El cemento produjo un ruido chirriante al arrastrarse sobre la piedra. Asakawa y Ryuji empezaron a canturrear para sincronizar sus esfuerzos. La tapa se movió. ¿Cuántos años llevaba la boca del pozo sin abrirse? ¿Habían tapado el pozo cuando se construyó la Ciudad de los Chalets, o tal vez cuando se fundó la Tierra Pacífica, o al cerrar el sanatorio? Solamente podían hacer conjeturas, basándose en la resistencia del sello que unía el cemento y la piedra y en el chirrido casi humano que producía la tapa al moverse. Probablemente más de seis meses o un año. Pero no más de veinticinco años. En todo caso, el pozo acababa de empezar a abrir la boca. Ryuji metió la hoja de la pala en el espacio que ya habían abierto y empujó.

—Muy bien, cuando te haga una señal quiero que te apoyes en el mango.

Asakawa se dio la vuelta.

—¿Listo? ¡Un, dos, tres... empuja!'

Mientras Asakawa se apoyaba en la palanca improvisada, Ryuji empujaba el borde de la tapa con ambas manos. Con un chirrido agónico, la tapa cayó al suelo.

La tapa del pozo estaba bastante mojada. Asakawa y Ryuji recogieron sus linternas, colocaron sus otras manos en la tapa mojada y se incorporaron. Antes de enfocar con sus linternas el interior del pozo, colocaron las cabezas en el hueco de unos cincuenta centímetros que quedaba entre la parte superior del pozo y el suelo del bungalow. Una ráfaga fría trajo un olor pútrido. El espacio de dentro del pozo era tan denso que sentían que si se soltaban del borde, el pozo los absorbería. Estaba claro que ella estaba allí dentro. Aquella mujer con unos poderes sobrenaturales extraordinarios con síndrome de feminización testicular... «Mujer» ni siquiera era la palabra adecuada. La distinción biológica entre hombre y mujer dependía de la estructura de las gónadas. No importaba que el cuerpo fuera hermosamente femenino, si las gónadas tenían forma masculina se trataba de un hombre. Asakawa no sabía si tenía que considerar a Sadako Yamamura un hombre o una mujer. Como sus padres la habían llamado Sadako, parecía que tenían la intención de criarla como a una mujer. Aquella misma mañana, en el barco a Atami, Ryuji había dicho: «¿No te parece que una persona con genitales masculinos y femeninos es el símbolo supremo de poder y de belleza?». Ahora que pensaba en aquello, Asakawa había visto una vez en un libro de arte algo que le había hecho dudar de sus ojos. Una mujer madura desnuda y perfectamente formada estaba recostada sobre una losa con un espléndido ejemplo de genitales masculinos asomando entre los muslos...

—¿Ves algo? —preguntó Ryuji.

Los haces de sus linternas mostraban que había agua acumulada al fondo del pozo, a unos cuatro o cinco metros de profundidad. Pero no sabían qué profundidad tenía el agua.

—Hay agua allí abajo —Ryuji se movió a toda prisa y ató el cabo de la sog a un pote.

—Muy bien, enfoca hacia abajo con la linterna y aguántala por encima del borde. Sobre todo que no se te caiga.

«Está planeando bajar ahí». En cuanto se dio cuenta de aquello, a Asakawa le empezaron a temblar las piernas. «¿Y si tengo que bajar yo...?» Ahora, por fin, con el túnel vertical y estrecho mirándolo fijamente a la cara, a Asakawa le empezó a afectar la imaginación. «No puedo hacerlo. ¿Meterme en esa agua negra y luego qué? Pescar huesos, eso es lo que hay que hacer. No puedo hacerlo ni en broma, me volvería loco». Mientras observaba agradecido cómo Ryuji se metía bajo tierra, rezó a Dios para que no le llegara nunca su turno.

Se le fue acostumbrando la vista a la oscuridad y vio que la superficie interior del pozo estaba cubierta de musgo. Las piedras de la pared, bajo el haz anaranjado de su linterna, parecieron convertirse en ojos, narices y bocas, y cuando descubrió que no podía apartar la vista, los grupos de piedras se transformaron en caras muertas, distorsionadas en plenos gritos demoníacos en el momento de morir. Incontables espíritus malignos ondulaban como algas, con las manos extendidas hacia la salida. Asakawa no podía dejar de ver aquella imagen. Cayó un guijarro en aquel hueco fantasmal, apenas a un metro de donde él estaba, arrancó ecos de las paredes y desapareció en las gargantas de los espíritus malignos.

Ryuji metió como pudo el cuerpo en el espacio que quedaba entre la boca del pozo y el suelo del bungalow, se lió la sog a alrededor de las manos y empezó a bajar lentamente. Pronto estuvo de pie en el fondo. Con las piernas sumergidas hasta las rodillas. No era muy profundo.

—¡Eh, Asakawa! Ve a buscar el cubo. Y también la cuerda fina.

El cubo estaba donde lo habían dejado, en el balcón. Asakawa salió a rastras de debajo del bungalow. Fuera estaba oscuro. Pero no dejaba de haber mucha más luz que debajo del suelo. ¡Qué sensación de liberación! ¡Qué aire tan puro! Miró el resto de los bungalows: el único que tenía alguna luz encendida era el A-l, junto a la carretera. Se propuso no mirarse el reloj. Las voces cálidas y cordiales procedentes del A-l parecían constituir un mundo aparte que flotaba a lo lejos. Eran los ruidos de la hora de la cena. No le hacía falta mirar el reloj para saber qué hora debía de ser.

Regresó a la boca del pozo, donde ató el cubo y la pala al cabo de la sog a y los bajó. Ryuji se dedicó a cavar con la pala en el fondo del pozo y meter la tierra en el cubo. De vez en cuando se ponía en cuclillas y peinaba el barro con los dedos en busca de algo, pero no encontraba nada.

—¡Sube el cubo! —gritó.

Con la barriga apoyada en el borde del pozo, Asakawa izó el cubo, luego vació el barro y las rocas en el suelo antes de bajar de nuevo el cubo vacío al fondo del pozo. Parecía que antes de que el pozo quedara sellado, había ido a parar al interior una buena cantidad de tierra y arena. Ryuji cavaba y cavaba, pero no conseguía encontrar los hermosos miembros de Sadako.

—Eh, Asakawa —Ryuji hizo una pausa y levantó la vista. Asakawa no contestó—. ¡Asakawa! ¿Algún problema por ahí arriba?

Asakawa quería decir: «Ningún problema. Estoy bien».

—Llevas todo este rato sin decir palabra. Por lo menos, ya sabes, podrías dar gritos de ánimo o algo. Me estoy poniendo un poco melancólico aquí abajo.

Asakawa no dijo nada.

—Bueno, pues, ¿por qué no una canción? Algo de Hibari Misora, quizá.

Asakawa siguió sin decir nada.

—¡Eh, Asakawa! ¿Sigues ahí? Yo sé que no te me has desmayado.

—Estoy... estoy bien —consiguió decir.

—Un coñazo es lo que eres.

Ryuji escupió las palabras y hundió la punta de la pala en el agua. ¿Cuántas veces lo había hecho ya? El nivel del agua iba bajado lentamente pero seguía sin haber huellas de lo que estaban buscando. Vio que el cubo subía cada vez más despacio. Por fin dejó de subir.

A Asakawa se le escapó de las manos. Ryuji consiguió evitar que le diera de lleno, pero quedó salpicado de cabeza a pies de agua fangosa. Además de ponerse furioso se dio cuenta de que Asakawa estaba al límite de sus energías.

—¡Hijo de puta! ¿Estás intentando matarme? —Ryuji trepó por la cuerda—. Te toca a ti.

«¡A mí!» Horrorizado, Asakawa se incorporó y se golpeó la cabeza con los tablones del suelo.

—Espera, Ryuji, no pasa nada, estoy bien, todavía me quedan fuerzas —balbuceó Asakawa.

Ryuji asomó la cabeza fuera del pozo.

—No, no es verdad. No te queda ni pizca. Baja tú ahora.

—Espera, espera. Déjame que recupere el resuello.

—Nos pasaríamos aquí hasta el amanecer. Ryuji enfocó la cara de Asakawa con la linterna. Tenía una expresión extraña en los ojos. El miedo a morir le había quitado la razón. Una mirada bastó a Ryuji para ver que Asakawa ya no disponía de raciocinio. Entre meter paladas de agua fangosa en un cubo e izar ese cubo a cuatro o cinco metros de altura, no había duda de cuál era el trabajo más duro.

—Abajo —Ryuji empujó a Asakawa hacia el pozo.

—No... espera... es que...

—¿Qué?, —Soy claustrofóbico.

—No me vengas con tonterías.

Asakawa continuó encogiéndose, inamovible. El agua del fondo del pozo tembló un poco.

—No puedo. No puedo bajar.

Ryuji agarró a Asakawa del cuello de la ropa y le dio dos bofetadas.

—¡Despierta! «¡No puedo bajar!» ¿Tienes la muerte pisándote los talones, tienes la oportunidad de eludirla y ahora dices que no puedes? No seas gallina. No solamente te estás jugando tu vida, ¿sabes? Acuérdate de tu llamada telefónica. ¿Estás dispuesto a llevarte a tu nenita contigo a la oscuridad?

Pensó en su esposa y su hija. No podía permitirse ser un cobarde. Tenía sus vidas en las manos. Pero no le obedecía el cuerpo.

—Pero ¿esto va a funcionar? —Su voz carecía de intencionalidad. Sabía que no tenía sentido hacer aquella pregunta en aquel momento. Ryuji le soltó el cuello de la ropa.

—¿Quieres que te cuente más de la teoría del profesor Miura? Hay tres condiciones que han de cumplirse para que una voluntad maligna se quede en el mundo después de morir. Un lugar cerrado, agua y una muerte lenta. Una, dos y tres. En otras palabras, si alguien muere lentamente, en un espacio cerrado y en presencia de agua, entonces el espíritu rabioso de esa persona encanta el lugar. Ahora mira este pozo. Es un espacio pequeño y cerrado. Hay agua. Y recuerda lo que dijo la anciana del vídeo.

«¿Cómo has estado de salud desde entonces? Si te pasas todo el tiempo jugando en el agua, te cogerán los monstruos».

Jugando en el agua. Eso era. Sadako estaba allí bajo aquella agua negra y fangosa jugando, incluso ahora. Un juego subterráneo acuático e interminable.

—Piensa que Sadako seguía viva cuando la tiraron a este pozo. Y mientras esperaba la muerte, cubrió todas las paredes con su odio. En su caso se daban las tres condiciones.

—¿Así pues...?

—Así pues, de acuerdo con el profesor Miura, es fácil exorcizar una maldición así. Solamente tenemos que liberarla. Sacamos sus huesos de este pozo pestilente, le hacemos un funeral como es debido y la enterramos en la tierra de su lugar natal. La sacamos al ancho mundo y a la luz del día.

Hacía un rato, cuando había salido de debajo del bungalow para recoger el cubo, Asakawa había notado una sensación indescriptible de liberación. ¿Se suponía que tenían que hacer lo mismo por Sadako? ¿Era eso lo que ella quería?

—¿Así que ese es el sortilegio?

—Tal vez sí y tal vez no.

—Eso es un poco incierto.

Ryuji volvió a agarrar a Asakawa del cuello de la ropa.



—¡Piensa! ¡En nuestro futuro no hay nada seguro! Solamente podemos confiar en un futuro incierto. Y a pesar de eso, seguimos viviendo. No se puede renunciar a la vida solamente porque sea incierta. Es una cuestión de posibilidades. El sortilegio... Puede haber otras muchas cosas que Sadako quiere. Pero hay una posibilidad grande de que al sacar sus restos de aquí rompa la maldición del vídeo.

Asakawa retorció la cara y gritó en silencio. «Lugar cerrado, agua y muerte lenta, dice. Esas tres condiciones permiten la supervivencia de un espíritu maligno, dice. ¿Qué pruebas tenemos de que aquel farsante de Miura dijera alguna verdad?»

—Si me entiendes, bajarás al pozo.

«Pero no lo entiendo. ¿Cómo voy a entender algo así?»

—No tienes tiempo para vacilar. Casi se te ha acabado el tiempo —La voz de Ryuji se fue volviendo amable—. No creas que puedes vencer a la muerte sin plantar batalla.

«¡Gilipollas! ¡No quiero oír tu filosofía vital!»

Pero al final empezó a subirse al borde del pozo.

—Así me gusta. ¿Crees que puedes hacerlo?

Asakawa se agarró a la soga y bajó por la pared interior del pozo. Tenía la cara de Ryuji delante.

—No te preocupes. Ahí abajo no hay nada. Tu peor enemigo es tu imaginación.

Cuando levantó la vista, el haz de la linterna le dio de lleno en la cara y lo cegó. Apoyó la espalda en la pared. Sus manos empezaron a soltarse de la cuerda. Los pies le resbalaron por la piedra y se descolgó un metro de golpe. Las manos le ardían por culpa de la fricción.

Estaba colgando justo encima de la superficie del agua pero no podía soltarse del todo. Extendió un pie y lo sumergió hasta el tobillo como si estuviera probando la temperatura del agua. El contacto frío le puso la piel de gallina, desde la punta del pie hasta la espalda, y le hizo retirar el pie de inmediato. Pero tenía los brazos demasiado cansados para seguir colgado de la cuerda. Su propio peso le hizo bajar lentamente y al final no pudo aguantar más y bajó los dos pies. La tierra blanda que había debajo del agua se los envolvió de inmediato y se los sumergió. Asakawa seguía colgando de la cuerda que tenía delante de los ojos. Le sobrevino el pánico. Sentía como si un bosque de manos se levantara de la tierra para hundirlo en el barro. Las paredes se cerraron a su alrededor por todos los lados y lo miraron con expresión socarrona: «No hay escapatoria».

«¡Ryuji!», intentó gritar, pero no le salió la voz. No podía respirar. Solamente le salió un ruido débil y seco de la garganta y miró hacia arriba como un niño que se estuviera ahogando. Notó que algo caliente lo goteaba por la parte interior de los muslos.

—¡Asakawa! ¡Respira!

Vencido por la presión, Asakawa se había olvidado de respirar.

—No pasa nada. Estoy aquí —Le llegó el eco de la voz de Ryuji, y Asakawa consiguió aspirar una bocanada de aire.

No podía controlar los latidos de su corazón. No podía hacer lo que necesitaba hacer allí. Intentó pensar a la desesperada en otra cosa. En algo más agradable. Si aquel pozo estuviera fuera, bajo un cielo lleno de estrellas, no sería tan estrella. Si era tan difícil de soportar era porque estaba tapado por el bungalow B-4. Aquello cortaba la ruta de escape. Incluso al quitarle la tapa de cemento, encima solamente había telarañas y los tablones del suelo. «Sadako Yamamura lleva veinticinco años viviendo aquí abajo. Es cierto, está aquí abajo. Debajo de mis pies. Esto es una tumba, sí, señor. Una tumba». No se le ocurría nada más. El mismo pensamiento le estaba vedado como medio de escape. Sadako había terminado sus días trágicamente allí abajo, y las escenas que le habían pasado por la cabeza en el momento de morir habían permanecido allí, todavía fuertes, mediante el poder de su psique. Y habían madurado allí, en aquel agujero diminuto, respirando como el flujo y el reflujo de la corriente, yendo y viniendo de acuerdo con algún ciclo que en algún punto había coincidido con el televisor colocado justo encima. Y luego habían hecho su aparición en el mundo. Sadako estaba respirando. El sonido de la respiración surgió de la nada y lo rodeó. «Sadako Yamamura, Sadako Yamamura». Las sílabas se repetían en su cerebro, y la cara terroríficamente hermosa que conocía por las fotos se le apareció, sacudiendo la cabeza con gesto coqueto. Sadako Yamamura estaba allí. Asakawa empezó a cavar compulsivamente en la tierra bajo sus pies, buscándola. Pensó en su cara bonita y en su cuerpo y trató de retener aquella imagen. «Los huesos de aquella chica preciosa cubiertos

de mis orines». Asakawa removió el barro con la pala. El tiempo ya no importaba. Antes de bajar se había quitado el reloj. La fatiga extrema y el nerviosismo habían atenuado su irritación, y se olvidó del límite temporal bajo el que estaba trabajando. Era como estar borracho. Perdió la noción del tiempo. Solamente podía medirlo mediante el número de veces que el cubo bajó al pozo donde él estaba y por los latidos de su corazón.

Al final, Asakawa agarró una piedra grande y redonda con las dos manos. Era lisa y agradable al tacto y tenía dos agujeros en la superficie. La sacó del agua. Le lavó la tierra de las cavidades. La cogió por lo que alguna vez debieron de ser los orificios auditivos y se sorprendió a sí mismo cara a cara con el cráneo. Su imaginación lo cubrió de carne. Unos ojos grandes y claros regresaron a las cuencas vacías y profundas, y alrededor de los dos orificios centrales creció la carne y formó una elegante nariz. Tenía el pelo largo mojado y le caía agua del cuello y de detrás de las orejas. Sadako Yamamura parpadeó dos o tres veces con sus ojos melancólicos para sacudirse el agua de las pestañas. Cogida entre las manos de Asakawa, su cara tenía un aspecto dolorosamente distorsionado. Con todo, su belleza seguía incólume. Sonrió a Asakawa y luego frunció los ojos como si estuviera enfocado.

«Tenía ganas de conocerte». Mientras pensaba aquello, Asakawa se desplomó allí mismo. Oyó la voz de Ryuji procedente de lo alto.

—¡Asakawa! ¿No se te acababa el tiempo a las diez y cuatro? ¡Alégrate! ¡Son las diez y diez!

—Asakawa, ¿me oyes? Sigues vivo, ¿verdad? La maldición se ha roto. Estamos salvados. ¡Eh, Asakawa! Si te mueres ahí abajo, acabarás igual que ella. Si te mueres, no me maldigas, ¿vale? ¡Eh, Asakawa! ¡Contéstame si estás vivo, mandita sea! Asakawa oyó a Ryuji pero no se sintió salvado. Estaba encogido como en un sueño, como si estuviera en otro mundo, con el cráneo de Sadako Yamamura abrazado contra el pecho.

## CUARTA PARTE

### ONDAS

19 de octubre, viernes Una llamada de la oficina del encargado despertó a Asakawa. El encargado le recordó que tenían que dejar libre el bungalow a las once y le preguntó si deseaban quedarse otra noche. Asakawa extendió el brazo libre y cogió el reloj de pulsera, que estaba junto a la almohada. Tenía los brazos cansados y el mero hecho de levantarlos le suponía un esfuerzo. Todavía no le dolían, pero probablemente le dolerían horrores al día siguiente. No llevaba las gafas, así que tuvo que acercarse el reloj a los ojos para poder leer la hora. Pasaban unos minutos de las once. A Asakawa no se le ocurrió qué responder en aquel momento. Ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿Se van a quedar otra noche? —preguntó el encargado, intentando contener la irritación.

Ryuji gimió a su lado. Estaba seguro de que no era su habitación. Parecía que hubieran redecorado el mundo entero sin decirle nada. El grueso cable que conectaba el pasado con el presente y el presente con el futuro había sido cortado en dos: antes y después de irse a dormir.

—¿Hola?

Ahora al encargado le preocupaba que no hubiera nadie al otro lado de la línea. Sin saber por qué, Asakawa sintió que se le llenaba el pecho de alegría. Ryuji se dio la vuelta y abrió un poco los ojos. Estaba babeando. Los recuerdos de Asakawa eran vagos. Cuando buscó en sus recuerdos no encontró nada más que oscuridad. Se acordaba más o menos de haber visitado al doctor Nagao y de haber ido luego a la Ciudad de los Chalets. Le llegaron a la mente una escena oscura tras otra y se le cortó la respiración. Tenía la sensación de

haber despertado de un sueño impresionante, un sueño que le había dejado una fuerte huella aunque no recordaba de qué trataba. Pero por alguna razón estaba de buen humor.

—¿Hola? ¿Me oye?

—Eh, sí —Asakawa agarró mejor el auricular y consiguió contestar por fin.

—Tienen que dejar libre la habitación a las once.

—Muy bien. Ahora recogemos nuestras cosas y nos marchamos.

Asakawa adoptó un tono solemne, acorde con el del encargado. Oía un hilillo de agua procedente de la cocina. Parecía que alguien no hubiera cerrado bien el grifo la noche anterior antes de irse a dormir. Asakawa colgó el teléfono.

Ryuji había vuelto a cerrar los ojos. Asakawa lo zarandeó.

—Eh, Ryuji. Levántate.

No tenía ni idea de cuánto tiempo habían dormido. Normalmente Asakawa nunca dormía más de cinco o seis horas por noche, pero ahora sentía que había dormido mucho más. Hacía mucho tiempo que no conseguía dormir tranquilo y de un tirón.

—¡Eh, Ryuji! Si no nos largamos de aquí nos van a cobrar otra noche.

Asakawa zarandeó a Ryuji con más fuerza, pero no pudo despertarlo. Asakawa levantó la vista y vio la bolsa de plástico de color blanco lechoso que había en la mesa del comedor. De pronto, como si algún evento casual hubiera traído de vuelta un fragmento de sueño, recordó lo que había dentro. «Llamar a Sadako por su nombre. Sacarla de las entrañas frías de la tierra, meterla en una bolsa de plástico». El ruido de agua corriente. Fue Ryuji, la noche anterior, el que había ido al fregadero y había limpiado a Sadako de barro. El agua seguía corriendo. Para entonces, la hora señalada ya había pasado. Y Asakawa seguía vivo, todavía lo estaba ahora. Y lleno de júbilo. Había tenido la muerte en los talones y ahora que esta se había marchado, la vida parecía más intensa. Empezaba a brillar. El cráneo de Sadako era hermoso, como una escultura de mármol.

—¡Eh, Ryuji, levanta!

De pronto tuvo un mal presagio. Vislumbró algo al fondo de su mente. Acercó la oreja al pecho de Ryuji. Quería oír los latidos del corazón de Ryuji a través de su gruesa sudadera, saber que seguía vivo. Pero cuando su oreja estaba a punto de tocar el pecho de Ryuji, Asakawa se encontró de pronto en una presa de cuello, atenazado por dos manos poderosas. A Asakawa le entró el pánico y empezó a forcejear.

—¡Te pillé! ¿Pensabas que estaba muerto, verdad?

Ryuji aflojó la presa del cuello de Asakawa y soltó una risotada extraña e infantil. ¿Cómo podía andarse con bromas después de lo que habían pasado? Cualquier cosa era posible. Si en aquel instante hubiera visto a Sadako Yamamura viva y de pie junto a la mesa y a Ryuji tirándose del pelo en plena agonía, se lo habría creído. Contuvo la rabia. Le debía mucho a Ryuji.

—Deja de hacer el tonto.

—Es hora de vengarse. Anoche me diste un susto de muerte.

Todavía tumbado de costado, Ryuji soltó una risita.

—¿Qué hice?

—Te desmayaste cuando estabas en el fondo del pozo. Estaba convencido de que te habías muerto. Me preocupaste. Se había acabado el tiempo. Pensaba que habías perdido la partida.

Asakawa no dijo nada, se limitó a parpadear varias veces.

—Ja. Probablemente ni siquiera te acuerdas. Cabrón desagradecido.

Ahora que pensaba en ello, Asakawa no se acordaba de haber salido del pozo por sí mismo. Por fin recordó haber estado colgando de la cuerda, completamente agotado. No debió de ser fácil izar cuatro o cinco metros su cuerpo de sesenta kilos, ni siquiera para alguien tan fuerte como Ryuji. La imagen de sí mismo colgando le recordó por alguna razón a la estatua de piedra de Enno Ozunu siendo izada del fondo del mar. Shizuko había obtenido unos poderes misteriosos del hecho de pescar la estatua, pero lo único que Ryuji había sacado de su esfuerzo eran dolores.

—¿Ryuji? —preguntó Asakawa con un tono de voz extrañamente alterado.

—¿Qué?

—Gracias por todo lo que has hecho. Estoy realmente en deuda contigo.

—No te me pongas sentimentaloides.

—Si no fuera por ti, yo estaría... Bueno, ya sabes. Gracias, en todo caso.

—Déjate de chorradas. Me vas a hacer vomitar. La gratitud no vale un miserable yen.

—Bueno, ¿te apetece comer, entonces? Te invito.

—Ah, bueno, si invitas... —Ryuji se puso de pie, tambaleándose un poco. Tenía todos los músculos agarrotados. Hasta a alguien como Ryuji le costaba dar órdenes a su cuerpo.

Desde la casa de reposo de la Tierra Pacífica de Hakone Sur, Asakawa llamó a su mujer y le dijo que la recogería en un coche de alquiler el domingo por la mañana, tal como le había prometido. «Así pues, ¿todo está resuelto?», le preguntó ella. Lo único que Asakawa pudo decir fue: «Probablemente». El hecho de que siguiera vivo únicamente le sugería que las cosas estaban resueltas. Pero cuando colgó el teléfono, algo seguía inquietándolo profundamente. No podía quitárselo de la cabeza. Por el simple hecho de que seguía vivo quería creer que todo estaba solucionado, pero... Pensando que Ryuji podría tener las mismas dudas, Asakawa volvió a la mesa y dijo:

—Esto es el final, ¿no?

—¿Tu familia está bien? —Ryuji no iba a contestar directamente la pregunta de Asakawa.

—Sí. Eh, Ryuji, ¿te parece que no se ha acabado todavía?

—¿Estás preocupado?

—¿Y tú?

—Tal vez.

—¿Por qué? ¿Qué te preocupa?

—Lo que dijo la anciana: «El año que viene tendrás una criatura». Esa predicción.

Nada más darse cuenta de que Ryuji albergaba exactamente las mismas dudas, Asakawa se puso a intentar disiparlas.

—Tal vez ese «tú», ese en concreto, no se refería a Sadako, sino a Shizuko.

Ryuji rechazó aquello de plano.

—Imposible. Las imágenes del vídeo vienen de los ojos y la mente de Sadako. La anciana estaba hablando con ella. «Tú» solamente se puede referir a Sadako.

—Tal vez su predicción era falsa.

—La capacidad de Sadako para ver el futuro tuvo que ser infalible, al cien por cien.

—Pero Sadako era físicamente incapaz de tener hijos.

—Por eso es tan extraño. Biológicamente, Sadako era un hombre, no una mujer, así que de ninguna forma pudo tener una criatura. Además, era virgen hasta antes de morir. Y...

—¿Y...?

—Nagao fue su primera experiencia sexual. La última víctima de la viruela en Japón. Toda una coincidencia.

Se decía que en un pasado lejano Dios y el Diablo, las células y los virus, los varones y las hembras e incluso la luz y la oscuridad habían sido idénticos, sin contradicciones internas. Asakawa empezó a sentirse intranquilo. En cuanto la discusión se trasladaba al reino de las estructuras genéticas o del cosmos previo a la creación de la Tierra, las respuestas se volvían impenetrables a las preguntas individuales. Lo único que podía hacer, llegado aquel punto, era convencerse de que tenía que disipar las incertezas contumaces de su corazón y decirse a sí mismo que todo se había acabado;

—Pero estoy vivo. El enigma del sortilegio borrado está resuelto. Caso cerrado.

Luego Asakawa se dio cuenta de algo. ¿Acaso la estatua de Enno Ozunu no había usado su propia voluntad para ser izada del fondo del océano? Había ejercido aquella voluntad sobre Shizuko, había guiado sus actos y como resultado le había conferido sus nuevos poderes. Algo en aquella historia le resultaba espantosamente familiar. Sacar los huesos de Sadako del fondo del pozo, rescatar la estatua de Enno Ozunu del fondo del mar... Pero lo que le inquietaba era la ironía: el poder que Shizuko había obtenido solamente le trajo sufrimiento. Pero estaba mirando las cosas de forma incorrecta. Tal vez en el caso de Asakawa, el mero hecho de liberarse de la maldición era el equivalente a los poderes que había recibido Shizuko. Asakawa decidió convencerse de aquello.

Ryuji miró fijamente a Asakawa para convencerse de que el hombre que tenía delante estaba efectivamente vivo y asintió dos veces.

—Supongo que tienes razón —Expulsó lentamente el aire de los pulmones y se apoltronó en la silla—. Y sin embargo...

—¿Qué?

Ryuji irguió la espalda y preguntó, como para sí mismo:

—¿Qué dio a luz Sadako?

Asakawa y Ryuji se separaron en la estación de Atami. Asakawa tenía intención de devolver los restos de Sadako a sus parientes en Sashikiji y convencer a éstos de que le hicieran un funeral. Probablemente no sabrían siquiera qué hacer con ella, una pariente lejana de la que no habían sabido nada en treinta años. Pero tal como estaban las cosas, no podía abandonarla sin más. Si no hubiera sabido quién era, podría haberla enterrado como a un cadáver no identificado. Pero lo sabía, de modo que lo único que podía hacer era entregársela a la gente de Sashikiji. Hacía tiempo que el caso había prescrito, y sacar a colación un asesinato ahora no traería más que problemas, así que decidió contar que había sido probablemente un suicidio. Quería entregarla y regresar inmediatamente a Tokio, pero no había barcos tan a menudo. Si partía ahora tendría que pasar la noche en Oshima. Como tenía que dejar el coche en Atami, volar de vuelta a Tokio solamente complicaría las cosas.

—Puedes llevar los huesos tú solo. Para eso no me necesitas.

Mientras decía aquello, al salir del coche delante de la estación de Arami, Ryuji parecía estar riéndose de Asakawa. Los huesos de Sadako ya no estaban en la bolsa de plástico. Estaban envueltos cuidadosamente en un paño negro en el asiento trasero del coche. Ciertamente era un paquete tan pequeño que hasta un niño lo podría haber entregado en la casa de los Yamamura en Sashikiji. Lo importante era conseguir que los aceptaran. Si los rechazaban, Asakawa no tendría ningún sitio al que llevarla. Aquello sería un problema. Tema la sensación de que el sortilegio solamente estaría ejecutado del todo cuando alguien cercano a Sadako le hiciera un funeral. Y con todo: ¿por qué tendrían que creerle si aparecía en su umbral con un saco de huesos y les decía que aquella era una pariente de quien no habían sabido nada en veinticinco años? ¿Qué pruebas tenía? Asakawa seguía un poco preocupado.

—Bueno, buen viaje. Te veo en Tokio —Ryuji se despidió con la mano y entró a la zona de pasajeros con billete—. Si no tuviera tanto trabajo, no me importaría acompañarte, pero ya sabes como son las cosas —Ryuji tenía una montaña de trabajo, artículos académicos y cosas por el estilo, que requería una atención inmediata.

—Déjame que te dé las gracias otra vez.

—Olvidalo. Yo también me lo he pasado bien. Asakawa miró hasta que Ryuji desapareció en las sombras de las escaleras que llevaban al andén. Justo antes de desaparecer, Ryuji tropezó en las escaleras. Aunque recuperó enseguida el equilibrio, por un breve instante, mientras trastabillaba, a Asakawa le pareció ver doble la figura musculosa de Ryuji. Se dio cuenta de que estaba cansado y se frotó los ojos. Cuando se apartó las manos de la cara, Ryuji había desaparecido escaleras arriba. Notó una curiosa sensación punzante en el pecho y de alguna parte le vino un vago aroma cítrico...

Aquella tarde le entregó los restos de Sadako a Takashi Yamamura sin incidentes. Takashi acababa de regresar de una expedición pesquera y en cuanto vio el fardo pareció saber de qué se trataba. Asakawa lo sostuvo con ambas manos y dijo:

—Son los restos de Sadako.

Takashi miró el fardo un momento largo, luego frunció los ojos con expresión amable. Se acercó a Asakawa arrastrando los pies, hizo una profunda reverencia y aceptó los huesos, diciendo:

—Gracias por venir desde tan lejos.

Asakawa se quedó un poco desconcertado. No pensaba que el anciano los fuera a aceptar tan fácilmente. Takashi pareció leerle la mente y dijo en tono firme:

—Está claro que es Sadako.

Hasta los tres años y luego de los nueve a los dieciocho, Sadako había vivido allí, en la casa de los Yamamura. A juzgar por la expresión de Takashi cuando recibió los despojos, Asakawa se imaginó que debía de haberla querido mucho. Ni siquiera pidió pruebas de que se tratara de ella. Tal vez no le hacía falta. Tal vez sabía intuitivamente que era ella la que estaba dentro del paño negro. Lo atestiguaba la forma en que le habían brillado los ojos al ver por primera vez el fardo. Ahí también tenía que haber alguna fuerza en funcionamiento.

Después de completar su recado, Asakawa quería alejarse lo más posible de Sadako. Así que se retiró a toda prisa, alegando falsamente que «iba a perder su vuelo si no se marchaba enseguida». Si la familia cambiaba de opinión y decidía de pronto que no



aceptaba sin pruebas que los despojos pertenecían a Sadako y si empezaban a pedirle detalles, no sabía qué decir. No iba a ser capaz de contarle la historia a nadie hasta pasado mucho tiempo. Y en especial no tenía ganas de contársela a sus parientes.

Asakawa pasó por la «oficina» de Hayatsu para darle las gracias por toda su ayuda el otro día, luego se dirigió al hotel Hot Springs de Oshima. Quería limpiarse de toda la fatiga con un baño caliente y luego escribir todo lo sucedido.

3

En el mismo momento en que Asakawa se estaba metiendo en su cama del hotel Hot Springs de Oshima, Ryuji dormitaba sentado al escritorio de su apartamento. Sus labios descansaban sobre un ensayo a medio escribir y su saliva emborronaba la tinta de color azul oscuro. Estaba tan cansado que su mano seguía cogiendo su amada pluma Montblanc. No se había pasado a los procesadores de texto.

De pronto sus hombros experimentaron una sacudida y su cara se crispó de forma antinatural. Se levantó de un salto. La espalda se le puso recta como una tabla y los ojos se le abrieron mucho más que de costumbre cuando se despertaba. Normalmente tenía los ojos un poco oblicuos, y cuando los abría tanto le cambiaba la cara, se volvía un poco más guapo. Tenía los ojos inyectados en sangre. Había estado soñando. Ryuji, que normalmente no tenía miedo de nada, estaba temblando de pies a cabeza. No se acordaba del sueño. Pero la tensión de su cuerpo y sus temblores atestiguaban el terror del sueño. No podía respirar. Miró el reloj. Las 9.40 h. No pudo reconocer de inmediato la importancia de aquella hora. Las luces estaban encendidas —el fluorescente del techo y la lamparilla que tenía delante en el escritorio— y había mucha luz, pero todo seguía estando demasiado oscuro. Sintió un miedo instintivo a la oscuridad. Su sueño había estado regido por una oscuridad como ninguna otra.

Ryuji giró en su silla y miró el reproductor de vídeo. La cinta fatídica seguía dentro. Por alguna razón ahora no podía apartar la vista. Se lo quedó mirando. Su respiración se volvió entrecortada. Le pasaron imágenes a toda velocidad por la mente que no dejaban sitio para el pensamiento lógico.

—Así que has venido...

Colocó ambas manos en el borde de la mesa y trató de adivinar qué había a su espalda. Su apartamento estaba en una callecita tranquila que daba a una calle más grande, así que de fuera llegaban toda clase de ruidos imprecisos. De vez en cuando destacaban el ronroneo de un motor o el chirrido de unos neumáticos, pero aparte de eso, los ruidos del exterior no eran más que una masa apagada y sólida que se extendía tras su espalda a un lado y al otro. Prestó atención para distinguir de dónde venían algunos de los ruidos. Algunos procedían de insectos. Aquel batiburrillo de ruidos empezó a flotar y a parpadear como un fantasma. La realidad pareció retirarse, o eso le pareció a Ryuji. Y a medida que se retiraba iba dejando a su alrededor un espacio vacío en el que planeaba una especie de materia espectral. El aire gélido de la noche y la humedad que se le pegaba a la piel se convirtieron en sombras y lo rodearon. Los latidos de su corazón se aceleraron y rebasaron el tictac del reloj. Las señales le oprimían el pecho. Ryuji volvió a mirar el reloj. Las 9.44 h. Cada vez que miraba tragaba saliva.

«Hace una semana, cuando vi el vídeo en casa de Asakawa, ¿qué hora era? Dijo que su mocosa siempre se iba a dormir sobre las nueve... Si ponemos por caso que pusimos la cinta después de esa hora, habríamos terminado a las...»

No podía calcular exactamente cuándo habían terminado de ver el vídeo. Pero se dio cuenta de que la hora se acercaba rápidamente. Se daba perfecta cuenta de que aquellas indicaciones que ahora se cernían sobre él no eran falsificaciones. Aquello no era como cuando la imaginación de uno le magnifica los miedos. No era como un embarazo imaginario. Estaba claro que «aquello» se aproximaba de forma implacable. Lo que no sabía era...

«¿Por qué solamente viene a por mí? ¿Por qué viene a por mí si no vino a por Asakawa? No es justo». La confusión invadió su mente.

«¿Qué demonios está pasando? ¿No hemos resuelto el sortilegio? ¿Entonces, por qué? ¿Por qué? ¿POR QUÉ?»

Su corazón latía de forma alarmante. Sentía que algo se le había metido en el pecho y le estaba estrujando el corazón. Notó un dolor en el espinazo. Sintió que algo frío le tocaba

el cuello y, asustado, intentó levantarse de la silla, pero entonces le acometió un dolor intenso en la cintura y la espalda. Se desplomó en el suelo.

«¡Piensa! ¿Qué tienes que hacer ahora?» De alguna forma lo que le quedaba de conciencia consiguió darle órdenes a su cuerpo. «¡De pie! ¡Ponte de pie y piensa!» Ryuji se arrastró por las esterillas del suelo en dirección al aparato de vídeo y sacó la cinta. «¿Por qué estoy haciendo esto?» No podía hacer otra cosa que observar con atención aquella cinta que estaba detrás de todo. La miró por delante y por detrás, luego fue a introducirla de nuevo en el aparato, pero se detuvo. Había un título escrito en la etiqueta del lomo de la cinta. En la caligrafía de Asakawa. «Liza Minnelli, Frank Sinatra, Sammy Davis Jr., 1989». Debía de haber algún programa musical grabado antes de que Asakawa lo usara para copiar aquel vídeo. Una descarga eléctrica le recorrió la espina dorsal. Una sola idea tomó forma rápidamente en su mente por lo demás en blanco. «Tonterías», se dijo a sí mismo, y apartó el pensamiento de su mente. Pero cuando le dio la vuelta a la cinta, aquella descarga momentánea se convirtió en una certeza. De pronto Ryuji entendió muchas cosas. El enigma del sortilegio, la profecía de la anciana y otro poder oculto en las imágenes de aquella cinta... ¿Por qué se habían ido aquellos cuatro chavales de la Ciudad de los Chalets sin intentar llevar a cabo el sortilegio? ¿Por qué estaba Ryuji afrontando la muerte cuando Asakawa había salvado la vida? ¿A qué había dado a luz Sadako? La pista estaba allí, la tenía en las manos. No se había dado cuenta de que el poder de Sadako se había fundido con otro poder. Ella había querido tener un hijo, pero su cuerpo no se lo permitía. Así que había hecho un pacto con el demonio... para tener muchos hijos. «¿Qué efecto tendrá esto?», se preguntó Ryuji. Se rió a pesar de su dolor, una risa cargada de ironía.

«Debe de ser una broma. Yo quería ver el final de la humanidad. Y aquí estoy, en la vanguardia...»

Se arrastró hasta el teléfono y empezó a marcar el número de la casa de Asakawa, pero luego se acordó: estaba en Oshima.

«El cabrón se va a sorprender cuando sepa que he muerto». La presión terrible en el pecho le hizo crujir las costillas.

Marcó el número de Mai Takano. Ryuji no estaba seguro de si era un apego feroz a la vida o simplemente el deseo de oír su voz por última vez lo que ocasionaba aquel impulso de llamar a Mai. Ya no distinguía la diferencia. Pero entonces oyó una voz.

«Déjalo. No está bien mezclarla en esto».

Y sin embargo, por otro lado seguía teniendo una chispa de esperanza. Tal vez todavía tuviera tiempo.

Le llamó la atención el reloj del escritorio: las 9.48 h. Se llevó el auricular a la oreja y esperó a que Mai cogiera el teléfono. Sentía un picor repentino e insoportable en la cabeza. Se llevó la mano a la cabeza y rascó con furia. Sintió que varios mechones se soltaban del cuero cabelludo. Al segundo timbrado, Ryuji levantó la vista. Sobre la cajonera que tenía delante había un espejo horizontal y vio reflejada su cara en él. Olvidando que tenía el teléfono cogido entre el hombro y la cabeza, acercó la cara al espejo. Se le cayó el auricular, pero ya no le importó. Se limitó a mirar su cara en el espejo. Había otra persona reflejada en el espejo. Sus mejillas estaban amarillentas, reseca y agrietadas y el pelo se le caía a jirones, y dejaba al descubierto costras marrones. «Una alucinación, tiene que ser una alucinación», se dijo así mismo. Aun así, no podía controlar sus emociones. Del auricular caído al suelo salió un voz de mujer: «¿Hola? ¿Hola?». Ryuji no lo pudo soportar. Soltó un grito. Sus gritos taparon las palabras de Mai, de modo que finalmente no pudo oír la voz de su amada. La cara del espejo no era más que la suya cien años después. Ni siquiera Ryuji se había imaginado que sería tan aterrador verse a uno mismo transformado en otra persona.

Mai Takano cogió el teléfono al cuarto timbrado y dijo: «Hola». La única respuesta fue un grito espantoso. Un escalofrío recorrió la línea telefónica. El miedo mismo viajó por la línea desde el apartamento de Ryuji al de Mai. Sorprendida, Mai se apartó el auricular de la oreja. Los gemidos continuaron. El primer grito había sido de horror y los gemidos siguientes transmitían incredulidad. Había recibido llamadas de acosadores varias veces, pero se dio cuenta de inmediato que aquello era distinto y se volvió a acercar el teléfono a la oreja. La voz cesó. La siguió un silencio letal.

Mai dijo «Hola, hola» una y otra vez. No hubo respuesta Colgó el auricular. Aquellos gemidos le habían resultado familiares. Una premonición se le instaló en el pecho y volvió

a coger el auricular para marcar el número de su querido profesor. Recibió la señal de ocupado. Pulsó el botón de colgar con el dedo y volvió a marcar. Seguía ocupado. Y así supo que había sido Ryuji el que llamaba y que le había sucedido algo horrible.

Las 21.49 de la noche. El deseo de Ryuji de oír por última vez la voz de la mujer que amaba había sido cruelmente frustrado. En cambio, lo que había hecho era ahogarla con sus gritos de agonía. Ahora respiró por última vez. La nada envolvió su conciencia. La voz de Mai volvió a salir del auricular que tenía junto a la mano. Tenía las piernas extendidas en el suelo, la espalda apoyada en la cama, el brazo izquierdo caído sobre el colchón y la mano derecha extendida hacia el auricular que todavía susurraba: «¿Hola?». La cabeza echada hacia atrás y los ojos muy abiertos, mirando al techo. Justo antes de ser absorbido por el vacío, Ryuji comprendió que no se iba a salvar y se recordó que debía desear con toda su voluntad poder enseñarle al gilipollas de Asakawa el secreto de la cinta de vídeo.

20 de octubre, sábado Se alegraba de volver a estar en casa, pero sin su mujer y su hija, el lugar le resultaba solitario. ¿Cuánto hacía que no estaba en casa? Intentó contar con los dedos. Había pasado, una mañana en Kamakura, se había quedado dos noches inmovilizado en Oshima, había estado la noche siguiente en la Ciudad de los Chalets y luego otra noche en Oshima. Solamente llevaba cinco noches fuera. Pero le parecía que había estado mucho más tiempo fuera. A menudo pasaba cuatro o cinco noches fuera investigando para algún artículo, pero cuando volvía a casa siempre le parecía que el tiempo había pasado volando.

Asakawa se sentó a la mesa de su estudio y encendió el ordenador. Todavía tenía dolores por todo el cuerpo y le dolía la espalda cada vez que se sentaba o se levantaba. Ni siquiera las diez horas que había dormido durante la noche podían reparar todas las noches en blanco de la semana anterior. Pero ahora no podía pararse a descansar. Si no se ocupaba del trabajo acumulado no sería capaz de cumplir su promesa de llevar a su familia en coche a Nikko al día siguiente, domingo.

Se sentó delante de su ordenador. Ya había grabado la primera mitad de su reportaje en un disquete. Ahora necesitaba añadir el resto, todo lo ocurrido desde el lunes, cuando descubrieron el nombre de Sadako Yamamura. Quería terminar aquel documento lo antes posible. A la hora de la cena ya tenía cinco páginas. Llevaba un ritmo bastante bueno. El ritmo al que escribía Asakawa solía acelerarse a medida que avanzaba la noche. A aquella velocidad, al día siguiente podría relajarse y disfrutar de la compañía de su mujer y su hija. Luego, el lunes, volvería a su vida normal. No podía predecir cómo iba a reaccionar su jefe de redacción a lo que estaba escribiendo ahora, pero no lo sabría hasta que terminara de escribir. A sabiendas de que probablemente era un esfuerzo inútil, Asakawa continuó y ordenó los acontecimientos de la segunda mitad de la semana. Solamente cuando acabara el manuscrito podría sentir que el episodio se había acabado realmente.

A veces sus dedos se detenían sobre el teclado. La impresión que contenía la foto de Sadako estaba encima de la mesa. Sentía que aquella chica atterradoramente hermosa lo estaba observando y aquello le estropeaba la concentración. Había visto las mismas cosas que había visto ella con aquellos ojos preciosos. Todavía tenía la sensación de que una parte de ella se le había metido en el cuerpo. No podía trabajar con Sadako mirándolo.

Cenó en una cafetería cercana y luego se preguntó de repente qué estaría haciendo Ryuji en ese momento. No estaba realmente preocupado: simplemente acababa de recordar la cara de Ryuji. Y cuando regresó a su habitación y siguió trabajando, aquella cara le siguió flotando en el margen de la conciencia y se fue volviendo gradualmente nítida.

«Me pregunto qué estará haciendo ahora».

Su imagen mental de la cara de Ryuji se enfocaba y se desenfocaba. Asakawa se sintió extrañamente inquieto y cogió el teléfono. Después de siete timbrazos oyó que alguien descolgaba y se sintió aliviado. Pero la voz que oyó era de una mujer.

—¿... Hola? —La voz era débil y tenue. Asakawa la había oído antes.

—Hola. Soy Asakawa.

—¿Sí? —fue la débil respuesta.

—Ah, debes de ser Mai Takano, ¿verdad? Tengo que darte las gracias por el almuerzo que nos hiciste la última vez que nos vimos.;

—No fue nada —susurró ella, y esperó.

—¿Está Ryuji? —Asakawa se preguntaba por qué simplemente la chica no le había pasado el teléfono ya a Ryuji—. ¿Está Ryuji...?

—El profesor ha muerto.

—¿Qué?

¿Cuánto tiempo se quedó sin habla? Lo único que podía decir, como un estúpido, era: «¿Qué?». Se quedó mirando con los ojos vidriosos un punto del techo. Por fin, cuando casi notaba que se le caía el teléfono de las manos, consiguió preguntar:

—¿Cuándo? '., —Anoche, sobre las diez., Ryuji había terminado de ver el vídeo en el apartamento de Asakawa el viernes pasado a las 9.49 h. Y había muerto exactamente una semana después.

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

En realidad, no le hacía falta preguntarlo.

—Fallo cardíaco repentino... Pero no han especificado la causa exacta de la muerte.

Asakawa a duras penas se aguantaba de pie. No se había acabado. Simplemente habían entrado en la segunda ronda.

—Mai, ¿te vas a quedar ahí un rato?

—Sí. Tengo que ordenar los papeles del profesor.

—Ahora voy. Espérame.

Asakawa colgó el teléfono y se desplomó en el suelo. El plazo límite de su mujer y su hija eran las once de la mañana siguiente. Otra carrera contra el tiempo. Ryuji se había ido. No podía quedarse allí tirado. Tenía que pasar a la acción. Deprisa. En aquel mismo momento.

Salió a la calle y calculó la densidad del tráfico. Parecía que en coche llegaría antes que en tren. Cruzó por el paso de peatones y se subió al coche de alquiler, que estaba aparcado en la acera. Se alegraba de haber ampliado un día el plazo del alquiler del coche para recoger a su familia.

¿Qué quería decir aquello? Agarrando el volante con las manos, intentó poner sus pensamientos en orden. Le volvió a la mente una escena tras otra, pero ninguna tenía sentido. Cuanto más lo pensaba, menos podía asimilar su mente y el hilo que conectaba los eventos se enredaba más y más hasta que pareció a punto de romperse. «¡Cálmate! ¡Cálmate y piensa!» Se rió a sí mismo. Por fin, comprendió en qué tenía que concentrarse.

«En primer lugar, no pudimos averiguar el sortilegio: la forma de escapar a la muerte. Sadako no quería que encontráramos sus huesos y los pusieramos a descansar con un funeral adecuado. Quería algo completamente distinto. ¿Qué? ¿Qué es? ¿Y por qué sigo vivo yo si no descubrimos el sortilegio? ¿Qué quiere decir? ¡Dímelo! ¿Por qué solamente sobreviví yo?»

A las once de la mañana siguiente, Shizu y Yoko llegarían al final de su plazo. Ya eran las nueve de la noche. Si no hacía algo, las perdería.

Había estado contemplando el caso desde la premisa de una maldición pronunciada por Sadako, una mujer que había encontrado una muerte inesperada, pero ahora empezaba a dudar de aquella perspectiva. Tenía la premonición de un mal sin fin que se burlaba del sufrimiento humano.

Mai estaba arrodillada formalmente en la sala de estilo japonés con un manuscrito inédito de Ryuji en el regazo. Iba pasando páginas, contemplando cada una de ellas, pero el tema era difícil en el mejor de los casos y no había tenido tiempo de asumir nada. La sala tenía un aspecto cavernoso. Los padres de Ryuji habían recogido el cadáver a primera hora de la mañana y se lo habían llevado a Kawasaki. Ya no estaba.

—Cuéntame todo lo que pasó anoche.

Su amigo estaba muerto. Ryuji había sido como un compañero de armas para él. Estaba lleno de dolor. Pero no tenía tiempo para revolcarse en sus sentimientos. Asakawa se sentó al lado de Mai e hizo una reverencia.

—Fue anoche pasadas las nueve y media. El profesor me llamó.

Ella le contó todos los detalles. El grito que le había llegado desde el otro lado de la línea y el silencio que había venido después. Luego había ido a toda prisa al apartamento de Ryuji y se lo había encontrado apoyado en la cama con las piernas extendidas. Mai fijó la mirada en el punto donde había estado el cadáver de Ryuji y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras describía la escena.

—Llamé una y otra vez, pero el profesor no me contestaba.

Asakawa no le dio tiempo para llorar.

—¿Había algo distinto en la sala?

—No —Ella negó con la cabeza—. Solamente que el teléfono estaba descolgado y haciendo un ruido espantoso.

En el momento de su muerte, Ryuji había llamado a Mai. ¿Por qué? Asakawa insistió en la cuestión.

—¿No te dijo nada en aquel momento? ¿No hubo últimas palabras? ¿Nada sobre una cinta de vídeo, por ejemplo?

—¿Una cinta de vídeo? —La expresión de Mai mostraba que no podía ver ninguna conexión posible entre la muerte del profesor y una cinta de vídeo. Asakawa no tenía forma de saber si Ryuji había descubierto al final la verdadera naturaleza del sortilegio.

«Pero ¿por qué llamó a Mai? Debió de hacerlo cuando ya sabía que estaba a punto de morir... ¿Fue solamente porque quería oír la voz de un ser querido? ¿No es posible que hubiera descifrado el sortilegio y necesitara ayuda de ella para ponerlo en práctica? ¿No sería por eso que la llamó? En ese caso, será porque hace falta otra persona para que el sortilegio funcione».

Asakawa se dispuso a marcharse. Mai lo acompañó a la puerta.

—Mai, ¿te vas a quedar aquí esta noche?

—Sí. Tengo que ocuparme del manuscrito.

—Bueno, siento haberte molestado cuando estás tan ocupada.

—Asakawa quería marcharse.

—Mmm...

—¿Sí?

—Señor Asakawa, me temo que tiene usted una idea equivocada sobre el profesor y sobre mí.

—¿Qué quieres decir?

—Usted cree que estábamos teniendo una relación... como hombre y mujer.

—No, bueno, quiero decir...

Mai podía distinguir a un hombre que pensaba que eran amantes, por la forma en que los miraba. Y Asakawa los miraba así. Aquello preocupaba a Mai.

—Cuando lo conocí, el profesor lo presentó a usted como su mejor amigo. Aquello me sorprendió. Nunca había oído al profesor hablar así de nadie. Creo que usted era muy especial para él. Así que... —Dudó antes de seguir—: Así que me gustaría que usted le entendiera un poco mejor, ya que fue su mejor amigo. El profesor... por lo que yo sé nunca estuvo con una mujer —Mai bajó la vista.

«¿Quiere decir que murió virgen?»

Asakawa no tenía nada que decir a aquello. Se quedó callado. El Ryuji que Mai recordaba no se parecía en nada al que él había conocido. ¿Estaban hablando del mismo hombre?

—Pero...

«Pero no sabes lo que hizo en la escuela secundaria», fue lo que Asakawa quiso decir pero no dijo. No deseaba sacar a relucir los crímenes de un muerto, y no le apetecía destruir la preciada imagen que Mai tenía de Ryuji.

Y había más: de pronto lo acometieron nuevas dudas. Asakawa creía en la intuición femenina. Mai parecía tener una gran intimidad con Ryuji, y si ella decía que era virgen él tenía que considerar aquella una teoría creíble. En otras palabras, tal vez aquello de que había violado a una universitaria de su vecindario no había sido nada más que ficción.

—Cuando estaba conmigo, el profesor era como un niño. Me lo contaba todo. No me ocultaba nada. Sé casi todo lo que hay que saber sobre su juventud. Sobre su dolor.

—¿De veras? —fue lo único que pudo contestar Asakawa.

—Cuando estaba conmigo era tan inocente como un niño de diez años. Cuando había terceras personas delante era un caballero, y con usted supongo que interpretaba a un sinvergüenza. ¿Tengo razón? Si no hubiera... —Mai cogió su bolso blanco con un ademán suave, sacó un pañuelo y se secó los ojos—. Si no se hubiera inventado aquello, nunca habría sido capaz de salir adelante en el mundo. ¿Entiende lo que le digo? ¿Lo puede entender?

Asakawa estaba más horrorizado que otra cosa. Pero entonces se dio cuenta de algo. Para un tipo que había sido bueno en sus estudios y excelente en los deportes, Ryuji había sido un tipo bastante solitario. No había tenido un solo amigo íntimo.



—Era tan puro... Nada superficial, como los capullos con los que voy a la universidad. Nada que ver con él.

El pañuelo de Mai ya estaba empapado de lágrimas.

De pie en el umbral, Asakawa descubrió que tenía demasiado que pensar como para encontrar unas palabras adecuadas con que despedirse de Mai. La imagen del Ryuji que él había conocido era completamente distinta de la que tenía Mai. Su visión del hombre se había vuelto tan difusa que ya no era reconocible. Había una oscuridad oculta dentro de Ryuji. No importa cuánto se esforzara, Asakawa no podía llegar a entender su personalidad. ¿Había violado realmente a aquella chica cuando iban al instituto? Asakawa no tenía manera de saberlo, ni tampoco por qué había seguido haciendo aquellas cosas que decía que hacía. Y en aquel momento, con el plazo límite de su familia al día siguiente, Asakawa no quería pensar en nada más.

Así que lo único que dijo fue:

—Asakawa también era mi mejor amigo.

Aquellas palabras debieron de complacer a Mai. Su cara adorable adoptó una expresión que podría haber sido una sonrisa o bien podría haber sido más llanto, luego hizo una leve inclinación. Asakawa cerró la puerta y bajó las escaleras a toda prisa. Después de salir a la calle y alejarse del apartamento de Ryuji, de pronto le abrumó el recuerdo de aquel amigo que lo había invertido todo en aquel juego peligroso e incluso había sacrificado la vida. Asakawa no se molestó en secarse las lágrimas.

21 de octubre, domingo Pasó la medianoche y por fin llegó el domingo. Asakawa estaba tomando notas en una hoja de papel e intentando ordenar sus pensamientos.

«Justo antes de morir, Ryuji averiguó el sortilegio. Telefoneó a Mai, posiblemente para hacerla venir. Lo cual quiere decir que necesitaba la ayuda de Mai para llevar a cabo el sortilegio. Muy bien, la cuestión más importante era saber por qué seguía él vivo. ¡En algún momento de la semana, sin saberlo, debía de haber llevado a cabo el sortilegio! ¿Qué otra explicación había? El sortilegio debía de ser algo que se pudiera hacer fácilmente con la ayuda de otra persona».

Pero aquello comportaba otro problema. «¿Por qué se marcharon los cuatro jóvenes sin llevar a cabo el sortilegio? Si era tan fácil, ¿por qué no podía al menos uno de ellos haberse hecho el duro cuando estaban todos juntos y luego haberlo llevado a cabo en secreto? Piensa. ¿Qué he hecho esta semana? ¿Qué he hecho que Ryuji no hiciera?»

Asakawa dejó escapar un grito.

—¿Cómo demonios lo voy a saber? ¡Debe de haber mil cosas que he hecho esta semana y que él no ha hecho! ¡No tiene gracia!

Le dio un puñetazo a la foto de Sadako.

—¡Maldita seas! ¿Cuánto tiempo vas a seguir torturándome?

Le siguió pegando en la cara una y otra vez. Pero la expresión de Sadako no cambió. Su belleza no disminuía nunca.

Fue a la cocina y echó un poco de whisky en un vaso. Toda la sangre se le había concentrado en un punto de la cabeza y necesitaba dispersarla. Iba a beberse de un trago, pero se detuvo. Puede que encontrara la respuesta aquella noche y tuviera que conducir hasta Ashikaga en medio de la noche, así que tal vez fuera mejor que no bebiera. Le ponía furioso el hecho de que siempre intentaba apoyarse en algo externo a sí mismo. Cuando había tenido que desenterrar los huesos de Sadako de debajo del bungalow, había cedido al miedo y había estado a punto de quedarse pasmado. Solamente había sido capaz de hacer lo que tenía que hacer porque estaba con él Ryuji.

—¡Ryuji! ¡Eh, Ryuji! ¡Te lo suplico, ayúdame!

Sabía que nunca sería capaz de seguir viviendo sin su mujer y su hija. Nunca.

—¡Ryuji! ¡Préstame tu fuerza! ¿Por qué estoy vivo? ¿Es porque fui el primero en encontrar los restos de Sadako? En ese caso, no puedo salvar a mi familia. No puede ser así, ¿verdad, Ryuji?

Estaba devastado. Sabía que no era el momento de ponerse a lloriquear, pero había perdido la calma. Después de gimotearle un rato a Ryuji, su calma regresó. Empezó otra vez a tomar notas. «La profecía de la anciana. ¿Realmente tuvo Sadako un bebé? Justo antes de morir tuvo relaciones sexuales con la última víctima de la viruela del Japón. ¿Tiene eso alguna relación?» Todas sus notas terminaban con interrogantes. ¿Iba aquello a llevarlo hasta el sortilegio? No podía permitirse fracasar.

Pasaron varias horas más. Fuera empezaba a haber luz. Tirado en el suelo, Asakawa oyó el ruido de la respiración de un hombre. Los pájaros piaban. No sabía si estaba despierto o soñando. De alguna forma había terminado durmiendo en el suelo. Frunció los ojos para protegerse de la brillante luz del día. La figura de un hombre se desvanecía lentamente bajo la luz tenue. Asakawa no tuvo miedo. Recuperó la conciencia sobresaltado y miró con atención hacia la figura.

—¿Ryuji? ¿Eres tú?

La figura no respondió, pero de pronto a Asakawa le vino a la mente el título de un libro, con tanta nitidez que bien podrían habérselo grabado en los pliegues del cerebro. Las epidemias y el hombre.

El título le apareció en caracteres blancos en la parte interior de los párpados cuando cerró los ojos. Luego desapareció, pero le dejó un eco en la cabeza. El libro debía de estar en el estudio de Asakawa. Al empezar a investigar el caso, Asakawa se había preguntado si podría haber sido un virus el que había matado a aquellas cuatro personas al mismo tiempo. Fue entonces cuando trajo el libro. No lo había leído pero recordaba haberlo puesto en una estantería.

El sol entraba por las ventanas del este y caía sobre él. Intentó ponerse de pie. Le dolía la cabeza. ¿Había sido un sueño?

Abrió la puerta de su estudio. Cogió el libro que le había sugerido quien fuera: Las epidemias y el hombre. Por supuesto, Asakawa tenía una idea bastante exacta de quién había hecho aquella sugerencia. Ryuji. Había regresado un breve instante para enseñarle el secreto del sortilegio.

¿Y en cuál de las trescientas páginas de aquel volumen estaba la respuesta? Asakawa tuvo otro destello de intuición. ¡En la 191! El número se le insinuó en el cerebro, aunque no con tanta intensidad como la última vez. Lo abrió por aquella página. Una sola palabra lo asaltó y empezó a latir, cada vez más grande:

Reproducción. Reproducción. Reproducción. Reproducción.

«El instinto de un virus es reproducirse. Los virus usurpan estructuras vivas con el objeto de reproducirse».

—¡Ooooooooooh! —gimió Asakawa. Por fin había entendido la naturaleza del sortilegio.

«Es obvio lo que he hecho esta semana y Ryuji no. Me llevé la cinta a casa, hice una copia y se la enseñé a Ryuji. El sortilegio es sencillo. Cualquiera puede hacerlo. Haz una copia y muéstrasela a alguien. Ayúdala a reproducirse enseñándosela a alguien que no la haya visto. Aquellos cuatro chavales se contentaron con su broma y dejaron como unos estúpidos la cinta en el bungalow. Ninguno hizo el esfuerzo de regresar a por ella para poder llevar a cabo el sortilegio».

No importaba cómo lo pensara, era la única interpretación posible. Cogió el teléfono y llamó a Ashinaga. Contestó

Shizu.

—Escúchame. Escucha con atención lo que te voy a decir. Necesito que tu padre y tu madre vean una cosa. Ahora mismo. Estoy de camino, así que no dejes que vayan a ninguna parte antes de que yo llegue. ¿Lo entiendes? Esto es increíblemente importante.

«Ah, ¿estoy vendiendo mi alma al diablo? Para salvar a mi mujer y mi hija, estoy dispuesto a poner en peligro la vida de mis suegros, aunque solamente sea de forma temporal. Pero si eso va a salvar a su hija y a su nieta, estoy seguro de que se alegrarán. Lo único que tienen que hacer es copiar la cinta y enseñarle las copias a alguien y estarán fuera de peligro. Pero después... ¿qué pasará?»

—¿Qué está pasando? No lo entiendo.

—Tú hazlo que digo. Salgo ahora mismo. Oh, sí... Tienen aparato de vídeo, ¿no?

—Sí.

—¿Beta o VHS?

—VHS.,:

—Genial, estoy en camino. Repito, no vayáis a ninguna parte. '

—Espera un momento, lo que quieres enseñarles a mis padres es ese vídeo, ¿verdad? No supo qué decir, así que no dijo nada.

—¿Verdad?

—Sí.

—¿Y no es peligroso?

«¿Peligroso? Tú y tu hija estaréis muertas dentro de cinco horas. ¡Déjame en paz, joder! Deja de hacer tantas preguntas.

Ya no tengo tiempo para explicártelo todo desde el principio».

Asakawa tenía ganas de gritarle, pero consiguió contenerse.

—¡Tú haz lo que te digo!

Eran casi las siete. Si cogía la autopista, y esperando que no hubiera retenciones de tráfico, podría llegar a la casa de sus suegros en Asakawa a las nueve y media. Teniendo en cuenta el tiempo que tardarían en hacer una copia para su mujer y otra para su hija, iban a llegar a las once por los pelos. Colgó, abrió las puertas del centro de recreo y desenchufó el aparato de vídeo. Necesitaban dos aparatos para hacer copias, así que tenía que coger uno de los suyos.

Mientras se marchaba, echó un último vistazo a la foto de Sadako.

«Ciertamente has dado a luz algo inmundito». Cogió la autopista por la entrada de Oi y decidió evitar la bahía de Tokio y salir de la ciudad por la autopista de Tohoku. En la autopista de Tohoku no habría mucho tráfico. El problema era cómo evitar la congestión hasta llegar allí. Mientras pagaba el peaje de la entrada de Oi y miraba el panel de información del tráfico, se dio cuenta de que era domingo por la mañana. Eso quería decir que apenas había circulación en el túnel que iba por debajo de la bahía, donde normalmente los coches iban tan juntos como las cuentas de un rosario. Ni siquiera había atascos en las zonas donde se unían los carriles. A aquel ritmo llegaría a Ashikaga con tiempo de sobra para hacer las copias del vídeo. Asakawa dejó de pisar el acelerador. Ahora le preocupaba más ir demasiado deprisa y tener un accidente.

Condujo hacia el norte junto al río Sumida. Si miraba hacia abajo, veía los vecindarios despertándose un domingo por la mañana. La gente caminaba con un aire distinto de las mañanas laborables. Un pacífico domingo por la mañana.

No pudo evitar preguntarse: «¿Qué efecto va a tener? Con la copia de mi mujer y la copia de mi hija, el virus se va a propagar por dos direcciones. ¿Hacia dónde se extenderá después?». Se imaginaba a la gente haciendo copias y pasándoselas a otra gente que ya hubiera visto la grabación, en un intento de que la cinta se moviera por un círculo limitado de gente y no se extendiera. Pero aquello iba contra la voluntad de reproducirse del vídeo. No había manera de saber todavía cómo estaba incorporada aquella función en el vídeo. Haría falta experimentar. Y probablemente sería imposible encontrar a alguien que arriesgara la vida para descubrir la verdad hasta que todo llegara muy lejos y la situación se pusiera fea de verdad. La verdad es que no costaba mucho hacer una copia y enseñársela a alguien: así que era probable que fuera aquello lo que haría la gente. A medida que el secreto viajara de boca a oreja, se le añadiría la coletilla: «Tienes que enseñársela a alguien que no la haya visto nunca». Y a medida que la cinta se multiplicara, el intervalo de una semana probablemente se reduciría. La gente que viera la cinta no esperaría una semana para hacer una copia y enseñársela a otra persona. ¿Hasta dónde se extendería aquel círculo? A la gente la impulsaría su miedo instintivo a la enfermedad, y aquella cinta de vídeoapestada se extendería sin duda por toda la sociedad en un abrir y cerrar de ojos. Y movida por el miedo, la gente empezaría a difundir rumores absurdos. «En cuanto la hayas visto, parece que tienes que hacer dos copias y enseñársela por lo menos a dos personas distintas». Se convertiría en un esquema piramidal, que no se propagaría a razón de una cinta cada vez sino incomparablemente más deprisa. En medio año, todo el mundo en Japón se habría convertido ya en portador y la infección se propagaría al resto del mundo. En el proceso, por supuesto, habría bastantes víctimas mortales, la gente se daría cuenta de que la advertencia de la cinta no era ninguna mentira y empezaría a hacer copias de forma más desesperada todavía. Habría pánico. ¿Cómo acabaría todo? ¿Cuántas víctimas se cobraría aquello? Hacía dos años, durante el boom del interés por lo oculto, la redacción había recibido diez millones de historias. Algo se había salido de madre. Y volvería a suceder, dejando que el nuevo virus se desbocara.

El resentimiento de una mujer hacia las masas que habían acosado a su padre y a su madre y los habían llevado a la muerte y el resentimiento del virus de la viruela hacia el ingenio de la humanidad que lo había llevado al borde de la extinción se habían fusionado en el cuerpo de una persona singular llamada Sadako Yamamura, y habían reaparecido en el mundo bajo una forma inesperada y nunca imaginada.

Asakawa, su familia y todo el mundo que había visto el vídeo habían quedado subconscientemente infectados por aquel virus. Eran portadores. Y los virus se abrían paso directamente hasta los genes, el núcleo de la vida. Todavía no se podía decir qué resultaría de aquello, cómo cambiaría la historia humana... Y la evolución humana.

«A fin de proteger a mi familia, estoy a punto de dejar suelta en el mundo una plaga que podría destruir a toda la humanidad».

A Asakawa le asustaba la esencia de lo que estaba intentando hacer. Una voz le hablaba en susurros: «Si dejo que mueran mi mujer y mi hija, todo acabará aquí. Si un virus pierde a su anfitrión, muere. Puedo salvar a la humanidad».

Cogió la autopista de Tohoku. No había ningún atasco. Si continuaba adelante, le quedaría tiempo de sobra. Asakawa conducía con los brazos en tensión y ambas manos agarrando el volante con fuerza.

—No me arrepentiré. Mi familia no tiene ninguna obligación de sacrificarse. Hay cosas que uno tiene que proteger cuando están amenazadas.

Habló lo bastante fuerte como para oírse por encima del motor, a fin de renovar su determinación. Si fuera Ryuji, ¿qué haría? Estaba seguro de que lo sabría. El espíritu de Ryuji le había contado el secreto del vídeo. Le estaba diciendo prácticamente que salvara a su familia. Aquello le infundió valor. Sabía lo que probablemente diría Ryuji: «¡Sé fiel a lo que estás sintiendo en este instante! ¡Lo único que tenemos delante nuestro es un futuro incierto! El futuro se cuidará a sí mismo. Cuando la humanidad se pone a aplicar su ingenio, ¿quién sabe si no encontrará una solución? No es más que otra prueba para la especie humana. En cada época, el Diablo reaparece bajo un disfraz distinto. Puedes pisotearlo una y otra vez, pero nunca dejará de venir».

Asakawa pisó a fondo el acelerador y el coche puso rumbo a Ashikaga. Por el retrovisor... podía ver el cielo sobre Tokio alejándose en la distancia. Unas nubes negras se movían grotescamente por el cielo. Se deslizaban como serpientes, sugiriendo el despertar de un mal apocalíptico.

**FIN**

**Libros Tauro**  
<http://www.LibrosTauro.com.ar>